



MARÍA TERESA
ÁLVAREZ

*Catalina de
Lancaster*

PRIMERA
Princesa de Asturias

NOV  LA HISTÓRICA

**CATALINA DE LANCASTER.
PRIMERA PRINCESA DE ASTURIAS**

En 1388, en Castilla contraen matrimonio dos jóvenes príncipes: Catalina de Lancaster, una muchacha de quince años llegada de Inglaterra, y Enrique de Trastámara, apenas un niño de nueve. Su unión no sólo sellará la paz entre los dos países, sino entre dos familias rivales. Ella es depositaria de la legitimidad de la corona de Castilla; él, el heredero de los Trastámara, la rama bastarda que arrebató el trono a Pedro I, el abuelo de Catalina. Su regalo de bodas será muy especial: un título nobiliario que los convertirá en los primeros Príncipes de Asturias. En esta novela intimista y apasionante, Catalina rememora sus años de matrimonio junto al hombre al que llegará a amar con todo su corazón, las turbulencias políticas a las que ambos tendrán que hacer frente, su solitaria viudedad y, sobre todo, su firmeza de carácter e inteligencia. De nuevo María Teresa Álvarez da voz a una de las mujeres olvidadas de nuestra historia: la que fuera abuela de Isabel la Católica y primera Princesa de Asturias.

Autor: María Teresa Álvarez
©2008, La esfera de los Libros
ISBN: 9788497347693

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

Catalina de Lancaster
Primera Princesa de Asturias

la esfera

de los libros

Primera edición: octubre de 2008

Dedicatoria

**A mi sobrina nieta Alba,
que con su sonrisa me lleva
a ensueños infantiles.**

A Sabino, mi marido.

Agradecimientos

GRACIAS a Berenice Galaz por sus sabios consejos.

A mi amiga Josefina Barbas por ser mi lectora incondicional.

A Fernando Cosmen Menéndez-Castañedo, que tanto sabe de agricultura y cultivos,
por su asesoramiento sobre temas puntuales del relato.

A Luis Suárez por su generosa amabilidad al atender y contestar a mis dudas
históricas.

Gracias a Ymelda Navajo por seguir confiando en mí.

Valladolid

14 de abril de 1417

Primera hora de la tarde



uedo llegar a marearme, pero me producen tanto placer algunos olores que desearía impregnarme de su esencia. No sé en qué momento del día las flores transpiran con mayor intensidad ni si todas lo hacen a la misma hora. Qué distintas huelen las del azahar de lo que luego serán sus frutos. Le he pedido a Inés que llene dos bandejas de estas diminutas flores blancas. Me da pena arrancarlas, pero dentro de poco se marchitarán, y si las deajo en las ramas, no podré disfrutar esta noche de su fragancia en mis habitaciones. Además, este año, uno de los naranjos está cuajado y apenas se resentirá de nuestra acción. ¿Por qué será? Sucede lo mismo que con las personas. Los tres naranjos fueron plantados el mismo día en el jardín de mi casa de Valladolid. Eran iguales. Reciben idénticos cuidados y la tierra que los acoge es la misma. Sin embargo, uno de ellos siempre es mucho más generoso, especialmente este año que no han tenido que esperar a una segunda floración. El clima de Castilla, de Valladolid, no favorece el cultivo del naranjo, que precisa de grandes cuidados para desarrollarse en esta tierra, pero he contado siempre con el asesoramiento de los mejores expertos.

No había visto nunca un naranjo hasta que llegué a Sevilla. Corría la primavera de 1396. Recuerdo que nada más traspasar las puertas del Real Alcázar, un aroma, para mí

desconocido, me sorprendió por su intensidad. Era dulce, embriagador... Gratamente maravillada, pensé que aquel perfume podría calmar un poco mi inquietud. Sabía que mi encuentro con lo que había sido el hogar de mis abuelos no sería fácil, aunque no sospechaba que me afectara tan profundamente.

El hallarme en aquellas dependencias, que tanto sabían del apasionado y desgarrado amor del rey Pedro 1 y de doña María de Padilla, mis abuelos maternos, me producía, para qué negarlo, una mezcla de emoción y desasosiego. Era un lugar tan hermoso...

En el mismo instante que salimos al patio que llamaban de las Doncellas, la esencia de las flores de los naranjos se apoderó de nosotros. Allí, a cada lado del estanque, flanqueándolo, varios naranjos competían en sus aromáticos efluvios. Al instante supe que aquél tenía que ser el perfume de mi abuela. Sí, estoy segura de que María de Padilla olía a azahar. Puede que ésa fuera su fragancia preferida o la del hombre al que amó más que a su propia vida. Decían de él, del rey Pedro 1, que no parecía castellano viejo por sus costumbres, que se habían visto adulteradas con las de los árabes afincados en Sevilla. No creo que eso fuera así, porque yo heredé algunas de esas tendencias que se consideran impropias de los buenos castellanos y nunca me mezclé con infieles. Aunque es posible que mi abuelo sí lo hiciera; para él no existía ningún tipo de control en casi nada y mucho menos en la pasión desenfadada que experimentaba por las mujeres, y seguro que frecuentó a moras, judías y cristianas.

Recuerdo que casi todas las noches que pasé en el alcázar me quedaba dormida intentando imaginar cómo sería María de Padilla, la abuela a la que me hubiese gustado conocer, la mujer que siempre conseguía perdonar las infidelidades del marido al que tanto amaba y al que intentó abandonar, ingresando incluso en un convento. Aunque siempre regresaba a su lado. Mi abuela siguió queriendo al rey Pedro, a pesar de los casamientos de él con otras mujeres, a pesar de los numerosos hijos bastardos. ¿También los de ella lo eran?

No entiendo por qué me hago esta pregunta si mi abuelo, el rey, juró ante las Cortes castellanas que María de Padilla había sido su verdadera esposa y que las hijas que tuvo con ella eran sus descendientes legítimas.

A mi madre, Constanza, le gustaba recordar el momento en el que ella y sus dos hermanas fueron reconocidas por las Cortes como herederas del trono. Su hermano Alonso había muerto de niño, como mi hermano Juan.

Mi madre jamás renunció a la corona de Castilla. Era la segunda de las hijas de Pedro I, pero al elegir su hermana mayor Beatriz la paz del convento de Santa Clara de Tordesillas, la línea sucesoria la designaba a ella como heredera. Además, se casó con un hombre ambicioso, Juan de Gante, duque de Lancaster, hijo del rey de Inglaterra, Eduardo III. Otro hijo de este monarca, el duque de York —tan ambicioso como su hermano, mi padre, pero menos inteligente—, se casó con Isabel, la hermana pequeña de mi madre. Así pues las hijas del rey Pedro 1, último monarca de la Casa de Borgoña en Castilla, entraron directamente en la familia real inglesa. En cierta forma era normal porque mi padre y mi tío eran hermanos del conocido «Príncipe Negro», el Príncipe de Gales, que había luchado en Castilla al lado de mi abuelo, obedeciendo lo dispuesto por su padre Eduardo III.

Yo, Catalina, era la primera hija de mi madre pero la octava de mi padre, que había estado casado antes. Mi padre estaba dispuesto a luchar por el trono castellano. Y no perdía la oportunidad de unirse a los enemigos de Castilla porque la lucha por el poder constituía el motor que impulsaba todas las acciones. En nuestro mundo resulta normal que las fidelidades en principio consideradas sinceras se conviertan con el paso del tiempo en

grandes traiciones. Porque las alianzas de hoy se cambian por otras más ventajosas al día siguiente.

A pesar de los esfuerzos de mi padre, siempre sospeché que no conseguiríamos el trono de Castilla por la fuerza porque, de ser así, mi madre y mi padre serían los soberanos y yo presentía que la solución iba a estar ligada a mi persona. Desde muy pequeña supe que mi único objetivo en la vida sería el de devolver a mi familia lo que nos pertenecía. Mi madre me inculcó la alta responsabilidad a la que habría de enfrentarme un día. Ella esperaba sentarse en el trono castellano y, como su hijo varón había muerto, yo sería su heredera y sucesora. No sabíamos ni cómo ni cuándo, pero las dos mirábamos esperanzadas el futuro.

Mi madre era orgullosa y odiaba a los Trastámara, causantes de su desgracia. Ella sabía, igual que yo y lo mismo que los petristas —así llamaban a los seguidores de mi abuelo—, que el bastardo Enrique, hermanastro de mi abuelo, se convirtió en rey después de asesinarlo vilmente. Dios, cómo sufrió mi madre al tener que aceptar como yerno al nieto del asesino de su padre. Pero lo hizo con la mejor de sus sonrisas porque ello significaba que yo, su hija, la nieta de Pedro el Cruel —de esta forma se referían a él quienes no le querían—, me sentaría en el trono que sólo a nosotros nos pertenecía.

Todo se había desarrollado de una forma bastante inesperada. Los enfrentamientos siempre estaban a punto y mis padres querían aprovechar el momento más conveniente, el de mayor debilidad del rey castellano, que entonces era Juan I, el hijo del bastardo Enrique. La ocasión se presentó propicia en el año 1386, después de la batalla de Aljubarrota. Fue entonces cuando mi padre, desde Portugal, decidió invadir Galicia para pelear por algo con lo que soñaba cada día.

No sucedió lo que esperábamos porque Castilla contaba con el apoyo de los franceses y llegado el caso también Navarra y Aragón se pondrían de su lado.

Nunca supe exactamente de quién partió la iniciativa de proponer la firma de la paz de Bayona. Dicen que suelen ser los ganadores quienes imponen las condiciones de los armisticios. En este tratado nosotros conseguimos el compromiso por parte de Juan I de que su hijo Enrique, el heredero, se casase conmigo, uniendo de esa forma las dos ramas, la legítima y la bastarda. Se instituyó entonces el título de Príncipes de Asturias para los herederos al trono de Castilla. Enrique de Trastámara, nieto del regicida, y yo, Catalina de Lancaster, nieta del rey asesinado, nos convertíamos en los primeros Príncipes de Asturias.

Yo siempre mantuve que a los dos nos correspondía el título, porque ambos éramos herederos de la corona de Castilla. Él representaba la rama ilegítima y yo la legítima. Es cierto que fue Enrique quien protagonizó la ceremonia en que por primera vez se institucionalizó el título de Príncipe de Asturias. Nunca olvidaré la imagen de aquel niño que se iba a convertir en mi marido. Enrique estaba sentado en un gran trono y cubierto con un magnífico manto de púrpura. Le habían puesto un amplio sombrero y llevaba una vara de oro en la mano. Después de recibir el ósculo de paz de su padre, todos le reconocieron como Príncipe de Asturias.

Pero aunque yo, como princesa, ocupara un papel secundario, resultaba evidente que si no hubiera sido por mí, por lo que yo significaba, ¡paz y concordia!, no habrían pensado en ese título para los herederos a la corona. Enrique era el Príncipe de Asturias y yo la Princesa por mi matrimonio con él.

Es verdad que yo no podía heredar en solitario el trono de Castilla, pero tampoco Enrique o su hermano podrían hacerlo si no se casaban conmigo. Por ello siempre me consideré como la primera y auténtica Princesa de Asturias. Además, como inglesa, aquel

título, encerraba para mí un emotivo significado. En mi tierra hacía tiempo que se había creado para distinguir a los herederos al trono el título de Príncipe de Gales. Creo que fue el rey Eduardo I, casado con Leonor, infanta castellana, hija de Fernando III, quien después de conquistar el país de Gales decidió que éste sería el nombre que llevarían los herederos al trono de Inglaterra. El primer Príncipe de Gales de la historia fue el desgraciado rey Eduardo II, que murió asesinado por orden de su esposa. Era el abuelo de mi padre.

Durante un tiempo me interesé en conocer las razones que llevaron a mi suegro, el rey Juan I, a elegir Asturias para el título de los herederos castellanos. Nunca obtuve una respuesta concreta, pero pienso que aunque la situación no era igual a la de Inglaterra, sí bastante similar, porque en el reino de Castilla, el señorío nobiliario de Asturias —que había pasado del bastardo Enrique II a su hijo natural, Alonso Enríquez, conde de Noreña—, también había sido incorporado a la Corona castellana, no después de conquistarlo, como sucedió con Gales, sino al confiscarlo mi suegro, por problemas con su hermanastro el conde de Noreña.

Me inclino a creer que el principal motivo fue histórico, ya que en Asturias estaba el origen de la monarquía a la que nosotros pertenecíamos y siempre es bueno no olvidarse de las raíces. Procuré, desde entonces, conocer un poco la historia de los reyes asturianos y así me enteré de que la dignidad de Príncipe de Asturias ya la habían llevado otras dos personas, aunque no con el significado que ahora tenía. El primero había sido Ramiro, hermano del rey Ordoño II, monarca asturiano que decidió trasladar la corte de Oviedo a León. Pues bien, Ordoño le concedió el señorío y gobierno de Asturias a su hermano, que pasó a ser Príncipe de Asturias. Un siglo más tarde, el rey Alfonso VII, conocido como el Emperador, le confirió esta dignidad a Urraca, la hija natural que había tenido con Gontrodo Petri, una hermosa mujer asturiana.

Era un título, Princesa de Asturias, del que me sentía muy orgullosa. Aquel nombre, Asturias, siempre tendría para mí un significado muy especial.

Éste fue el principal acuerdo del Tratado de Bayona, por el que mi padre obtuvo para él una importante renta anual y Juan I conseguía la tranquilidad; mis padres se comprometían a no volver a importunarle con nuevas reclamaciones.



Mi boda se celebró en Palencia, en la Santa Iglesia Catedral. Corría el año 1388. Yo tenía quince años, Enrique no había cumplido los diez. Me resultó un muchacho simpático. No era fuerte sino todo lo contrario. Pero era la suya una debilidad que invitaba a la protección. Viviríamos separados hasta que pudiéramos consumir nuestro matrimonio. Se me concedió el título de duquesa de Soria y en la recoleta ciudad castellana pasé parte de mi espera. Deseaba que llegara ese momento porque estaba impaciente por tener hijos. Mi madre no se cansaba de repetírmelo.

—Catalina, tienes que intentar quedarte embarazada inmediatamente y sobre todo procurar que sea varón.

—Pero eso es muy difícil, ¿qué puedo hacer yo para decidir el sexo de mi hijo? —preguntaba verdaderamente intrigada.

—Existen personas que pueden ayudarte. Se dice, por ejemplo, que si lo concibes en noche lluviosa y luego te frotas con flores de saúco humedecidas por la lluvia tienes muchas probabilidades de que la semilla que empezará a crecer dentro de ti sea hombre.

—Pero, madre, son supercherías.

—Eso no debe preocuparte. Lo importante es que sean efectivas.

—Madre, ¿por qué no utilizó esos métodos cuando me concibió a mí?

—No necesitaba tanto un varón como tú, Catalina. Tú tienes que asegurar que nuestra sangre, que es la legítima en la sucesión a la corona de Castilla, sea la que ocupe el lugar que le corresponde.

—Estoy de acuerdo, madre, aunque mi hijo será Trastámara.

—Sí, oficialmente así será. Pero tú sabes que llevará tu sangre y la mía que yo te he transmitido. Ésa es una realidad que nadie podrá cuestionar jamás. Sobre la autenticidad de la maternidad no tienen por qué existir dudas.

—Entonces, ¿deberían ser las mujeres quienes transmitieran la identidad? — pregunté convencida de cuál sería la respuesta.

—Sin duda —me respondió rotunda, para añadir a continuación—: Hubo momentos en la historia en los que sólo se tenía en cuenta la ascendencia materna para la transmisión del nombre y la pertenencia a una determinada clase. Y así, era el hijo de la hermana del rey quien sucedía a éste y nunca sus propios hijos.

—O sea que cuando heredaba el trono un varón sus hijos nunca accedían al trono sino los de su hermana. ¿Y si no tenía hermana?

—Entonces se pensaba en el descendiente por línea femenina más próximo.

—¿Y no sería más fácil que sólo heredasen el trono las mujeres?

—¿Cómo te atreves a pensar semejante cosa? ¿Privar a los hombres del poder? Piensa que en el matrilinealismo del que hablamos la mujer era considerada únicamente como garante de la maternidad, porque en cuanto alumbraba al que sería heredero se le privaba de él, ya que la formación del nuevo ser estaría a cargo del tío al que había de suceder.

—Pues sabe qué le digo, madre, que me alegro de que el matrilinealismo no se aplique.

—Es que si estuviera en vigor no habríamos aceptado tu matrimonio con Enrique. Hemos transigido con todo porque será tu hijo, mi nieto, el que un día reine en Castilla.

—Pero, madre, ¿y si no puedo tener hijos?

—¿Cómo se te ocurre pensar esas cosas? Claro que los tendrás.

Nunca se cansaba de recordarme mi deber.



Quando llegué a Sevilla, hacía dos años que Enrique y yo éramos marido y mujer. Cada día intentábamos que nuestra unión diese sus frutos. Pero cada día las esperanzas se desdibujaban un poquito más. Yo ya había cumplido los veintitrés años y no conseguía quedarme embarazada. No sé si la escasa fertilidad le correspondía a él o a mí. Enrique no era en verdad muy fogoso y tampoco yo era una muchacha ardiente. Los dos nos queríamos y cumplíamos con el débito conyugal. Estaba segura de que él nunca pensaría en

repudiarme si es que no conseguíamos tener hijos, aunque esta certeza no me tranquilizaba. Porque si no teníamos descendientes sería el infante Fernando quien ostentaría el cargo de rey y yo me convertiría en un sueño de lo que podría haber sido.

Aquella noche en el alcázar de Sevilla me decidí a probar una pócima que una de mis dueñas aseguraba que favorecería la fertilidad. También accedí a que en la bebida de Enrique pusieran unas gotas de un brebaje que decían era excitante.

Cenamos solos, en una sala que se abría al sugerente patio de las Doncellas. Cada vez que Enrique dejaba su copa, después de haber bebido, le observaba con auténtica curiosidad. Pero su rostro aparecía tan tranquilo y apacible como siempre.

—Querida Catalina, ¿os apetece que salgamos al jardín?

Estaba cansada. El último tramo del viaje había sido agotador. Además quería que Enrique reservara todas sus energías para el momento en que nos encontráramos en la intimidad de nuestros aposentos. Por ello estuve a punto de decirle que no, pero un brillo desconocido en sus ojos me impulsó a tomarle amorosamente del brazo.

—Lo estoy deseando, esposo mío. Respiremos juntos este maravilloso aroma que lo inunda todo.

—¿Sabéis, querida Catalina, que estáis hermosísima esta noche? Es como si toda la luz de los hachones se concentrara en vuestro rostro y en este maravilloso cabello que yo adoro —dijo, mientras posaba sus labios en mis manos, después de haberme acariciado la cabeza.

Aquella noche mis doncellas habían puesto todo su empeño para convertirme en una hermosa mujer. Casi una hora cepillando mi melena rubia que en verdad brillaba más que el oro o cualquier piedra preciosa. Siempre me he sentido orgullosa de mi hermoso pelo rubio, una herencia innegable de mi familia inglesa.

Caminábamos despacio entre los naranjos. No podía dejar de pensar en las veces que mis abuelos habrían paseado por aquellos jardines. No podía dejar de pensar en el amor apasionado que sentían el uno por el otro. Confieso que por unos instantes sentí envidia; Enrique y yo no nos queríamos con tanta intensidad. Éramos distintos, igual que nuestro amor, que sí era profundo, pero menos apasionado. Puede que Enrique sea, si no el único, uno de los pocos reyes sin hijos bastardos en toda la historia. Estoy segura de que no conocí más mujer que yo.

Enrique se adelantó unos pasos, arrancó una de las flores de azahar y me la dio. A pesar de que su aspecto siguiera reflejando cierta debilidad, era un hombre guapo, con un carácter enérgico. Me sentía muy orgullosa de él porque en los casi tres años que llevaba al frente de los destinos de Castilla estaba demostrando su valía. Enrique tenía muy en cuenta mi opinión y desde el principio nos acostumbremos a comentar todos los temas. No sé si nuestra relación de mutua confianza hubiese sido la misma en otras circunstancias, porque lo cierto es que tanto él como yo sólo nos teníamos el uno a otro.



No habían transcurrido tres años desde mi llegada a Castilla cuando mi suegro, el rey Juan I, murió al caerse del caballo. Corría el otoño de 1390 y desde ese momento y

hasta que Enrique fue jurado como rey discurrieron los peores años de nuestra vida. Recuerdo que en aquellos momentos difíciles quien primero se ganó nuestra confianza fue Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, que con su actitud parecía demostrar sus claras intenciones de concordia. Aunque pasado un tiempo, yo ya no lo tendría tan claro.

Tenorio se encontraba muy cerca de mi suegro cuando se produjo el accidente en el que el monarca perdió la vida. El obispo ocultó a todos la muerte del soberano diciendo que estaba gravemente herido pero que aún respiraba. Sólo después de conseguir que los cargos importantes del reino reconociesen y jurasen a Enrique como nuevo rey, difundió la muerte del soberano.

Pedro Tenorio temía por la estabilidad del reino. Enrique sólo tenía once años y, como más tarde se demostró, no todos los nobles estaban dispuestos a seguir las disposiciones testamentarias del rey Juan I. Y, sobre todo, la mayor de las amenazas estaba en la actitud de los parientes más próximos a Enrique, y no me refiero a su hermano el infante Fernando —a quien, por cumplimiento de lo pactado en los acuerdos de Bayona, no permitieron casarse hasta que Enrique fuera proclamado rey y hubiera consumado su matrimonio conmigo— sino a sus tíos: la reina de Navarra, Leonor, a Fadrique, duque de Benavente, y a Alfonso Enríquez, conde de Noreña, que querían participar en la regencia.

Confieso que nunca sentí ninguna simpatía por ellos y en especial por la tía de mi marido.

Cuando yo me convertí en Princesa de Asturias ella vivía en Pamplona, pero, al poco tiempo, regresó a Castilla alegando que su marido el rey de Navarra, Carlos III, conocido como el Noble, le era infiel. Aquello no era ninguna novedad. La mayoría de las reinas sabían de los amoríos de sus maridos y lo llevaban como mejor podían. Nunca supe exactamente si el monarca navarro le era infiel, pero sí estaba segura de que ésa no era la verdadera razón por la que Leonor volvía a Castilla. Resulta curioso observar cómo permaneció al lado de su esposo los doce años que discurrieron desde su boda hasta que subieron al trono. Y que al año siguiente de ser coronados, decidiera, de pronto, abandonar marido y reino. Claro que, en ese tiempo, se había firmado la paz de Bayona por la que los herederos al trono de Castilla éramos Enrique y yo, convertidos en Príncipes de Asturias. Estoy segura de que ella nunca aceptó que una nieta del rey Pedro 1 el Justiciero —así me gusta llamarlo a mí— se sentara en el trono por el que ella suspiraba.

Leonor regresó a Castilla para intrigar al lado de su hermano el rey, Juan 1, pero al morir éste en un accidente de caballo, trató de impedir que su sobrino y yo nos convirtiéramos en soberanos y no dejó de conspirar para ello.

Siempre tuve la sospecha de que ella se consideraba con derechos legítimos al trono de Castilla, no por su padre el bastardo Trastámara, que había robado la corona a su hermanastro —mi abuelo— sino por su madre, Juana Manuel, que según me contaron pertenecía, por línea materna, al linaje de La Cerda. Éstos eran para algunos los sucesores legítimos del rey Alfonso X. Yo, entonces, desconocía esa parte de la historia. Años más tarde, en Toro, me enteraría de los problemas de Alfonso X con su hijo Sancho IV y el valiente papel que desempeñó en aquella situación la reina doña María de Molina.

Por éste u otro motivo, Leonor, la tía de mi marido, se mantenía firme en su postura de permanecer a nuestro lado. De nada servía que los embajadores enviados a Castilla por su marido solicitasen al rey su intervención para que doña Leonor regresase a la corte de Navarra. La ilustre dama se negaba sistemáticamente a abandonar Castilla. Era una situación delicada a la que primero mi suegro, el rey Juan 1, y después Enrique III, mi esposo, hubieron de enfrentarse. Nadie quería utilizar la fuerza, pero yo estaba convencida

de que aquélla era la única forma de hacerla retornar al lado de su marido.

Con el pretexto de ayudar al gobierno de Castilla, después de que las Cortes de Madrid hubieran decidido los miembros que habrían de integrar el Consejo de Regencia durante la minoría de edad de mi marido, doña Leonor convenció a muchos nobles sobre la conveniencia de volver a revisar el testamento del rey Juan I en lo referente a las personas que debían velar por el gobierno al lado del joven rey. Por ello, Leonor convocó en Perales, localidad equidistante una legua de Valladolid y de Simancas, a los arzobispos de Santiago y Toledo, al duque de Benavente, al maestre de Santiago y a los nobles; Diego Hurtado de Mendoza, Rui Ponce de León, Pero López de Ayala y Pedro Xuárez de Quiñones, adelantado de León. Las posiciones a favor y en contra de cumplir lo dispuesto en el testamento estaban claramente encontradas y los dos arzobispos lideraban cada una de ellas. Tenorio, arzobispo de Toledo era partidario de cumplirlo, mientras que el de Santiago, Juan García Manrique, defendía a quienes postulaban todo lo contrario, o sea, impugnarlo. Pero lo verdaderamente sorprendente era que quien convocaba y arbitraba el encuentro era Leonor, la reina de Navarra, ayudada por el legado del papa.

Varios días permanecieron en Perales, donde la anfitriona había mandado levantar tiendas para el perfecto acomodo de los asistentes. En tan docta reunión se tomaron los acuerdos sobre la regencia en la minoría de edad de mi marido. Como era imposible conciliar las dos posturas, se decidió acatar, en cierta medida, lo dispuesto en el testamento de Juan I, pero ampliando el número de regidores, como ya se había acordado en las Cortes de Madrid. Aunque Leonor consiguió que su hermano el conde de Noreña, Alfonso Enríquez, que estaba preso en poder del maestre de Santiago, fuese puesto en libertad.

Me parecía vergonzoso que un conspirador como el conde de Noreña aspirase a ocupar un cargo en la regencia habiendo estado en la cárcel —por traidor al rey Juan I pero su hermanastra lo consiguió.

El Consejo Real quedó integrado por catorce representantes de las ciudades, más ocho nobles y dos arzobispos. Pero como eran tantos, al final se decidió que la mitad del Consejo gobernase seis meses y la otra mitad el resto. Tardaron en ponerse de acuerdo acerca de quienes serían los primeros porque, en el fondo, tanto unos como otros, de resultar elegidos no pensaban dejar el mandato. Los que se ocuparon de los seis primeros meses fueron los encabezados por el arzobispo Tenorio y el duque de Benavente.

Se había multiplicado por cuatro el número de regidores que el rey Juan I había previsto en su testamento.

A mí me parecía una decisión totalmente errónea, a no ser que lo que se pretendiese fuese la anarquía en Castilla.

Enrique, sometida su voluntad a la de sus preceptores, poco podía hacer. Sólo quedaba esperar. La prudencia me aconsejaba no manifestar claramente lo que pensaba. Todos ellos eran parientes, yo una extraña que no debía inmiscuirse, de momento. Aunque, a veces, cuando Enrique me la pedía, sí manifestaba mi opinión. Mi joven esposo tenía seis años menos que yo, y esto sin duda se notaba.

Una tarde como otras muchas, Enrique y yo jugábamos una partida de ajedrez. Llevábamos más de una semana viviendo en el castillo de Burgos, del que era alcaide Diego López de Stúñiga. A Enrique le gustaba acudir a esta ciudad siempre que podía, tal vez porque había nacido en ella y porque el aire puro de su entorno le sentaba bien. Habían venido con nosotros el infante Fernando —hermano de mi marido— y su prometida Leonor de Alburquerque. ¡Ay, Leonor, qué bien nos entendíamos al principio, cuando nos conocimos! Pero después fuimos cambiando.

Leonor era un año menor que yo y uno mayor del que se iba a convertir en su esposo. Hija del conde de Alburquerque, sobrina de Enrique el Fratricida, Leonor estaba emparentada con la familia de su futuro marido; era prima del padre de éste. En Castilla se referían a ella como «la rica hembra» por ser la heredera de importantes propiedades en Extremadura, La Rioja y Castilla. Con toda seguridad, mi futura cuñada estaba considerada como uno de los mejores partidos, de ahí que el infante Fernando se apresurara a casarse con ella, aunque fuera por palabras de futuro, ya que no podría hacer efectiva la boda hasta que su hermano, mi marido, fuera proclamado rey. Debía esperar, porque si a Enrique le sucedía algo, el pacto de Bayona no se cumpliría. Entonces sería necesario o bien que Fernando se casara conmigo o volver a la situación anterior a la paz. Pero éstos eran futuribles que ninguno queríamos que se convirtieran en realidad, y lo cierto es que pensábamos poco en ellos.

Leonor, como yo, había tenido unos abuelos con un amor tormentoso, apasionado y profundo. El final de su abuela fue mucho más trágico que el de la mía. Mi abuela, María de Padilla, murió de la peste. La de Leonor, Inés de Castro, víctima de las heridas de los afilados cuchillos de unos viles y asesinos cortesanos portugueses. Tanto la madre de Leonor, Beatriz, hija del rey de Portugal Pedro 1 y de Inés de Castro, como la mía, Constanza, hija del rey de Castilla Pedro 1 y de María de Padilla, supieron transmitirnos el amor hacia nuestras abuelas.

—Yo —me contó Leonor— siempre me sentí solidaria con mi abuela y maldije a sus asesinos por la injusticia cometida con ella. No debe quitarse la vida a nadie, pero si querían castigar a quien, según ellos, se había equivocado, ese alguien era mi abuelo, el infante Pedro, y no mi abuela. Quien tenía que rendir cuentas por haberse enamorado de una de las damas de su esposa era él y no la dama de quien se enamoró. Él era el responsable y no mi abuela. Aunque sé —añadió Leonor— que ella hubiese preferido morir antes que vivir sin el hombre al que amaba.

—A mi abuela —respondí— le habría sucedido lo mismo.

Yo había oído historias sobre doña Inés de Castro. Seguro que muchas de ellas alimentadas o creadas por la leyenda que entretiene la vida de determinados personajes con unos hechos que posiblemente merecieron ser reales, pero que sólo existieron en la imaginación de quien se encarga de avivarla. Dudé unos segundos, pero al final le pregunté a mi futura cuñada:

—¿Es verdad, Leonor, que tu abuelo hizo exhumar el cadáver de su amada y lo sentó a su lado en el trono?

—Lo cierto —respondió pensativa Leonor— es que mi madre nunca me lo confirmó; siempre eludió hablar de este hecho concreto. Aunque aseguraba que su madre había sido reconocida reina después de muerta. Así lo había exigido mi abuelo a los portugueses, nada más ser proclamado rey.

—Es hermoso —manifesté sin poder contenerme.

—Lo es. Y también que mandara construir su tumba frente a la de ella. Mi abuelo quería encontrarse con mi abuela nada más despertar de la muerte, con Inés de Castro, la mujer a la que se había entregado sin ningún tipo de reservas.

—¿Te gustaría a ti experimentar un amor semejante por Fernando, cuando se convierta en tu marido? —le pregunté.

—¿Y a ti por Enrique?

No quise insistir en que yo se lo había preguntado antes. Recuerdo que cuando manteníamos esta conversación nos encontrábamos en el monasterio de Santa María la Real

de las Huelgas, en Burgos, y que acabábamos de visitar las tumbas de Alfonso VIII de Castilla y de Leonor Plantagenet, otro matrimonio real, unido por un auténtico y profundo amor. Tanto que Leonor no pudo soportar la vida sin Alfonso y murió a los veintiséis días del fallecimiento de su marido.

—Yo, si soy sincera —le confesé a Leonor—, creo que sería incapaz de querer de esa forma. A veces me gustaría poder experimentar esa atracción envolvente hacia mi marido, pero pienso que es mejor un cariño suave, sin grandes sobresaltos. Soy demasiado consciente de mis obligaciones como para dejarme guiar por la pasión.

—Pero, Catalina —me replicó Leonor—, si es tu marido quien despierta esa pasión en ti, no te verás obligada a olvidar tus obligaciones.

—Tienes razón —le contesté—. Pero imagínate que él me quisiera también con pasión, pero no la suficiente para dejar de desear a otras mujeres. ¿Tú le perdonarías, Leonor? Yo no podría. Seguiría viviendo con él, pero dejaría de amarle.

—Yo no estoy tan segura —afirmó Leonor—. Es posible que le comprendiese. Los hombres son distintos, ellos tienen otras necesidades.

—Pero son seres racionales como nosotras, y unos y otros debemos distinguirnos de los animales —apostillé un tanto molesta.

—Eres demasiado rígida, querida Catalina. Ya verás cómo el tiempo te hace cambiar. Un día comprobarás que no siempre nuestras acciones están guiadas por la razón.

Me reí al escuchar la «profecía» de Leonor. Sin embargo, no estaba equivocada. Pero entonces yo consideraba que todas las pasiones humanas podían ser controladas, si nos lo proponíamos. Claro que las personas somos muy distintas. Por ejemplo, mientras Enrique y yo jugábamos muy serios al ajedrez, Leonor y Fernando se demostraban su cariño con recatadas caricias.

Todos nos sorprendimos cuando un criado, de forma precipitada, entró en el salón en el que nos encontrábamos:

—Perdonen vuestras excelencias, pero hay un gran alboroto en la plaza. Dicen que han dado muerte a un caballero en las afueras de la ciudad. Y mucha gente va con armas por la calle.

Miré sorprendida a Enrique. No entendía muy bien cómo la ciudad entera se había enterado de lo que sucedía y a nosotros no se nos había informado. Pero antes de que pudiera decir nada entró en la habitación Diego López de Stúñiga que, con cara de preocupación, nos dijo:

—Han asesinado al caballero Díaz Sánchez de Rojas que sabemos pertenecía al bando del arzobispo de Santiago. Aseguran que los asesinos obedecían órdenes del otro bando y que el duque de Benavente no es ajeno a este incidente.

—¿Vos qué pensáis? —le preguntó Enrique.

—Creo que están en lo cierto. Pero resulta difícil probarlo.

En aquel momento ninguno de los presentes imaginábamos que se iban a producir determinadas acciones que vendrían a corroborar mucho más la autoría de la gente del duque.

—Hablaré con mi tío, el duque de Benavente —afirmó muy serio Enrique.

—No creo que os cuente la verdad —dije sin poder contenerme, para añadir—: En estos momentos, no nos podemos fiar de ninguno de los nobles que forman parte del Consejo. Sólo les preocupan sus propios intereses.

—He oído de alguien bien informado —apuntó Stúñiga— que debido al rumbo que están tomando los acontecimientos, los procuradores del reino que se encuentran aquí en

Burgos se reunirán para tratar de aplicar estrictamente lo dispuesto en el testamento del rey Juan I.

Aquella era, sin duda, una buena noticia. Para ser sincera, he de decir que me alegraba, porque eso era lo que no querían los ambiciosos parientes de Enrique. Estaba convencida de que ellos eran los principales instigadores del caos en el que estábamos viviendo, ya que en el fondo lo que pretendían era socavar el poder legítimo del rey en las zonas en las que ellos tenían influencia.

Cuando al día siguiente los procuradores solicitaron permiso para ver a Enrique, no me sorprendí. Diego López de Stúñiga, como siempre, estaba bien informado.

No puedo evitar una sensación agri dulce al recordar a Stúñiga. No he conocido a nadie a quien le gustaran más las mujeres que a él, y no me gustaba el concepto que tenía de ellas. Diego López de Stúñiga, que sería justicia mayor del reino, fue uno de los colaboradores más fieles de mi marido. Aquella tarde en Burgos no se equivocó; los procuradores acordaron respetar el testamento de Juan I y así se lo comunicaron a mi marido, que ratificó su decisión. Inmediatamente el duque de Benavente abandonó la ciudad de Burgos. Lo cierto era que mi suegro no había pensado ni en él ni en ninguno de sus hermanos para que se ocupasen del reino en la minoría de edad de Enrique. Los elegidos eran los arzobispos de Toledo y Santiago, el conde de Niebla, el marqués de Villena, el maestre de Calatrava y Juan Hurtado de Mendoza, y éstos fueron quienes se hicieron cargo de la regencia. Recuerdo que el arzobispo Tenorio pidió que se le reconociese voz en el Consejo también para suplir a los que no estuvieran, como el conde Niebla o el marqués de Villena.

El Consejo Real comenzó a funcionar. Pero pronto nos dimos cuenta de que, aunque aseguraban cumplir las directrices dejadas por el rey difunto, la realidad era muy distinta porque en el fondo hacían todo lo contrario.

Fueron años complicados en los que yo tomé buena nota para que nunca sucediera nada similar. Era desesperante para Enrique observar que sus parientes no dejaban de molestar. No podías fiarte de nadie y se producían situaciones inexplicables con la única finalidad, creo yo, de dilatar la toma de decisiones concretas y también con el propósito de distraer la atención de otros asuntos más graves. Nunca olvidaré la tan cacareada noticia de la supuesta boda del duque de Benavente con una hija bastarda del maestre de Avis, el rey de Portugal, Juan I, que sigo sin saber muy bien a qué obedecía.

Lógicamente, yo me sentía interesada por todo cuanto sucedía en nuestro entorno, pero los temas con Portugal me afectaban de forma especial. Primero porque las relaciones de Castilla con este país habían mejorado desde mi casamiento, o sea, desde la paz de Bayona. Los ingleses, aliados de los portugueses, habían visto con buenos ojos mi llegada al reino castellano. Yo era nieta del rey de Inglaterra e inglesa de nacimiento. Además, mi hermanastra Felipa, una de las hijas del primer matrimonio de mi padre, se había convertido en reina de Portugal al casarse con el maestre de Avis, Juan I. De ahí que al enterarme de la noticia de la boda escribiera inmediatamente a mi medio hermana, que muy pronto me desmintió el anunciado compromiso del duque de Benavente con una de de las hijas bastardas de su marido.

—Querido esposo, podéis estar tranquilo. He recibido noticias de mi hermana, la reina de Portugal y me asegura que todo eso de la boda es pura patraña. Que ellos no saben nada.

—Pero si ha sido el obispo de Sigüenza quien me lo ha contado. Tiene que ser verdad —afirmó Enrique pensativo.

—Puede que él lo crea así —le contesté—, pero seguro que le han engañado.

El obispo de Sigüenza y otros tres caballeros habían viajado a Portugal con la misión de tratar sobre la ampliación de treguas entre los dos países. A su regreso informaron que no era posible firmar ningún tipo de tregua porque el duque de Benavente estaba en tratos con el rey portugués para acordar la dote ante el inminente matrimonio con una de sus hijas bastardas. Decían que el rey de Portugal pedía al de Castilla que entregase al duque el castillo de Zamora. No se necesitaba ser demasiado perspicaz para darse cuenta de a quién beneficiaba especialmente aquella operación.

Pero lo curioso es que al poco tiempo llegó a Segovia, donde se encontraba la corte, la tía de Enrique y reina de Navarra, Leonor, que pidió hablar con su sobrino delante de los tutores. Venía en representación de su hermanastro, el duque de Benavente, para decirle a Enrique que había sido el maestre de Avis quien le pidió que se casara con una de sus hijas bastardas. Leonor mostró como prueba una carta supuestamente del monarca portugués. Y aseguró que el duque de Benavente no quería aquel matrimonio con una portuguesa, porque aquel país era enemigo de Castilla.

Leonor aseguró que el duque sí quería casarse y pedía autorización para hacerlo, pero con una hija del conde don Sancho.

Uno de los tutores preguntó a la reina de Navarra:

—¿A qué hija de don Sancho os referís? ¿No será a Leonor, la viuda de Díaz Sánchez de Rojas?

—Ella es la elegida —aseguró la reina de Navarra.

Díaz Sánchez Rojas era el caballero asesinado en las inmediaciones de Burgos. Se había sospechado de la autoría de gente al servicio del de Benavente. Si ahora éste se casaba con la viuda, las sospechas serían aún mayores. Pero eso no pareció importarle a nadie.

—¿Está la hija del conde don Sancho de acuerdo con la boda? —le preguntó Enrique a su tía.

—Por supuesto.

—Pues si es así, yo no tengo nada que objetar —afirmó Enrique.

El arzobispo Tenorio, que seguía muy interesado la conversación, intervino para sugerir a Enrique la conveniencia de la que la hija del conde don Sancho acudiera a la corte para confirmar que éstos eran sus deseos. Mi marido se mostró de acuerdo y así la hicieron llamar.

Después de conocer que la susodicha estaba de acuerdo con la boda, Enrique le dijo a su tía que a él le placía el casamiento y que se lo comunicara así al duque de Benavente. La reina de Navarra se mostró muy satisfecha y comentó que la boda se celebraría en su villa de Arévalo.

Yo no sabía si mi hermana, la reina de Portugal, me había engañado o si de verdad desconocía que su marido hubiera escrito la carta. También podría suceder que la carta fuese falsa. De todas formas, el tema parecía solucionado. Aunque me sorprendía que fuese de la mano de la tía de mi marido de quien llegase el acuerdo, porque ella no sembraba más que la discordia.

Recuerdo que en aquellos momentos pensé que yo era injusta y que debía rectificar mis sentimientos hacia la reina de Navarra.

Pero no era yo sola quien dudaba de la buena voluntad de la tía de mi marido. El arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, le pidió a Enrique que enviara a su contador mayor, Juan Sánchez de Sevilla, a entrevistarse con el duque de Benavente, pues temía que todo

fuese una componenda para calmar los ánimos. De hecho, eso es lo que sucedió, ya que el duque seguía pensando en el matrimonio con la hija del rey de Portugal. Una vez que Enrique conoció las verdaderas intenciones de su pariente, envió al arzobispo Tenorio en una última tentativa.

No es que yo creyera en la maldad intrínseca de los parientes de mi marido por su origen, porque el de Enrique era el mismo; claro que siempre pueden existir excepciones. Pero lo cierto era que nunca nos dejarían en paz. Resultaba enormemente complicado tomar decisiones porque los miembros del Consejo de Regencia no se ponían de acuerdo. Lo único que conseguían era dilatar una situación que cada día adquiría distintas complicaciones. Después del problema ocasionado por la supuesta boda —que nunca se celebró—, el duque de Benavente se sentía marginado y decía temer que Enrique le atacara. Así justificaba el reclutamiento de hombres y armas de los que se rodeaba.

Pese a todas estas maniobras, los delegados de uno y otro país consiguieron llegar a unos acuerdos por los que se posibilitó la tregua de paz entre castellanos y portugueses. Treguas que se fueron renovando. Treguas siempre importantes hasta el momento en que se vulneran. Desgraciadamente esto solía suceder, y en este caso fue Portugal quien decidió atacar Badajoz. Pero para entonces, Enrique ya había sido proclamado rey y nombrado caballero en el monasterio de Santa María la Real por la imagen articulada del apóstol Santiago. Siempre me pareció muy curiosa esta costumbre mantenida desde el siglo XIII en Castilla. Como los reyes no podían ser investidos caballeros por nadie, ya que no reconocían la existencia de seres superiores, se pensó en esta fórmula: sería la pequeña estatua articulada del apóstol Santiago la que moviendo el brazo derecho con una espada los armaría caballeros.



Aquel 2 de agosto de 1393 fue un día importante para nosotros. Al acto de coronación asistieron algunos miembros del Consejo de Regencia y el legado del papa. Después del discurso del arzobispo García Manrique, Enrique dejó muy clara su intención de gobernar en solitario. Desde ese momento, él era el rey. Me sentí muy honrada de que me asociara al trono junto con su hermano, el infante Fernando, mientras no tuviésemos un heredero.

—Mi reina y señora, cómo me alegra que compartáis conmigo el trono. Se terminaron las componendas y las vacilaciones. Gobernaré con mano firme. Restableceré el poder real. Convocaré inmediatamente Cortes en Madrid.

Enrique estaba exultante y dispuesto a terminar con las intrigas de sus parientes, aunque para ello tuviera que asumir un enfrentamiento armado. Su proclamación se había realizado dos meses antes de cumplir los catorce años porque Enrique, apoyado en su gente de confianza, decidió acabar con aquel caos creado por sus tutores.

Después de vencer al duque de Benavente dispuso su prisión en Burgos para ordenar posteriormente su traslado al castillo-fortaleza de Almodóvar del Río donde fallecería al cabo de un año, y no envenenado por orden de mi marido, como algunos aseguraron.

Diego López de Stúñiga, nuestro justicia mayor, había dejado patente su valía y

fidelidad al rey al vencer al duque y a todos sus seguidores.

Nunca me he recreado deseando la muerte de nadie pero resultaba evidente que mientras los parientes de mi marido, los descendientes del fratricida Enrique II, no desaparecieran de nuestras vidas seguiríamos soportando sus traiciones. Era imposible pensar en el futuro con sus siempre acechantes amenazas.

El fallecimiento del duque de Benavente favorecía, sin duda, la gobernabilidad del reino. Pero aún quedaban graves problemas por resolver. Uno de ellos estaba en Asturias, donde el levantisco y separatista Alfonso Enríquez, conde de Noreña, seguía haciendo de las suyas.

Alfonso Enríquez era un personaje ambicioso, díscolo, tirano y pendenciero. Dispuesto siempre a cometer irregularidades con tal de que le beneficiaran. Era hijo bastardo del rey Enrique, el fratricida, que fue quien le concedió el título y que, ante el comportamiento de su hijo, tuvo que acudir a poner un poco de orden en la conducta de su descendiente. Alfonso Enríquez cobraba tributos en los concejos de realengo y también en los pertenecientes a la Iglesia. También gravaba en exceso los de las tierras pertenecientes a su condado.

Si el conde de Noreña se atrevió a desafiar a su propio padre, ¿cómo no iba a seguir idéntico comportamiento con su hermanastro y con su sobrino?

A su padre y a su hermanastro —mi suegro Juan I— les engañó. Prometió a su padre no volver a «merinar» y siguió haciéndolo. Y cuando su hermanastro acudió a Asturias para saber de sus tratos con Portugal, el conde de Noreña no dudó en jurar fidelidad a su hermanastro y rey, en la capilla de las Santas Reliquias de la catedral de Oviedo. Aunque al año siguiente reanudó sus relaciones con el rey de Portugal. Mi suegro ordenó entonces su encierro en prisión y lo desposeyó de todas sus propiedades, entregándoselas al obispo de Oviedo, don Gutierre.

El conde de Noreña debería haber permanecido toda su vida en la cárcel. Pero Enrique, influido por sus familiares, decidió confiar en él, concediéndole la libertad.

Recuerdo que unos días antes de emprender la campaña contra el conde de Noreña nos encontrábamos en Valladolid, donde se iba a celebrar la boda de mi cuñado el infante Fernando con su prometida, Leonor de Albuquerque. Enrique y yo éramos desde hacía casi dos años reyes de Castilla. Y algunos pensaban que, ante nuestra falta de descendencia, el infante Fernando debería ser proclamado Príncipe de Asturias, hasta que nosotros diésemos un heredero legítimo a la corona.

Aquella noticia me entristeció por lo que podía significar para mi futuro en Castilla. Pero tanto Enrique como su hermano Fernando rechazaron la idea y yo volví a sentirme tranquila.



Quise a Enrique desde el primer momento y él siempre confió en mí. Era listo y sabía que yo nada haría en su contra porque sería como hacérmelo a mí misma. Además yo era como un símbolo de paz. Mi presencia a su lado acallaba muchas voces que de no ser así no dejarían de atormentarle. El nuestro fue un matrimonio que sirvió para cicatrizar

viejas heridas abiertas en el corazón de los castellanos. Enrique y yo siempre fuimos conscientes de ello.

Lo cierto era que no me acostumbraba a verlo salir hacia la guerra. Siempre fui una persona protectora y pensaba que estando yo a su lado podría evitarle muchos peligros. Por ello, cuando acudió a despedirse porque se iba para Asturias, le pedí permiso para acompañarle al Principado, mas, como era de esperar, mi marido se negó. Sin duda tenía razón, las mujeres no debían participar en las guerras, porque eso era lo que le esperaba en Asturias.

El conde de Noreña, al encontrarse de nuevo en libertad y pudiendo maniobrar a su antojo, pronto se hizo con la voluntad de la nobleza asturiana, que le ayudó a crear una fortaleza en Gijón en la que se haría fuerte durante toda la contienda.

Fue un duro y prolongado asedio, en el que los seguidores del conde lucharon con valentía y resistieron hasta el último momento, algo que no hizo él mismo. Alfonso Enríquez huyó a Francia dejando a su mujer, la condesa Isabel, al frente de la defensa de la fortaleza.

Enrique decidió destruir Gijón para que jamás aquellas tierras pudiesen acoger al traidor. Comprendí su reacción, aunque lamenté la desaparición de algunos testimonios históricos de aquella población que, por formar parte de Asturias, yo sentía cercana.

Fue después del asedio de Gijón cuando oí por primera vez el nombre de Pero Niño. Hablaban de él como de un auténtico héroe. Había luchado con más bravura que nadie para derrotar al conde de Noreña. Desgraciadamente estaba herido y temían por su vida.

Un día Enrique, muy contento, me dijo que el valiente caballero se estaba recuperando y ya se encontraba fuera de peligro.

—No sabéis, Catalina, cómo me alegro, porque Pero Niño es para mí algo más que un aguerrido soldado.

No dije nada, sólo le miré un tanto sorprendida.

—Claro, perdonad —me dijo entonces—, no tenéis ni idea, ¿cómo ibais a saberlo? Pero Niño es como si fuera mi hermano. Su madre, Inés Laso, fue mi nodriza. Y Pero, que tiene un año más que yo, fue mi compañero de juegos infantiles.

Enrique hablaba de aquel muchacho con verdadero cariño. Mi esposo era bueno y afable por naturaleza, pero en esta ocasión no se equivocaba. El joven montañés le sirvió toda su vida con auténtica fidelidad y devoción. Años más tarde, convertido en almirante de la armada castellana, Pero Niño protagonizó gestas heroicas, siempre al lado de su rey y amigo.

Enrique tuvo suerte con la mayoría de las personas de las que se rodeó. Ninguna pertenecía a la nobleza tradicional. Con el tiempo formarían una clase social emergente, una nueva nobleza a la que llegaban después de haber prestado importantes servicios. No estaban en los cargos por ser nobles, sino que llegaron a poseer títulos después de haber demostrado su valía en los puestos que desempeñaron al servicio de la corona. Sin embargo, creo que ni uno solo de sus parientes hizo nada por apoyarlo en su consolidación como soberano.

Después de poner fin a las amenazas de sus dos tíos separatistas, el duque de Benavente y el conde de Noreña, mi marido se propuso solucionar la situación de su tía Leonor, la reina de Navarra.

Al final, no le quedó más remedio que mandar detenerla. Y así, con grandes cuidados pero sometida a una estrecha vigilancia, doña Leonor fue llevada a Tordesillas.

Enrique le volvió a rogar que volviera a Navarra con su marido, que incesantemente

enviaba mensajeros solicitando su regreso. Pero Leonor insistía en lo mal que su esposo se había portado con ella. Enrique decidió entonces enviar a dos obispos de su confianza para tomar juramento al rey de Navarra de que su tía no sufriría ningún desplante si regresaba y estaría segura en la corte de Navarra.

El navarro no sólo se comprometió a respetar a su mujer y hacer que su vida fuera tranquila sino que aseguró que todo lo que Leonor había contado eran mentiras y que siempre había sido su voluntad la de honrar a su mujer. Y pedía al rey de Castilla que, en caso de incumplimiento de su juramento, le declarase la guerra.

Cuando Enrique conoció la reacción del rey de Navarra, ordenó a su tía abandonar Castilla. Y él mismo la acompañó hasta Alfaro. Muy cerca, en Tudela, la esperaba su marido.

Desde entonces no hemos vuelto a saber de ella. Pero sí tenemos información de que su vida discurre tranquila al lado de su esposo.



Con la flor de azahar en mis manos y aspirando voluptuosamente su aroma le comenté a Enrique:

—Me parece imposible que hayáis conseguido doblegar a todos vuestros parientes. Sois un gran rey, esposo mío. Ya podemos trabajar para el futuro. Estoy deseando entregarme a vos.

Sus manos pugnaban por apoderarse de mis pechos que esperaban anhelantes. Nunca había experimentado semejante excitación. Miré a Enrique, a él le sucedía lo mismo.

Fue una noche tan especial que a punto estuve de pedirle a mi criada que volviera a darme aquella fórmula maravillosa. Pero Enrique presentaba signos de excesivo cansancio y en Sevilla le esperaban graves problemas que debía intentar solventar.

No era la nuestra una visita de cumplido, sino todo lo contrario. La grave situación por la que atravesaba la ciudad andaluza había llevado a Enrique a tomar la decisión de acudir personalmente, para asegurarse de que en esta parte del reino se cumpliesen sus órdenes.

La lucha por el poder en aquella ciudad donde mandaba la nobleza, la protagonizaban dos conocidas familias, los Ponce de León y los Pérez de Guzmán.

La nobleza sevillana era potentísima y muy rica. Vivían en unas mansiones, casi palacios, rodeadas de murallas y torres. Eran como pequeñas fortalezas en las que sus dueños disponían de todo para hacerse fuertes en caso de ataque.

El responsable de la actual situación había sido Enrique, el bastardo fraticida, el rey a quien se le conoció como el de las Mercedes. Sí, el abuelo de mi marido tuvo especial interés en enriquecer a parientes y allegados. Su madre, la amante del rey Alfonso XI, Leonor de Guzmán, había nacido en Sevilla y pertenecía al linaje de los Guzmanes, la familia que era famosa por su lucha con los Ponce de León para adueñarse de Sevilla.

La presencia y el protagonismo que tenía el pueblo en el reinado de mi abuelo Pedro I desaparecieron con los Trastámara.

Enrique se encontraba con la siguiente realidad: si la nobleza sevillana no estaba de

acuerdo con lo dispuesto por él, que era el rey, no lo cumplía. Lo acataban, pero luego decidían según su criterio. Los grandes señores eran los únicos dueños de Sevilla. De hecho, Enrique había enviado al regimiento hispalense veintitrés cartas, para que se corrigiesen los abusos políticos y administrativos. Al poco tiempo, encomendó al justicia mayor don Diego López de Stúñiga visitar Sevilla para asegurarse de que se cumplía lo dispuesto en las cartas reales. Ante la postura de los nobles, que seguían comportándose como si no se hubiesen enterado de nada, Enrique llegaba a Sevilla para hacerse respetar y conseguir una mejor convivencia entre los sevillanos.

A pesar de ser éste un problema muy grave, al que Enrique debía hacer frente, existía otra dramática realidad que nos angustiaba. Cerca de cuatro mil personas, mujeres, hombres y niños, todos judíos, habían encontrado la muerte en Sevilla a manos de una población enloquecida por los sermones de un sacerdote, el arcediano de Écija, Fernando Martínez.

Los trágicos sucesos se habían registrado en la minoría de edad de Enrique y aunque una de las primeras cosas que hizo al asumir el poder fue la de ordenar el encarcelamiento del arcediano e imponer una multa al vecindario y ayuntamiento de Sevilla, Enrique deseaba restablecer la vida en la judería sevillana, pero iba a resultar inútil; sólo unas cuantas familias seguían viviendo allí.

Sin comentarle nada a mi marido, que se había ausentado para mantener reuniones con las autoridades de la ciudad, decidí salir con una de mis amas. Me vestiría como una criada para que nadie pudiera identificarme. Deseaba percibir la auténtica vida de Sevilla, mezclarme con la gente y enterarme de lo que pensaban.

Quería acercarme al barrio de Triana y ver la iglesia de Santa Ana de la que mi madre me había hablado en muchas ocasiones. Y deseaba, sobre todo, saber si aún recordaban al rey Pedro y a su mujer María de Padilla.

Según mi madre, Sevilla fue la ciudad más amada por mi abuelo, aunque no hubiera nacido en ella. Tal vez por eso Sevilla no correspondió al amor de su rey queriendo más a su hermanastro, al asesino Enrique, que sí era sevillano.

De todas formas, el cariño que se hace notar en las ciudades es el de los poderosos y no el de la gente llana que queda oculto en la miseria y el silencio de los barrios pobres.



No resultó nada fácil disimular mi aspecto, bastante distinto al estereotipo castellano. Mi elevada estatura, mi pelo rubio y mi tez casi marmórea me distinguían del resto.

—Mi señora, ¿no será una temeridad lo que vamos a hacer? ¿Y si nos descubren?
—Mi buena y fiel ama, Beatriz Enríquez, no podía disimular el miedo, que iba en aumento cada vez que me miraba—. Es imposible, doña Catalina —me decía compungida—, nadie creerá, con esa piel tan blanca, que sois una sirvienta.

—Se la puedo tizar un poco —intervino Rosina, que era quien me estaba arreglando.

—Sí, sí —respondió Beatriz—, píntale unos cuantos churretes.

—Pero daos prisa —las apremié yo, que estaba impaciente por sentir el latido de la

urbe, como una transeúnte más. En aquellos momentos de curiosidad y emoción ante lo desconocido, no podía imaginar lo dolorosa que sería para mí aquella experiencia.

Salimos por una de las puertas menos transitadas y nos dirigimos hacia el Guadalquivir, ya que para ir a Triana era necesario atravesar el río y éste era otro de los inconvenientes que Beatriz no dejaba de recordarme.

—Doña Catalina, el puente de barcas puede ser peligroso.

—No exageres, Beatriz, no pasará nada. Las barcas están perfectamente unidas y los tablones son seguros.

A pesar de ser invierno no hacía mucho frío, pero la humedad del río se dejaba sentir.

Aquel hermoso río..

Hacia años que los sevillanos estaban tratando de impedir que las subidas del Guadalquivir anegaran periódicamente su vida de zozobra e inquietud. Muchas veces fueron sobrepasados los adarves de las murallas por el agua que conseguía traspasar la puerta del Arenal, llegando incluso a la catedral.

Aquel hermoso río era causa de muchas desgracias y también camino de riqueza y vida.

Al llegar a Triana lo primero que hicimos fue dirigirnos a la iglesia de Santa Ana. Mi madre me había dicho que aquél era el primer templo cristiano que se construyera en Sevilla ya que las otras iglesias procedían de antiguas mezquitas.

Santa Ana era un edificio hermoso de tres naves, de estilo gótico. Pero lo que me resultaba más curioso era la utilización de ladrillo. Se trataba indudablemente de un templo cristiano, pero se notaba que en él habían trabajado personas de otras culturas.

Arrodillada ante el altar recordé que mi madre me contó que la iglesia fue construida por decisión de uno de mis antepasados, el rey Alfonso X, en acción de gracias a Santa Ana por la curación de un ojo. Pensé en aquellos momentos que tal vez si yo le rezaba a Santa Ana con verdadera devoción también a mí me concedería lo que más deseaba en la vida. Con lágrimas en los ojos pedí quedarme embarazada, quería darle un heredero a Castilla.

Triana me causó buena impresión y me sorprendió la actividad de la zona. Allí se desarrollaban los más diversos trabajos; había talleres de alfarería, panaderías y hasta una fábrica de jabón.

Nos mezclamos con la gente que deambulaba de un lado a otro. Se veían algunos extranjeros. Ciertamente el río facilitaba la llegada de personas de otros lugares. Beatriz se interesaba por todo haciendo las delicias de los vendedores que creían ver en ella a una posible dienta. Le pedí que nos dirigiéramos hacia la zona de la que provenía un fuerte olor a brea.

Yo nunca había visto cómo se daba el último toque a las embarcaciones antes de que surcaran las aguas. El hombre que se dedicaba a estos menesteres, sorprendido por nuestro interés, nos explicó de mala gana para qué se untaban las embarcaciones de brea.

Cuando ya nos íbamos me fijé en una mujer que, sentada muy cerca de la puerta del taller, miraba fijamente la embarcación. Beatriz observando el interés que aquella persona despertaba en mí, le dijo:

—¿También tú trabajas aquí o estás esperando a alguien?

La mujer nos miró con gesto cansado y haciendo un esfuerzo nos respondió:

—Ni lo uno ni lo otro. Hace años que no espero nada. Tampoco trabajo.

—¿De que vives? —le pregunté.

—Siempre hay alguien que me ayuda —contestó, dirigiendo sus ojos hacia mí como sorprendida, para preguntarme a continuación—: ¿Eres extranjera?

Sin darme tiempo a contestar, intervino mi ama Beatriz:

—No. No es extranjera, la conozco desde niña. Las dos somos de Soria, lo que sucede es que ella ha estado fuera y habla otros idiomas.

—La verdad es que no me importa ni quiénes sois, ni de dónde procedéis, pero tu amiga desde luego no se parece en nada a ti. Tú —dijo, dirigiéndose a Beatriz— puedes pasar por ser una sirvienta, ella no.

Quise observar con más detalle su cara, pero se había dado la vuelta y miraba ensimismada al interior del taller. Había dejado de fijarse en nosotras, como si no existiéramos. Mientras nos alejábamos, pensé que tal vez aquella mujer podría haber conocido a mis abuelos, porque tendría unos cuarenta años.



Deambulamos de un sitio a otro durante toda la mañana sin que yo consiguiera satisfacer mi curiosidad sobre lo que pensaba el pueblo de Sevilla de mis antepasados. Habíamos intentado sonsacar la opinión de algunas personas, pero decían no saber. Era como si todavía existiese miedo a hablar del perdedor por temor a las represalias.

Yo sabía que Beatriz no aprobaba mi comportamiento, y la verdad era que resultaba un poco absurda mi actitud. No sé qué esperaba conseguir. ¿Necesitaba ver reafirmada la idea que yo tenía sobre la vida de mis abuelos? ¿Dudaba de lo que me había contado mi madre al conocer la opinión contraria de los nobles y los grandes de las ciudades? ¿Y si en el fondo las gentes humildes pensaban lo mismo? No, eso no podía ser, ya me lo habrían dicho. Nadie reprime sus opiniones negativas sobre alguien que ya no existe y si además sabe que esas opiniones negativas son las que mantienen sus amos y señores.

—Doña Catalina, creo que deberíamos regresar al alcázar.

—Sí, Beatriz, pero antes me gustaría pasar por la judería.

—Sólo viven unas cuantas familias. Habrá poca gente por las calles y se fijarán en nosotras —me previno Beatriz preocupada.

—No temas, no nos pasará nada. Son gente pacífica, y sobre todo después de lo que les ha sucedido, los que tendrán miedo serán ellos.

Seguramente Enrique me llevaría con él a visitar el barrio judío en el que sólo quedaba una de las tres sinagogas que antes de la matanza tenían, pero yo sentía cierta curiosidad y deseaba ir sola porque quería transmitirles mi pena por lo sucedido sin revelar mi verdadera identidad. La verdad era que no conocía a muchos judíos, pero mi madre me había hablado bien de ellos. Y yo entonces les tenía mucha simpatía.

Al pasar al lado de la sinagoga, que estaba cerrada, sentimos que alguien lloraba. Miramos y no vimos a nadie en la plaza. Al dar la vuelta, descubrimos en la parte de atrás del templo a una mujer que pegada a la pared se mesaba los cabellos llorando desconsoladamente. Era la misma mujer que habíamos visto en el taller de calafate. Ella no se percató de nuestra presencia y pudimos escuchar lo que decía entre sollozos:

—¿Por qué Dios mío, por qué no me has llevado con ellos?! El odio me impide

respirar, exijo venganza y no podré descansar hasta conseguir ver muertos a los causantes de tanto mal. Mis hijas, mis pequeñas... Dime tú, Adonais, ¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo seguir viviendo sin ellas. Sí ya sé... Mi único consuelo es que Saúl se haya ido con sus hijas. Si él viviera, tendría valor para que juntos nos quitáramos la vida, pero yo soy una desgraciada cobarde.

No pude seguir escuchándola más tiempo y con el corazón roto por la emoción me acerqué a aquella pobre mujer, que intentó marcharse al ver que no estaba sola.

—No te vayas, espera, por favor —le pedí lo más amablemente que puede.

—Vosotras otra vez —exclamó casi gritando—. No tenéis ningún derecho a inmiscuirse en mi intimidad.

—No es eso lo que pretendemos. Espera, por favor.

—Qué es lo que queréis, entonces, ¿denunciarme?

—Sólo deseamos ayudarte en la medida de nuestras posibilidades y decirte que sentimos lo que te haya sucedido. El tiempo todo lo cura; no puedes negarte a seguir viviendo. Ya verás cómo poco a poco vas recobrando la normalidad.

La mujer había dejado de llorar y me miraba con cierta expresión de burla. Pero sus ojos se escapaban, sin ningún tipo de control, clavándose en mí con una fuerza rabiosa que me hacía daño. Pensé que bien podría estar loca, y me asusté.

—¿Cómo me vais a ayudar? ¿Devolviéndome a mis hijas y a mi marido? ¿Haciendo que lo vivido hace unos años fuera simplemente una pesadilla de la que vosotras me despertáis ahora? Pobres ingenuas. No, mejor, pobre ingenua, ¿me estabas buscando? —inquirió, dirigiéndose a mí—. ¿Necesitabas acallar tu conciencia? La mayoría de las veces, los poderosos, los reyes no tienen conciencia. Es posible que tú seas una excepción.

La mujer daba vueltas sin cesar, riendo como una posesa. Beatriz me miró aterrorizada.

—Señora, vayámonos inmediatamente de aquí.

—No, espera. Necesito hablar con ella y que me explique lo que le ha sucedido.

—Lo sabes de sobra, reina Catalina. Desconoces el número de víctimas que hubo en mi familia cuando la matanza de judíos de hace cuatro años y medio, pero sabes, claro que lo sabes, que yo soy una de las supervivientes de la horrible masacre. Sí, reina, yo, Raquel, me he quedado sola en el mundo. Mis dos hijas, Raquel y Lía, mi marido Saúl, mis hermanos, Daniel y David, así como mis cuñadas y sobrinos desaparecieron de pronto aquel fatídico 6 de junio de 1391. ¿Quieres conocer lo que sucedió, reina? Pues te lo voy a contar. Es posible que mi relato te impida dormir alguna noche, y eso sería lo justo, porque una de las misiones de los reyes es la de velar por la seguridad de todos sus súbditos. Y nadie se preocupó de nosotros, reina, nos dejaron morir como a perros.

¿Cómo me había reconocido? Una cosa era que dudase que fuera una sirvienta, pero de ahí a averiguar mi verdadera identidad...

—Creo que me estás confundiendo —dije convencida, para añadir—: Pobre de mí, que más quisiera yo que ser la reina Catalina de Lancaster.

—Lo eres. No trates de disimular. Los reyes han llegado ayer a Sevilla. Sé que la reina es rubia y muy blanca, como tú. Además, sólo a una nieta del rey Pedro se le ocurriría venir sola a la judería.

Aquella reflexión me desarmó, y sin hacer caso de mi ama Beatriz que tiraba de mí en un intento de que nos alejáramos del lugar, le pregunté a la mujer judía:

—¿Conociste al rey Pedro I?

—Sí. Y a doña María de Padilla.

Me fijé en la expresión del rostro de la mujer judía que se había dulcificado al recordar a mi abuela. Reprimí mis deseos de preguntarle inmediatamente por mis antepasados y me interesé por lo que a ella le había sucedido.

—Tienes razón, Raquel, soy la reina Catalina. La verdad es que desde que llegué a Sevilla sentí deseos de acudir al lugar donde se había producido la desgracia. Sé que poco puedo hacer, pero quería decirle a alguno de los afectados que lo siento. Lo siento de todo corazón. Es cierto que nuestra misión es velar por el bienestar de nuestros súbditos, pero el rey Enrique era menor de edad y aún no había asumido el poder. Nada podíamos hacer.

—Siempre se puede hacer algo. Lo que sucedió se veía venir. Dos veces acudieron las autoridades a poner orden en la judería ante las amenazas de los sevillanos. Pero se conformaron con calmar los ánimos momentáneamente, sin darse cuenta, o sin querer dársela, de que el odio iba en aumento. ¿Por qué no han condenado a muerte a los asesinos? No descansaré hasta que desaparezcan todos. ¿Crees que no tendría fuerzas para atravesar con una daga el corazón de aquellos que degollaron a mis niñas? No lo dudaría ni un instante.

Raquel había comenzado a llorar. El dolor de aquella mujer era desgarrador. Poniéndole mi brazo sobre los hombros le pedí que nos sentáramos en un poyo de piedra. Pero ella seguía hablando:

—Había amanecido un día maravilloso con un sol más luminoso que nunca. Ni Raquel ni Lía quisieron acompañarme en unas visitas que yo tenía que hacer aquella mañana en Triana. Se quedaron en casa porque deseaban terminar unas túnicas para la fiesta. Su padre, mi marido Saúl, se fue al trabajo como siempre. Nos queríamos mucho, éramos muy felices. Había estado casi toda la mañana ocupada con la dueña del taller de calafate, y cuando regresaba a casa, cerca del Real Alcázar, escuché un enorme griterío y vi a mucha gente corriendo en dirección a la judería, mientras gritaban: «¡Muerte a los judíos! ¡Acabemos con ellos para siempre!». Sin saber muy bien lo que hacía, me uní a uno de los grupos y corrí con ellos. De repente, fui consciente de lo que estaba pasando; unos cuantos hombres con machetes y dagas en la mano venían en sentido contrario a nosotros. Uno gritando nos dijo: «Creo que deberíais volveros, ya no tenéis nada que hacer porque los han matado a todos. Pero seguid por si alguno ha conseguido escapar». No sé cómo fui capaz de llegar a la judería. El horror era tal que no podía ni gritar; las calles estaban ensangrentadas y cubiertas de cadáveres. Muchas casas habían sido destruidas. Sin poder dar crédito a lo que estaba viendo, busqué a mis hijas y a mi marido entre los cuerpos que yacían por doquier. Descubrí muchos rostros amigos, pero ellos no estaban. En medio de la desesperación pensaba que tal vez mis hijas habrían acudido al taller en el que se encontraba su padre trabajando. Esta ilusión me daba fuerzas para seguir. Cuando estaba llegando a casa, escuché que alguien me llamaba. Era una voz de mujer, una voz débil, apenas audible. Comencé a mirar entre los cuerpos y de pronto descubrí a mi cuñada Sara, que con un hilo de voz me decía: «Nos han matado a todos. A mis hijos, a los tuyos, a nuestros maridos, a nuestros hermanos...». Estaba malherida. La abracé tratando de reanimarla, pero expiró en mis brazos. Corrí desesperada hacia casa y al entrar en el patio los encontré. La cabeza de mi hija mayor yacía alejada del resto del cuerpo... Saúl, con el pecho destrozado, parecía querer proteger con sus brazos a Lía que estaba a su lado. ¿Cómo se puede vivir después de haber sufrido semejante desgracia? Desde entonces vago como alma en pena recorriendo la ciudad porque mi familia está aquí. Y quiero que me cobije el mismo techo que a ella.

Era un relato sobrecogedor y no me sorprendía que aquella pobre mujer no

encontrase ningún sentido a su existencia. Intenté consolarla como mejor supe y traté de ampararme en la fe, en la confianza que debía seguir manteniendo en Dios.

—Qué más quisiera yo —me dijo— que encontrar refugio en la fe, pero Yahvé ya no es luz para mí. Todo mi mundo es oscuro. Vivo en la más absoluta tiniebla.

Entendía muy bien su desesperación, sus deseos de venganza, su incapacidad para reanudar una existencia normal. La verdad es que no sabría cómo reaccionaría yo de encontrarme en una situación similar, si todavía odiaba al asesino de mi abuelo y estaba encantada de que sus descendientes hubieran sido neutralizados por mi marido —que también era su descendiente, pero al que yo había impregnado de legalidad al casarme con él, y eso era lo que contaba.

Raquel, la mujer judía, se había quedado como ausente. Las manos cruzadas sobre su regazo y la mirada perdida en la infinitud de su dolor. Llevaba más de cuatro años viviendo a la intemperie. Lo cierto es que costaba creerlo, pues su aspecto no era el de una persona enferma. Tal vez la locura le daba fuerzas para soportar una vida tan dura.

Le pedí que nos acompañara, asegurándole que le hablaría a Enrique de su caso, y animándola con la posibilidad de que mi ayuda, que le brindaba con total sinceridad, podría ayudarla a reanudar su vida. Raquel me miró con cierta altivez y sonriendo desganadamente dijo, dirigiéndose a mi ama Beatriz:

—Igual que su abuelo. El rey don Pedro también quería mucho a los judíos hasta que se cansaba de ellos y les mandaba cortar la cabeza.

—¿Qué sabes tú de las razones que movieron al rey don Pedro? —pregunté indignada.

—Qué importan las razones. Los poderosos siempre encontrarán justificación para sus actos delictivos. La muerte de un judío no se considera como algo grave. Tu abuelo mandó ajusticiar a uno de sus servidores más fieles, al judío Samuel ha Leví. De esto puedo dar fe. De otras cosas que dicen no, porque las desconozco. Adiós, reina Catalina, que la vida te sonría.

No quería dejarla marchar. Me había ofendido, pero estaba dispuesta a ayudarla. No podía tener en cuenta la acusación hecha a mi abuelo. Yo conocía la historia y es probable que el rey Pedro se dejara llevar de los malos consejeros. Pero también era verdad que su hombre de confianza, Samuel ha Leví, le había robado. Hoy sé que Raquel tenía bastante razón en sus argumentaciones y que no se equivocaba al compararme con mi abuelo. Llegaría un día en el que yo también causaría dolor a los judíos. Pero en aquel tiempo no había vivido determinados acontecimientos. Entonces yo era ingenua en algunos aspectos, y aquella mujer necesitaba una ayuda que yo podía prestarle.

—Raquel, ¿por qué no nos acompañas? Yo puedo buscarte en el alcázar alguna ocupación, ya que no deseas dejar Sevilla. Ven con nosotras y lo piensas durante toda la tarde.

—No, reina, mi camino está trazado y no discurre paralelo al tuyo. Es imposible que abandone la calle. Jamás volveré a vivir en una casa. Mi destino hasta que me muera es vagar por la vida como alma en pena.

De nada servía que intentara convencerla. De verdad quería ayudarla, pero también me intrigaba lo que había comentado sobre las historias de mi abuelo. No sabía muy bien cómo abordar el tema y decidí hacerlo directamente.

—¿A qué historias del rey Pedro te referías antes?

—¿Es por eso por lo que te intereso? Pues voy a ser buena y te las voy a contar, porque estoy segura de que alguien lo hará y dará por ciertas muchas de las leyendas que

envuelven la figura de tu abuelo y que sólo son eso, leyendas. Puede que algunas sean verdad y otras no, todo dependerá de quien las valore. Pero existe una que todavía estás a tiempo de comprobar si fue verdad.

—¿Cómo? —pregunté intrigada.

—Visitando a doña María Coronel, que vive como abadesa en el convento que ella fundó, el de Santa Inés, aquí en Sevilla. Ella es la protagonista de una de las más terribles historias.

No tenía ni idea de quién podría ser María Coronel. De momento pensé que la mujer judía se estaba burlando de mí, aunque al ver la expresión de mi ama Beatriz, supe que hablaba en serio.

—¿Y qué relación tenía esa monja con mi abuelo, el rey Pedro? Pregunté inocentemente.

—Ninguna. Por evitar la relación, precisamente, María Coronel, según cuentan, se tiró sobre el rostro aceite hirviendo para quedar desfigurada y que el rey no volviera a fijarse en ella.

—¿Se dedicaba mi abuelo a ir por los conventos conquistando monjas?

—No. Aunque no creo que sintiera muchos escrúpulos si lo hiciera. Pero don Pedro tenía suficiente con las mujeres que conocía fuera de los muros conventuales.

—Pero, ¿y la abadesa?

—Cuando don Pedro la conoció, no lo era. Te voy a contar la historia.

Me contó ésta y otras leyendas que prendieron la inquietud en mi espíritu. Volví a insistir para que Raquel nos acompañara, deseaba hacer algo por ella. Pero la mujer judía rechazó de nuevo mi propuesta.

—Adiós, reina, es posible que volvamos a encontrarnos. Sólo deseo que no te perturbe lo que te contado porque son simples leyendas. Además los seres humanos somos débiles, y tu abuelo, a pesar de su fuerza y poder, lo era.

La vi alejarse con paso vacilante, y por primera vez en mi vida no sentí rabia, ni rencor hacia alguien que me había herido, sino todo lo contrario. En el fondo, debería sentirme agradecida porque en todo momento quiso dejarme muy claro que eran leyendas y que nadie podía asegurar que fueran verdad.



De camino al alcázar le pedí a Beatriz que fuéramos al lugar donde Raquel nos había dicho que se encontraba la estatua del rey don Pedro. Según decía la leyenda que ella nos contó, una noche en esa calle se cometió un asesinato y una anciana al oír el ruido de las espadas salió asustada a la ventana, y tan nerviosa estaba, que el candil que llevaba se le cayó a la calle.

La mujer se escondió temiendo lo que podría pasarle si la descubrían, porque, antes de ocultarse, había visto a un hombre que le recordó la imagen del rey. Y cuando más tarde escuchó aliviada que se iban de la plaza, que nadie venía en su busca, un ruido característico le hizo reafirmarse en su primera impresión: al rey Pedro, le sonaban las canillas al andar.

El muerto era miembro de la familia de los Guzmanes y cuando éstos acudieron al

rey a solicitar justicia, don Pedro les aseguró que él personalmente se ocuparía, prometiéndoles que cuándo descubriera al culpable, ordenaría poner su cabeza en el lugar donde se había celebrado el duelo.

Se enteraron las autoridades de que una anciana había sido testigo y la llevaron a declarar. Pero no consiguieron que les contara nada.

El rey, viendo que nunca lograrían hacerla hablar, se acercó a ella y le prometió que nada le sucedería si le revelaba quién era la persona que había visto. Cuentan que la anciana viendo un espejo cerca le pidió al rey que se girara y entonces le dijo: «Aquí tenéis al asesino».

El monarca cumplió su palabra y mandó colocar una caja de madera cerrada en la que se guardaba la cabeza del asesino, pero con la prohibición de que fuera abierta, protegiéndola con una reja de hierro.

Después de unos años, muerto don Pedro, se mandó abrir la caja y allí estaba la cabeza del propio rey.

Recuerdo que mirando el busto de mi abuelo, que efectivamente se encontraba en la calle Candilejo, donde nos había dicho Raquel, pensé que bien podría ser verdad la historia, pero también cabía la posibilidad de que fuese cambiado el interior de la caja por los seguidores del rey Enrique, el fratricida, o que tal vez mi abuelo lo hubiese decidido para demostrar que siempre cumplía su palabra.

Mi madre me habló más de una vez de la importancia que para él tenía que todos supieran que era fiel a lo que prometía. Recuerdo que me contó que en una ocasión un juez acudió a visitarle al alcázar para asegurarse de que no había perdonado a determinado recluso. Llevaban a un condenado a muerte y éste gritaba sin cesar que estaban cometiendo un error, pues el rey don Pedro lo había perdonado, algo que ya decía en prisión. Como no dejaba de repetir siempre lo mismo, las autoridades llegaron a dudar y decidieron contarle al juez lo que estaba pasando, y éste inmediatamente fue a visitar al rey, quien le aseguró no haber concedido ningún perdón. Cuando el juez estaba a punto de abandonar el alcázar dispuesto a hacer cumplir el castigo fue llamado por el rey que le dijo: «Ese hombre ha dicho que yo le he perdonado, y en toda Sevilla corre la voz; ciertamente que no le he perdonado, pero menos inconveniente veo en mandarlo perdonar, que no haya uno que presuma que el rey don Pedro de Castilla no cumple su palabra. Id y dejadle libre».

También mi madre disfrutaba rememorando lo inteligente y sagaz que era su padre y así me contaba la historia de las naranjas, la prueba a la que el rey Pedro sometió a los candidatos a ocupar el cargo de escribano mayor del cabildo y del ayuntamiento de la ciudad. Para ello mandó tirar naranjas en un estanque. La prueba consistía en que cada uno de los aspirantes diese fe de cuántas naranjas flotaban en el estanque. Fueron pasando uno tras otro. Sólo uno de los candidatos sacó las naranjas del agua y después las contó. Al preguntarle el rey por qué lo había hecho respondió que no podía dar fe de otra manera, ya que bien podrían ser medias naranjas y aparecer como enteras. El rey supo inmediatamente que aquél era el hombre que le convenía para el cargo.

Sin embargo, jamás había oído a mi madre referirse a las leyendas que la mujer judía me contó. Posiblemente porque no las conocía o porque prefería olvidarlas.

Yo estaba verdaderamente obsesionada con las historias de las que me enteré aquella tarde y quise visitar, antes de regresar a casa, la plaza de San Gil. Necesitaba ver el lugar donde decían estaba la cruz en recuerdo de la fosa en la que yacían los restos de un sacerdote al que mi abuelo había enterrado con vida por haberse negado éste a dar cristiana sepultura a un pobre si no cobraba sus obvenciones.



Aquella noche no pude conciliar un sueño reposado. La imagen de mi abuelo me perseguía por las plazas y calles que habíamos recorrido y reía, reía sin cesar. Yo le abrazaba desesperada, mas no era yo, no eran mis brazos los que se aferraban a su cuello sino los de mi abuela y mis lágrimas eran las suyas. Pero lo más angustioso era la presencia de un rostro totalmente deformado que me miraba desde una ventana. Era la cara de una mujer y siempre se encontraba en el lugar al que yo dirigiera mis ojos.

Mi espíritu me había jugado una mala pasada recordándome la única leyenda de la que podía comprobar su autenticidad y que yo trataba de olvidar. Tal vez porque no reunía el valor suficiente para visitar a doña María Coronel en el convento o por miedo a descubrir la verdad.

Enrique, sobresaltado por mis sollozos, acudió a mi lado para tratar de calmarme.

No había querido contarle nada de mi escapada, pero en aquellos momentos de angustia le confesé lo que había hecho y el encuentro con la mujer judía.

—Jamás lo habría esperado de vos Catalina; siempre os he considerado una mujer prudente. Tenéis que prometerme que no volveréis a cometer semejante temeridad.

Mucho más tranquila entre sus brazos, y feliz de que Enrique me quisiera, no con la pasión con la que debía querer mi abuelo, pero sí con un amor mucho más tranquilo y estable, volví a pensar en mi abuela y en lo que ella habría sufrido y también disfrutado. Yo prefería la seguridad y la normalidad de un matrimonio sereno y responsable.

Le aseguré a Enrique que no volvería a ser imprudente y que dejaría de preocuparme por el pasado. No le comenté nada de la historia de doña María Coronel.



Cumplí lo prometido en cuanto a la imprudencia, no en lo referente al pasado. Los fantasmas de mis abuelos me acompañaron durante mucho tiempo. También me mantuve firme en no querer saber la verdad de doña María Coronel. Nunca me decidí a conocerla. Aunque lo cierto es que en mi segunda visita a Sevilla tenía planeado intentar verla. Pero una conversación escuchada al azar, precisamente cuando estábamos llegando a Sevilla, me hizo desistir.

Corría el año 1399, cuando, por segunda vez, nos dirigíamos a la ciudad andaluza. En los tres años transcurridos desde nuestra primera visita, habían sucedido muchas cosas. Pero Enrique y yo seguíamos sin tener descendencia. Mientras, el infante Fernando y su mujer Leonor de Alburquerque, eran padres. Su primogénito, Alfonso, ya había cumplido los dos años.

Enrique estaba más tranquilo, pero yo no sabía qué hacer. Resultaba apremiante que

naciera un heredero, un nuevo Príncipe de Asturias, que consolidara la monarquía.

No me he caracterizado en mis años jóvenes por un excesivo celo religioso. Aunque es cierto que desde el comienzo de nuestro reinado fui sensible a los centros donde se manifiesta la religiosidad de nuestro pueblo. Sin embargo, he sido impulsora de la creación de muchas iglesias y monasterios. Lo hice por devoción y porque deseaba implorar la ayuda divina. Además, hubo un momento en el que un suceso ocurrido en un pizarral cercano a Nieva conmovió mi espíritu.

La corte se encontraba en el alcázar de Segovia y el obispo de esta localidad, Alonso de Frías, acudió una mañana a verme. Deseaba contarme lo que le había sucedido. Al parecer, hacía un tiempo que un pastorcillo, llamado Pedro Amador, había ido a verle para contarle que aquella misma mañana cuando estaba en el pizarral cercano a Nieva, cuidando un rebaño de ovejas, se le apareció la Virgen que le dijo: «Pedro, ve a Segovia y di a su obispo venga a sacar entre las piedras de este sitio una imagen mía, y que en el mismo lugar, donde la hallare, le levante un altar». El obispo me comentó que, por supuesto, no se creía nada de lo que el muchacho le contaba, y le pidió una prueba que demostrase que no mentía. El pastor le mostró una mano en la que estaba pegada una piedra. Y mirando fijamente al obispo manifestó: «Si alguno de esos señores consigue despegarla, es que miento. Pero si es su eminencia quien lo consigue, estoy diciendo la verdad».

No pude por menos de interrumpir a don Alonso. Deseaba conocer cuanto antes el desenlace:

—¿Qué pasó? ¿Se encontraban muchas personas en la sala?

—Tres: mi secretario y dos frailes.

—¿Y?

—Lo intentaron los tres y ninguno consiguió despegar la piedra. Lo más asombroso —explicó el obispo con un suspiro— es que nada más tocarla yo, la piedra se cayó al suelo.

—¿Qué sucedió después? —pregunté muy intrigada.

—Acompañamos al pastor al lugar donde se encontraba el rebaño y después de remover entre las pizarras encontramos una imagen de la Virgen, como él nos había dicho. Y hemos levantado un altar en su honor.

Le pedí al obispo que me acompañara al lugar y allí, ante aquella curiosa imagen de la Virgen, tomé la decisión de costear con mi dinero una ermita en la que pudiese recibir culto. Digo curiosa imagen porque nunca había visto ninguna escultura de la Virgen con un rayo en la mano, de ahí que la devoción popular la considerase protectora de las tormentas.

Confieso que me convertí en una gran devota de aquella santa imagen y le comenté a mi esposo la conveniencia de fundar una villa real. Enrique se mostró de acuerdo y así nació la localidad de Santa María de Nieva a la que el rey concedió exenciones y privilegios.

Muchas tardes acudía a rezar ante la Virgen de la Soterraña, y recogida en el silencio del templo, le rogaba fervorosamente para que Enrique y yo tuviéramos un hijo.

Mi madre había muerto sin que yo le diera la satisfacción de poder contemplar a un nieto que consolidara su sangre en el reino de Castilla.

Si en nuestro futuro conyugal no se vislumbraba ninguna luz, lo mismo sucedía con la situación en la que seguían viviendo los sevillanos. No sólo no había mejorado desde la última vez que estuvimos en Sevilla, sino que había empeorado.

En nuestra anterior visita, Enrique, con el fin de organizar el gobierno de la ciudad, dio un ordenamiento para restablecer el Tribunal de los Fieles Ejecutores, creado por el rey Alfonso XI, nuestro común bisabuelo.

En Sevilla, además de las luchas de poder, el ambiente y las costumbres eran mucho más permisivos que en otras ciudades del reino. La vida un tanto mundana, motivada por la actividad portuaria que concentraba en esta localidad a gentes de toda clase y condición, había propiciado la aparición de casas de juego y también, en los barrios más alejados del centro, existían casas de lenocinio. Esta realidad, aceptada por todos, sin duda favorecía los fraudes y engaños en todo tipo de transacciones. Se adulteraban los géneros, se mentía en los pesos y medidas. También se falsificaban los arrendamientos.

La misión del Tribunal de Fieles Ejecutores consistía en controlar en el mercado urbano este tipo de situaciones y también vigilar el justo arrendamiento y el cobro de las rentas municipales.

Pero de nada había servido porque Sevilla no acató ninguna de las disposiciones del rey. Era indudable que mientras no se solucionasen las luchas por el dominio de la ciudad entre los Guzmanes y los Ponce nada podría funcionar con normalidad.

Esta vez viajábamos a Sevilla por el río. Juan Hurtado de Mendoza, que había sido ayo y tutor de Enrique, continuaba a su lado como consejero. Él era quien nos había sugerido la posibilidad de desplazarnos desde Córdoba por el Guadalquivir y debo confesar que fue un acierto.

Estábamos llegando y yo me adelanté hacia la proa de la nave para contemplar con mayor comodidad la Giralda y la torre de la iglesia de Santa Ana que había visitado en mi anterior estancia en Sevilla. Sin pretenderlo, oí la conversación que mantenían Juan Hurtado de Mendoza y Diego López de Stúñiga, nuestro justicia mayor. A pesar de que su tono era bajo pude enterarme de lo que decían.

—La verdad —comentaba López de Stúñiga— es que el rey don Pedro se organizaba muy bien. Ya me gustaría a mí disponer de un sitio como la Torre del Oro para disfrutar con total libertad de todas mis conquistas femeninas. ¿Te imaginas el placer de yacer con las mujeres que amas en un lugar como éste?

Al escuchar el nombre de mi abuelo todo mi ser se indignó. Nunca podrán dejarlo tranquilo, pensé, y seguí prestando atención.

—L Pero tú crees que de verdad la Torre del Oro era el lugar, aquí en Sevilla, donde el rey don Pedro disfrutaba de sus amantes encontrándose doña María en el alcázar? — preguntó Hurtado de Mendoza.

—Seguro —respondió López de Stúñiga—. Aquí vivió Aldonza Coronel, a quien el rey visitaba asiduamente. Fue su barragana durante un tiempo. Por cierto, debían de ser guapísimas las hermanas Coronel, porque don Pedro se encaprichó de las dos. Además, querido Juan, la reina lo perdonaba todo. Como deben hacer las mujeres enamoradas. Y no olvides que las mujeres han sido creadas para cuidarnos y deben saber comprender nuestras necesidades.

Me alejé despacio intentando calmarme. No me sorprendía que Stúñiga se expresara en aquellos términos. El poseía una gran soltura para conquistar a las mujeres y sus amantes eran numerosas. Pero lo que me dolía era que hablasen de mis abuelos. Y que lo hicieran sin percatarse de que yo podía escucharles. Yo no era y no que ría ser el prototipo de mujer que Stúñiga defendía. Qué sabían los hombres de nosotras. Qué sabrían ellos del sufrimiento de una mujer enamorada. La llegada de Enrique a mi lado me obligó a dejar de darle vueltas a lo que había oído, pero sí le dije a mi marido:

—Enrique, ¿conocéis a las hermanas Coronel?

—Querida Catalina, ¿no me habíais prometido dejar el pasado?

—Sí, pero es que acabo de escuchar una conversación en la que hablaban de doña

Aldonza Coronel y yo creía que doña María no tenía hermanas.

—Sí. De Aldonza se habló mucho, pues parece ser que mantuvo amores consentidos con vuestro abuelo, todo lo contrario de su hermana.

—La historia de doña María ya la conozco —afirmé con cierto resquemor.

—No os disgustéis, Catalina. Nunca estamos en posesión de la verdad absoluta. No debéis considerar a vuestro abuelo responsable de lo que supuestamente hizo doña María. Es probable que pensara que ésta caería rendida en sus brazos, como lo había hecho su hermana.

Miré a Enrique con agradecimiento. Pero no estaba de acuerdo con lo que acababa de decirme. No sé si sus palabras eran sinceras o tan sólo pretendía aliviar mi pesar. Ni en un caso ni en otro surtieron efecto, porque yo cada minuto que pasaba estaba más convencida de que, en lo referente a mujeres, mi abuelo era un bárbaro. ¿Qué podían hacer ellas ante su acoso?

—Además —añadió Enrique, tomándome cariñosamente de los hombros—, no se sabe si es verdad lo que dicen. Pensad, Catalina, que es muy curioso que a las cuatro María Coronel que sabemos han existido, a todas, se les atribuyan drásticas decisiones, con las que castigaron su cuerpo antes de sucumbir a los apetitos carnales. Tres han utilizado aceite hirviendo para desfigurar alguna parte de su cuerpo, y otra se introdujo un tizón ardiendo por su miembro natural.

—Es verdad que ante esas coincidencias surge la duda sobre todas las María Coronel —le contesté—, pero nosotros sí podemos intentar conocer la realidad de la María Coronel que es nuestra contemporánea. Mas no lo haremos. Sería poco considerado por nuestra parte perturbar su paz para recordarle momentos desagradables. Y además siempre encontraríamos argumentos para convencernos de lo contrario.

—Estoy totalmente de acuerdo con vos —dijo mientras besaba mi mano.



Las autoridades sevillanas nos recibieron con cariño. Un cariño sólo aparente, porque luego se olvidaban de lo dispuesto por el rey y gobernaban a su antojo la ciudad. Enrique llegaba dispuesto a poner orden, aunque hubiésemos de permanecer allí más tiempo del deseado, como sucedió.

La entrada en el real alcázar fue muy distinta a la primera vez. Entonces era primavera y ahora corría el mes diciembre. Enrique decidió que cenáramos en la intimidad.

Iluminado por el hermoso y frío resplandor de la luna llena, el patio de las Doncellas invitaba a soñar y era el contrapunto perfecto al ambiente creado por la cálida luz de los hachones que iluminaban la estancia en la que cenábamos.

—¿No os parece, esposo mío, que este lugar posee un encanto especial?

—Sí, es ciertamente muy hermoso. Nuestros antepasados supieron elegir muy bien los lugares en los que habían de vivir. Pero yo —añadió Enrique— prefiero ciudades más austeras como Madrid, Burgos, Segovia o Valladolid.

A veces se producían silencios entre nosotros que pesaban como una losa. Los dos sabíamos cuál era la razón y superábamos el momento recurriendo a cualquier tema. Pero

aquella noche decidí ser sincera.

—Enrique, el tiempo pasa. Hace siete años que estamos intentando tener descendencia y no lo conseguimos. Tal vez Dios ha decidido no bendecir nuestra unión con un hijo. ¿Qué vamos a hacer?

—Tener esperanza. Estoy seguro, Catalina, de que seremos padres. Y si no sucede, no debéis angustiarnos. Nos tenemos el uno al otro y reinaremos hasta que Dios disponga. Y quiero que estéis segura, señora, de que jamás renunciaré a vos, incumpliendo el pacto de Bayona.

Aquellas palabras me tranquilizaban. Enrique era bueno y me quería. Había tenido mucha suerte. Más que mi abuela y mi madre. Porque si el rey don Pedro, mi abuelo, se había casado y tenido amantes, mi padre, Juan de Gante, duque de Lancaster, después de muerta mi madre, se casó con Catalina Roet-Swynford, que había sido la persona elegida para cuidar de los hijos de su primer matrimonio. Y con la que había mantenido una relación adúltera durante más de veinticinco años.

—Y mañana —me dijo Enrique—, para que os olvidéis un poco de estas preocupaciones, creo que sería bueno que me acompañarais. A mí me vendrá bien vuestra presencia. Los temas relacionados con el clero siempre me resultan penosos.

—Iré encantada —asentí con la mejor de mis sonrisas—. ¿Os apetece salir un poco al patio? —le pregunté.

—No. Le he pedido a Stúñiga que se reúna conmigo para revisar unos documentos. Salid vos y luego pasáis a buscarme.

Salí al patio de las Doncellas. Me alegré de que Enrique no me acompañara. Me alegré porque hacía bastante frío y también porque en soledad podría ordenar un poco mis sentimientos.

Iba a cumplir veintisiete años y era una mujer frustrada. Miré los naranjos que aparecían tristes, pero esperaban. Y la espera era gozosa y cierta. En mí no existía más que la incertidumbre. No había querido decirle a Enrique que mi mayor disgusto al no tener un hijo era porque mi paso por Castilla y la corona sería como un sueño, no habría servido de nada. Si la sangre del último rey de la Casa de Borgoña, mi abuelo, no corría por las venas del heredero a la corona de Castilla, todo habría sido inútil. ¿Y si el problema no estaba en mí sino en Enrique? Aquella noche, en el patio de las Doncellas, lloré. Lloré porque me encontraba sola, por mi esterilidad, porque Dios no escuchaba mis súplicas... Miré a la luna reflejada en el agua del estanque y entonces tuve la certeza de que aquel era el lugar donde mi abuela, María de Padilla, lloraba por las infidelidades de su marido.

Lo cierto es que, a veces, algunos lugares no olvidan a los seres que les han hecho partícipes de sus vivencias y quedan impregnados de los momentos vividos con ellos.

Aquella noche, en el patio de las Doncellas, sentí la presencia de mi abuela y supe que no estaba sola. Una gran paz se adueñó de mí y en aquellos íntimos momentos le prometí a mi abuela que si tenía una hija la llamaría, María, como ella.



En Sevilla vivimos el cambio de siglo. El comienzo del año 1400. Enrique supo

solucionar sin problemas el tema de los sacerdotes. Recuerdo que la reunión se celebró en el palacio arzobispal. El asunto era el siguiente: en las Cortes de Briviesca, celebradas hacía doce años, bajo el reinado de mi suegro Juan I, se había acordado imponer unas multas a las barraganas (mancebas de los clérigos). El monarca autorizó entonces que en Sevilla dos caballeros se hicieran cargo del importe de dichas multas. El motivo de las quejas, que protagonizaban el estado eclesiástico de Sevilla, era que los mencionados caballeros venían cobrando esa multa sin tener en cuenta la condición de las mujeres que atendían las casas de los sacerdotes. Las trataban a todas como si fueran mancebas cuando no lo eran. Enrique, ante la injusticia con la que era tratadas aquellas mujeres, decretó por escrito el cese del impuesto, dejando constancia de que lo único que pretendía su padre con aquella medida era infundir temor.

Mucho más complicado resultó poner orden entre los clanes sevillanos y su enfrentamiento por el dominio de la ciudad. Los Guzmanes y los Ponce de León no cesaban en sus enfrentamientos convirtiendo su lucha por el poder en una auténtica batalla.

Después de muchas reuniones con los miembros de su Consejo y con personas afines y partidarias del poder real centralizado, Enrique se decidió a tomar medidas drásticas: ordenó cerrar las murallas para que nadie pudiese huir de la ciudad y mandó que se presentasen en el alcázar los jefes de los bandos, comunicándoles que si no deponían su actitud de guerra entre ellos y su rebeldía, lo único que podían esperar era la pena de muerte.

Envió a prisión a Enrique de Guzmán, conde de Niebla, y a Pedro Ponce de León, señor de Marchena.

Al final, Enrique, teniendo en cuenta antiguos servicios prestados por los antepasados de estas personas a la corona, les conmutó la pena de muerte por el destierro. A los pocos días, tanto el conde de Niebla como el señor de Marchena abandonaron la ciudad.

Enrique nombró a un corregidor y cinco regidores con amplios poderes, lo cual iba a permitir unos cuantos años de paz en la ciudad andaluza.

Pasamos casi toda la primavera en Sevilla. El azahar volvió a envolvernos en su esencia. Era tal el deleite que me proporcionaba que me llevó a tomar la decisión de mandar plantar estos queridos naranjos que ahora me acompañan en Valladolid.

Fueron unos meses felices los vividos en Sevilla en el año 1400. Meses con mucho trabajo, pero también con momentos inolvidables. Aprovechando nuestra presencia, se procedió a la colocación, en la torre de la catedral, de un reloj. El arzobispo don Gonzalo de Mena bendijo la máquina, que al sonar por vez primera coincidió con una gran tormenta acompañada de sonoros truenos. Era el primer reloj público que se instalaba en todo el reino.

Algunas veces me acordé de Raquel, la mujer judía que había conocido en mi primera estancia en Sevilla, pero no supe nada de ella. Tampoco hice nada por enterarme de su paradero. Sí la vería en mi tercera y posiblemente última visita a Sevilla en febrero de 1402.

Enrique me había pedido que no le acompañara. Su presencia era obligada porque de nuevo habían vuelto los problemas a la ciudad. Obedecí y me quedé en Toledo. Pero cuando supe que el infante don Fernando y el cardenal de Toledo viajarían a Sevilla para reunirse con Enrique decidí ir con ellos. Deseaba con toda mi alma que aquellos lugares, sobre todo el Real Alcázar, que tanto sabía de mi dolor, pudiese ahora percibir mi alegría y optimismo. Deseaba estar al lado de Enrique más que nunca.

Antes de llegar al alcázar, al cruzar una de las callejuelas cercanas, vimos a una

mujer que intentaba levantar a otra que parecía enferma. Ordené que detuvieran los caballos y pedí que alguien la ayudara. Dos de mis hombres la levantaron, pero no podía sostenerse en pie. Era bastante mayor, con aspecto de mendiga y seguro que estaba enferma o borracha, pero totalmente imposibilitada para valerse por sí misma. Me fijé entonces en la otra, que con ayuda de mis hombres intentaba, agarrándola por la cintura, colocarla sobre sí para poder caminar con ella, aunque fuera a rastras. Me quedé mirándola fijamente, estaba muy cambiada, pero sin duda la mujer más joven era Raquel, Raquel la judía.

Me sorprendieron sus ojos, hasta tal punto que creí que no se trataba de la misma persona. Los ojos de la mujer que estaba allí, frente a mí, eran unos ojos llenos de vida e ilusión. Pero antes de que yo pudiera decir nada, ella me saludó.

—Me alegro mucho de verla, señora. Veo que vuestra alteza está muy bien.

Era Raquel, aunque tampoco se expresaba de igual forma que cuando la conocí. En este tiempo se había convertido en una persona respetuosa y amable.

—También yo me alegro mucho de verte. ¿Cómo estás? Te encuentro muy bien.

—Sí, gracias a Yahvé estoy bien. Después de penar varios años me ha mostrado el camino. Estoy dedicada en cuerpo y alma a ayudar a los necesitados. No vivo nada más que para eso. Ya no quiero morir, doña Catalina.

Tenía una gran paz. Me aseguró que sus seres queridos, a quienes vislumbraba en las estrellas, eran quienes la guiaban y le infundían fuerzas.

—Ahora, doña Catalina, he encontrado una finalidad a mi sufrimiento. Y soy feliz entregándome a los demás.

Pedí a uno de mis criados que la ayudara a llevar a la anciana enferma a donde ella le dijera, pero Raquel rechazó la ayuda, asegurando que ella podía hacerlo sola. Me dio una ramita de olivo —que sacó de una especie de bolsa que colgaba de su cintura— y me dijo:

—Guardadla y no desesperéis, reina, ese hijo que tanto anheláis, llegará. ¿Es hermosa la niña? ¿Cómo se llama?

—Es preciosa. Se llama María y hace poco más de un mes que fue jurada Princesa de Asturias por las Cortes de Toledo.

—Estoy segura de que se parecerá a su padre y siempre os sentiréis orgullosos de ella.

No sabía muy bien por qué le daba tantas explicaciones a aquella desconocida, pero me sentía tan feliz y orgullosa de mi hija...

Cuando en marzo de 1401 tuve la certeza de que estaba embarazada, no cabía en mí de gozo. Se inició un tiempo de emoción, cuidados excesivos y confidencias de Enrique, que se sentía tan dichoso como yo. Fueron meses de comentarios y especulaciones. Muchos se alegraban de la buena nueva, aunque algunos dudaran del feliz término del embarazo, sobre todo por mi edad —pasaba de los veintiocho años—; y para algunos, con toda seguridad, fue una mala noticia.

El día 14 de noviembre de 1401 di a luz a una niña sana y hermosa. No era el ansiado varón, pero aquel nuevo ser nos llenó de felicidad.

Quisimos que muy pronto fuera jurada heredera, y así, cuando María no había cumplido los dos meses, las Cortes la reconocieron como Princesa de Asturias. Ya teníamos heredero. Era mujer, pero ella nos sucedería en el caso de que no tuviera un hermano.

De repente me di cuenta de lo que me había dicho Raquel, la judía, al entregarme la ramita de olivo y quise preguntarle por qué se aventuraba a afirmar que tendría un varón, pero no la vi. Parecía imposible que ella sola hubiera podido irse con la mujer enferma.

Al contarle a Enrique lo que me había sucedido, decidió mandar a buscarla. Le

intrigaba tanto como a mí lo que me había dicho. Pero por más que insistimos nadie supo darnos cuenta de ella. Incluso en el taller de calafate —donde sabía que la conocían— no nos facilitaron ningún tipo de información. Muchas veces me acuerdo de Raquel y si no fuera por la ramita de olivo que sigo conservando, creería que mi encuentro con ella sólo había sido fruto de mi imaginación.

Tanto a Enrique como a mí el nacimiento de nuestra hija nos había insuflado vitalidad. Los dos estábamos casi convencidos de nuestra esterilidad, pero ahora se había demostrado que no era así, y ello nos animaba y nos hacía concebir ilusiones de cara al futuro.

También de cara al futuro, Enrique tomó la decisión de establecer el compromiso oficial del matrimonio de nuestra hija María con Alfonso, el primogénito del infante Fernando. Era una forma de asegurar que no se sentaría en el trono de Castilla un extraño. Enrique deseaba más que nada en el mundo fortalecer la institución monárquica y con este matrimonio parecía conseguirlo. De todas formas, a mí la medida no me agradó, y aunque mi cuñado había dado muestras de buena voluntad no aceptando las sugerencias de algunos que le animaban a reclamar el título de Príncipe de Asturias ante nuestra falta de descendencia, ahora se apresuraba a colocar a su hijo en la línea directa de sucesión. Eso sería así, a no ser que nosotros tuviéramos un varón.

Gracias a Dios, antes de que nuestra hija María cumpliera el año, yo estaba otra vez embarazada.

Fue un embarazo difícil en el que ni un solo día dejé de tener molestias. Cuando no eran náuseas, eran dolores de cabeza o musculares, y me vi obligada a pasar buena parte de los nueve meses en cama.





n enero de 1403 llegó el ansiado momento. Todos auguraban un varón, basándose en lo diferente que era este embarazo con respecto al anterior. Pero, se equivocaron y nació una niña, nuestra segunda hija.

Confieso mi desilusión al conocer el sexo del bebé que acababa de traer al mundo, aunque después, con ella en los brazos, acercara su carita a la mía, y mientras lloraba arrepentida, le aseguraba que jamás en mi cariño y dedicación notaría ningún tipo de discriminación.

Enrique se mostró amable y cariñoso, pero su decepción resultaba evidente. Él quiso que la recién nacida se llamara como yo. Era una niña preciosa y muy tranquila. Transmitía paz, todavía hoy lo sigue haciendo, cuando no se dispone a polemizar. Desde el primer día tuve la sensación de que era como si mi pequeña Catalina quisiera hacerse perdonar por no ser varón.

Los días siguientes al alumbramiento fueron complicados, porque yo no terminaba de ponerme bien. No podía hacer vida normal. Me pasaba muchas horas acostada. Parecía que mis músculos hubiesen perdido vigor. Además, al contrario que en el primer embarazo que recuperé mi figura normal, en esta ocasión seguía manteniendo unos cuantos kilos de más. Beatriz, mi ama, no se cansaba de repetirme:

—Señora, tendríamos que intentar salir. El aire siempre hace bien y moverse un poco, aunque le cueste, le puede beneficiar.

—Querida Beatriz, ¿sabes tú más que el médico? Él no me ha recomendado nada de lo que tú me sugieres.

—No, doña Catalina, yo no sé nada de medicina, aunque estoy segura de que si paseáramos un poco por el jardín le sentaría estupendamente.

—Puede que tengas razón, pero ¿sabes por qué no lo hago? Porque no tengo fuerzas. Ven, necesito que me ayudes, sola no puedo levantarme. Quiero sentarme un rato.

Acomodada en uno en uno de los sillones, al lado de la ventana, me dispuse a leer el libro de horas. Eran textos hermosos que me ayudaban a soportar mejor los momentos difíciles.

Aún no había empezado a leer, cuando el libro cayó estrepitosamente al suelo. Mi mano estaba rígida, sin fuerza, incapaz de sostener nada. Alarmada, llamé a Beatriz que, después de frotármela, logró eliminar la rigidez de la mano, pero no consiguió devolverle la fuerza. Era el comienzo de mi enfermedad. Unas veces, los miembros se quedaban inflexibles y otras temblaban. Según todos los físicos padecía una enfermedad que llamaban perlesía. Y lo terrible es que debería soportarla por siempre, porque no existía remedio para este mal. No era mortal, mas resultaba muy difícil acostumbrarse a vivir con aquella tara toda la vida.

Los primeros días, después de conocer el diagnóstico, no quise ver a nadie. Me pasaba el día encerrada en mis habitaciones. Odiaba mi cuerpo miserable que no había sido capaz de engendrar un varón. Ahora mi deterioro iría en aumento y no cabría la esperanza de mejorar. Además, cumplidos los treinta y un años, ya era mayor. La incertidumbre — esperanza disfrazada— daba paso a la certeza y aquello era mucho peor.



Enrique se preocupaba por mí. Y en sus deseos de ayudarme pensó que sería buena idea que doña Teresa de Ayala y su hija doña María, monjas en el convento de Santo Domingo el Real, en Toledo, vinieran a cuidarme. Enrique conocía mi buena relación con ellas. En realidad, doña María, hija ilegítima de mi abuelo, era mi tía.

De hecho, la primera vez que nos vimos, doña Teresa quiso contarme cómo había conocido a mi abuelo:

—Corría el año 1367 —me dijo— cuando el rey don Pedro llegó a Toledo. Quiso el destino que me viera, porque si sólo fuera yo la que me hubiera fijado en él, nada habría pasado.

—¿Cómo era mi abuelo? —le pregunté ingenuamente.

—Era un hombre fuerte, apasionado. Yo sólo tenía quince años y me dejé seducir. De mis relaciones —me confesó doña Teresa— nació María. Pero tu abuelo no dispuso de tiempo para conocerla. Murió asesinado poco tiempo después.

Doña Teresa de Ayala se casó más tarde con Juan Núñez de Aguilar, y al quedarse viuda ingresó en el mismo convento en el que estaba su hija.

Ellas fueron los primeros «familiares» con quienes hablé a mi llegada a Castilla. Es posible que mi relación con ambas fuera tan buena porque eran mujeres y también porque cuando ellas se convirtieron en una realidad en la vida de mi abuelo, mi abuela ya no existía. No lo sé. Lo cierto es que desde el primer día nos llevamos bien. Doña Teresa me ayudó a entrar en contacto con otros miembros de la familia. Todos ilegítimos, pero descendientes del mismo tronco que yo. Pues bien, uno de estos «parientes» conocido como el infante Juan, era hijo de mi abuelo y de doña Juana de Castro, con la que se supone estuvo casado. A éste ya le conocía. Le había visitado en la cárcel de Soria, donde permaneció durante toda su vida. Había sido hecho prisionero —como todos los allegados y seguidores de mi abuelo— después del asesinato de éste.

La situación del infante mejoró al firmarse la paz de Bayona, aunque mi padre exigió que permaneciera como rehén. Una medida pienso que acertada teniendo en cuenta que mi tío, el infante Juan, era el depositario de los derechos al trono si mi madre y mi tía —herederas legítimas del rey Pedro I— morían sin descendencia.

Al ser nombrada duquesa de Soria y al serme entregada esta villa, una de las primeras cosas que hice cuando estuve en ella fue visitar al infante don Juan, que acababa de casarse con Elvira de Eril y Falces, hija del alcaide de la prisión.

Siempre mantuvimos una relación cordial y me he preocupado bastante de apoyarles, a ellos y a sus hijos.

La presencia de doña Teresa y su hija doña María me animó mucho. Además, disfrutaba más de mis hijas, las infantas, al no poder acompañar a Enrique en sus salidas.

El momento económico que atravesábamos no era malo. El tesoro real se iba incrementado poco a poco con las rentas de importantes villas que se fueron sumando al patrimonio de la corona.

Enrique lo estaba haciendo muy bien. Era un buen rey, sabio y prudente. No sólo se

preocupaba por la buena marcha del reino, sino que trataba de enriquecerlo con nuevas conquistas. Así decidió financiar las campañas de Juan de Bethencourt en la ocupación de las islas Canarias. Sin duda fuimos nosotros quienes iniciamos la expansión de Castilla en África. Nosotros quienes abrimos caminos en el Atlántico.

Enrique sabía muy bien lo que quería. Si el Atlántico estaba en su punto de mira, también el Mediterráneo le interesaba, de ahí que decidiera, para tratar de eliminar el siempre acechante peligro turco, enviar una expedición para entrevistarse con Tamerlán, con el propósito de alcanzar pactos con los tártaros.

Enrique daba prestigio al poder real y el pueblo confiaba en él porque respetaba y hacía respetar las leyes.

Confieso que no me gustan las guerras y que traté de convencer a Enrique de la inutilidad de muchas de ellas. De todas formas, nuestra situación con el exterior había mejorado bastante, creo que en parte gracias a mí.

Mi presencia en Castilla favoreció las relaciones tanto con Portugal, donde mi hermanastra Felipa era la reina, como con Inglaterra, donde mi hermanastro Enrique —hermano de Felipa— se había convertido en el rey Enrique IV. Los franceses ya no eran aliados excluyentes e incondicionales de Castilla y ésta podía comerciar con otros países.



Echaba de menos a mi marido. Nunca había estado tanto tiempo separada de él. Me preocupaba su salud, pero las noticias que me llegaban desde los distintos lugares en los que se encontraba eran tranquilizadoras.

Una tarde del mes de julio Enrique se presentó por sorpresa en Segovia, donde yo me encontraba con las infantas y con parte de la corte. No le esperábamos hasta finales de agosto.

Cierto revuelo en las fronteras de Córdoba y Sevilla con Granada había aconsejado su presencia en el sur. Al parecer los moros granadinos amenazaron a los habitantes de algunas de las poblaciones limítrofes. Aquellas acciones podían significar la ruptura de la tregua pactada con Muhammad VII. Lo cierto es que las relaciones de Enrique con el rey nazarita, Muhammad, nunca fueron buenas.

—Creo, querida Catalina, que al final tendré que pensar en atacar Granada —me comentó pesaroso.

—Siempre es mejor un mal acuerdo que una guerra —le aseguré convencida.

Años más tarde yo podría llevar a la práctica esta teoría en mis negociaciones con Yusuf III, sucesor de Muhammad VII, pero después de varios enfrentamientos armados.

—No hablemos de problemas, esposa mía, veo que el aire puro de Segovia os ha sentado bien.

Le miré agradecida. Siempre supe que mi marido me quería. No sé por qué en aquellos momentos recordé una expresión que repetía en todas las cartas que me escribía: «Os amo como a mi corazón». Los esmeros de mis dos doncellas intentando mejorar mi aspecto parecían haber dado resultado; mi esposo parecía sincero.

—¿De verdad me encontráis mejor?

—Sí, Catalina, sois la misma de siempre —me respondió a la vez que tomaba mis manos entre las suyas.

—No, Enrique, estoy enferma y gorda. Queda muy poco en mí de la joven con la que os casasteis.

—Sois idéntica. Qué importa que el exterior cambie. Os juro, esposa mía, que a los dos minutos de estar con vos, me parecéis la misma de siempre. La misma de nuestra primera noche en el Real Alcázar de Sevilla.

—¿Os acordáis todavía? —le pregunté enternecida.

—Nunca olvidaré los momentos íntimos vividos a vuestro lado, señora.

Veía en sus ojos el deseo. Desde mi enfermedad no habíamos dormido juntos ni mantenido relaciones. Sus manos me acariciaban y noté cómo mi cuerpo empezaba a despertar de un profundo letargo del que creí no salir nunca.

Siempre admiré a las personas esbeltas. Mi talle lo era... Mi cuerpo fue hermoso y joven. Pero no queda de él ni el más leve vestigio. No podía soportar que mi marido me viera en la intimidad. Sin embargo, era su esposa y tenía derecho. Aunque podríamos yacer juntos sin quitarnos toda la ropa, a Enrique le gustaba sentir mi carne pegada a la suya. Él sólo tenía veinticinco años, yo sobrepasaba los treinta y uno.

—No puedo ofreceros una flor de azahar como en Sevilla —me dijo zalamero—, pero os he traído esta hermosa amatista.

—Es preciosa. Gracias, mi señor. Mañana mandaré que la engarcen. Será mi sortija preferida.

—Ya sabéis que es una piedra con grandes poderes. Se la llama piedra de la curación, porque actúa sobre el sistema nervioso y calma los dolores de cabeza. Y si de verdad creéis en su poder, ayuda a conciliar un sueño profundo y reparador.

—Desconocía todo lo que me decís. La verdad es que a mí siempre me ha parecido una piedra espiritual.

—Eso lo decís porque muchos de los vasos sagrados de las iglesias llevan amatistas. También existen rosarios. Y todo ello es debido a que su color violeta es considerado entre los cristianos como símbolo de humildad y modestia.

—Seguro, Enrique, que existe alguna leyenda relacionada con el origen de la amatista.

—¿Cómo? ¿La conocéis?

—No —le aseguré.

—¿Entonces?

—Es algo instintivo. Miradla —le dije, mostrándole la amatista en la palma de mi mano—. No es sólo su belleza lo que nos atrae, sino su misterio. No es como las demás piedras que son hermosas y nada más. Ésta es distinta.

—Pues, la verdad, querida Catalina, es que existen dos leyendas sobre su origen.

—Estaba segura —contesté muy seria.

—Os referiré las dos y luego me decís cuál os gusta más. Cuentan que fue Aristóteles quien desveló el origen de esta piedra. Según el filósofo griego, en una de las fiestas que el dios Dionisio organizaba, mandó llevar ante sus invitados a una preciosa ninfa llamada Amatista, que había secuestrado horas antes. Dionisio deseaba poseerla en plena orgía. Amatista, temblorosa, suplicó entre sollozos a la diosa de la castidad Ártemis que la librase de las garras del dios del vino. La diosa de la castidad se apiadó de ella y la convirtió en piedra. Dionisio, avergonzado, coloreó la piedra de este tono violeta que según parece era el color de su vino preferido, confiriéndole a la amatista la propiedad de liberar

de los efectos del alcohol a quien la llevase.

—Qué bonita. Son maravillosas las historias de los dioses. ¿También tiene el mismo origen la segunda leyenda? —le pregunté curiosa.

—Sí, sus protagonistas son el mismo Dionisio y una muchacha llamada, igualmente, Amatista. Lo que sucede es que en esta versión, ella no es el objeto del deseo del dios, que estaba molesto con unos mortales y decidió vengarse de todos los humanos, creando para ello unos cuantos tigres hambrientos. Deseaba que comiesen a todos cuantos recorrieran aquel camino. Quiso el destino que esta muchacha, Amatista, pasara por allí para dirigirse al templo de la diosa Diana, quien al ver el peligro que corría Amatista la convirtió en piedra para protegerla de los feroces animales. Dionisio lloró arrepentido por haber sido el causante y sus lágrimas tiñeron la piedra dándole el color con el hoy la conocemos.

—Me gusta más la primera, aunque son prácticamente iguales. Algún día —dije, sonriendo— pondré a prueba los poderes de la amatista.

Yo no creía en las fuerzas de las piedras, pero todavía hoy la llevo, y estoy segura de que me ha ayudado en determinados momentos. Hace tiempo que me he dado cuenta de que toda esa especie de creencias misteriosas, de sortilegios, pueden funcionar si de verdad crees en ellos y te predispones a su favor. Indudablemente, la fuerza está en uno mismo, aunque es necesario que algo la estimule.

Aquella noche al ir a guardar la amatista en uno de mis cofres, quiso la casualidad que fuera a abrir el mismo en el que estaba depositada la ramita de olivo que me había regalado Raquel. La tomé en mis manos y volví a escuchar las palabras de la mujer judía: «Guardadla y no desesperéis, reina, ese hijo que tanto anheláis llegará». ¿Podría tener algún significado que precisamente aquella noche rememorara la premonición de Raquel? ¿Por qué había abierto aquel cofre y no otro? Seguro que fue una simple coincidencia. Pero funcionó. E hizo renacer en mí la esperanza.

Me olvidé de mi enfermedad y de mi deplorable aspecto, entregándome a mi esposo con pasión inusitada. Como el náufrago que se agarra a una tabla porque es su único medio de sobrevivir, así yo amé a Enrique. Lo amé como si en ello me fuera la vida. Como si ya nunca más pudiera hacerlo. Como si fuera la última vez. Afortunadamente hubo muchas más.



Fueron felices los días vividos en Segovia. Era el verano de 1404. Yo había recuperado mi fuerza interior y Enrique se encontraba mejor que nunca.

Una tarde lo convencí para que fuéramos a visitar a la Virgen de la Fuencisla, de la que yo, como la mayoría de los segovianos, era muy devota.

—Pensaba —me comentó Enrique— que vuestra Virgen preferida era la de la Soterraña, en Nieva. La que se apareció al pastorcillo.

—No seáis malévolo. Yo soy devota de la Santísima Virgen. Lo que sucede —quise aclararle— es que algunas advocaciones me resultan más cercanas. Unas veces, por cómo nació la devoción, otras por los milagros que se les atribuyen.

—¿Qué milagro ha hecho la Virgen de la Fuencisla?

—Me imagino que varios. Pero a mí la que me impresiona es la leyenda de la joven judía Esther que se sentía atraída por la religión católica. Sus conocidos y vecinos quisieron castigarla acusándola de ser la amante de un hombre casado. Como la ley judía castigaba este pecado con la muerte, decidieron despeñarla. Cuentan que cuando la empujaron Esther se encomendó a la Virgen y que al momento apareció una paloma que la ayudó a descender despacio. Después del milagro, la muchacha se dedicó al cuidado del santuario y pasó a llamarse, desde entonces, María del Salto.

—Y deseáis que os acompañe a la Fuencisla para que obre el milagro en mí.

—En vos y en mí, Enrique. Quiero que los dos le pidamos a Dios, a través de Su Madre, que nos conceda un hijo varón.

No hacía mucho calor. Y fuimos paseando al santuario desde el alcázar. Nos acompañaban mi ama Beatriz y tres personas más. Caminábamos despacio entre los árboles que bordean el río Eresma. Era uno de esos momentos en los que te gustaría permanecer indefinidamente, que no pasasen nunca.

—Creo que no ha sido mala idea. Sólo por la placidez de este paseo merece la pena haberos hecho caso —me dijo Enrique feliz y añadió—: Lo que me sorprende, Catalina, es que sabiendo lo aficionada que sois a las leyendas no me hayáis hablado nunca de la Mujer Muerta.

—¿Habéis subido alguna vez a la sierra para contemplarla de cerca? —le pregunté.

—No. ¿Vos sí?

—Tampoco, porque pienso que se pierde la perspectiva y lo bueno es ver la montaña desde la distancia.

—Catalina, ¿creéis en esa historia?

—Ni creo ni dejo de hacerlo. Es tan bonito que una madre entregue su vida por evitar el enfrentamiento entre sus hijos. Miradla, ahora —pasábamos por una zona en la que se divisaba la montaña con total claridad— y fijaos en el cielo —le pedí.

—¿Qué le pasa al cielo? —me preguntó sorprendido.

—Nada. Está azul y totalmente despejado. Por ello quiero que os fijéis. Dentro de una o dos horas una nube acudirá como todas las tardes a mirarse en la montaña.

—¿De verdad?

—Sí. Lo he observado infinidad de veces. Y he llegado a la conclusión de que es el esposo de la Mujer Muerta que acude día tras día para verla y darle las gracias por lo que hizo por sus hijos.

—Qué imaginación tenéis, querida Catalina. Podéis estar segura de que yo haría lo mismo. Pero no me iría de vuestro lado.

—El marido de la Mujer Muerta aparece cada tarde para que mujeres ingenuas como yo dejemos volar nuestra fantasía.

—¿Creéis que los hombres no soñamos? Pues yo —me dijo Enrique muy serio— soy partidario de la otra versión dada a la Mujer Muerta. Quien acude todas las tardes en forma de nube, no es su marido, sino el hombre que más la quiso y al que impidieron ser su esposo. Por eso ella murió de pena.

—Me sorprendéis, Enrique. Nunca había escuchado esa versión.

—La he inventado ahora mismo —me dijo, sonriendo.

—Entonces, ¿no creéis en absoluto en lo que cuentan las leyendas?

—Es indudable que algo ha dado pie a la historia, aunque no se parezca mucho a lo ha llegado hasta nosotros.

—Enrique, ¿no os parece que algunas historias nos invitan a reflexionar y tienen un

efecto positivo?

—Querida Catalina, bien conozco vuestra afición a las leyendas, pero me cuesta creer que busquéis en ellas una norma de conducta.

—No exageréis, no he dicho eso. Lo que sucede es que algunas sí me han hecho ser mejor.

—¿Por ejemplo?

—La de aquel hombre avaro que vio convertido su trigo en tierra por negarse a ayudar a los que lo necesitaban —le contesté muy seria.

Era verdad lo que le acababa de confesar a Enrique. Me refería a una historia que se contaba en Segovia. Yo no me caracterizaba por mi generosidad. Tenía miedo de que pudieran venir momentos difíciles y procuraba tener lo suficiente para hacerles frente. Pero aquella leyenda me había hecho reflexionar y desde que la conocí procuré ayudar a los necesitados.

En las inmediaciones del santuario de la Fuencisla se habían reunido un grupo de personas que deseaban saludarnos. Los segovianos nos querían; era una forma de agradecernos que hubiésemos elegido su ciudad como una de las sedes permanentes de la corte.

Hemos residido en muchos lugares. Probablemente de todos ellos los preferidos de Enrique fueran Madrid y Burgos, pero para mí, tanto el alcázar de Sevilla como el de Segovia son los escenarios que siempre permanecerán en mi memoria afectiva. Seguro que algo de mí se ha quedado en ellos, porque viví momentos inolvidables tanto en uno como en otro.



A finales de agosto, Enrique tuvo que dejar Segovia. Yo preferí quedarme unos días más con las infantas. Me preocupaba la débil salud de María, nuestra hija mayor que, como su padre, era muy propensa a contraer cualquier tipo de enfermedad. Además, yo me encontraba enormemente excitada, porque según los primeros indicios podía estar de nuevo embarazada.

No comenté nada ni siquiera a mi fiel ama Beatriz. Deseaba tanto tener un hijo que temía equivocarme. Me imaginaba cómo se reirían de mí algunas personas de la corte si se enterasen de la noticia y luego ésta resultaba falsa. Estaba convencida. No diría nada a nadie hasta no tener completa seguridad.

Esperé hasta mediados de octubre para consultárselo al físico, el cual me aseguró que no existían dudas: estaba embarazada. Mis sospechas, que no me atreví a compartir con nadie, eran ciertas. Por lo tanto, mi embarazo discurría por el tercer mes.

Enrique no cabía en sí de gozo. A mí me parecía un sueño maravilloso del que podía despertar en cualquier momento. ¿Y si teníamos una nueva niña?

En muchos de los monasterios que yo había fundado se organizaron rezos para pedir porque el embarazo discurriese con normalidad.

Fueron unas Navidades plenas de ilusión y de espera gozosa. Apenas iniciado el mes de febrero de 1405 comencé a sentirme mal. No podían ser las molestias previas al

parto porque me faltaba más de un mes, pero los médicos decidieron que nos quedaríamos en Toro donde nos encontrábamos en aquel momento. Pensé que era una buena idea. Toro era la localidad más querida para una reina a la que yo siempre he admirado. El rey Sancho IV le había regalado esta ciudad a su mujer, María de Molina, como muestra de su amor.

María de Molina era la bisabuela de mi abuelo. Una mujer inteligente y culta.

Durante la temporada que pasamos en Toro —y debido a mi obligado reposo— dediqué bastante tiempo a enterarme de la trayectoria de mi antepasada que fue regente de su hijo y también de su nieto. Tiene que ser duro asumir la regencia de un nieto, por lo que ello supone. Pero María de Molina era una mujer fuerte que, junto con su marido, el rey Sancho IV, hubo de hacer frente a momentos muy difíciles.

Resultaba curioso comprobar que después de casi cien años seguíamos con problemas similares derivados de las luchas por el poder.

María y Sancho, bueno, especialmente María, porque era ella la que imponía cordura, lucharon para conseguir que la nobleza tradicional perdiera su poder político —una cuestión por la que Enrique sigue enfrentándose a muchos—, algo que intentó conseguir el padre de Sancho, Alfonso X el Sabio. Fue este monarca castellano quien introdujo en Castilla el Derecho Romano, base del estado en el que el soberano es quien decide en asuntos concernientes al reino, apoyado en las instituciones.

Muchas tardes, hablando con Enrique, me interesé por conocer su opinión acerca de la decisión que, en un momento dado, tomó Alfonso X de cambiar algunos aspectos de lo dispuesto por él en Las siete partidas, sobre la sucesión a la corona.

—Yo creo —me decía Enrique— que la decisión ha sido buena. Lo que sin duda no ha sido un acierto es la decisión de modificar la línea de sucesión.

—¿Qué creéis que pudo haber influido en el rey Alfonso para que decidiera cambiar, después de haber reconocido a su hijo Sancho como heredero?

—Tal vez se desilusionó con algún aspecto del comportamiento de su hijo —aventuró Enrique pensativo y añadió—: O puede ser, como sucede con demasiada frecuencia, que hagamos caso a cantos de sirena que no persiguen, aunque tardemos en darnos cuenta, más que una única finalidad: desestabilizar el poder central del rey.

—Estoy totalmente de acuerdo con esto último —afirmé—, porque ante la hipotética desilusión que le haya producido su hijo, la solución no era dejarle el trono a su nieto, ya que se supone que no sería rey en ese momento porque Fernando esperaba vivir bastantes años, pero cabía una posibilidad e, indudablemente, entrañaba riesgo. Y lo que resulta evidente es que Sancho era rechazado por el importante sector nobiliario que quería seguir interviniendo en el poder del rey.

A punto estuve de preguntarle a Enrique cuál habría sido su postura si su padre le nombrara heredero de acuerdo con la ley vigente y luego decidiera cambiarla. Porque eso fue lo que hizo Alfonso X. En Las siete partidas se garantizaba que el heredero seguiría siendo siempre el primogénito, pero en caso de fallecimiento —he aquí la modificación—, lo serían sus hijos, aunque fueran niños. Y como su hijo mayor, Fernando de la Cerda, tenía hijos varones cuando murió, era al mayor, según la decisión de Alfonso X. a quien le correspondía sucederle.

A punto estuve de preguntárselo, pero no quise violentar a Enrique con aquella cuestión porque no era relevante para mí. Yo estaba segura de que si hubiéramos vivido una situación similar, fuera cual fuese la postura de Enrique, yo habría influido en él hasta la extenuación para que hiciera frente a su padre. Lo mismo que hizo María de Molina: luchar por lo que les correspondía. Porque cuando Fernando de la Cerda murió, la ley era la que

era, y de acuerdo con ella, Sancho fue nombrado sucesor. El cambio posterior no debería afectarle a él. María apoyó a su marido. Y Sancho, Sancho IV, se coronó rey sin respetar la voluntad de su padre. No le quedaba otro remedio si quería el trono.

Los infantes de la Cerda se convertirían en una pesadilla para ellos. No sabía yo en aquellos momentos cuántos puntos en común iba a tener mi vida con la de María de Molina, incluida la pesadilla, probablemente menos violenta, pero también con infantes como protagonistas, aunque, en este caso, fueran de Aragón.



En Toro vivíamos en el Real Monasterio de San Ildefonso. Gozábamos de unas excelentes dependencias. Estaba regentado por dominicos, la orden religiosa con la que yo más me identificaba.

En Toro, en el monasterio de Sancti Spiritus, residía la reina Beatriz, la viuda de mi suegro Juan I. Enrique y yo siempre nos hemos portado correctamente con ella, pero nuestra relación ha sido más bien escasa. La vida no le ha sonreído de forma especial.

Fue la propia reina viuda Beatriz quien me habló de las pinturas murales del monasterio de Santa Clara.

—Os aconsejo, Catalina, que las veáis. Son hermosas y originales. Uno de los murales, que es el que más me gusta, está dedicado a santa Catalina de Alejandría. Por cierto, ¿vuestro nombre es por ella?

—La verdad es que no lo sé, pero creo que sí. ¿Quién es el autor de los murales? —le pregunté.

—Es autora, Teresa Díez.

—¿Los ha pintado una mujer? —exclamé un tanto sorprendida.

—Sí, ése es el nombre que figura en uno de los paneles.

—¿De dónde era?, ¿de Toro?

—Se sabe muy poco de ella. Hay quien opina que era una monja, pero nadie se atreve a afirmarlo.

—¿Cuánto tiempo hace que fueron realizadas las pinturas?

—Unos noventa años.

Me resultaba extraño que no se supiera con exactitud quién era la tal Teresa Díez, porque tampoco había transcurrido tanto tiempo. Pero indudablemente había sido una excelente pintora como pude comprobar a los pocos días en mi visita al monasterio de Santa Clara donde estaba enterrada una de las hijas del rey Alfonso X el Sabio, la infanta Berenguela, cuñada de la reina María de Molina.

Eran tres los murales que se guardaban en el monasterio de Santa Clara. Uno estaba dedicado a la historia de san Juan Bautista, otro a reflejar distintas escenas de la vida de Cristo y un tercero recogía la vida de santa Catalina. Y a mí, como a la reina viuda Beatriz, fue éste el que más me atrajo.

No recuerdo exactamente si eran diecinueve o veintiuno los apartados en los que se plasmaba la vida de la santa. Verdaderamente ejemplarizante era aquél en el que la joven defendía la verdad de un único Dios, el de los cristianos, ante el grupo de sabios enviados

por el emperador para que la dejaran en ridículo y a los que ella convenció, convirtiéndolos a todos.

—Santa Catalina tenía que ser una persona muy lista —me decía mi buena ama Beatriz, que no se separaba de mi lado.

—Seguro que era inteligentísima, pero sobre todo creía en lo que decía y se encomendó a Nuestro Señor que la iluminó con su sabiduría y ante eso nada pueden todos los filósofos del mundo.

Recuerdo que Beatriz me miraba con cierta expresión de duda a pesar de que yo se lo decía convencida. Creía y sigo creyendo firmemente en Dios. A Él me encomendaba a través de las distintas advocaciones de la Virgen para que escuchara mi plegaria.



Se acercaba la hora del alumbramiento. Me sentía tan mal que llegué a pensar que no lo soportaría. Tanto mi ama Beatriz como mis parientas doña Teresa de Ayala y doña María no se separaban de mi lado.

Me horrorizaba que se escucharan mis gritos de dolor y rogué que, aunque no fuera lo habitual, nadie permaneciera en las salas contiguas a la mía.

El momento llegó durante la mañana del 6 de marzo. Fue tanto el esfuerzo que perdí el conocimiento. Cuando recuperé la consciencia no me atrevía a preguntar qué había pasado. Doña Teresa se acercó a mí y me dijo:

—Descansad tranquila, Catalina. Todo ha salido bien. Es un niño.

No podía dar crédito. ¡Por fin había llegado el ansiado varón! ¡Castilla ya tenía heredero! Un biznieto del rey don Pedro y de doña María de Padilla sería el nuevo soberano.

Aquel niño venía a colmar todas mis aspiraciones. Con un hijo varón me sentía fuerte. Mi posición en el reino se consolidaba. Enrique estaba feliz y todos los que nos querían bien se alegraron del nacimiento de nuestro hijo.

Fueron días de fiesta en Castilla. En distintas ciudades se celebraron torneos y la gente manifestaba su alegría en las calles engalanadas.

De nada pude disfrutar, pues mi estado de debilidad no me lo permitía. Pero quise desde los primeros días decidir sobre las personas que habrían de ocuparse de mi hijo, sin pensar que no era a mí a quien correspondía tal tarea.

Muy pronto me di cuenta de lo torpe que había sido, porque podía haber influido en Enrique sugiriéndole los nombres de las personas que me interesaban y no manifestando públicamente mis preferencias, algo que le molestó, como era de esperar, y que le llevó a enfadarse, porque aquello era de su competencia y yo no debía inmiscuirme.

El rey, mi esposo, hacía valer sus prerrogativas. Prerrogativas injustas porque ¿quién mejor que una madre para saber lo que le conviene a su hijo?

Hasta ese momento yo había decidido en todo lo relacionado a nuestras hijas, pero con un varón era diferente. Pensé que Enrique entendería mi postura, y probablemente hubiera sido así de no existir sospechas en algunos círculos cercanos a nosotros sobre mis lógicas simpatías por algunos personajes considerados como petristas. Temían la influencia

que aún podrían ejercer si se les permitía acercarse al futuro rey.

Fue una pequeña tormenta que no consiguió enturbiar nuestra alegría por el nacimiento del heredero, al que pusimos por nombre Juan. A mí me habría gustado que lo llamáramos Pedro, pero no me atreví. Juan era un buen nombre y además sus dos abuelos se habían llamado así.

Cuando comuniqué a las autoridades de las ciudades del reino que había nacido el heredero, no pude evitar pensar en mi madre y en lo orgullosa y satisfecha que se sentiría al saber que un nieto suyo ceñiría un día la corona de Castilla.

Era un niño tan deseado que me obsesionaba que le pudiera suceder cualquier contratiempo y no podía pasar un día sin verlo.

En Toro, la hermosa localidad amurallada, estábamos tranquilos. Era como si la solidez de sus fortificaciones nos transmitiera energía. Enrique se ausentaba con frecuencia para ocuparse de los asuntos del reino.

Yo me iba recuperando poco a poco, aunque el mal de la perlesía me acompañaría siempre.

Muchas mañanas, a última hora, cuando el sol templaba el ambiente, me gustaba acercarme hasta la colegiata de Santa María.

Nunca dejaré de sorprenderme su belleza, especialmente la de la fachada del pórtico de la Majestad. El colorido y la variedad temática de su imaginería me entusiasmaban. Hasta entonces no había contemplado escenas con tantos personajes y, al mismo tiempo, tan fáciles de distinguir.

Siempre, al traspasar el pórtico de la Majestad, miraba la imagen de la Virgen con el Niño en brazos y me hacía la misma pregunta: ¿por qué el artista habría decidido colocarle una flor en la mano?

Aquella mañana, la primera que acudía al templo después del parto, pensé que quizás con aquella flor el escultor había querido dejar constancia de su agradecimiento a la Virgen por algún favor concedido.

Me sonrió al recordar mis pensamientos de entonces. La verdad es que la conclusión a la que llegué aquella mañana sobre el, para mí misterioso, interrogante de la rosa no fue debida a ninguna corazonada especial, sino fruto de mi propia realidad. Mi ama Beatriz, que me acompañaba, llevaba un ramo de rosas que yo colocaría en el interior del templo a los pies de la imagen de la Virgen embarazada.

Cuando en mi primera visita a la colegiata, descubrí la escultura de la Virgen embarazada, me pareció una especie de premonición de que todo saldría bien en mi gestación. Acudí muchas veces a postrarme a los pies de Nuestra Señora la Preñada, como cariñosamente la llamaban sus muchos devotos en Toro, e imitando su postura posaba mi mano amorosamente sobre el vientre en un intento de abrazar y transmitir mi cariño al pequeño ser que crecía en mi interior.

A Toro le concedimos el rango de ciudad por ser el lugar donde había nacido nuestro hijo, el futuro rey de Castilla.



Los días transcurrían con una gran placidez. Yo seguía con mis achaques de perlesía, pero estaba contenta y dispuesta a ser una buena reina y una buena madre. El infante don Juan, mi hijo, ya había cumplido los dos meses. Se decidió entonces que había llegado el momento.

El 12 de mayo, en Valladolid, los procuradores en Cortes, representantes de las distintas ciudades, juraron al infante don Juan como Príncipe de Asturias.

Aquel día, por primera vez, tomé unas copas de vino en la soledad de mis aposentos. Había sido la jornada más importante y feliz de mi existencia y quería festejarlo.

Creo que el vino alivia las inquietudes y es un excelente y riquísimo antídoto contra la melancolía. Pero aquella tarde dejó en mí un cierto poso de tristeza. Sin saber muy bien por qué, pensé en mi hija, la infanta María, que contaba entonces tres años y medio. Ella no era consciente de nada, pero la habíamos desposeído del título de Princesa de Asturias. Era lo normal y yo estaba de acuerdo y feliz de haber tenido un varón, pero no pude evitar un íntimo y profundo dolor. También yo era mujer.



El año 1405 fue relativamente tranquilo, aunque en la mente de la mayoría de los castellanos estaba la realidad de una inevitable guerra con los árabes de Granada.

Resultaba evidente que nunca sería posible un acuerdo entre Enrique y Muhammad VII. Mi esposo lo sabía, pero trataba de retrasar un enfrentamiento armado, que en el fondo era irreversible.

En el año 1406, de triste recuerdo para mí, Muhammad VII y sus secuaces atacaron Jaén.

La victoria nos sonrió en la batalla conocida como Los Collejares, donde los nuestros destacaron por su valentía, dando su merecido a los más de tres mil moros que habían entrado en Quesada.

Aquel triunfo influyó en el ánimo de Enrique, que no esperó más y a comienzos de diciembre de ese mismo año convocó a todos los procuradores del reino a Cortes en Toledo para decidir los subsidios con los que hacer frente a la guerra. Castilla atacaría Granada.

Unos días antes de la fecha fijada para la reunión, y cuando Enrique se disponía a salir para Toledo, se encontró mal. Pensamos que sería algo pasajero, pero en la medida que pasaban las horas su estado empeoraba.

—Señor —le dije—, no es imprescindible que acudáis a Toledo. Vuestro hermano, el infante don Fernando, puede sustituirlos en la reunión de Cortes. ¿Qué os ha dicho el médico?

—Alguadex no considera necesario que suspenda el viaje. Él me acompañará a Toledo por si la fiebre persiste.

Mayr Alguadex se ocupaba de la salud de Enrique desde niño. Había otros físicos en la corte, pero el hebreo Alguadex era el más importante y más cercano a mi esposo, que confiaba en él plenamente. No le sucedía lo mismo a Pablo de Santamaría, a quien alguna vez oí comentar lo incomprensible que le resultaba el hecho de que la medicina en Castilla

siguiera estando en su mayor parte en manos de los judíos.

Lo decía él que era judío. Claro que se trataba de un judío renegado porque había abrazado la religión católica y era en aquellos momentos obispo de Cartagena.

Enrique sentía un gran aprecio por Pablo de Santamaría y lo tenía en una muy alta consideración. Tanto que lo nombró primer canciller del reino. También a mí entonces me parecía un personaje excepcional. La historia de Pablo de Santamaría —Salomón Ha-Leví, rabino mayor de los judíos de la ciudad de Burgos— no dejaba de ser sorprendente. Casado y padre de cinco hijos, decidió un día abandonar las creencias de sus antepasados y profundizar en las enseñanzas de la religión católica, recibiendo el bautismo junto con sus hermanos e hijos. Sólo su mujer, Juana, se negó a renunciar a la fe judaica. Confieso que me hubiese gustado conocerla. Siempre he admirado a las personas fuertes y ella sin duda lo era. Fuerte y auténtica. Pero cuando yo conocí a Pablo de Santamaría ya era un hombre de Iglesia. Al parecer se había quedado viudo muy pronto. Su nuevo estado le permitió acercarse más a la Iglesia. Se fue a estudiar teología en la Universidad de París donde se doctoró, comenzando así una brillante carrera eclesiástica.

Su trascendente conversión y lo que ésta significaba, junto a su mente privilegiada hicieron del ahora obispo de Cartagena un personaje influyente en Castilla. Un personaje que no dudaba en atacar a sus anteriores hermanos en la fe, como el médico Mayr Alguadex. Un personaje, Pablo de Santamaría, del que yo llegaría a fiarme en momentos decisivos.

Pobre Mayr Alguadex. Enrique nunca lo hubiera consentido. Sin embargo, yo no hice nada por impedirlo. Lo cierto es que no me preocupó en absoluto lo que le sucedió. Me encontraba inmersa en una nueva y grave situación y destrozada por el dolor.

A pesar de que Enrique no mejoraba y que cada día parecía estar más débil, nadie pensaba en el fatal desenlace que llegó sigilosamente dejándonos a todos sorprendidos y a mí destrozada e incapaz de asimilar que mi marido, el rey, había muerto con sólo veintisiete años.

Fue precisamente esa muerte inesperada la causa de que se disparasen las sospechas que señalaban al médico Alguadex, considerándolo responsable del fallecimiento del rey, llegando incluso en algunos sectores a apuntar la posibilidad de que hubiera sido envenenado.

Cuando me enteré, pasado un tiempo, de que el viejo judío Alguadex había muerto en los interrogatorios a los que fue sometido para que contara la verdad de lo sucedido en el transcurso de la enfermedad del rey, no me importó. Aunque no lo consideraba culpable de envenenamiento, cabía la posibilidad de que su comportamiento hubiera sido negligente, al no darle la importancia que de verdad tenía la enfermedad de mi marido.

Nunca he querido analizar las causas que me llevaron a mantenerme impasible ante la muerte de Alguadex, aunque conozco bien las razones que me impiden profundizar en el asunto. No quiero desearle, de forma consciente, la muerte a nadie, pero si pienso en la posibilidad de que Alguadex se hubiera esmerado más en sus cuidados y con ello Enrique pudiera seguir vivo, me volvería loca y sería capaz de cometer las mayores barbaridades. Por ello me he mantenido al margen de todo lo relacionado con este tema. He intentado por todos los medios olvidarme de algo que ya no tenía solución.

Aunque es posible que al firmar, años más tarde —siguiendo los consejos de mis asesores espirituales—, la pragmática contra los judíos, en la que los condenaba a no practicar la medicina, a llevar distintivo y a vivir totalmente aislados de los cristianos, subyaciera en mi espíritu un resentimiento por lo sucedido con mi marido.

Pobre Enrique, le quedaban tantas cosas por hacer... Gobernó durante trece años, muy pocos, pero los suficientes para demostrar su valía y para que toda Castilla llorara su ausencia. Los castellanos lamentaban su pérdida y también lo que ésta suponía. No sé si muchos o pocos, pero algunos esperaban que se hiciera cargo, como regente del trono en la minoría de edad de nuestro hijo, mi cuñado, el infante don Fernando. Yo deseaba la regencia sólo para mí. Enrique dejó todo previsto en su testamento, del que me vi obligada a rechazar algunas cláusulas. Fueron años muy difíciles los que siguieron a la muerte de Enrique.

—Perdón, mi señora, ya sé que es maravilloso el calorcillo del sol a esta hora de la tarde, pero debe arreglarse vuestra alteza, porque dentro de poco llegará el Príncipe de Asturias. Recordad que esta noche cenáis con vuestros tres hijos. La infanta doña María, perdón, la reina de Aragón, ha llegado hace rato pero no ha querido que os avisáramos. Me dijo que deseaba descansar.

Mi querida hija María era reina de Aragón desde hacía casi un año. Al morir mi cuñado el infante don Fernando —que se había convertido en rey de Aragón gracias a mi ayuda—, su hijo mayor Alfonso, casado con María, accedió al trono.

—Inés, ¿cómo has encontrado a doña María?

—Bien, muy bien, un poco cansada del viaje.

—¿Ya has llenado las bandejas con las flores de azahar?

—Sí, señora.

—Se me ha pasado el tiempo sin sentir, seguro que llevo casi una hora en el jardín —le dije mientras me levantaba con cierta dificultad. Mi peso era excesivo y los años también empezaban a notarse.

—Permitidme que os ayude —dijo solicita Inés—. Han pasado más de dos horas desde que os dejé sola. Os habréis leído todo el libro.

—No, casi no he leído nada. Arrullada por el azahar me he quedado adormilada recordando tiempos pasados.

—Tiempos en los que yo aún no estaba a vuestro servicio.

—No, Inés. Tú no eras entonces una realidad para mí. ¿Cuándo está previsto el viaje a Toledo?

—Creo que para el viernes, dentro de cuatro días.

—Recuérdame que lleve unas ramitas floridas del naranjo.

—Así lo haré, señora.

No me importaba que las flores llegaran marchitas. Deseaba ponerlas en la tumba de Enrique. Él entendería muy bien el significado de las flores de azahar. Nuestra vida más íntima siempre estaría ligada a este aroma.

AAA

L

a posibilidad de abrazar a mi hija María me hizo apresurar el paso, pero sabía que no la interrumpiría en su descanso. Siempre había sido una niña delicada, propensa, como su padre, a contraer enfermedades. Pero su espíritu, al contrario que su cuerpo, era fuerte y de una gran solidez.

Hubo un tiempo en que traté de liberarla del compromiso de matrimonio con nuestro pariente. Confieso que nunca fui partidaria de la unión de mi hija con su primo Alfonso. No porque el padre de éste, mi cuñado el infante don Fernando, tratara con la boda de afianzar a su hijo como posible heredero de la corona de Castilla, sino porque conocía muy bien a mi hija y pensaba que sería mucho más feliz quedándose soltera. Sin embargo, como esto era impensable, María me convenció de que si tenía que casarse prefería hacerlo con su primo, a quien por lo menos conocía, que con un extraño. Pobre María. Estaba deseando equivocarme, pero desgraciadamente su vida en común con Alfonso confirmaba mis miedos.

Hacia dos años que se habían casado y Alfonso cada día se alejaba más de su mujer.

Tendría que buscar un momento para hablar a solas con mi hija. Necesitaba convencerla de la conveniencia de que se quedara embarazada. Los hijos siempre nos fortalecen a las mujeres. Seguro que Alfonso cambiaría con respecto a ella si fuera la madre de su hijo, de su heredero.

—Ay, Inés, cada día me fatigo más al subir la escalera. Creo que voy a disponer que habiliten uno de los cuartos de la parte de abajo como mi dormitorio.

—Vuestra alteza puede hacer lo que quiera pero pienso que no sería conveniente, porque aunque le cueste llegar al primer piso, este pequeño ejercicio sin duda le beneficia.

—Seguro que tienes razón —convine con la voz entrecortada.

Acabábamos de llegar a la galería y me costaba un poco respirar.

Nuestra casa de Valladolid está perfectamente orientada. Quienes la construyeron sabían muy bien lo que se hacían. Miré a la puerta de la habitación en la que supuse estaría descansando mi primogénita y una oleada de ternura me invadió. Sentada en una silla y leyendo, hacía guardia mi vieja y querida ama, Beatriz. Adoraba a mis tres hijos, pero María era su preferida. La cuidaba como si en ello le fuera la vida. En más de una ocasión le sugerí la posibilidad de que se fuera a vivir con la infanta después de la boda, pero siempre rechazó mi oferta argumentando que no debía alejarse de mi lado. Beatriz, desde mi llegada a Castilla, siempre estuvo a mi servicio. Dios mío, llevábamos casi treinta años juntas.

Entré en mis aposentos antes de que mi ama se percatara de mi presencia. Inés me acompañaba.

—He ordenado —me dijo Inés— que le prepararan el traje de terciopelo granate. ¿Está de acuerdo vuestra alteza?

—Sí, y tú lo sabes muy bien ya que hemos encargado otros dos de distintas telas, pero con la misma hechura.

Mi cuerpo, deformado por los kilos, como mejor estaba era oculto y por ello me sentía más segura con aquella especie de túnicas protectoras de mis extremidades redondeces. La idea de que me confeccionaran este tipo de vestidos había sido de mi hija Catalina, que era la única que seguía viviendo conmigo. Hacía unos meses que Catalina había cumplido catorce años y era agraciada e inteligente. Mucho más independiente que sus hermanos, probablemente por el lugar que ocupó en su nacimiento y porque, aunque nunca se vio privada de cariño, no disfrutó de las atenciones prestadas tanto a su hermana mayor como a su hermano por cuantos les rodearon.

No podría decir a cuál de mis hijos quiero más, pero me atrevería a asegurar que es ella, Catalina, quien más me quiere. Pronto me veré obligada a renunciar a su presencia a mi lado. Trato de demorar la decisión, mas sé que debo pensar ya en su matrimonio. No estaría nada mal emparentar con la corona portuguesa o con la inglesa. La unión por lazos de parentesco con reinos importantes y cercanos siempre resultaba interesante, aunque nunca pueda considerarse como salvaguarda de nada.

Deseaba que Catalina se casara bien. Pero el matrimonio que de verdad me preocupaba era el de mi hijo don Juan, que dentro de poco sería declarado mayor de edad y reconocido como rey. Un matrimonio real despierta todo tipo de intereses y las reacciones de los distintos grupos de poder pronto comenzarían a manifestarse.

Esta noche, uno de los temas que me interesa tratar con mis hijos es el de la creciente influencia de sus primos, los conocidos como infantes de Aragón, en la política castellana. Soy consciente de que a la muerte de su padre, al quedar yo como única regente de Castilla, me ayudaron a mantener en su lugar a determinados nobles que aspiraban a privarme de la regencia, pero no puedo consentir que ellos pretendan hacer ahora lo mismo que los nobles contra quienes me defendieron.

Últimamente esa influencia se ha acrecentado por la presencia de su madre, mi en otro tiempo querida Leonor de Alburquerque, que al enviudar abandonó Aragón y desde Castilla trata de reforzar el poder de sus siete hijos. Bueno, seis. Sancho ha muerto.

Tal vez sería interesante que reinase la armonía entre nosotros, puesto que el hermano mayor de los infantes de Aragón es el rey de Aragón, Alfonso V, casado con mi hija la infanta doña María de Castilla. Mi hijo don Juan, futuro rey de Castilla, se casará

con una de las infantas de Aragón. De esta forma, una misma familia dominaría la Península. Pero esto no deja de ser una hermosa declaración de intenciones, porque los Trastámara se querrían hacer con el poder para ellos solos. Sí, ya sé que mi hijo es Trastámara, pero también pertenece a las dinastías de Borgoña y Plantagenet. Mejor será buscarle otra candidata. A día de hoy, yo creo que lo más interesante sería casar a dos hijos de mi hermanastra Felipa, reina de Portugal, con mis hijos. Sí, don Juan se casaría con la princesa Isabel y Catalina con don Duarte.

Inés, que me ayudaba a vestirme, me miró sorprendida al escuchar unos ligeros golpes en la puerta, pero antes de que pudiéramos reaccionar, mi hija doña Catalina entró risueña en el cuarto.

—Perdonad, madre, que os interrumpa, pero deseo hablaros. Necesito contaros algo antes de que nos reunamos con mis hermanos esta noche.

Inés me miró y al observar mi gesto dijo:

—Si no os importa, señora, iré a comprobar cómo van los preparativos de la cena.

Asentí con un gesto de cabeza, pero mi hija exclamó:

—Por mí, querida Inés, puedes quedarte; no tengo secretos contigo. Además sé que puedes influir en mi señora madre para que atienda las sugerencias que deseo hacerle.

No me gustó el tono de mi hija y mucho menos lo que me pareció intentaba insinuar con sus palabras, pero decidí no tenerlo en cuenta. Inés volvió a mirarme y al comprobar que mi rostro permanecía impassible se fue sin decir nada.

—No entiendo por qué no permitís que se quede si es vuestra persona de confianza —dijo mi hija con cierta ironía.

—Ya está bien, Catalina. Claro que Inés es de mi confianza, pero los temas de familia, los asuntos entre madre e hija, debemos tratarlos sólo nosotras, y si luego acordamos contárselo a alguien, es nuestra decisión. Pero no lo olvides, por muy amigas que sean esas personas en las que confías de verdad, no deben estar presentes en los momentos de intimidad con tus familiares.

—Está bien, madre. Es cierto que Inés me quiere y me comprende muy bien y estoy segura de que apoyaría lo que voy a deciros porque desea mi felicidad.

—¿Yo no? —le pregunté un tanto molesta.

—Sí, madre, pero es distinto. Sé que vos no lo aprobaréis.

No sabría muy bien decir a quién se parecía mi hija Catalina. En estos momentos en que se mostraba seria y preocupada me recordaba a su padre, mi querido y admirado esposo. Todo el mundo creía que Enrique tenía un carácter taciturno y huraño, pero se equivocaban. En el trato con personas amigas, en la relación con sus hijos y conmigo era cariñoso y amable. Puede que de cara al exterior no fuese excesivamente comunicativo, pero no hosco, ni malhumorado.

De mis hijos, la infanta Catalina era la que tenía una personalidad cambiante, es decir, nunca podría decir cómo iba a reaccionar ante determinadas cuestiones. Todo dependía de su estado de ánimo. La estaba mirando y tenía que reconocer que, físicamente, era la más agraciada de los tres.

—Madre, lo que quiero deciros es que deseo vuestra autorización para entrar en un convento.

—Es una broma, ¿verdad? —exclamé, sin poder dar crédito a lo que me decía.

—No, os estoy hablando muy en serio. Hace tiempo que vengo pensando en esa posibilidad. Y esta tarde después de ver a mi hermana me he decidido.

—¿Qué te ha dicho tu hermana?

—Nada, pero me parece que María es muy desgraciada.

—¿Cómo puedes hacer tal afirmación? Doña María se ha casado con su primo, según su propia decisión, y ahora son reyes de Aragón. No creo que sea una vida para sentirse desgraciada —argumenté verdaderamente enfadada.

—Madre, ya la veréis. Sus ojos están tristes.

—Pero eso puede ser debido al cansancio del viaje o tal vez esté incubando alguna enfermedad —aseguré para tranquilizarme a mí misma.

—No, madre, yo sé que es muy desgraciada y no quiero que me suceda lo mismo. Prefiero encerrarme en un convento que vivir con alguien que me haga sufrir.

—Creo que exageras. Tu primo Alfonso no es mala persona.

—Pero no le interesa nada mi hermana. El único interés que María despierta en él es por lo que puede conseguir a través de ella. Porque si le sucediera algo, Dios no lo quiera, a nuestro hermano Juan, el Príncipe de Asturias, ella sería la heredera de Castilla. Sí, madre, y vos lo sabéis bien. Si no fuera por esa circunstancia, Alfonso jamás se habría casado con mi hermana María.

Mi hija Catalina me miraba directamente a los ojos y yo le respondí con la misma intensidad, al tiempo que replicaba:

—Probablemente sean verdad tus argumentos. Pero la vida es así. A nosotros también nos interesaba el compromiso de tu hermana con Alfonso. Era más o menos la garantía que nos preservaba de otro tipo de aspiraciones al trono. Debes pensar Catalina que todos los miembros de las familias reales están al servicio de la monarquía y que todos tienen que estar dispuestos al sacrificio si ello es lo que conviene a la institución. Es decir, querida hija, que tú te casarás con quien convenga, no con quien quieras. En ese sentido tu hermana ha sido un ejemplo.

—Pero, madre, yo ocupo un lugar lejano en la línea de sucesión. Mi vida personal no tiene por qué incidir en la marcha del reino.

—Eso es lo que tú crees, mas te equivocas. Por ejemplo, piensa que proyectemos casar a tu hermano con una de las princesas portuguesas, en la corte de Lisboa aceptarían de mejor grado el compromiso si uno de los príncipes se casa contigo.

—O sea que yo debo sacrificarme por mi hermano.

—Puedes interpretarlo así, aunque tu hermano tampoco elegirá a su mujer por el amor que ésta despierte en él, sino porque sea la que le convenga.

—Pero, madre, mi hermano es el rey y yo no soy nada. No es lo mismo. La vida es injusta conmigo —se quejó muy enfadada, para añadir—: No habréis elegido ya candidato, ¿verdad?

No sabría decir si fue el asomo de angustia reflejado en su voz su falta de razonamiento, lo que me llevó a pensar en la posibilidad de que tal vez lo que le sucedía a mi hija era que se había enamorado de alguien, aunque me negaba a dar crédito a mis sospechas, pero debía intentar conocer la verdad.

—Hija, me sorprende tu reacción. Siempre has demostrado ser juiciosa y muy inteligente. ¿Cómo puedes decir que no eres nadie? ¿Sabes cuántas muchachas desearían estar en tu lugar y gozar de una situación como la tuya? ¿No será que te has fijado en alguien?

—¿Yo, enamorada? Ni hablar.

El leve tinte rojizo del que se cubrieron sus mejillas fue suficiente. Tendría que enterarme de quién era la persona en la que se había fijado mi hija. Ignorando su rubor, le dije:

—Mira, Catalina, haremos una cosa. Yo me comprometo, antes de cerrar ningún acuerdo, a consultártelo a ti.

—De qué servirá, madre...

—Es posible que de nada. Aunque también puedes convencerme. Por lo menos te doy la opción de que manifiestes tu punto de vista. Pero debes prometerme, Catalina, que desecharás la idea del convento y que si se te ocurre algún candidato que te resulte menos desagradable que el que yo te proponga, me lo dirás para que yo pueda tenerlo en cuenta.

Me fijé en el brillo de sus ojos y en sus manos que, nerviosas, recorrían los bordes del corpiño azul que tan bien le sentaba.

—Gracias, madre. Así lo haré.

—¿Sabes algo de tu hermano? ¿Te han dicho a qué hora piensa llegar?

—No, pero ya le conocéis. Seguro que no aparece hasta la hora de la cena.

Cuando ya estaba en la puerta, Catalina se volvió y muy seria me dijo:

—Madre, debéis estar siempre convencida de que jamás querré haceros daño.

Sin darme tiempo a responderle se fue.

¿Qué ha querido decirme? Por más interpretaciones que intento darle sólo se me ocurre una que me inquieta. Porque si necesitaba convencerme y recordarme —como acababa de hacer— que no deseaba hacerme daño era porque se vería obligada a ello, en contra de su voluntad. ¿Y si se ha enamorado de alguien que a mí pueda desagradarme de forma especial? ¿Será alguno de los criados? No, es imposible. ¿Querrá de verdad profesar como monja? No. Sus argumentos para ingresar en el convento iban encaminados, más que a satisfacer una necesidad, a evitar una infelicidad. ¡Dios mío! ¿Se verá con su primo Enrique?

Enrique era uno de los infantes de Aragón. El tercero de los hijos de mi cuñado el infante don Fernando. Enrique y su hermano pequeño eran los herederos de las propiedades castellanas de su padre. El infante Enrique siempre había tenido mucha relación con mis hijos. Recientemente había sido nombrado maestro de Santiago. Seguro que su madre, instalada de nuevo en Castilla, tiene mucho que ver en esta historia.

Pero ¡qué barbaridad! No debo seguir. Todo es pura fantasía. No son más que elucubraciones porque no he entendido bien lo que mi hija quería decirme. No debo preocuparme en absoluto. No ha pasado nada y, además, en mi vida he hecho frente a situaciones mucho más complicadas de lo que pudiera ser ésta, que seguro sólo existe en mi mente, pero aunque fuera cierta, aún me siento con fuerzas para resolverla.

No he tomado nada de merienda y lo cierto es que siento un poco de hambre. No llamaré a Inés. Bajaré y aprovecharé para enterarme de lo que han preparado para la cena. A las infantas les dará lo mismo pero a don Juan y especialmente a mí, no. Hace años que experimento auténtico placer con la comida.

¡M

—

—Señora, ¿qué deseáis que os sirvamos? ¿Os apetece probar el cordero que hemos preparado para esta noche o preferís algo dulce? No, ya sé. Seguro, doña Catalina, que os place un poco de chorizo y el queso ese que tanto os gusta.

—El queso se ha terminado. Ayer tomé el último trozo —afirmé segura.

—Esta tarde la Encarna lo ha traído.

—Está bien, probaré un poco.

—¿Os lo servimos en el salón?

—No, en el mismo comedor. Aún falta para la cena. Además, así aprovecho para ver cómo lo han arreglado para esta noche.

La casa tenía un patio interior a modo de claustro en el que había mandado colocar unos bancos, auténticas delicias en las tardes de verano. En vez de acceder al comedor directamente preferí dar un pequeño rodeo saliendo al patio, con la idea de comprobar si la temperatura seguía siendo tan agradable como a primera hora de la tarde en el jardín. Para mi sorpresa el cielo estaba completamente gris y soplaban un fuerte viento. No tardaría en desatarse una tormenta. Pensé en mi hijo que estaría de camino.

Ordené cerrar todas las ventanas y me dirigí al comedor. Nada más entrar, un olor maravilloso, pero que a mí me resultaba odioso, me dio la bienvenida.

Hacía muchísimo que no sentía aquel perfume. Casi nunca utilizábamos pebeteros en casa. Mi reacción inmediata fue la de llamar y preguntar quién había decidido ambientar el comedor con esa fragancia, pero en el acto me di cuenta de la identidad de la culpable. Mi ama Beatriz, en su afán de agradar a la infanta doña María, había mandado prepararlos.

Pensé que bien podía habérselos colocado sólo en la habitación, pero seguro que allí también los tenía.

Sin embargo, no debía enfadarme con mi buena ama, porque ella no sospechaba mi rechazo a este perfume.

Mi hija, tan sensible como yo a los olores, adora el que ahora inunda el comedor. Durante unos cuantos años nuestras habitaciones privadas sólo olían así.

No es frecuente en Castilla, en nuestros ambientes, perfumar las casas, pero mi criada, Leonor López de Córdoba, muy en contacto durante un tiempo con las costumbres árabes, nos habituó a ello.

Al principio solía utilizar la esencia de las flores del granado. También jazmines, lirios o mirto. A Leonor le gustaba más el olor a lirios, porque decía que eran más espirituales, flores propias de la Santísima Virgen, y como era muy devota de la advocación de la Adormecida, cuya imagen visitaba en la iglesia convento de San Pablo cuando vivía en Córdoba, trató de convencernos de que aquél era el mejor aroma y también el que resultaba más fácil de conseguir. Pero mi hija se había entusiasmado con el olor a mirto o arrayán y ése fue el que triunfó.



Mientras una de las criadas me sirve la merienda aspiro en profundidad el olor que despiden los pebeteros. Sin duda es un aroma muy agradable, ¡pero lo odio! Lo odio porque me recuerda la existencia a mi lado de Leonor López de Córdoba.

Debería haber superado el rechazo que me produce su recuerdo. Sobre todo porque hay quien dice que odiar es una forma de amar y aunque sólo fuera para manifestar que no la quiero, que me resulta indiferente, debería dejar de odiarla.

La verdad es que la quise mucho. Fue casi como una madre para mí. Me ayudó en momentos muy difíciles... Recuerdo tan bien el día en que nos vimos por primera vez...

—Doña Catalina, nos avisan del puesto de guardia de la entrada de que ha llegado una señora que viene de Córdoba y que dice conoció a vuestra señora madre.

Hacía poco más de un mes que se había muerto mi marido y yo estaba atravesando una época muy penosa. Primero, por el dolor de su ausencia y también porque no podía aceptar en su totalidad lo dispuesto por Enrique en su testamento. ¿Cómo iba a consentir que se llevaran a mi hijo que tenía poco más de un año? Don Juan era carne de mi carne, lo había llevado en mis entrañas. ¿Por qué mi marido decidió tomar aquella decisión? ¿Qué pretendía al poner a su hijo en manos de tres de sus colaboradores? Conocía el texto de memoria:

... Ordeno y mando que tengan al príncipe, mi hijo, Diego López de Stúñiga, mi justicia mayor y Juan Velasco, mi camarero mayor; y quiero y mando que éstos, y el obispo de Cartagena con ellos, tengan cargo de guardar, regir y gobernar su persona hasta que haya edad de catorce años. No. No lo iba a consentir y así se lo comuniqué al infante don Fernando, mi cuñado, a quien Enrique nombraba en su testamento regente del reino junto a mí.

—No os preocupéis, querida Catalina, entre los dos encontraremos una solución. Estoy de acuerdo con vos: don Juan debe permanecer a vuestro lado.

—No sabéis cómo os lo agradezco. Estoy dispuesta a hacer lo que sea para que mi hijo se quede conmigo. Si hubiera cumplido los cuatro o los cinco años podría entenderlo; con un año, no.

Hacía varios días que habíamos mantenido esta conversación y aún no conocía ninguna respuesta. De lo que sí estaba segura era de que don Juan permanecería a mi lado. Ordené reforzar la guardia. Nadie, sin la debida autorización, podría entrar en el alcázar de Segovia, donde nos encontrábamos desde la muerte de Enrique. De ahí que la criada viniera a comunicarme si permitía la entrada de una señora llegada del sur.

—Doña Catalina, esa señora dice que vos la estáis esperando.

—Es cierto. Que la dejen pasar.

Reconozco que sentía cierta curiosidad por ver a doña Leonor López de Córdoba. Era verdad que mi madre la conocía. Recuerdo que alguna vez me había hablado de ella.

—Después del asesinato de tu abuelo, el rey Pedro 1 de Castilla —me contaba mi madre—, mis hermanas y yo estábamos desoladas y sin saber muy bien qué sería de nosotras. Sabíamos del apoyo de algunos nobles fieles, pero, querida Catalina, hay momentos en la vida en que es casi imposible mantener la confianza en nadie. Sin embargo, algunos fueron muy buenos, sobre todo don Martín López de Córdoba, que era persona muy cercana a nuestro padre, que lo había nombrado maestre de Calatrava y Alcántara.

—¿Qué hizo por vosotras? —pregunté a mi madre.

—Nos llevó a vivir con él y su familia a Carmona, localidad muy cercana a Sevilla. Y allí nos defendió junto con los habitantes de la villa, que todos nos eran fieles, frente a las tropas del fratricida Trastámara.

—¿Y qué pasó?

—Aunque Carmona era inexpugnable, la situación no podía continuar por más tiempo porque empezaban a escasear los alimentos, y don Martín se avino a negociar con el condestable de Castilla, enviado por Enrique, el asesino de nuestro padre. Don Martín pidió que nosotras las infantas fuéramos trasladadas a Inglaterra con todas nuestras pertenencias y que sus hijos y todos los que en Carmona nos habían defendido no fueran castigados por su acción. El condestable firmó en nombre de su rey, el ilegítimo Trastámara, que se respetaría lo acordado. Y Martín López de Córdoba entregó la villa.

—¿Y se cumplieron los compromisos? —pregunté interesada.

—Con respecto a nosotras, sí. Nadie impidió nuestro viaje a Inglaterra. Pero a Martín López de Córdoba le mataron en la plaza de San Francisco de Sevilla y toda su familia fue encerrada en la prisión de las Atarazanas. Sentí tanto —decía mi madre— la muerte del leal López de Córdoba y la suerte de su pobre familia y sobre todo lo lamenté por su hija Leonor, a quien yo quería mucho.

Ésa era la referencia que yo tenía de Leonor López de Córdoba. Aunque al poco tiempo de llegar a Castilla, alguien me comentó que la hija de Martín López de Córdoba había logrado sobrevivir en la cárcel más de ocho años y que a la muerte del rey Enrique de Trastámara, le concedieron la libertad.

Pensé en buscarla y se lo comenté a mi marido Enrique, pero no me animó a hacerlo. En cierta forma, era como revivir el pasado y no volví a acordarme más de ella. Tampoco Leonor se preocupó por darse a conocer. Curiosamente, al poco de nacer el príncipe don Juan supe que en Córdoba, en la iglesia del convento de San Pablo se había creado una capilla para celebrar el nacimiento del heredero. Más tarde conocí que la

promotora de la idea había sido ella, Leonor López de Córdoba, que ahora acudía a verme, después de haberme enviado un correo en el que pedía la recibiera aunque sólo fuera unos minutos.



—Alteza, reina y señora mía —decía, mientras arrodillada me besaba las manos.

—Por favor, levantaos —le pedí, a la vez que la ayudaba a ponerse en pie.

—No sabéis, doña Catalina, cómo he deseado que llegara este día. He soñado muchas veces con este momento.

—¿Por qué no lo habéis hecho antes? —le pregunté.

—Ésta es la hora —me respondió muy seria.

Iba totalmente vestida de morado. Era una mujer alta, fuerte. Me pareció un poco extraña, de expresión dura, pero, al mismo tiempo, cercana y protectora. Su res puesta no necesitaba ningún tipo de aclaración. Era perfectamente clara, por lo menos así lo entendí yo; venía a mí porque quería servirme, ponerse a mi disposición, y ciertamente era en estos momentos cuando más la necesitaba.

Después de la muerte de Enrique yo me había quedado sola. No había más que Trastámaras a mi alrededor, y no me vendría mal tener cerca a alguien en quien confiar plenamente. Alguien que se convirtiese en mis ojos y oídos allí donde yo no pudiera estar. Sin pensarlo ni un minuto le propuse que se quedara a mi lado.

—Acepto, y me siento muy honrada al ser acreedora de vuestra confianza. Ha merecido la pena todo lo sufrido hasta ahora. Doña Catalina, ¿sabéis en quién pienso en estos momentos? En mi padre, don Martín López de Córdoba, que fue un hombre leal y fiel a su rey, vuestro abuelo.

Estaba muy emocionada. Creo que para ella, quedarse en la corte, a mi lado, significaba el reconocimiento al comportamiento de su padre. Era como devolverle la honra después de mucho tiempo. Leonor se sentía muy orgullosa de su progenitor.

—Señora, vuestra madre, doña Constanza, le conoció bien. Era un hombre integro. Os contaré algo que creo le define muy bien. Cuando le llevaban para ser ejecutado en Sevilla, se encontró con el francés Bernardo Du Guesclín, el traidor que entregó a vuestro abuelo para que lo matase su hermanastro. Du Guesclin dijo a mi padre: «Señor maestre, ¿no os decía yo que vuestras andanzas habían de parar en esto?», y mi padre respondió: «Más vale morir como leal, como yo lo he hecho, que no vivir como vos vivís habiendo sido traidor».

Observé cómo los ojos de Leonor se volvían acuosos al no poder reprimir la emoción ante el recuerdo de su padre. ¿Cómo no iba a confiar en una persona como ella, cuyo padre había sido leal hasta la muerte a mi familia? Daba gracias a Dios por habérmela enviado. Su presencia me hacía sentir más segura y así, con ella a mi lado, comenzaría a ejercer mi papel de corregente del reino de Castilla.

Leonor jamás me comentó nada, pero yo sé que ella pensó muchas veces en la decisión de mi marido, al nombrarnos regentes de Castilla en la minoría de edad del príncipe don Juan, al infante don Fernando y a mí. ¿No se fiaba Enrique de mí lo suficiente como para dejarme como única regente? Reconozco que el testamento de Enrique no me

satisfizo plenamente. Claro que pudo haber dejado la regencia sólo a su hermano don Fernando y que posiblemente si decidió que fuese compartida tendría sus razones. Tal vez lo que pretendía era eliminar las posibles pretensiones de su hermano de hacerse con el poder y, de esta forma, al convertirlo en garante de la legalidad, anulaba las tentaciones. Sé que no debo albergar dudas sobre la idea que mi marido tenía de mí, porque al disponer que si uno de los dos regentes muriera el otro asumiría en solitario la regencia, demuestra que, a su juicio, cualquiera de los dos podríamos haber desempeñado el cargo. Tenía que reconocer que era importante que no me hubiera excluido, aunque mejor hubiera sido que me dejara a mí sola le regencia. Pero la realidad era la que era y a ella habíamos de enfrentarnos.



Y así llegó el acto oficial al que debíamos presentarnos como regentes del reino.

Juré, lo mismo que lo hizo el infante don Fernando, con mi mano sobre la Biblia ante el obispo de Sigüenza. Juré por Dios que me comprometía a cumplir todo lo dispuesto por mi marido el rey en su testamento salvo la cláusula referida a mi hijo. Quise manifestarlo públicamente para que todos supieran a qué atenerse. Don Juan no se movería de mi lado.

Estaban presentes las dos personas elegidas por mi esposo como educadores y no dijeron nada. Tampoco el infante don Fernando manifestó su opinión, aunque a mí me había dicho que me apoyaría.

Aquel día Leonor me comentó:

—Yo creo, doña Catalina, que no sería mala idea que vuestra alteza escribiera a su pariente, el rey de Portugal, contándole sus preocupaciones en lo referido a su hijo el Príncipe de Asturias.

—Has tenido una idea estupenda. Llama al escribano, que esta misma tarde le dictaré una carta.

Debo reconocer que el consejo de Leonor fue muy acertado, porque la decisión del rey de Portugal con toda seguridad iba a influir en la solución del problema.

Mientras esperábamos la respuesta se produjeron algunas reacciones, pero no promovidas por el infante don Fernando, que parecía haberse olvidado del tema. Unos cuantos procuradores del reino, temerosos de que aquella situación pudiera influir en la paz de Castilla, intentaron mediar pero nada consiguieron. Lo mismo sucedió con la oferta de la reina viuda Beatriz, la mujer de mi suegro, que desde Toro se brindaba para cuidar ella de mi hijo don Juan.

Sólo cuando se escuchó el rumor de que el rey de Portugal estaba dispuesto a venir con su ejército a Castilla para defenderme, mi cuñado don Fernando decidió solucionar la situación. Para ello negoció con los dos tutores: Diego López de Stúñiga y Juan Velasco que, a cambio de una importante cantidad de dinero, estuvieron dispuestos a olvidarse —de momento— de lo dispuesto por su rey en el testamento.

Mi querido cuñado decía querer ayudarme, pero sólo se le ocurrió cómo solucionar el problema al saber que el rey portugués estaba de mi lado.

Y todo se lo debía a mi buena consejera y amiga. Había acertado pidiéndole que se quedara a mi lado. Además era una persona muy instruida y muy creyente. Había sufrido tanto.

—Doña Catalina, tenéis que ser fuerte y creceros ante los problemas. Algo sé yo de eso. Si resistís ganaréis.

Leonor me habló entonces de su vida en la cárcel en la que vio morir a sus hermanos. Y cómo, gracias a Dios, pudo mantener sus ganas de vivir y no sucumbir en aquella horrible situación.

—Doña Catalina, cuando me encerraron en las Atarazanas estaba a punto de cumplir ocho años. Al volver a ver la luz del sol tenía dieciséis. Más de ocho años sufriendo minuto a minuto. Sólo mis rezos y la esperanza de que la Santísima Virgen me escuchaba me daban ánimos.

Me parecía imposible que aquella mujer, sentada a mi lado, hubiese sido protagonista de tan espantosa historia. Si no fuera porque existían pruebas de que decía la verdad, hubiese dudado de ella. Tomando con afecto una de sus manos, le dije:

—Querida doña Leonor, después de lo que habéis sufrido sin duda estáis preparada para enfrentaros a los mayores problemas, pero afortunadamente, en la corte no se darán situaciones similares. En realidad, el mayor escollo ya lo hemos superado. La corregencia del reino no debe resultar complicada, entre otras razones, porque el infante don Fernando y yo siempre hemos mantenido buenas relaciones. Además, él ha reconocido a su sobrino, mi hijo, como rey de Castilla. Así lo ha proclamado públicamente en las plazas de distintas villas y ciudades.

—Sí, doña Catalina, todo eso es verdad, pero el poder es ambicioso y no se conforma con lo que tiene. Cada día se aspira a un poco más. Por otra parte, debéis tener en cuenta que habrá nobles que se situarán del lado de uno y otro regente y si la balanza no está equilibrada, el regente con menos apoyo verá mermado su poder y deseará, lógicamente, neutralizar al otro.

—Estoy totalmente de acuerdo en que esa situación se puede dar. Pero el infante don Fernando y yo no queremos movernos por caminos distintos, pues ambos deseamos lo mejor para Castilla.

—Da lo mismo. Estoy segura —afirmó Leonor— de que surgirán problemas entre vuestra alteza y don Fernando.

Cuando a los pocos días conocí la intención de Fernando de introducir en el Consejo Real a dos de sus hijos, me di cuenta de que mi amiga tenía razón.

El Consejo Real —creado por mi suegro el rey Juan I y mantenido por mi marido— era el único órgano del reino que podía imponer su criterio sobre el de los regentes. Es decir, los miembros del Consejo Real tenían la última palabra sobre cualquiera de los temas a debatir.

Aquél era el comienzo del acoso al que me vería sometida y del aislamiento que hube de soportar en determinados momentos.



En febrero de 1407 se convocaron Cortes en Segovia. Y comencé a ver la realidad

de forma palpable. Me di cuenta de lo equivocada que estaba al decir que Fernando y yo seguiríamos idénticos caminos. La guerra con Granada sería el marco de nuestro desacuerdo; no porque yo no aprobara tal confrontación, sino por tal vez no era el momento adecuado, porque discrepaba en cuanto a la forma de acometerla y también porque consideraba que existían otros medios a nuestro alcance que deberíamos probar.

Don Fernando defendió la necesidad urgente de enfrentarse a los árabes, argumentando que la tregua firmada hasta 1408 no había sido respetada y cada día eran más frecuentes las incursiones de las huestes de Muhammad VII en territorios cristianos. Todo ello era verdad y también la enorme cantidad de dinero que precisaba para organizar el ejército. Era necesario conseguir dinero de las ciudades y también del tesoro del reino que estaba en mi poder.

Me habían preparado un escrito para manifestar mi postura ante las peticiones de mi cuñado. Era la primera vez que yo intervenía en las Cortes. Temía que mi enfermedad me ocasionara algún problema, pues a veces sentía que mi voz se atrancaba. Era como si los espasmos que sacudían mi cuerpo en determinados momentos afectaran también a mi garganta.

Afortunadamente no sucedió nada y me manifesté sin problemas. Fue un discurso en el que aceptaba y alababa lo expuesto por mi cuñado, pero le pedía sometiese a control de las Cortes toda la preparación del ejército para tratar de encontrar la forma de reducir la cantidad de dinero que él pedía. Le recordé que yo no estaba dispuesta a darle del tesoro real más de veinte cuentos, como habíamos acordado con anterioridad.

A pesar de todo, los representantes de las ciudades aprobaron la guerra inmediata.

Leonor no había intervenido en la redacción del texto que yo leí en las Cortes. Y se lo di para que me diera su opinión.

—No está mal, aunque yo hubiese sido más contundente sobre la responsabilidad exigida al infante don Fernando si las cosas no salen bien por falta de una buena planificación y preparación, que es lo que vuestra alteza, en el fondo, le pide. Sí, doña Catalina, creo que ha sido un discurso demasiado suave y siempre quedará la duda de cuál habría sido la reacción de las ciudades si vuestra oposición hubiera sido más decidida.

Me pareció que su criterio era acertado y por ello le dije:

—A partir de ahora quiero que estés al tanto de todo lo que hago. Deseo conocer tu opinión sobre los distintos temas que afecten al reino.

Poco a poco, Leonor se fue convirtiendo en la persona más cercana a mí. Confiaba plenamente en ella y en su acertado criterio.

Una tarde, paseando por detrás de una de las almenas del alcázar de Segovia le comenté:

—Querida Leonor, qué curioso, nosotras las mujeres sólo nos acercamos a las almenas para tomar el aire y disfrutar de la paz de una tarde tan maravillosa como ésta. Los hombres cuando acuden a este lugar normalmente es para luchar y defenderse de los ataques del exterior.

—Pero, doña Catalina, ¿no creéis que las mujeres también podríamos hacerlo?

—Seguro. Aunque ya ves lo que sucedió cuando manifesté mi intención de acompañar al infante don Fernando a la guerra. Todos podían imaginar que no iría al frente de batalla a pelear como un soldado, sino que me quedaría en el campamento, y sin embargo se opusieron.

—¿Cómo creéis que le sentaría a don Fernando teneros cerca?

—No lo he pensado. Tú bien sabes, Leonor, que mi postura no obedecía a ningún

interés. No me gusta la guerra. Lo hacía para impedir que el gobierno se dividiera en dos y que el infante pudiera decidir en solitario en la mitad del reino.

—Ya lo sé, señora, pero eso, según el testamento de vuestro marido, es lo legal. Además las tierras que conquistó don Fernando serán para vuestro hijo, para la corona de Castilla.



Hacía más de un año que mi cuñado se había ido al sur en el que decidía libremente. Las Cortes y Fernando, lógicamente, no aceptaron que yo quedara como única regente mientras él estaba en la guerra y decidieron dividir el reino por la mitad; el sur para el infante y el norte para mí.

La guerra continuaba. El infante don Fernando no sólo no había conquistado nada, sino que habíamos perdido Antequera. Y lo que era peor, se comentaba que por falta de dinero había emitido moneda devaluada, de menor ley que la establecida oficialmente. Y lo había hecho sin consultármelo.

—Leonor, ¿cómo crees que reaccionará el infante don Fernando cuando le pregunte por el asunto de la moneda?

—Pienso que defenderá su postura y argumentará que tomó la decisión en solitario porque sólo él era responsable del gobierno en esa parte del reino. Doña Catalina, ¿por qué no dejamos los temas de gobierno para mañana y ahora nos vamos a merendar y a jugar una partida de ajedrez?

—De acuerdo, prepárate a perder como casi siempre —le dije entre risas.

Pensar que no he vuelto a jugar al ajedrez porque no quiero acordarme de ella. ¡Ay! ¡Qué lejos estaba yo entonces de sospechar lo que sucedería!

—He practicado mucho. No creo que hoy os resulte tan fácil ganarme —replicó Leonor riendo.

Además de ser la persona en quien más confiaba, Leonor contribuía a hacerme la vida más agradable. Nos pasábamos tardes enteras hablando de mi abuelo, de mi madre y sus hermanas. A mi abuela no la había conocido. Leonor siempre sabía lo que me convenía en cada momento. Yo no tenía secretos para ella.

—¿Sabes, Leonor, que echo en falta a mi marido? —Se lo decía mientras acariciaba la sortija de amatista.

—¿Le queráis mucho? ¿Os la regaló él? —me preguntó, señalando la sortija.

—Sí. Era un hombre bueno y me entendía muy bien con él.

Le conté la historia de la amatista y se me ocurrió preguntarle —nunca lo había hecho— por su marido. Yo sabía que estaba casada y tenía dos hijos de los que me hablaba, pero nunca me había contado nada de su marido, porque seguro que habrá muerto, pensé.

—No, no ha muerto sigue viviendo en Córdoba con nuestros hijos —me dijo.

—Él estuvo también en la cárcel de las Atarazanas ¿verdad?

—Sí. Mi señor padre me casó con él, con Ruy Gutiérrez de Hínestrosa, cuando yo contaba siete años. Ruy y yo fuimos los únicos que sobrevivimos a la prisión. Al salir, me fui a Córdoba a casa de mi señora tía, y mi marido se fue a demandar lo suyo, porque era

hijo único y heredero de una importante fortuna que tenían sus padres. Pero los parientes que tenían sus bienes no atendieron a sus demandas. Y mi marido no se atrevió a volver y anduvo perdido por el mundo durante más de siete años.

—¿Y qué hiciste tú en este tiempo? —pregunté, sorprendida de la historia que me estaba contando.

—Creyéndome viuda, me encontraba a punto de ingresar en un convento. Pero un día, mi marido se presentó en Córdoba, en casa de mi tía. Un conocido se había encontrado con él en Badajoz y le había dicho que yo estaba muy bien situada con mi familia.

—Sin duda la presencia de tu marido supuso una alegría para ti —le dije confiada.

—Sí y no. Me explicaré. Mientras estuve sola no me importó vivir de la caridad de mi familia, colaborando en el trabajo de la casa como una más, pero con la llegada de mi esposo era distinto. Necesitaba un hogar propio. Mi tía, teniendo en cuenta los años que llevaba con ella, nos cedió una casa junto a la suya.

Siguió contándome que todas las noches rezaba trescientas avemarías a la Virgen para que su tía la autorizase a abrir un postigo que permitiese el acceso directo desde su casa a la de su tía sin salir al exterior.

—Me avergonzaba que los vecinos nos viesan que íbamos a comer a la mesa de nuestros parientes. ¡Ay, doña Catalina, si supierais cuánto he tenido que sufrir!

Se quedó en silencio dando por terminada la conversación, pero yo sentía curiosidad por conocer cuál había sido la reacción de su tía y así se lo pregunté.

—No. Mi tía nunca me dejó abrir el postigo interior. Pero me compró unos corrales cerca de la iglesia de San Hipólito y ése fue el comienzo de mi bienestar. A partir de ese momento, las cosas comenzaron a salirnos bien y nuestra situación mejoró muchísimo. Estoy casi segura de que por una caridad que hice al criar a un niño huérfano judío en la fe de Jesucristo, Dios me ayudó a darme aquel comienzo de casa. Le rogaba que me diese casa, y me escuchó dándome casa y casas, por su misericordia, mejores que yo las merecía.

En verdad era una mujer fuerte y emprendedora. ¿También ambiciosa? Nunca, mientras estuvo a mi lado, llegué a plantearme este interrogante. Jamás me interesé por los motivos que pudieron haberla impulsado a acudir a la corte. Creía que lo hacía por cariño y porque, fiel a mi familia, deseaba serme útil. También podría moverla el interés por conseguir devolver el honor al nombre de su padre, asesinado de forma ominosa.

Me conmovía su profunda fe. Me contó que durante más de un mes acudió de noche, descalza a maitines.

No había nada en Leonor, ni en su persona, ni en su comportamiento que no me gustara. Por ello, la dejé decidir en mi entorno.

No me importaban los comentarios, e incluso los escritos, que se hacían entonces para protestar por su presencia en la corte. Se la acusaba de tenerme secuestrada y que sólo accedían a mí aquellos que ella autorizaba.

Desde todos los sectores se cuestionaba la presencia de Leonor a mi lado. Pero yo estaba segura de que juntas podríamos superarlo. Una mañana, Leonor entró en mis aposentos verdaderamente enfurecida.

—Doña Catalina, al final lo conseguirán y me alejarán de vuestro lado.

—¿Qué ha pasado? ¿De qué hablas? Tranquilízate —le dije. Nunca la había visto tan alterada.

—Perdón, señora, por entrar de esta forma, pero es terrible lo que dicen de mí.

Recuerdo que me contó que Fernán Pérez de Guzmán había escrito sobre su presencia en la corte relatando que era una vergüenza para Castilla que los grandes,

prelados y caballeros, cuyos antecesores pusieron freno con buena y justa osadía a sus desordenadas voluntades por provecho del reino, se sometieran ahora a la voluntad de una liviana y pobre mujer.

—Os dais cuenta, señora, me califica de liviana y pobre mujer.

—Seguro que lo mismo pensarán de mí —le aseguré convencida.

Yo era muy consciente del diferente papel que nos asignaban a las mujeres. Había hablado muchas veces de ello con mi madre.

Desconozco cuál habría sido la reacción, si la persona por mí elegida como asesor fuera un hombre. Seguro que los comentarios también serían negativos, pero de distinto signo, nunca referidos a la incompetencia. No obstante, de una mujer sí se podía decir eso o cualquier otra cosa, porque habían decidido destinarnos a otras misiones. Pero yo estaba en mi derecho de confiar en quien quisiera y pensaba defender a Leonor contra todos, si fuera preciso.

—No te disgustes, Leonor, superaremos este mal momento. Es normal que a los nobles caballeros no les guste que una mujer, que no es la viuda de un rey, detente poder. No tienes más que observarme a mí. Piensa en lo distinto que sería mi papel si fuera hombre.

—¿En qué sentido, señora?

—Imagínate por unos momentos que el viudo fuera Enrique ¿cuánto tiempo crees que tardaría en contraer nuevo matrimonio?

—Sí, muy poco. Pero vos también podéis hacerlo.

—No, Leonor, porque podría influir en el futuro de mi hijo, el Príncipe de Asturias.

No le quise decir a Leonor, a pesar de que era la persona en quien más confiaba, que había pensado en la posibilidad de contraer nuevo matrimonio con un miembro de la dinastía inglesa que reforzase mi posición frente a los Trastámara. Aunque pronto me di cuenta de que eso no podría ser, de no pasar por un enfrentamiento bélico, algo que no deseaba. Aunque no fue la posibilidad de una guerra lo que me hizo rechazar la idea, sino la seguridad de que el varón elegido, al casarse conmigo, inmediatamente se convertiría en rey y podría disponer a su antojo en todo lo concerniente al gobierno de Castilla.

—Si una cosa tengo clara en la vida, querida Leonor —le aseguré—, es que el biznieto de Pedro I, el Príncipe de Asturias, mi hijo don Juan, será rey de Castilla. Éste es mi objetivo en la vida.

—Qué orgullosa se sentiría vuestra madre doña Constanza si pudiera oíros. Gracias, señora, por apoyarme. Nunca os decepcionaré.



Nunca me decepcionaría, aseguraba convencida. pudo hacerme creer que sus palabras eran sinceras?

Han pasado ocho años desde que descubrí su auténtico juego. He sufrido mucho con su actitud y aún hoy me duele su comportamiento. Era como una madre para mí y así la quería, por ello el desengaño fue mucho más profundo.

Nunca me ha gustado la injusticia y he procurado ser siempre honesta con los

demás. Creo que con Leonor López de Córdoba lo he sido, aunque a veces ciertos comentarios me hacen volver a pensar en mi comportamiento con ella.

Las pruebas de su traición eran evidentes, y falsas las insinuaciones referidas a las intrigas de Inés de Torres que, según estos comentarios, pretendía desplazar de la corte a Leonor para ocupar ella su puesto junto a mí. Lo cierto era que si Inés estaba a mi servicio era porque la había traído Leonor para ocuparse de la infanta doña Catalina.

Es verdad que Inés desempeña ahora un cargo de confianza, pero nunca similar al desarrollado por Leonor. Y además, una realidad presente no debe condicionar un pasado. Ya sé que muchas veces se pueden sacar conclusiones observando la evolución y el comportamiento de determinados personajes más o menos cercanos al tema para el que buscamos explicación. Aunque, en este caso, nada tiene que ver la situación de Inés de Torres con la marcha de Leonor López de Córdoba.

Es muy posible que dentro de unos días, en nuestro viaje a Toledo, tome la decisión de dejar a Inés en el convento de Santo Domingo el Real, donde se encuentran mis parientas. Hace unos días se lo comuniqué a doña Teresa de Ayala.

Es una medida en la que vengo pensando desde hace un tiempo. Inés es una mujer joven, muy guapa y un tanto inquieta. Presiento que su presencia puede estar provocando algunas inquietudes en el entorno de mi hijo, el príncipe don Juan, y mejor será evitar un problema antes de que se manifieste.

Inés de Torres era muy jovencita cuando Leonor la trajo a la corte. Creo que cumplió y sigue cumpliendo bien su papel al lado de la infanta doña Catalina. Y es innegable que, con el paso del tiempo, ha ido ganando mi confianza, ocupando un destacado lugar a mi lado.

Es muy posible que sea esa cercanía al poder la causa de que Inés se crea segura y se permita seguir un comportamiento relativamente peligroso con las personas que rodean al príncipe.

Sí, es muy posible que tanto Leonor como Inés —siempre salvando las diferencias— no hayan sabido asumir una situación de privilegio, concedida por mí, con la única finalidad de conseguir su apoyo y orientación en algunos de los temas a los que hube de enfrentarme. No han sido conscientes de que ese poder lo tenían por mí, e igual que se lo concedí se lo podía negar. Sí, se olvidaban de que era a mí a quien debían servir y no a ellas. No puedo negar que yo he tenido parte de culpa porque he dejado en sus manos decisiones importantes que me competían únicamente a mí, lo que probablemente les indujo a creerse imprescindibles al asumir algo que no les correspondía. Estoy convencida de que Leonor se sintió dueña de la situación, considerándose incluso superior a mí.

A pesar de que, en cierta forma, Inés ocupó el lugar de Leonor, no es lo mismo. Igual que no son comparables los comportamientos de una y otra. De hecho, Inés sigue a mi lado. Pero tampoco es comparable mi sentimiento hacia ellas. A Leonor la quise mucho. Antes de conocer su traición, y aún ahora, me cuesta creer lo que de ella escribió el infante don Fernando. Mi cuñado aseguraba, en carta enviada a la ciudad de Murcia, que Leonor era la causa de que él y yo no nos entendiéramos bien. Las dos asumíamos esta acusación.

—Claro que siempre desconfiaré de las intenciones de vuestro señor cuñado —me decía Leonor con cierta ironía porque lo único que le interesa es el poder y su único objetivo es ir arrinconando a vuestra alteza poco a poco. Es un Trastámara, doña Catalina, y con esto ya está dicho todo.

Leonor odiaba a los Trastámara mucho más que yo. Y era lógico, porque eran los responsables de la desaparición de toda su familia. Yo conocía desde siempre sus

sentimientos sobre la familia de mi marido y su recelo ante todas las iniciativas del infante don Fernando. Por ello, que la acusara de no permitir el diálogo entre él y yo, no tenía mayor importancia para mí. Pero lo que sí me dejó sobrecogida es que en esa carta mi cuñado dijera que Leonor aceptaba sobornos. Es decir, la persona en la que tenía depositada toda mi confianza —según mi cuñado— cobraba por conceder audiencias conmigo.

No quise preguntarle nada a Leonor, aunque ella sí quiso hablar de ello.

—Doña Catalina, el infante terminará consiguiéndolo. Quiere que el reino entero me desprecie. No creará vuestra alteza todas esas mentiras, ¿verdad?

Aun con ser inmoral que cobrara a algunas personas por verme, más grave me parecía que me lo hubiera ocultado de ser verdad.

—No, claro que no creo ese tipo de comentarios —manifesté—. Además estoy segura, Leonor, de que si alguien hubiera querido regalarte algo me lo habrías dicho.

—Por supuesto, señora. Tal vez el infante don Fernando hable por experiencia propia.

—No, tampoco es eso —le dije, para añadir—: Es posible que alguien le haya engañado.



Tuve oportunidad, años más tarde, de hablar con mi cuñado de este tema, pero no lo hice. No lo hice porque no creía la historia. Aunque viendo el posterior comportamiento de Leonor, cualquier cosa podría haber hecho, pero ya no me interesaba nada de lo relacionado con aquella traidora.

A su regreso del sur, el infante don Fernando sometió a mi círculo más cercano a un acoso implacable.

Juan de Velasco y Diego López de Stúñiga, personas de confianza de toda la vida — que habían sido elegidos por mi marido como tutores del príncipe y que habían aceptado dinero por no exigir el cumplimiento del testamento y dejar a mi hijo que siguiera conmigo —, después de haber participado en la guerra del sur, habían vuelto a mi lado a la corte. Los dos, al conocer las maniobras de don Fernando, abandonaron Segovia para evitar represalias. Y es que mi cuñado quería dejarme totalmente aislada.

El siguiente paso fue apartar a los obispos de Sigüenza, Mondoñedo y Cuenca del Consejo Real, para poder manipularlo a su gusto. Como este órgano tenía la última palabra, en caso de que él o yo no llegáramos a un acuerdo sobre un tema determinado, Fernando esperaba que el Consejo le permitiese el acceso al tesoro real, algo a lo que yo me opuse decididamente.

Nada pudieron hacer porque el tesoro estaba conmigo en el alcázar de Segovia y jamás permitiría que nadie se acercase a él. Mi misión era entregárselo a mi hijo y así lo haría.

Todavía en aquel tiempo contaba con el apoyo de Leonor López que en todo momento trataba de insuflarme fuerzas para hacer frente al infante.

Había llegado el momento de pedirle cuentas a don Fernando por el tema del dinero devaluado. Abrí la sesión de Cortes en Guadalajara, y como me había apuntado Leonor, la postura del infante fue la de esgrimir su poder en el sur, ya que habíamos dividido el

gobierno del reino y a él le correspondía esa zona. Muchos de los representantes no estaban de acuerdo, pero al final se impuso mi cuñado.

—Deberíais alentar a vuestros partidarios para que manifiesten públicamente su oposición a los seguidores de don Fernando —me decía Leonor muy seria.

—No lo haré, Leonor. No deseo enfrentamientos armados. Con los altercados de estos días en Guadalajara ya ha sido suficiente. Si tengo que renunciar a alguna parcela de poder para que vivamos en paz, lo haré sin dudarle un instante. En lo que no transigiré nunca es en algo que pueda afectar al futuro de mi hijo. Él es lo más importante para mí. Tú bien lo sabes.

—Pero no debéis dejaros dominar por vuestro cuñado, que es un ambicioso y anhela convertirse en el único regente de Castilla —me replicó Leonor, ciertamente enfadada.

—Leonor, debes convencerte de que nunca me enfrentaré frontalmente al infante don Fernando. ¿Sabes por qué? Es muy sencillo, porque ésa sería la mejor forma de poner en peligro la corona de mi hijo. No olvides que sólo tiene tres años.

Pero el cerco de mi cuñado se cerraba. Cada día estaba más aislada. Cedí a que volviéramos a un solo gobierno aun a sabiendas de que Fernando se iría a la guerra y decidiría todo desde donde se encontrase. A mí únicamente me quedaba velar por mi hijo y por el tesoro real. Cedí a muchas de las exigencias de mi cuñado, pero nunca me avine a firmar ningún acuerdo, utilizando todas las excusas posibles.

Tal vez si el rey de Granada Muhammad VII no hubiera muerto aquel año de 1408 con las consiguientes treguas, obligatorias en tales circunstancias, el infante Fernando no habría dispuesto de tanto tiempo para ocuparse de mí. Pero lo que tenía que suceder, sucedió: Leonor López de Córdoba debía abandonar la corte. Así me lo exigía Fernando, convencido de que el alejamiento de Leonor favorecería nuestra relación.

Traté de convencerlo, pero todo resultó inútil. Al final, Leonor —que estaba al tanto de todo desde el primer momento—, tal vez para hacerme más llevadera la decisión, me dijo:

—No os preocupéis, doña Catalina. A punto estaba de pedir os permiso para irme a Córdoba porque mi hija no está muy bien, y quién mejor que yo para cuidarla.

—Te agradezco, querida Leonor, que ante una de las decisiones más dolorosas de mi vida, me des facilidades. —Era verdad. La quería muchísimo y sólo de pensar en cómo discurrirían los días sin su compañía sentía auténtico vértigo—. Nos escribiremos con frecuencia. Y además esta separación no será definitiva. Ya verás cómo dentro de poco te vuelvo a reclamar para que acudas a la corte —le aseguré convencida.

Y eso era lo que, tanto una como otra, creíamos.

—Perdón, señora, los sirvo más vino?

—Sí, por favor.

Miré a la criada. Era una de las nuevas. A punto estuve de rectificar y rechazar su ofrecimiento. No me gustaba que me vieran beber, pero sólo había tomado un vaso y estaba merendando.

—¿Cómo te llamas? ¿Desde cuándo estás con nosotros?

—Genoveva, señora. Sólo llevo tres días.

—¿Estás contenta?

—Sí, estoy muy bien, señora. Aquí aprendo muchas cosas.

—Cuéntame —le pedí con una sonrisa, para darle confianza.

—Vuestra ama, doña Beatriz, es muy lista, sabe mucho. Esta tarde me contó que esto que huele tan bien es un aceite que se puede extraer de las flores, de los frutos, de las

semillas y de las hojas de una planta. Y que además de oler bien tiene poderes beneficiosos para la salud, sobre todo si se tienen problemas respiratorios —concluyó muy ufana, añadiendo—: Es una pena que esa planta, el mirto, no la tengamos aquí.

—Sí que sabes muchas cosas —asentí sonriente.

No sé por qué aquella muchacha en su forma de hablar me recordó a mi hija la infanta doña María, que era una enamorada de la naturaleza. Congeniaba muy bien con Leonor que la llevaba por el campo descubriéndole el nombre de todas las plantas y árboles.

Mi hija tenía entonces unos ocho años y su desarrollo psíquico y fisiológico no medraban a la par. En su trato, en su razonamiento, en sus conocimientos era adulta para su edad. Sin embargo, su físico era débil y lento a los cambios físicos normales. Cuando se casó a los catorce años, aún no se había convertido en mujer.

Después de mí, doña María fue quien más sintió la marcha de Leonor. Tal vez por ello, desde que se fue la criada, pasaba más tiempo conmigo.

Una tarde, como otras muchas, mi hija, que insistía sobre la necesidad de que Leonor regresara pronto a nuestro lado, me sorprendió con una historia que yo desconocía.

—Madre, tenemos que ayudarla. Su vida ha sido muy triste.

—Ya sé que ha sufrido mucho —le dije—, pero ella es fuerte y lo ha superado muy bien. No te preocupes, María, te aseguro que en cuanto sea posible la tenemos de nuevo aquí.

—Pues yo creo, madre, que no ha superado la muerte de su hijo.

No entendía muy bien por qué María aludía a la muerte del hijo de Leonor. Yo sabía que había perdido a un varón en edad temprana, pero ella jamás me había hablado de lo sucedido. ¿Qué sabía mi hija?

—María, ¿por qué afirmas algo que seguramente sólo existe en tu imaginación?

—No, el día antes de irse Leonor me contó lo que había sucedido. Una verdadera tragedia.

Sorprendida, miré a mi hija. No era dada a inventarse historias, además su expresión serena desmentía cualquier tipo de engaño.

—Cuéntame qué te dijo Leonor —le pedí cariñosamente.

—Me contó que cuando hace unos años la peste llegó a Córdoba, ella se fue con su familia al pueblo de Aguilar, donde era más fácil no contagiarse. Iban con ella sus dos hijos y el niño huérfano judío al que había prohijado. Un día, el muchacho judío llegó a casa con dos landres en la garganta y tres carboneros en el rostro, con muy grande calentura. Leonor asustada pidió que lo visitara el médico, quien al verlo le aseguró que tenía la pestilencia. No sabiendo que hacer con el enfermo, porque podría contagiarlos a todos, Leonor hizo llamar a un antiguo criado de su padre que vivía en Aguilar para que se llevara al niño a su casa. Parece ser, según me contó Leonor —afirmó mi hija—, que el criado protestó porque aquello significaba que toda su familia sería contagiada. Ella le insistió asegurándole que Dios no lo quería así. El criado se lo llevó. Las trece personas que estuvieron en contacto con el muchacho judío murieron a los pocos días. Al no tener a nadie que se ocupara del enfermo, Leonor decidió entonces enviar a su propio hijo, que se negaba, porque sabía a lo que se exponía. Leonor le aseguró que por la caridad que ella hacía, Dios tendría piedad de ella y no le pasaría nada. Y su hijo de doce años se fue a atender al enfermo. Aquella misma noche murió.

—María, es terrible lo que me estás contando.

—Sí, madre, porque Leonor asegura que fue por sus pecados por los que murió su

hijo. Y entre lágrimas me dijo que, además del dolor terrible por haberlo perdido, hubo de soportar, cuando iban a enterrar al muchacho, los insultos de la gente que salían a su paso en la calle. Gentes, según sus propias palabras, cuyos gritos traspasaban los cielos, diciendo: «Salid señores y veréis a la más desventurada, desamparada y más maldita mujer del mundo».

Tardé varios minutos en reaccionar. Era una historia desgarradora. Y a pesar de la pena que sentía por Leonor, al haber vivido aquel trance, todo se desdibujaba ante la duda que me carcomía. ¿Por qué no me lo había contado a mí? ¿Por qué se lo decía a mi hija justo el día antes de abandonar la corte? ¿Qué perseguía?

Pensé que tal vez Leonor, en un momento de debilidad, decidió desahogarse con María porque le daba menos apuro hacerlo con ella que conmigo. Y además tenía la seguridad de que muy pronto mi hija me lo contaría.

Aún hoy, después de conocer su traición, sigo creyendo que lo único que pretendía Leonor al dar a conocer a mi hija esta historia de su vida era mover a la compasión. Lo que ya no estoy tan segura es de si su finalidad era conseguir que yo reaccionara y la hiciera volver pronto a la corte o hacerse perdonar en un futuro cuando conociésemos sus verdaderas armas.



Pronto superé el dolor que me produjo su falta de confianza, sobre todo porque la quería mucho. Y siempre se encuentran justificaciones para seguir valorando a las personas objeto de nuestro afecto.

Desde esta casa de Valladolid le escribí tantas veces, pero en ninguna de las cartas le hablé de este tema. En todas ellas lamentaba no poder comunicarle que volviera y mantenía la esperanza de que en la próxima seguro que lo haría.

Pasaron los meses y poco a poco la situación se fue normalizando. Ciertamente, la ausencia de Leonor hizo que la actitud de mi cuñado, el infante don Fernando, cambiara. Después de las primeras semanas en las que controlaba todos mis movimientos, decidiendo incluso dónde debía vivir, la tranquilidad estaba retornando a nuestras vidas.

Juan de Velasco y Diego López de Stúñiga, conocedores de esta nueva situación habían regresado a la corte y participaban de la vida activa de la misma, como si nada hubiera pasado.

Eran momentos de relativa calma. No habían cambiado las ansias guerreras de mi cuñado que dentro de poco reanudaría los enfrentamientos con el nuevo soberano de Granada, Yusuf III.

Yo seguía pensando lo mismo de las guerras, pero era consciente de que las tierras —si es que don Fernando conseguía conquistar alguna— eran para mi hijo. Ésa era la realidad y la razón de que yo no me opusiera frontalmente.

El príncipe don Juan, mi amado hijo, había cumplido cinco años. Afortunadamente, gozaba de buena salud. Era un muchacho despierto, pero un poco caprichoso. Debido, probablemente, al excesivo mimo con el que le cuidamos.

Soy consciente de que muchos en la corte piensan que le he tenido demasiado protegido, pero no me importa. Sólo era un niño. Ahora ya tiene casa propia. Don Pablo de

Santamaría ha sido el encargado de velar por su formación, y dentro de poco, Velasco y López de Stúñiga, las dos personas designadas por su padre, se ocuparán de él. Mientras tanto se decide que ocupe el cargo de paje del príncipe un joven de veinte años, Álvaro de Luna, que parece ser del agrado de mi hijo. Álvaro de Luna era hijo natural de don Álvaro Martínez de Luna y Albornoz y pariente del pontífice Benedicto XIII.

Nos encontrábamos en Segovia cuando llegó la noticia de la victoria del infante don Fernando que había conquistado Antequera. Mi cuñado se había convertido en un héroe aclamado y vitoreado por todos. Un héroe que a partir de entonces llevaría unido a su nombre el de la localidad conquistada. Las gentes del pueblo, que suelen ser sabias al bautizar a los personajes destacados, comenzaron a referirse a él como Fernando de Antequera. No en vano llevaba varios años persiguiendo una victoria que, por fin, se convertía en realidad. Desde entonces ése sería su nombre.

En la primavera de 1411, la corte se encontraba en Valladolid. El infante Fernando hizo su entrada triunfal en medio de la algarabía del pueblo, que le recibió con grandes muestras de cariño.

Acudía a presentarse ante su rey. No hay que negar que mi cuñado siempre fue muy respetuoso con la legalidad que señalaba a mi hijo como heredero. Yo, desde un principio, creí en su fidelidad, y con el paso del tiempo me reafirmaba en ello. Una cosa era disputar conmigo para quitarme autoridad y otra muy distinta defender al heredero de la corona.

Fue un acto sencillo. El infante don Fernando rindió cuentas a mi hijo de lo sucedido en la guerra del sur, y don Juan le dio la paz. Me sentía orgullosa y feliz al poder presenciar aquella, para mí, emotiva escena. Don Fernando besó mi mano y yo quise mostrarle mi afecto abrazándole a la vez que le decía lo agradecida que estaba a Dios por haberlo preservado de cualquier percance en la batalla.

—Gracias, Catalina, siempre fuisteis como una hermana para mí. Uno de estos días tenemos que hablar. Ya sabéis que ha muerto el rey de Aragón, Martín el Humano, y que no tiene descendencia.

No le dejé terminar.

—¿Pensáis vos presentaros como candidato?

—Todavía no lo he decidido, por ello quiero que hablemos.

—Pues si lo deseáis, mañana mismo podemos reunirnos.

Yo sabía que el infante don Fernando podía reclamar sus derechos a la corona aragonesa por ser hijo de la hermana de Martín el Humano, Leonor de Aragón, madre también de mi marido y por lo tanto abuela de mi hijo. Con lo cual éste tenía el mismo derecho para aspirar al trono de Aragón que mi cuñado.

Esa misma tarde pedí a uno de mis colaboradores que me pusiera al tanto de la situación en el vecino reino.

Así supe que el momento que estaban viviendo presentaba grandes complicaciones. Y que se temía una guerra civil. El conde de Urgel y Luis de Anjou, con toda seguridad, se presentarían como candidatos para reyes de Aragón.

Me reuní con algunas de las personas más cercanas para conocer su opinión sobre la conveniencia de promover la candidatura de mi hijo o apoyar al infante —porque no era, bajo ningún punto de vista, aconsejable que se presentaran los dos. La mayoría de mis consejeros eran partidarios de que el aspirante fuera el infante don Fernando, aunque algunos consideraban que podría ser bueno que el rey de Castilla fuera también el de Aragón.

La última palabra en este tema la tenía yo. Mi hijo contaba seis años, y aunque ya

vivía independiente, seguía atendiendo mis consejos.

Después de darle muchas vueltas decidí que don Juan no se presentaría como candidato a rey de Aragón y que Castilla apoyaría al infante don Fernando. Quizá en un futuro sea enjuiciada mi postura como cobarde o carente de visión; pero consideré que era la mejor para mi hijo y para mí, que podría convertirme en regente única de Castilla sin la presión incesante de mi cuñado.

En aquellos decisivos momentos me acordé de Leonor López y sentí no poder comentar con ella este tema. Seguro que su opinión sería interesante. De todas formas, pensé, pronto mi amiga podrá volver a la corte, porque si el infante se convierte en rey de Aragón, yo sola decidiré en el reino.



Cuando Fernando conoció nuestra decisión de apoyar su única candidatura, no escatimó elogios hacia mí, pero, como siempre, el dinero sería nuestro tema de desacuerdo.

—Yo necesitaría que todos los fondos que se iban a destinar a las guerras del sur se utilizasen ahora para apoyar mi campaña —expuso él.

No se descartaban todo tipo de enfrentamientos en la pugna por alcanzar el trono. Los tres candidatos disponían de medios y hombres para hacerse oír por la fuerza. Prometí a mi cuñado estudiar el tema, dándole muestras de que mi respuesta podría ser positiva.

—Dentro de unos días viajaré a Cuenca. Pero más tarde —me dijo—, y espero que me acompañéis, me instalaré en Ayllón, donde viviremos hasta que se produzca el desenlace. Espero que favorable a mí.

—L Con qué apoyos contáis?

—Aún es pronto. De momento, seguros, sólo con los vuestros, querida Catalina.

No tardé mucho en recibir noticias tuyas desde Cuenca interesándose por el dinero. Pero mi sorpresa fue enorme cuando a los pocos días llegó una carta de Leonor López de Córdoba en la que me rogaba, por el afecto que nos unía, atender las peticiones de don Fernando.

No podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Mi cuñado era el responsable de que ella estuviera en Córdoba. Mi cuñado era una de las personas a las que ella más odiaba. ¿Qué había pasado? ¿Por qué intercedía por él?

Durante mucho tiempo estuve dándole vueltas a la reacción de mi amiga, sin encontrar respuesta. No quería pensar mal, pero no entendía nada. Me disgustaba que Fernando hubiera acudido a Leonor para que intercediera ante mí y que ella me lo ocultara. ¿Por qué no me decía claramente que obedecía sus órdenes? ¿Por qué no se había negado a escribirme? ¿Dónde estaba su orgullo? Era un Trastámara quien se lo pedía. Claro que tal vez su deseo fuera que el infante se convirtiera en rey de Aragón. Sí, ésa podía ser la explicación. Seguro que Leonor me escribía por propia iniciativa, en un intento de darme a conocer su opinión sobre mi apoyo al infante.

De todas formas, pensé que como ya había hecho gestiones para que el papa Benedicto XIII nos liberara de nuestro juramento, autorizándonos tanto a Fernando como a mí a utilizar el dinero aportado por las Cortes para la guerra de Granada en otros fines,

como la campaña por el trono de Aragón, lo mejor era contestar a Leonor, diciéndole que ya lo había hecho, y sin preguntarle nada a cerca de la carta que me había escrito. Tiempo tendría para aclarármelo, creía entonces.

Pasaron varios días y no volví a darle más vueltas a este tema. Vivíamos momentos de intensa actividad internacional.

Uno de los aspectos que más me ha gustado de la política es que te permite desarrollar tu capacidad de negociación.

De cara al exterior yo era una baza bastante segura y creo que propicié la apertura de muchos caminos. Siempre fui partidaria de profundizar en el parentesco que me unía con otras monarquías europeas.

Por supuesto que yo me sentía castellana, eso nadie debería dudarlo. Pero, lógicamente, prefería Inglaterra a Francia, e influí, en la medida de mis posibilidades, para que, sin romper con Francia —que siempre había sido la aliada de los Trastámara—, se introdujesen algunas modificaciones en el tratado habitual con los franceses. La innovación que se plasmó en el nuevo acuerdo era la posibilidad de que Castilla pudiera concertar treguas con Inglaterra para que nuestros barcos consiguiesen navegar sin sobresaltos a Inglaterra y Flandes, libres del siempre acechante peligro de los piratas.

Yo mantenía contacto con mi hermanastro, el rey de Inglaterra. Nuestras relaciones eran buenas. Él fue quien me aprovisionó de ricas y preciosas telas cuando el comercio con el sur se hizo más dificultoso.

También estaba unida por parentesco con la familia real portuguesa. Y era consciente de que existían muchas posibilidades de mejorar nuestras relaciones con Portugal.

De hecho, conseguimos llegar a un acuerdo. Los dos renunciábamos a exigir compensaciones por guerras pasadas y Castilla se comprometía a no seguir ambicionando la corona portuguesa.

Mi labor como mediadora fue importante sin duda alguna y me hacía sentir tranquila porque Castilla permanecería en paz, que era lo que más anhelaba. Pero mi tranquilidad iba a durar muy poco.



Una mañana, cuando volvíamos de la iglesia, mi hija María y yo, acompañadas de la siempre fiel ama doña Beatriz, vimos cómo Inés de Torres venía corriendo a nuestro encuentro.

—¡Dios mío! —exclamé asustada—. ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

—No os preocupéis, doña Catalina —me tranquilizó Beatriz—. Ya conocéis a Inés. Estoy convencida de que la prisa responde a su propio interés. Ya veréis como no me equivoco y lo que viene a comunicaros sólo es urgente para ella.

En una primera impresión podría pensarse que mi querida ama Beatriz se sentía molesta de que otras mujeres estuvieran cerca de mí ocupando un lugar que antes era exclusivo de ella. Mas quien así pensara se equivocaba. Beatriz no intentaba afeardar la conducta de Inés por envidia sino porque de verdad creía que era una persona egoísta y

muy ambiciosa. Algunas veces —siempre con prudencia— había intentado ponerme al tanto de algunas cuestiones relacionadas con el comportamiento de Inés de Torres. Beatriz no se sentía desplazada ni quería apartar a nadie de mi lado, de hecho con Leonor López de Córdoba había mantenido una relación muy cordial, pero Inés nunca le había gustado.

Inés seguía siendo la camarera de mi hija doña Catalina, aunque yo le daba también otras competencias porque me parecía eficaz. Además, debo reconocer que había aprendido mucho con Leonor y sabía cómo agradarme.

Cuando Inés llegó a nuestro lado estaba casi sin resuello.

—¿Qué sucede? ¿No has podido esperar a que llegáramos? —pregunté un tanto intrigada.

—Perdonadme, doña Catalina, pero es que creo que la noticia debéis conocerla cuanto antes.

—Habla —le pedí un tanto inquieta.

—Se trata de doña Leonor López de Córdoba.

Me dio un vuelco el corazón. Dios mío, pensé, que no le haya pasado nada grave. Pero no, no podía tratarse de una desgracia, porque la cara de Inés no reflejaba ninguna tristeza.

—Acaba de llegar hace unos minutos de Cuenca don Diego López de Stúñiga y uno de sus acompañantes, conocido mío, me ha dicho que allí se encontraba doña Leonor. Me aseguró que ella mantenía reuniones periódicas con el infante don Fernando y que sus relaciones eran muy amigables.

No pude ni supe reaccionar ante aquella noticia. Era como si no me lo estuvieran contando a mí. No podía dar crédito a lo que estaba diciendo Inés.

—No digáis que no os había prevenido, señora —intervino muy ufana Beatriz para añadir—: Ya me dirá vuestra alteza la necesidad que tenía de conocer inmediatamente la noticia. Aunque hay personas que disfrutan adelantando las tristezas.

Beatriz me miró y al observar mi expresión no siguió despotricando contra Inés. Mi hija doña María estaba tan atónita como yo. ¿Leonor reuniéndose con mi cuñado? Ahora cobraba sentido la carta en la que me pedía dinero para don Fernando. ¿Desde cuándo serían amigos? ¿Había sido siempre una espía de él? Sentí que el mundo se derrumbaba a mis pies. Me apetecía gritar. Insultar a aquella traidora. Mi hija me tomó de la mano y con cariño me dijo:

—Vamos madre, pronto lo aclararemos todo. Estoy segura de que existe alguna explicación y no debemos disgustarnos por algo que nos imaginamos.

—No, María, nadie va a inventar que doña Leonor está en Cuenca con tu tío si no fuera verdad.

—No, eso ya lo sé madre. Pero desconocemos sus motivos, a eso me refiero.

No quise seguir hablando. Precisaba hacer algunas averiguaciones, aunque en realidad no las necesitaba para nada. Lo único que debía tener en cuenta era que Leonor se encontraba reunida con la persona que la había alejado de la corte. La persona a la que, según ella, más odiaba. La persona que intentaba arrinconarme. ¿Habría acudido a ponerse a su servicio?

Tenía que tranquilizarme y hablar con López de Stúñiga; seguro que él estaba al tanto de todo.



Deseaba pensar bien de Leonor pero jamás lo iba a conseguir. La explicación que me había dado Stúñiga no me convencía. Según él, mi amiga y asesora había acudido a Cuenca a pedirle a don Fernando autorización para venir de nuevo a la corte. A mi corte ¡Solicitaba autorización al infante para servirme a mí! ¿Y si yo me había olvidado de ella y ya no la quería? ¿Me iba a obligar Fernando a aceptarla? Pobre imbécil, presuntuosa y egoísta. Se ponía al servicio del que consideraba el más fuerte. Perfecto, pues que se quedara con él para siempre. Y pensar que yo la creía inteligente. ¿Qué concepto tenía ella de mí? La había querido como a una madre. Conocía mi intimidad. Era la persona en la que había depositado mi confianza y me respondía de esta forma.

Stúñiga me aseguró que fue el infante don Fernando quien tomó la decisión de entrar en contacto con Leonor para pedirle su mediación, a fin de que intercediera por él ante mí con la finalidad de que yo le entregase el dinero deseado. Y que precisamente esa relación era la causa de que ella se hubiera desplazado a Cuenca para que él, mi cuñado, la autorizara a regresar a mi lado.

Qué conmovedor; favor por favor. Eso es de lo que Stúñiga quería convencerme. Y yo ajena a todo.

La jugada era perfecta. Seguro que Leonor se comprometió con el infante don Fernando a contarle todo lo que sucediera en mi entorno.

Me dolía haberme fiado de una persona como Leonor. Mi duda era si en algún momento había sido sincera. Tal vez siempre había estado al servicio de mi cuñado y su marcha fue un simple acuerdo entre los dos, haciéndome creer a mí que debía prescindir de ella.

De nada sirvieron los consejos de mi ama Beatriz, ni de mi hija doña María, algo se había roto entre Leonor López de Córdoba y yo que jamás podría volver a unirse.

¿Cómo podría confiar en ella nuevamente? Además la odiaba. No quería verla nunca más. ¿Qué se había creído la insensata? No le iban a servir de nada sus rezos y plegarias. Yo era la reina y como tal me comportaría.

Escribí a mi cuñado diciéndole que enviara a mi criada de vuelta a su casa de Córdoba, pues no estaba dispuesta a recibirla en la corte. No quería volver a verla jamás.

Hasta tal punto la odiaba que si aparecía ante mi vista, sería capaz de mandarla quemar.

También envié una carta al alcaide de Toledo en la que le pedía que si Leonor López de Córdoba pasaba por la ciudad, la detuvieran para impedir que llegara a la corte.

Han pasado seis años desde entonces y no he vuelto a saber nada de ella. Me han contado que mi rechazo la sumió en la más profunda de las tristezas, pero lo dudo. Confieso que a veces siento curiosidad por saber cómo justificaría ante mí su presencia en Cuenca al lado de mi cuñado. Aunque sólo es eso, curiosidad. Mi idea sobre ella estaba formada y nada podría cambiarla. La borraría de mi mente para siempre.

Lo cierto es que en este tiempo lo he intentado, rechazando todo lo que me la recordaba y tal vez ha sido un error. Es posible que si hubiera asimilado el recuerdo de su estancia a mi lado con normalidad, no tendría ahora, por un simple olor a mirto, esta

dolorosa cascada de recuerdos. Lo que sucede, y soy consciente de ello, es que he tratado de evitar todo lo que me la recordara. Es verdad que lo he hecho para olvidarla, pero, en el fondo, lo que perseguía era evitar el dolor que me producía su ausencia y su comportamiento.

Por ello, pensé en aquellos momentos que el alejarme de los lugares donde aún flotaba la presencia de Leonor me vendría bien. Mi cuñado, el infante don Fernando, me había pedido que desplazáramos la corte a la villa de Ayllón. No era mala idea, porque de esa forma podría seguir con todo detalle su actividad para conseguir la corona de Aragón. Pero antes decidí que nos quedáramos unos días en Riaza.



En Ayllón íbamos a vivir una experiencia importante. Yo podría conocer más a fondo a un hombre muy santo, un fraile dominico, fray Vicente Ferrer, que tuvo mucho que ver con lo acontecido en este periodo de la historia y que a mí me marcó profundamente.

Sé que muchos criticaron mi decisión de desplazarnos a esta localidad segoviana. Pero hoy, seis años después, sin ninguna duda volvería a hacer lo mismo porque nuestra postura era clara; Castilla respaldaba la candidatura del infante don Fernando al trono de Aragón. Así lo hicimos constar tanto mi hijo como yo en cartas enviadas a Barcelona, en las que reconocíamos el derecho de don Fernando a la corona de Aragón.

Es curioso, desde aquel calurosísimo verano de 1411 no he vuelto a Ayllón y eso que es un lugar muy agradable y tranquilo. Bueno, la verdad es que toda Castilla es hermosa. Ya me lo decía mi madre cuando la añoranza de su tierra le oprimía el corazón.

—Nada, querida Catalina, nada es comparable a los atardeceres de verano en las llanuras castellanas, cuando las tímidas amapolas, mecidas por una suave brisa parecen navegar a la deriva en una mar rubia y esponjosa. Llanuras. Llanuras y más llanuras, hasta el infinito... como si no existiera nada más en el mundo. Es hermoso —me aseguraba— sentirse parte de esa tierra. Ya verás cuando la conozcas.

Mi madre tenía razón.

A pesar de haber nacido en Inglaterra, hija de padre inglés, me siento castellana. Sé que pertenezco a esta tierra y que ella me pertenece. Estaría dispuesta a sacrificarlo todo por Castilla.

En Riaza disfrutamos de unos días tranquilos. Dimos largos paseos a caballo. Hacía mucho tiempo que yo no me atrevía a montar, exactamente desde que se me presentó la perlesía. El físico me había recomendado que no lo hiciera, pero en Riaza, animada por el paje de mi hijo, don Álvaro de Luna, me decidí.

Entendí que don Juan estuviera tan contento con aquel guapo caballero. Álvaro de Luna tendría algo más de veinte años. Era simpático, galante. Lancero y jinete excelente. Me parecía que su afecto por mi hijo era sincero. Aunque yo no estaba en condiciones para opinar sobre esos temas después de mi experiencia con Leonor López de Córdoba.

A veces soñaba con ella y me despertaba sobresaltada llorando. Otras estábamos juntas y charlábamos igual que siempre, como si nada hubiera pasado.

En el mes de julio decidimos trasladarnos a Ayllón. Nos instalamos en el palacio de

la villa. Mi cuñado se quedó en el convento de San Francisco, algo alejado del centro.

Fueron unos meses de intensa actividad diplomática. Convenía convencer a todos los grandes e influyentes personajes de los parlamentos de Aragón, Cataluña y Valencia para que apoyaran al infante don Fernando. Al final sólo él y don Jaime, conde de Urgel, se disputarían el trono.

No sé si por influencia de Vicente Ferrer, mi cuñado, siempre amigo de los enfrentamientos bélicos, adoptó en su campaña por la corona de Aragón una postura totalmente distinta. Quien deseaba una confrontación armada era el conde de Urgel, pero sus pretensiones fueron rechazadas por los distintos parlamentos, lo que supuso que el infante don Fernando fuera ganando adeptos en los distintos ámbitos de poder.

El dominico Vicente Ferrer llegó a Ayllón a los pocos días de hacerlo nosotros. Su presencia me llenó de alegría porque tendría la oportunidad de escuchar alguno de sus sermones. Su paso por Toledo había dejado a todos entusiasmados. Era tal la fuerza de su oratoria y sus convicciones cristianas que moros y judíos, influidos por su palabra, se decidían a abrazar el bautismo.

Confieso que me sorprendió la humildad de Vicente Ferrer. Un reputado filósofo, un afamado predicador como él, envuelto en una aureola de santidad —eran muchos los que le calificaban de taumaturgo—, se comportaba como el más humilde de los siervos de Dios nuestro Señor.

Después de nuestra primera conversación a solas, supe que él era la persona que debía guiarme y cuidar mi alma.

Fray Vicente Ferrer era hombre de concordia. Había intentado mediar en el conocido Cisma de Occidente, aquel conflicto que dividía a la Iglesia desde hacía años, situándose al final al lado del papa de Aviñón, Clemente VII y más tarde de su sucesor el papa Benedicto XIII, el zaragozano Pedro Martínez de Luna, que le nombró su confesor y maestro en sagrada teología. Pero, según me contó el mismo Vicente Ferrer, casi no había comenzado a ejercer sus cargos cuando enfermó gravemente sin que los físicos encontraran solución a sus males. Un día tuvo una visión, Dios se le apareció y le dijo:

—¡Vicente! Levántate y vete a predicar.

Y fray Vicente dejó la corte de los papas en Aviñón. Abandonó cargos importantes, cátedras y protagonismo dentro de la curia, para recorrer Europa predicando la palabra de Dios.

Recuerdo que la gente le seguía enfervorizada para escuchar sus sermones, teniendo que impartirlos siempre en campo abierto o en grandes extensiones porque eran miles las personas que se congregaban en su entorno.

En algunas ocasiones, grupos de hombres, después de escuchar el sermón, se alejaban de la multitud y con vigorosos látigos se azotaban como penitencia a sus pecados.

La verdad es que resultaba impresionante escuchar su clara y sonora voz, llena de matices, dando vida a los textos evangélicos.

—Al oídos, fray Vicente, una se da cuenta de que sois un hombre de Dios.

—Yo no soy nada, doña Catalina, es la gracia de Dios. Mi cuerpo, mi alma, todo lo que hay en mí está feo y asqueroso a causa de mis miserias y pecados.

—Pero las gentes os siguen y les hacéis mucho bien. Gracias a vos se acercan a Dios —le dije emocionada.

—Todo esto se debe a la palabra divina. Lo que hacen es un homenaje a la luz, no a mí, que no soy más que la pobre lámpara que la contiene.

Era totalmente inasequible a cualquier tipo de halago. Quise facilitarle algunos

bienes materiales, pero siempre los rechazó. Varias veces le convidé a mi mesa y jamás he visto a nadie comer de una forma más frugal que a él. Todos mis intentos encaminados a ayudarlo fracasaron.

Su estancia en Ayllón conmocionó a todos y lo convirtió en el centro de atención. Fray Vicente no era ajeno a la situación que atravesábamos de cara al nombramiento del nuevo rey de Aragón. Él no se manifestaba en público por uno u otro candidato, pero sí, en la medida de sus posibilidades, quería que se llegara a un acuerdo pacífico.

Los días pasaban y se podía afirmar que Aragón en su totalidad apoyaba a mi cuñado. Cataluña se encontraba dividida entre los dos candidatos y lo mismo sucedía en Valencia, donde los enfrentamientos eran cada vez mayores.

Parecía que nunca se llegaría a un acuerdo. Y fue entonces cuando Benedicto XIII, el papa de Aviñón, bajo cuya obediencia estaba Castilla, se decidió a intervenir promulgando una bula en la que se inclinaba por el nombramiento de compromisarios que estudiaran la situación y decidieran sobre ambas candidaturas.

Sólo entonces Vicente Ferrer se dispuso a intervenir. Su prestigio y su aureola de santidad iban a ser decisivas.



Entrado el otoño, mi hijo y yo decidimos regresar a Valladolid. El infante don Fernando había estado enfermo y él se fue a Cuenca para estar más cerca y al tanto de lo que pudiera suceder.

Fray Vicente Ferrer se movería por la zona en una intensa actividad negociadora. Él me prometió que cuando consiguiera ponerlos de acuerdo pasaría por Valladolid para seguir hablando de un tema al que le habíamos dedicado bastante tiempo: la separación de judíos, moros y cristianos.

Mi copa está vacía, voy a llamar a la doncella, creo que su nombre es Genoveva. La llamaré para que me sirva otro poquito de vino, pero no, esta muchacha promete. La doncella me había dejado la jarra para que me sirviera, sin necesidad de llamarla.

Sólo este detalle, creo, me demuestra que es una chica inteligente. Leonor López de Córdoba —mi odiada amiga— me había abierto los ojos ante las reacciones y comportamiento de los criados. Y era verdad que a poco que observaras te dabas cuenta de todo, menos cuando se trataba de personas tan perversas y falsas como ella. En esos casos de nada servía observar. ¿Es posible que se pueda vivir con alguien que practica un doble juego y nunca llegues a enterarte? Lo cierto es que yo, de no haber sido por la coincidencia de que López de Stúñiga se encontraba en Cuenca cuando llegó la traidora, y que uno de sus hombres fuera amigo de Inés, no me habría enterado de nada y seguiría con Leonor a mi lado, confiando y queriéndola como a una madre ¿Lo hubiera preferido? ¡No y mil veces, no!

No, porque sé que terminaría siempre haciéndome daño y mejor ahora que todavía soy fuerte y dispongo de recursos para hacer frente a los contratiempos.

No es verdad. No ha sido un contratiempo. Debo ser sincera conmigo misma. Ha sido una traición. Me ha engañado la persona en quien más confiaba. La persona que

conocía a mi familia. Por lealtad a mi abuelo, su padre había entregado la vida. Pero soy consciente de que los hijos a veces no se parecen en nada a sus progenitores. Leonor López de Córdoba me ha hecho daño, mucho daño.

Algunas veces he pensado en cómo habría reaccionado yo si ella hubiera insistido en obtener mi perdón. Creo que nunca se lo habría concedido, pero es verdad que esperé alguna comunicación suya en Navidad o cuando el infante don Fernando fue reconocido como rey de Aragón, pero no me dio la oportunidad de volver a negarle mi afecto. Claro que pudo haber felicitado directamente a mi cuñado, puesto que era a él a quien de verdad servía. Aunque una vez descubierto el juego ya no le servía para nada y ése era mi consuelo: pensar que estaría en su casa de Córdoba alejada del poder con todo lo que eso significaba para ella.

El infante don Fernando había sido reconocido como rey de Aragón el 28 de junio de 1412.

Ahora, con la perspectiva que proporciona la distancia, creo que sin la ayuda del papa Benedicto XIII, tal vez no hubiese sido posible.

Destaco la importancia de la ayuda del papa, porque si no hubiésemos contado con ella, tampoco fray Vicente Ferrer se habría entregado como lo hizo a la causa de mi cuñado.

Él fue quien consiguió, después de muchas reuniones y encuentros, convencer a catalanes y aragoneses de que firmasen un acuerdo, según el cual nueve compromisarios, tres de Aragón, tres de Valencia y tres de Cataluña, expertos en leyes, se reunieran en Caspe para estudiar y examinar los derechos de cada candidato y decidir quién era el que debía ocupar el trono.

Los compromisarios serían elegidos por sus propios parlamentos según una selección que elaboraría Aragón. El veredicto al que llegasen tenía que ser aprobado por un mínimo de seis votos y ratificado por un procurador de cada reino.

Los reinos de Cerdeña y Sicilia, también pertenecientes a la corona de Aragón, manifestaron que ellos apoyarían la decisión que adoptasen los compromisarios.

En junio de 1412, mi cuñado el infante don Fernando, Fernando de Antequera, fue elegido rey de Aragón por seis votos.

Así se había proclamado en la localidad de Caspe, una vez que los compromisarios finalizaron las reuniones que se habían prolongado durante varios meses.

Todos nos alegramos de aquel triunfo. El infante nos escribió una carta dándonos las gracias a mi hijo y a mí por lo que habíamos hecho en su favor.

Las cosas parecían solucionadas. Y según las previsiones, don Fernando muy pronto podría ser coronado. Pero muchas veces las apariencias engañan y mi cuñado tendría que volver a solicitar nuestra ayuda, porque el conde de Urgel no parecía querer aceptar lo acordado en Caspe.

Los problemas surgieron durante las Cortes celebradas en Barcelona en la primavera de 1413. Don Fernando había intentado llegar a acuerdos económicos con su contrincante político, pero todo resultó inútil, y el conde de Urgel se sublevó.

Tan pronto como me enteré del problema y de la solicitud de ayuda de mi cuñado envié cuatrocientas lanzas y escribí a mi hijo para que cuatro mil lanzas de sus vasallos, a mi costa, saliesen en ayuda del infante para pacificar Aragón.

Estaba dispuesta a todo. Tenía muy claro que en una situación conflictiva debería estar al lado de mi cuñado. Gracias a Dios, el conflicto no se alargó demasiado y el conde de Urgel fue hecho prisionero y trasladado a la cárcel de Urueña.

Por fin, en febrero de 1414, el infante don Fernando fue coronado rey de Aragón. La

ceremonia se celebró en Zaragoza. Era el primer Trastámara en el trono aragonés. Y yo, la nieta del rey Pedro 1, le había ayudado a conseguir la corona.

Recuerdo que algunas noches, cuando me quedaba totalmente sola, sentía una especie de desasosiego. ¿Qué pensaría mi madre? ¿Y mi abuelo, que había muerto a manos de un Trastámara? ¿Cómo enjuiciarían mi comportamiento?

Ellos tienen que saber allí donde estén —y seguro que lo aprueban— que lo más importante es mi hijo, don Juan. Mi hijo, el rey de Castilla, que llevaba mi sangre —que es la suya—, pero también lleva la de su padre que era un Trastámara.

Además, mi cuñado, aunque no perdía oportunidad de incordiar-me para reducir mi poder e incrementar su patrimonio, siempre había respetado a mi hijo. Y eso para mí era definitivo. De todas formas, yo prefería que Fernando se afincara en Aragón, antes de que siguiera a mi lado en Castilla.

Y para demostrarle mi amor de hermana quise colaborar en la brillantez de la ceremonia de la coronación enviándole la corona con la que había sido coronado su padre, Juan I. Fue un gesto que, creo, Fernando supo apreciar en su justa medida.

No volvimos a vernos. Sí nos comunicamos y supimos el uno del otro, no siempre con agrado, pero lo cierto es que no guardo mal recuerdo de él.

Menuda tormenta se ha desatado. ¿Habrá llegado don Juan? Me imagino que no, porque es un gran alborotador y lo hubiese oído.

Saldré al zaguán.





ún no deben de ser las seis de la tarde y casi ha oscurecido, aunque probablemente al pasar estas nubes, el cielo volverá a clarear.

Llueve muy fuerte y un intenso olor a tierra mojada impregna el ambiente como hace mucho que no sucedía.

Me resulta agradable este olor, porque es bueno. Significa que la tierra recibe la ayuda necesaria para hacerse fecunda. Tal vez en Castilla la tierra mojada huele de una forma especial.

La primera vez que percibí este olor fue en Soria, adonde yo fui a vivir al poco tiempo de haberme casado.

Una tarde, paseando cerca del Duero, comenzó a llover de forma imprevista. Me acompañaba mi ama Beatriz, que entonces era joven como yo. Juntas corrimos a cobijarnos en el lugar más cercano, que era el monasterio de San Juan de Duero, donde nos acogieron con afecto.

Nunca habíamos estado en aquel lugar ni visitado su iglesia. Cuando cesó el chaparrón y antes de despedirnos, quisieron enseñarnos las distintas dependencias.

Y fue en una de ellas, en el claustro —el claustro más original y misterioso que he visto en mi vida—, donde percibí por primera vez el olor a tierra mojada. Es un claustro abierto, en pleno campo, y la reacción de la tierra agradecida a la lluvia llegaba hasta nosotros.

Volví muchas veces a aquel lugar porque en su recinto sentía algo especial. Los cuatro lados que componen el claustro de San Juan exhiben arcos distintos. Recuerdo que unos son apuntados de herradura sobre dobles columnas, otros calados que se entrecruzan, también románicos de medio punto. Unos tienen capiteles y otros no.

Eso es lo que ha quedado un poco velado en mi memoria. Pero las que todavía recuerdo como si las estuviera viendo ahora son las puertas mudéjares que se abren en tres de los vértices.

Era hermoso contemplar el resultado de aquella mezcla de arte, donde se fundía lo cristiano y lo musulmán. Las construcciones románico-mudéjares serán una de las huellas más importantes, que espero queden en la historia, de la sociedad en la que vivimos.

Toda Castilla es rica en este arte, pero el claustro de San Juan de Duero es especial. Hay algo más en él, y no sabría decir qué es. Quizá el hecho de que se ideara y construyera al aire libre, sin protección, como si se pretendiese una conexión directa con el cielo. Pienso que en él alientan aspiraciones de eternidad.

Independientemente del significado que puedan tener algunos símbolos dejados por los canteros en esta obra, como en otras muchas, es su conjunto lo que me transmite una emoción especial. Es como si allí flotase cierto sincretismo, una especie de magia que trasciende.

No fue ésta la apreciación de un día sino la de muchas tardes en las que al regresar de mi paseo por el Duero me detenía unos minutos para disfrutar de esa sensación especial que sólo en este lugar experimentaba.

Hace tanto tiempo que no me acordaba de mi vida en Soria... Resulta sorprendente

cómo ciertas cosas actúan en nuestro cerebro haciéndonos recuperar momentos vividos hace tiempo. Es posible que esto se acentúe cuando nos vamos haciendo mayores. Aunque a mí siempre me ha pasado, tal vez porque soy muy dada a recordar...

También el olor a tierra mojada me traslada a una tarde concreta en la que una tormenta, como hoy, decidió por fin acudir en ayuda de los resecos campos de Castilla.

Corría, como hoy, el mes de abril y la primavera brotaba por todas partes. Prometía ser una buena primavera y esto era muy importante para nosotros. La mayoría de la población se alimentaba preferentemente de cereales y sus derivados. Una mala cosecha desequilibraba la economía y, lo que era más grave, lo único que se recolectaba era hambre.

En las villas administradas por mí dispuse que el pan pudiese circular libremente pudiendo enviarlo a otros lugares donde lo necesitasen con urgencia. Intenté por todos los medios paliar los graves momentos que atravesábamos.

Gracias a Dios ya habíamos superado aquella grave crisis en la que el hambre se extendió por toda Castilla.

Y precisamente en aquella tarde primaveral en la que todo invitaba a la vida y a la ilusión, una triste y dolorosa noticia nos llegó desde Aragón. Mi cuñado, don Fernando de Antequera, el rey de Aragón, había fallecido.

Nunca creí que sería yo quien recibiera esa noticia, sino que sucedería al revés. Yo era mayor que mi marido, el rey Enrique, y éste que Fernando, que tenía treinta y seis años cuando le sobrevino la muerte.

Confieso que la noticia me entristeció, pero sobre todo me hizo pensar en la provisionalidad de la vida. Algo que debería saber —y que sabía—, pero de lo que no fui consciente hasta aquel momento.

Probablemente la desaparición de personas de nuestra misma edad, que han formado parte de nuestra vida, nos impulse a percatarnos de que lo mismo puede sucedernos a nosotros.

Hacía diez años que había fallecido mi esposo, el rey Enrique. Su muerte no me movió a ningún tipo de reflexión de este tipo. Claro que entonces el dolor por su pérdida era tan grande que el único pensamiento que me ocupaba era cómo iba a soportar su ausencia.

Muchas veces he pensado que tendría que haberme opuesto a que Enrique viajara a Toledo, pero su médico no había detectado nada grave, y lo cierto era que no resultaba extraño que mi marido se sintiera indispuerto. Sé que no me hace ningún bien pensar en la posibilidad de que si se le hubiese prestado mayor atención, o si hubiese evitado el viaje a Toledo, Enrique estaría vivo.

Seguro que al pensar en el fallecimiento de mi esposo todas estas dudas que todavía hoy, veinte años después, me sigo planteando son fruto de algo que siempre me dolerá: no haber estado al lado de Enrique en su trance de muerte. Sí, claro que soy consciente de que los reyes están acostumbrados a enfrentarse solos al peligro, pero sé que a Enrique le habría ayudado sentir que mis manos tomaban las suyas.

He tratado de convencerme de que mi postura fue la correcta, pero en mi interior sigo pensando que tendría que haber estado a su lado. Aunque también es verdad que no recibí ningún tipo de información sobre su estado de salud.

Después de su marcha yo permanecí en Segovia con el príncipe, las infantas y parte de la corte. Cuando me comunicaron que había fallecido, no podía dar crédito a lo que me estaban diciendo. Yo tendría que haber tenido alguna premonición. Mi esposo ya no estaba en este mundo y yo, ignorante, seguía haciendo mi vida normal. ¿Habría pensado en mí en

sus últimos momentos?

Era un buen compañero de viaje. No quería pensar en mi vida sin él porque además de quererle como esposo, Enrique constituía mi única familia. ¡Díos mío! Nuestro hijo aún no había cumplido los dos años. Qué pena que Enrique no pudiera inculcarle sus buenas dotes de gobierno.

Los días que siguieron a la muerte de mi esposo permanecí encerrada. Era tan profundo mi dolor que no encontraba fuerzas para continuar con mi vida. No quería asumir lo que había pasado. A veces me despertaba creyendo que todo había sido una pesadilla, pero la dura realidad me golpeaba y no era capaz de reaccionar. Sólo una idea daba vueltas sin cesar por mi cabeza y amenazaba con volverme loca: Enrique ya no estaba a mi lado y yo sola debería enfrentarme a lo que el futuro me deparase.

Afortunadamente el tiempo va suavizando nuestros sentimientos y me fui recuperando poco a poco.

En aquellos críticos momentos no se me ocurrió pensar que podía sucederme a mí lo mismo que a Enrique. Entonces tenía que superar el dolor y ser fuerte porque mis hijos me necesitaban. Menos mal que no se me ocurrió reflexionar en la provisionalidad de la vida, porque incluso al hacerlo ahora, me aterra la idea de que mis hijos se hubieran quedado solos. ¿Qué habría sido de ellos? Mis proyectos e ilusiones pueden no cumplirse, pero afortunadamente aquí estoy y ellos han crecido sanos y fuertes.

Sin embargo, la desaparición del infante don Fernando me llevó a pensar en si merece la pena todo el esfuerzo que ponemos a lo largo de nuestra existencia para conseguir riquezas materiales y poder. Seguro que son importantes pero se quedan aquí. No nos las podemos llevar con nosotros.

Tal vez sería más interesante atesorar otro tipo de riquezas que nos sirviesen en el más allá. Y que nuestra memoria fuese respetada por todos, porque cumplimos con dignidad y honestidad nuestro cometido en la tierra.

Jamás había pensado en dónde me gustaría ser enterrada. Pero fue la decisión del infante don Fernando, que tanto amaba a Castilla, la que me hizo reflexionar. A buen seguro que mi cuñado hubiese preferido reposar cerca de los suyos, pero, como era rey de Aragón, decidió recibir cristiana sepultura en el monasterio cisterciense de Poblet, donde ya reposaban otros reyes aragoneses.

¿Qué haría yo?

Con sorpresa volví a ser una niña. Una niña que siente miedo y que corre a cobijarse en el regazo de su madre. Era como si al pensar en mi última morada desease recuperar mi primer hogar, al lado de mis padres, en el lugar donde nací.

Pero no. Mi voluntad, y así la expresaría cuando llegase el momento, sería la de recibir sepultura al lado de Enrique. Sí, quería permanecer junto a él. Yo pertenecía a Castilla igual que mis antepasados maternos.



Después de los solemnes funerales por el eterno descanso de mi cuñado, celebrados en Valladolid y a los que yo asistí, debía enfrentarme a una nueva realidad. Una realidad

que era la que yo hubiera deseado desde el principio: asumir en solitario de la regencia de Castilla.

Convoqué al Consejo Real y dando cumplimiento a lo dispuesto por mi marido en su testamento fui reconocida como única regente del reino.

Recuerdo que en nombre de los reunidos tomó la palabra el arzobispo de Toledo, Sancho de Rojas, quien aseguró que todos estaban prestos a servirme y obedecerme como soberana.

Hermosas palabras, pero nada más. La ambición de muchos de los consejeros fue el móvil que les impulsó a exigir una mayor independencia para mi hijo. Querían alejarlo de mi influencia directa y de la de las personas de mi círculo más íntimo. Hube de ceder. Don Juan ya tenía once años. Pero yo era consciente de que la mayoría trataban de enriquecerse y ganarse la confianza de mi hijo.



—Madre, ¿qué hacéis aquí? Os he buscado por todas partes.

Mi hija doña María me abraza cariñosamente. Está muy delgada y en su cara permanecen, a pesar del descanso, las huellas del cansancio y las feas marcas que le ha dejado la viruela.

—Querida María, cómo me alegro de que hayas podido venir. Yo no estoy en condiciones de desplazarme a Valencia y eran tantas las ganas que tenía de verte.

—También yo, madre. Os encuentro muy bien, tal vez con unos cuantos kilos de más. Debéis cuidaros. Si yo estuviera aquí —dijo mientras acariciaba mis manos—, me preocuparía de que comierais sólo lo necesario.

—¿Y cómo sabes tú la cantidad que es necesaria para mí? —le pregunté, sonriendo.

—Es fácil, madre, conociéndoos como os conozco. Estoy segura de que con la mitad de lo que coméis tendríais suficiente.

Mi hija estaba obsesionada con la salud. La verdad era que la suya —como la de su padre— era muy delicada y se había acostumbrado a cuidarse privándose de todo lo que pudiese resultarle perjudicial. Y esta preocupación la hacía extensiva a todos sus seres queridos, especialmente se fijaba en mí, porque era sin duda quien cometía mayores excesos.

—¿Sabes qué pienso María? Que está muy bien que te encuentres lejos —repliqué, riendo.

—¿De verdad?

—No seas tonta. Sabes bien lo mucho que te echo en falta. Pero cuéntame, ¿cómo es tu vida con Alfonso?

—Normal.

—Por favor María, explícate un poco más, ya sabes a qué me estoy refiriendo. Hace dos años que os habéis casado y deberías quedarte embarazada cuanto antes.

—Pero, madre, yo nací cuando vosotros llevabais más de seis años casados.

En aquel mismo instante me di cuenta de que tal vez María seguía siendo niña. Cuando se casó aún no había tenido la primera menstruación. Antes de emprender el viaje

para casarse, María me había preguntado si en la primera noche que estuviera a solas con su marido debía decirle que no era núbil. Le dije que no contara nada, porque probablemente lo sería enseguida. Yo estaba convencida de que pronto se produciría el paso a la pubertad ya que iba a cumplir los quince años. Sin embargo, algo en su expresión me llevó a pensar en que su situación era la misma. Tendría que abordar el tema de forma cariñosa, más adelante. De momento le dije:

—María, tienes toda la razón, pero ven, vamos a sentarnos en aquel banco y hablemos con calma. Creo que aún no ha llegado tu hermano.

—Madre, ¿no preferís que entremos? No, no me respondáis, ya sé, os sigue gustando ver llover.

—Mucho, María. Tú sabes que me he pasado tardes enteras ensimismada, mirando la densa cortina que no dejaba de caer. Simplemente observaba y me dejaba llevar de su ritmo. Pero hoy el efecto es distinto. Esta tarde la lluvia ha venido cargada de recuerdos...

—Es hermoso recordar, ¿verdad madre?

—Sí, aunque a veces duela. Ya lo comprobarás cuando tengas unos cuantos años más. Pero dime, ¿estás contenta? ¿Es Alfonso bueno contigo?

—Sí, madre, se porta muy bien.

—¿En todos los sentidos? —le pregunté para forzarla.

—En todos, madre. Incluso ha abandonado su afición al juego. Sólo mantiene su amor a la caza que, por cierto, no le hace ningún daño.

El «no le hace ningún daño» iba dirigido directamente a mí. Todos mis sobrinos eran grandes amantes de demostrar sus habilidades matando animales. Desde muy niños, su padre los había acostumbrado a ello. Sin duda el uso de las armas era algo normal en nuestra vida, aunque yo jamás podría secundar semejante afición. Alfonso sentía verdadera pasión por la caza y las armas. No quise comentarle nada a María, pero hasta mí había llegado una copia de la carta que su marido había escrito a unos cuantos nobles invitándoles a participar en un torneo que pensaba organizar como respuesta a la negativa de sus súbditos, que no habían secundado su propuesta de guerra. La carta era en verdad curiosa, por no calificarla de otro modo. Recuerdo perfectamente uno de sus párrafos que decía:

Así como la ociosidad es madrastra y enemiga de toda virtud, y principalmente del arte de la caballería, los reyes y príncipes del mundo, precisamente por ello, deben procurar con diligencia que sus caballeros e hidalgos se mantengan activos. Y si les fallan las guerras justas y necesarias, deben organizar los actos caballerescos que sean de costumbre y pertinentes en tiempos de paz, a fin de que en tiempos de guerra y de necesidad sean más hábiles y estén más dispuestos a servirse de las armas. No quise recordárselo a María porque sabía que ella había tratado de convencerle de que no organizase un torneo en el que alguien podría resultar herido, y que Alfonso se había quejado del comportamiento de su mujer calificándolo de independencia inusitada. Que Alfonso dejase su amor desmedido por el juego, claro que era una buena noticia.

—No sabes, querida, cuánto me alegro de que tu marido olvide los juegos que tanto dinero le costaron. Y pienso que tampoco estaría mal que dominara sus apetencias por las armas y dedicara más tiempo a estar contigo.

—En ese sentido no tengo ninguna queja, madre.

El hermetismo de mi hija sobre lo que ella sabía que a mí me interesaba me estaba poniendo nerviosa. Resultaba evidente que no deseaba contarme nada de su relación, pero yo era su madre y podía ayudarla. No la veía desde el día que salió de Valladolid acompañada de los obispos de Mondoñedo y Palencia, de su futuro cuñado, el infante don

Enrique, y de una importante representación de la nobleza castellana para casarse con su primo Alfonso.

—María, algunas de las personas que te acompañaron y asistieron a tu boda me hablaron de ella, pero ¿por qué me cuentas tú cómo fue? Me gustaría conocer, por ti, el transcurrir de aquellos días en los que fuiste protagonista.

—Muy felices. Valencia se engalanó para recibirnos. No sabéis qué hermosa estaba la ciudad. La nuestra era la primera boda real que se celebraba en la catedral, y el papa Benedicto XIII ofició la ceremonia de nuestros esponsales. Me hubiera gustado, madre, que presenciárais la alegría que nuestro enlace despertó entre los valencianos. Durante varios días se sucedieron los festejos, fuegos, hogueras, bailes públicos en los que participamos Alfonso y yo, torneos...

—¿Te resultó difícil la primera noche?

—Un poco.

—María, perdona si te violento con lo que te voy a preguntar, pero soy tu madre, y aunque haga más de dos años que no nos vemos siempre has confiado en mí. Des de hace unos minutos no hago más que darle vueltas a lo mismo, ¿ya has menstruado?

Me miró muy seria con una expresión tan triste que no necesitaba oír su respuesta. Pero con voz fuerte me dijo:

—No, madre. Aún sigo siendo una niña.

La abracé con todas mis fuerzas. Pobre hija mía, y yo atosigándola porque no se quedaba embarazada. Infeliz, ¿cómo iba a concebir?

—Antes de que te vayas, María, consultaremos al físico —le aseguraré—. Es posible que con algún tratamiento adelantemos tu pubertad. No debes preocuparte.

—No estoy preocupada, madre, ya me desarrollaré y tendré los hijos que Dios quiera. No consultaré a ningún físico. No deseo que la gente se entere. Además, no es más que un retraso propio de mi débil constitución. Por eso no se lo he dicho a Alfonso. Prefiero que piense que soy estéril que una niña. Bastantes enfermedades y limitaciones tengo como para preocuparle con un problema que seguro se soluciona dentro de un tiempo.

—Estoy segura de ello. Pero siento que sufras.

—No madre, ya no sufro. Hace tiempo que he asumido lo que soy. ¿Creéis que no he llorado por mi cuerpo enfermo y por mi fealdad? ¿Pensáis que he aceptado el matrimonio con Alfonso sólo para cumplir un acuerdo de familia? No. Lo he hecho porque sé que ningún hombre no sólo no se enamoraría de mí, sino que lo más probable es que sintiera aversión hacia mi aspecto. Alfonso me tiene afecto de primo y yo le quiero. Sé que soy un simple peldaño más en la escalera de su vida. Un peldaño que nunca le fallará, haga lo que haga. Madre, yo siempre seré la reina que velará por sus intereses, que son los míos, y los del reino. Y, en el hipotético caso de que no tengamos hijos, no temo su repudio. Alfonso no hará semejante cosa. Primero porque es bueno, segundo porque siempre podrá hacer lo que le plazca en su vida íntima y tercero porque soy la hermana del rey de Castilla.

Dios mío, cuánto tenía que haber sufrido mi pobre hija para llegar a aquella resignada madurez. Y yo sin darme cuenta. Muchas veces los padres estamos tan lejos de las vidas interiores de nuestros hijos...

De aquella exposición tan dura y descarnada que hacía mi hija, deducía que estaba muy enamorada de Alfonso. Dios quiera, pensé, que no la haga sufrir mucho, porque toda esta fortaleza que demuestra ahora se puede desmoronar en cualquier momento. Era muy joven y no se daba cuenta de lo diferente que era pensar en situaciones hipotéticas y vivirlas en la realidad. De todas formas, me siento orgullosa de ella, porque es una gran mujer.

Pero yo debía insistir y convencerla para que la viera un médico. Era importantísimo que María tuviera descendencia.

La miré con respeto. Yo sería incapaz de enfrentarme a la vida con esa conformidad aplastante. Fue tal la admiración que sus palabras despertaron en mí que me sentí obligada a justificarme ante ella por algo que se estaba dilatando en el tiempo.

—María —le dije—, no me has preguntado por tu dote.

—Pensaba hacerlo esta noche. Alfonso me ha pedido que os comunique lo necesario que es para nosotros el dinero en estos momentos.

Mi hija poseía el marquesado de Villena, y al contraer matrimonio acordamos quedarnos nosotros con él. Lo conmutaríamos por doscientas mil doblas. A mí no me sobraba el dinero y trataba de ir retrasando el pago. Aquello no era realmente una excepción, ya que en la mayoría de los acuerdos matrimoniales sucedía algo parecido y las dotes tardaban mucho en llegar a su destino, cuando llegaban.

—Es verdad que Alfonso deberá irse pronto a Nápoles y Sicilia —siguió diciendo mi hija—, con lo que ello supone. Pero tampoco quiero agobiaros, madre.

—Te prometo una pronta respuesta —respondí, no muy segura de que fuera a ser así.

—Madre, antes de venir a buscaros he pasado por el comedor y siento que Beatriz, con sus mejores deseos, haya preparado para agradarme unos cuantos pebeteros con mi aroma preferido. Sé que no os gusta que nada os recuerde a Leonor López de Córdoba y quiero pedir os perdón por el olor a mirto.

—Por favor, María, no te disculpes, ha pasado mucho tiempo y ya va siendo hora de que me enfrente de una forma normal a su recuerdo.

—Por cierto, madre, ¿habéis tenido noticias de ella?

—No y espero no tenerlas nunca.

—La seguís odiando, ¿verdad?

—Sí —dije con fuerza y sin titubear.

—Pues no es bueno, os hace daño.

—¿Has visto a tu hermana Catalina? —le pregunté, para cambiar de tercio.

—Sí. La he encontrado muy bien. Tiene un brillo especial en los ojos.

Era lo que necesitaba oír. Tal vez le habría contado algo a ella.

—¿Tú crees que Catalina está enamorada?

—No lo sé. Nada me ha dicho.

Le conté a María mi conversación con Catalina y la hice partícipe de mis sospechas:

—No, eso no es posible, os lo puedo asegurar. Catalina siente verdadero asco por mi cuñado, el infante don Enrique. Siempre ha sido así. Os aseguro que no tiene ningún fundamento lo que me decís, madre. Puede que él estuviera encantado con esa posibilidad, pero mi hermana, no.

—Me quitas un peso de encima —le confesé a mi hija—. Pero si no es el infante don Enrique, ¿quién puede ser?

—No tengo ni idea, madre.



Seguía lloviendo, pero más suavemente, y el cielo clareaba por momentos, lo que significaba que dentro de unos minutos cesaría la lluvia.

—María, ¿no has pensado en acompañar a Alfonso cuando se vaya a Italia? —le pregunté.

—De momento, no. Tal vez en otro viaje. Es complicado para mi salud un desplazamiento tan largo y, además, Alfonso precisa de mi presencia en Aragón aunque también le ayuden sus hermanos en los asuntos del reino.

—Sí, la verdad es que tus cuñados, los infantes de Aragón, son bastantes, y muy hábiles para extender su poder no sólo en su reino, sino para intentarlo también en Castilla.

Unas risas que se acercaban y el ruido de los caballos nos hizo mirar al exterior.

Mi hijo don Juan con un reducido grupo de caballeros estaba a punto de llegar.

María se levantó para verlos y muy sorprendida me dijo:

—Madre, no me digáis que el tercer jinete que se aproxima es mi hermano. Cuánto ha cambiado.

—Sí, es él —respondí orgullosa—. Dos años más, en la edad que contaba tu hermano cuando te fuiste, son decisivos. Ya verás, es casi un hombre.

—L Sigue llevándose tan bien con don Álvaro?

María conocía muy bien la amistad que Álvaro de Luna había trabado con su hermano don Juan. A ella le pedí que ordenase a don Álvaro regresar a Castilla ante la insistencia de mi hijo, que decía no poder soportar la ausencia de su paje, que se había ido a Valencia formando parte del séquito de María.

—Están siempre juntos —le dije—, y hasta cierto punto entiendo la admiración de tu hermano. Don Álvaro es una persona excelente.

—Pero qué detalle, habéis bajado al zaguán para esperarme. Dejad que bese vuestras manos, madre. María, mi querida hermana, no sabes cuánto me alegro de verte.

Y yo a ti, Juan —le contestó María mientras se fundían en un abrazo y añadió—: No has cambiado, hermanito, sigues siendo tan presuntuoso como siempre. ¿De verdad crees que estamos en el zaguán esperando tu llegada? ¿No se te ocurre pensar que podríamos estar haciendo otra cosa?

—Pues la verdad es que no. Os imaginaba preocupadas sabiendo que esta tormenta me alcanzaría en algún lugar del camino.

—No parece que hayáis cabalgado mucho bajo la lluvia —afirmó María, mirando detenidamente sus ropas.

—Hemos tenido suerte y pudimos cobijarnos en un caserón muy cercano a Valladolid.

Siempre sucedía lo mismo. María y Juan nunca se pondrían de acuerdo. Ella era la responsabilidad, la seriedad, a veces también la impertinencia. Juan, por el contrario, era tranquilo, espontáneo, un poco caprichoso y muy pagado de sí mismo. Nunca olvidaba que era el rey.

—Madre, ¿a qué hora queréis que cenemos? —me preguntó Juan con tono altanero.

—Alrededor de las ocho.

—No sé por qué nos hemos apresurado tanto —dijo, dirigiéndose a don Álvaro—, ya te decía yo que teníamos tiempo suficiente. Pudimos haber disfrutado más de la sobremesa.

No me interesaba nada saber a qué sobremesa se podía estar refiriendo. Conocía bien a mi hijo y era muy probable que no existiese ninguna, y que lo único que deseara

fuese demostrarnos que estaba muy ocupado y que había acudido a mi llamada haciendo un gran esfuerzo. Por ello le dije:

—Querido hijo, siento haberte interrumpido en tus importantes actividades y te agradezco muchísimo que hayas podido venir a cenar con tus hermanas y conmigo.

Me miró, y con la mejor de sus sonrisas contestó:

—Madre, sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí. Estoy encantado de estar aquí. Don Álvaro, acompañadme, disponemos de tiempo para tratar de algunas cosas antes de la cena.

Miramos cómo entraba en casa. María, muy pensativa y reflexionando en voz alta, comentó:

—Pero si es un niño todavía y se las da de gran hombre de estado. Habría que domar su orgullo. ¿No habéis pensado en ello?

—Tú, María, le conoces bien y sabes que siempre ha sido así, posiblemente por un exceso de protección y porque desde niño ha sido tratado como rey. Aunque, de todas formas, creo que el tener casa propia ha influido en su comportamiento, algo normal, por otra parte.

—Sí, pero alguien debería convencerle de que la altanería no es buena.

—Yo espero —le dije confiada— que vaya cambiando con el tiempo. Todavía es muy joven, piensa que sólo tiene doce años.

—No tanto, madre. A esa edad mi padre ya era vuestro marido.

—Je acuerdas de tu padre? Eras muy pequeña cuando murió.

—Parece que le estoy viendo. También él tenía su cara surcada por estas horribles huellas de la enfermedad —dijo mientras se pasaba la mano por su horadadas mejillas—. Sentí mucho su desaparición, siempre me sentí muy unida a él, en todos los sentidos. Y recuerdo con cariño y nostalgia nuestra vida a su lado. No era tan pequeña, madre, ya había cumplido los cinco años cuando él nos dejó.

—Qué distinto sería todo si él siguiera a nuestro lado —me lamenté.

—Pero, madre, Dios lo ha querido así, y podéis estar segura de que vos lo estáis haciendo muy bien.

—Gracias, hija. La verdad es que lo intento. Tienes mucha razón. Te pareces extraordinariamente a tu padre, sobre todo en el carácter, en esa especie de seriedad y rigor que guiaba todos sus actos y que tú has heredado.

—¿Creéis que podré desempeñar bien mi papel de reina en ausencia de Alfonso? —me preguntó.

—Estoy completamente segura.

—Sois muy amable, madre, ¿queréis que entremos? Está refrescando un poco. Yo no preciso pasar por la habitación antes de la cena, si vos estáis preparada también, podemos irnos al comedor y esperar allí a mis hermanos. Hay un tema que me preocupa y quisiera conocer vuestra opinión.

—De acuerdo, entremos en casa.

MA

C

amino del comedor nos encontramos con Beatriz, que venía a nuestro encuentro con una capa en el brazo, seguramente para María.

—Os buscaba —nos dijo, y dirigiéndose a mi hija añadió—: Doña María, aunque la temperatura sigue siendo agradable, la lluvia ha refrescado el ambiente. No os vendrá mal la capa.

—Gracias, Beatriz, como siempre estás pendiente de todo pero no la necesitaré, la reina y yo esperaremos en el comedor a mis hermanos.

Mi querida ama Beatriz se alejó despacio. No quise decirle nada para no entretenernos más de pie. Estaba deseando sentarme y no quería que María se diera cuenta de mi cansancio. Lo cierto era que desde hacía unos meses mi agotamiento avanzaba a la par que el día. Era consciente de que debía cuidar mis comidas, pero constituían mi único placer. No sé si les sucederá lo mismo a todas las personas, pero yo sí noto que mi voluntad pierde vigor —como otras cosas— con los años.

Toda mi vida me he vanagloriado de dominarme y de poseer una voluntad férrea. Sin embargo, ahora soy incapaz de limitar mis alimentos, aun cuando sé que sería beneficioso para mi salud.

Es posible que todo tenga su lógica y que al acortarse nuestras expectativas de futuro, nos volvamos más condescendientes con nosotros mismos.

—Madre, ¿estaréis cómoda tanto tiempo en el comedor?

—No te preocupes, ya sabes que las sillas que tenemos aquí son muy confortables.

Al acercarnos al comedor escuchamos una bonita voz que cantaba bajito.

*De una torre de palacio
se salió por un postigo
la Cava con sus doncellas
con gran fiesta y regocijo.
Junto a una fuente que vierte,
por seis caños de oro fino,
cristal y perlas sonoras
entre espadañas y lirios,
reposaron las doncellas
buscando solaz y alivio
al fuego de mocedad
y a los ardores del estío.*

Mi hija y yo nos miramos sorprendidas, y seguimos escuchando. Nadie solía cantar en casa sin autorización. Intrigadas y sorprendidas por la belleza de la voz, y también por el atrevimiento, entramos. La criada, Genoveva, estaba terminando de colocar la mesa y emocionada cantaba:

*Daban al agua sus brazos,
y tentada de su frío
fue la Cava la primera
que desnudó sus vestidos.*

Mi hija me pidió por señas que guardara silencio, pues la muchacha no nos había visto y quería escucharla.

*Pensó la Cava estar sola,
pero la ventura quiso
que entre unas espesas yedras
la mirara el rey Rodrigo.
Puso la ocasión el fuego
en el corazón altivo,
y amor batiendo sus alas
abrasóle de improviso.*

Al darse la vuelta para colocar un candelabro, Genoveva nos vio y muy avergonzada nos dijo:

—Perdón, perdón. Creía que estaba sola y que nadie entraría en el comedor hasta la hora de la cena.

Estrujándose las manos y mirando al suelo, la pobre no sabía que hacer.

—Nadie te ha dicho que no debes cantar en casa si no recibes autorización para ello? —le pregunté.

—No, doña Catalina. Pero os aseguro que no volverá a suceder. ¿Aviso que sirvan la cena? ¿Mandan alguna cosa? ¿En qué les puedo servir?

La muchacha estaba a punto de llorar.

—Genoveva —le dije—, no te preocupes, pero que no vuelva a suceder.

—Descuidad, señora, nunca más.

—Pero espera, no te vayas —le pidió mi hija—, que aún no has terminado el romance ¿verdad?

—No, señora.

—Pues me gustaría recordar cómo termina la aventura del rey don Rodrigo. ¿Por qué no nos cantas el final?

Genoveva, me miró con cara de susto, para decir:

—Doña Catalina, ¿quiere vuestra alteza que cante?

—Sí, puedes hacerlo.

Tragó saliva con cierta dificultad y después de varios intentos en que no le salía la voz, cantó:

*Florinda perdió su flor
el rey padeció el castigo;
ella dice que hubo fuerza;
él, que gusto consentido.
Si dicen quién de los dos
la mayor culpa ha tenido,
digan los hombres: la Cava
y las mujeres: Rodrigo.*

—¿Sabes que tienes una voz preciosa? —la alabé.

—Me gusta mucho cantar, señora.

—¿Conoces más romances? —quiso saber mi hija.

—Todos los de don Rodrigo, y también Áloro la bien cercada.

—¿Tú sabes quién era don Rodrigo? —le preguntó mi hija.

—La verdad es que no estoy segura. ¿Un rey?

—Sí. Fue el último rey de los godos —le aseguró María.

—Puedes retirarte, Genoveva —le pedí—. Ya avisaremos para la cena.

—Gracias, señora.

—¿Desde cuándo la tenéis a vuestro servicio? —me preguntó interesada María.

—Creo que no lleva ni una semana. Esta tarde por primera vez me fijé en ella, precisamente porque se comportó de una forma inteligente, algo que no suele ser frecuente entre las criadas.

—Pues no deja de ser una suerte.

—¿Te la quieres llevar contigo a Valencia? ¿Sigue siendo tu marido tan aficionado a la música? Recuerdo que tocaba varios instrumentos.

—Sí, aunque ahora tiene menos tiempo para dedicarlo a sus aficiones. En cuanto a Genoveva, me encantaría que se fuera conmigo, pero sé que puede resultaros de más utilidad a vos. No me he olvidado de vuestra afición al canto y esa muchacha puede ser una solución para las tardes tediosas. Podréis contarle alguna de las muchas leyendas que envuelven el recuerdo del rey don Rodrigo. Nunca olvidaré, madre, la que me contabais cuando era pequeña.

—¿Cuál de ellas era? Conozco unas cuantas y me imagino que te las habré contado todas.

—Sí, pero a la que yo me refiero es a la de la cueva de Toledo. Aún recuerdo vuestras palabras cuando me decíais que aquella historia demostraba claramente la importancia de respetar las prohibiciones y que por mucha necesidad que se tenga, de la índole que sea, no deben traspasarse nunca los umbrales de lo vedado.

—Querida hija, reconozco mi pasión por las leyendas de las que yo siempre intenté sacar lecciones. Muchas veces se lo comenté a tu padre, que se reía de mi afición. Claro que

yo no creía en la historia de la cueva de Toledo, pero sí me resultaba interesante la reflexión que provocaba en mí.

—¿Por qué no me la contáis como cuando era pequeña? —me pidió María cariñosa.

—Lo hago encantada. Cuenta la leyenda que hace muchos, muchos años existía una cueva en Toledo cerrada con muchos candados, pues, según la tradición, cada uno de los reyes visigodos, al tomar posesión del trono, colocaba un nuevo candado en la puerta de la cueva. Todos se mostraron temerosos de que pudiera cumplirse la sentencia que escrita a la entrada de la cueva decía: «No te acerques si temes la muerte», y la respetaron durante siglos. Esta actitud respetuosa de los monarcas no impidió que a lo largo del tiempo fuera creciendo la creencia de que en la cueva se guardaban tesoros tan preciosos que quien los poseyera se convertiría en amo del mundo. Parece ser que don Rodrigo tenía muchos problemas de dinero y que en un momento de desesperación decidió entrar en el recinto prohibido. Después de traspasar varias estancias, don Rodrigo y sus acompañantes ven cosas cada vez más espantosas: estatuas que miran, otras que golpean el suelo, otras que gritan... La mayoría de los que van con él le dejan solo, pero don Rodrigo sigue hasta que por fin encuentra un gran cofre. Feliz y persuadido de que allí encerrado está el tesoro, el rey godo lo abre y, para su sorpresa, dentro sólo se encuentra una especie de banda de tela en la que aparecen bordadas unas imágenes de unos hombres con la cabeza cubierta de un turbante y un mensaje que dice: Quien este cofre abra provocará que los seres que aquí aparecen acaben con su reino. Y así sucedió al poco tiempo.

—Casi me ha gustado más que cuando la escuché por primera vez. Madre, ¿por qué creéis que los musulmanes decidieron entrar en la Península?

—Existen varias hipótesis. Puede que de todas ellas, dos resulten creíbles. Sin duda yo me quedo con la que apunta a los sucesores de Witiza y a un sector de la nobleza visigoda como responsables de haber entrado en contacto con los musulmanes para destronar a don Rodrigo.

—¿Cuál es la otra?

—La apuntada en el romance que hace unos minutos cantaba Genoveva. Don Rodrigo se enamora locamente de la Cava, que es una doncella de la corte. Dicen que para que la conquista de la muchacha le resultara más fácil, don Rodrigo destinó al padre de ésta, el conde don Julián, a Ceuta, encargándole un importante cometido. Según esta versión, enterado don Julián de la deshonra de su hija, entró en contacto con los musulmanes para vengarse del rey.

—Sí —asintió mi hija—, la primera es mucho más creíble. De todas formas, madre, muchas veces me he preguntado el porqué de las leyendas. ¿Existe algo de real en ellas? ¿Por qué la leyenda envuelve a determinados personajes? ¿Qué cualidades deben reunir éstos para resultar atractivos a la fabulación popular?

—Es muy difícil saberlo. Pero pensemos por un momento en algunos de ellos. Y tal vez recordando lo que hicieron lleguemos a alguna conclusión. —Mi hija me planteaba algo en lo que yo había pensado muchas veces. Reflexionando en voz alta señalé—: Yo creo que a muchos de los personajes que la leyenda les ha hecho suyos, les une cierto misterio. Algo que se produjo en sus vidas, que nunca pudo ser aclarado y despierta la fantasía de la gente. Por ejemplo, el cuerpo de don Rodrigo nunca fue localizado, y eso ha llevado a innumerables versiones sobre su posible paradero. ¿Quién cabalgaba sobre Babieca en la última batalla del Cid? ¿Era realmente él o alguien se había puesto su armadura para infundir ánimo a sus soldados? La verdad es, querida María, que muchas veces, cuando conoces pasajes de la historia real, te das cuenta de cómo la falsean las

leyendas. Por supuesto que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, existió, pero sus hijas no se llamaban Sol y Elvira, sino Cristina y María. Y la jura de Santa Gadea tampoco existió.

—Y a pesar de todo lo que me estáis diciendo sobre las leyendas, ¿cómo podéis ser tan aficionada a ellas?

—Siempre he intentado dejaros claro, hace unos minutos te lo decía, que no creo en su veracidad, pero sí en la lección que encierran la mayoría de las veces. No me digas, hija, que no sería hermoso que el Cid hubiera sido en la realidad protagonista de la jura de Santa Gadea, con lo que ello significa.

—Sí, madre, pero no lo ha sido.

—De acuerdo, aunque insisto en que a mí el comportamiento atribuido al Cid me gusta y me hace pensar en la importancia de la fidelidad, la lealtad y el honor.

Era verdad lo que le estaba diciendo a mi hija. Pero sabía que nunca podría convencerla y tampoco lo pretendía.

—Madre, no me gusta que me engañen y no quiero formarme una imagen equivocada de las personas.

—De acuerdo. Dejemos este tema y dime qué es eso tan importante sobre lo que quieres conocer mi opinión.

—Últimamente estoy bastante desconcertada, madre, con la postura del papa Benedicto XIII, ¿o no debería llamarle ya así? Vos le conocéis bien. Él fue quien me casó. Y me da mucha pena el acoso al que le están sometiendo.

Mi hija quería hablar del tema que más me preocupaba en aquellos días. Yo entendía la postura conciliadora de quienes estaban dispuestos a seguir las disposiciones del concilio reunido en Constanza, pero el papa Benedicto XIII era nuestro amigo. Le debíamos tantos favores...

—Madre —continuó María—, Alfonso me ha hablado de las tentativas que realizó con Benedicto XIII para llegar a un acuerdo, pero todas fracasaron. Incluso, el propio papa le envió un mensaje en el que le decía más o menos que todo lo que Alfonso era se lo debía a él, porque si no hubiera sido por su ayuda jamás se sentaría, primero su padre, el infante Fernando, y ahora él, en el trono aragonés. En ese mensaje calificaba a mi marido de desagradecido ya que respondía a todos los favores que le había hecho expulsándolo al desierto.

—Lo cierto, querida María, es que el papa Benedicto XIII tiene razón; si no hubiera intervenido él, probablemente la corona de Aragón no estaría en manos de un Trastámara.

—Pero yo me imagino —replicó mi hija— que lo habrá hecho porque consideraba que era lo mejor para el reino.

—Sin duda. Yo también lo creo. Además considero que el hecho de haber recibido un apoyo o una ayuda no debe hipotecar la conducta de futuro, sobre todo como en este caso del que hablamos referido a la unidad de la Iglesia. Lo que sucede es que Benedicto XIII es buena persona. Ha cumplido bien como papa. Y duele adoptar una postura de fuerza contra él. Si soy sincera, hija, yo no he tomado ninguna decisión al respecto. Todavía confío en que cambie de opinión y se sacrifique en beneficio de la unidad de la Iglesia.

—Le he pedido a mi marido que me explicara el porqué de la división en la Iglesia, las razones que movieron a la aparición del Cisma de Occidente. Y no me he aclarado muy bien.

—Yo te lo resumiré de una forma muy clara. El Cisma casi tiene los mismos años que yo —le expliqué—. Cuando contaba casi cinco años, en 1378, murió el papa Gregorio

XI. A los pocos días, los cardenales se reunieron en conclave para elegir sucesor. Parece que un grupo muy numeroso de romanos se agolparon a las puertas del edificio donde se encontraban los cardenales para exigirles que el nuevo papa fuese romano, y si no era así, decían no responder de la seguridad de los clérigos reunidos. Ante estas amenazas, los intimidados cardenales de forma presurosa eligieron a un romano que tomaría el nombre de Urbano VI. A los pocos meses se reunieron trece cardenales y consideraron que en el cónclave anterior no se habían dado las condiciones necesarias para ser válido, y mostraron su total desacuerdo con lo sucedido, ya que en una situación de normalidad, aseguraron, jamás hubiesen elegido a Urbano VI. Por lo tanto, debería considerarse nula aquella elección. Se reunieron y eligieron un nuevo papa, Clemente VII, que se instaló en Aviñón. Y en ese momento, 1378, es cuando se produce el Cisma. La iglesia tiene dos papas y los católicos se dividen: Nápoles, Saboya, Francia, los reinos de la península Ibérica, Escocia y Sicilia obedecen a Clemente VII. Alemania, Hungría, Inglaterra y los reinos escandinavos a Urbano VI.

María seguía muy interesada toda mi exposición y me interrumpió para preguntarme:

—¿Cuál de los dos era el auténtico?

—No lo sé. Los dos eran papas. Los dos se excomulgaron mutuamente.

—Entonces, si no se puede afirmar la autenticidad de ninguno de ellos, ¿por qué Inglaterra, por ejemplo, sigue al papa romano y Castilla al de Aviñón? —me planteó muy seria mi hija—. ¿Por qué la cristiandad se dividió?

—Probablemente los dos fueran auténticos, y la adhesión a cada uno va a depender de la interpretación que se dé a lo sucedido a la muerte de Gregorio VII. Si se considera que las presiones ejercidas sobre los cardenales invalidan la elección efectuada en esa situación, serán partidarios del papa de Aviñón. Si, por el contrario, se piensa que no, el papa a seguir será el de Roma. Pero, de todas formas, los motivos son más políticos que otra cosa, y no por el propio pontífice. Me refiero a que si Inglaterra y Castilla no mantienen buenas relaciones de amistad entre sí, nunca, pudiendo elegir, estarán juntas obedeciendo al mismo papa. Seguirán opciones distintas. Yo cuando llegué a Castilla tuve que cambiar mi obediencia. Como inglesa era seguidora del papa residente en Roma, pero al casarme hube de rectificar mi postura, porque Castilla apoyaba al papa de Aviñón. Nada en mí había cambiado, seguía las directrices que me imponían.

—Pero, madre, ¿en todo este tiempo no hubo nadie que se decidiera a hacer lo que ahora ha promovido el emperador Segismundo de Luxemburgo? ¿Por qué la Iglesia no ha intentado solucionar el problema?

—Claro que lo han intentado. Lo que sucede, María, es que tú eras muy niña. Hace ocho años, en 1409, se reunieron en Pisa veinticuatro cardenales, ochenta obispos, cuatro patriarcas y veintisiete abades, seguidores de los dos papas, para tratar de encontrar una solución y pensaron que lo mejor sería convocar un concilio ecuménico. Así lo hicieron. Sin embargo, el concilio no podía ser considerado como ecuménico porque no había sido promovido por ningún papa.

—¿Y qué pasó?

—Pues que acordaron considerar cismáticos a los dos papas y que los veinticuatro cardenales asistentes al concilio se reunieran en cónclave para elegir un nuevo papa.

—¿Lo hicieron?

—Sí. El arzobispo de Milán fue investido como Alejandro V. Al año siguiente murió y fue sustituido por Juan XXIII.

—Pero el problema no se arregló.

—Todo lo contrario, empeoró. Porque en vez de dos eran tres los papas.

—¿Creéis madre que ahora se llegará a una solución de verdad?

—No lo sé. Aunque todo parece indicar que sí y que habrá un nuevo papa respetado por todos.

A ese fin iban encaminados los esfuerzos del emperador Segismundo de Luxemburgo que desde hacía tres años se esforzaba en conseguir el apoyo de todos los reyes para intentar poner fin al cisma.

El emperador logró convencer al papa Juan XXIII para que convocara un concilio en Constanza al que asistiría el propio emperador.

Cuando, después de la primera sesión, Juan XXIII se dio cuenta de que lo que perseguía Segismundo era que los tres papas existentes dimitieran de forma voluntaria para que la Iglesia unida eligiera un nuevo pontífice, salió huyendo de la ciudad. Inmediatamente el concilio lo depuso.

Gregorio XII, el papa con sede en Roma, presentó su dimisión voluntaria y Benedicto XIII, el aragonés Pedro Martínez de Luna, se negó a hacer lo mismo, refugiándose en el castillo de Peñíscola, rodeado de un grupo de fieles seguidores.

—¿No habéis pensado en escribirle para aconsejarle cordura? —me preguntó ingenuamente mi hija.

—No. ¿Cómo voy a convencerle de que no es papa y debe dimitir? Sí, ya sé que ése no sería mi planteamiento y que, en todo caso, debería abogar por la unidad de la Iglesia, pero aunque quisiera que dimitiera, y espero que así sea, creo que nunca lo hará. Benedicto XIII sigue considerándose revestido de la dignidad papal y como está convencido de ello no puede reconocer más autoridad que la suya. Lo más probable, María, es que los padres conciliares que siguen reunidos en Constanza le depongan en cualquier momento.

Le conté a mi hija que hacía unos meses que una delegación del concilio reunido en Constanza me había visitado para que les entregase un documento en el que manifestase que retiraba mi obediencia a Benedicto XIII.

—¿Lo hicisteis?

—No. Mis consejeros y yo decidimos, sin negarnos a ello, alargar nuestra decisión.

—Al final, ¿qué pasó?

—Que se cansaron de esperar y se fueron. Lo cierto, hija, es que me cuesta dejar de considerar como papa a Benedicto XIII. De hecho, en el pasado mes de octubre, porque no pude dilatarlo más, envié una delegación castellana al concilio con poderes de mi hijo.

—Madre, lo que no os he dicho es que Alfonso, mi marido, teme la reacción de la Iglesia en nuestro reino. Parece ser, según me comentó, que el arzobispo de Tarragona quiere debatir sobre la cuestión de Benedicto XIII.

—Sí, ya lo sé. Pero para calmar los ánimos de nuestro clero, creo que será decisiva la postura de fray Vicente Ferrer, que, como sabes, siempre fue persona cercana al papa Benedicto XIII.

Para mí también era importante conocer la opinión de Vicente Ferrer.

MARÍA

-D

asé que lleváis juntas más de una hora y no habéis pensado en llamarme. No me sorprende, María siempre ha sido vuestra hija preferida, madre. Después de Juan, claro. Juan es el rey y nunca mejor dicho.

—¡Catalina! —exclamó María—, ¡qué guapa te has puesto! Ven, déjame que te observe de cerca.

Al lado de su hermana, y no lo era, Catalina parecía muy hermosa. Pero lo que resultaba evidente era que se había arreglado de forma especial. Llevaba el cabello recogido en una redcilla muy bonita, dorada, con algunas incrustaciones de piedras multicolores. Lucía un traje rojo oscuro de terciopelo con las mangas abullonadas y un gran escote que dejaba al descubierto su marmórea piel. No se había colocado ningún collar ni cadena, lo que permitía admirar la perfección de su largo cuello.

—Catalina —le dije—, siéntate enfrente de tu hermana, en la otra cabecera, aquí a mi derecha. Juan y yo presidiremos la mesa como siempre.

—Pero María es reina ahora —me recordó Catalina.

—Ya lo sé. Pero ésta es nuestra casa. Yo la reina regente de Castilla y vuestra madre, así que no se hable más de ello.

—De acuerdo, madre, no os enfadéis.

—No me enfado, pero no insistas. No hagas demasiados méritos para conseguirlo, Catalina.

—Madre, es muy guapa la nueva criada. Don Álvaro dice que además es inteligente.

Mi hijo acababa de entrar en el comedor hablando en voz alta desde la puerta, como siempre, sin importarle —o tal vez era lo que perseguía— que la criada le escuchara.

—Y eso que no la has oído cantar —apuntó María—. Tiene una de las voces más bonitas que yo he escuchado.

—¿A quién os referís? —quiso saber Catalina—. ¿A Genoveva?

—Desconozco su nombre —dijo mi hijo.

—Sí —afirmó María—. La joya de la que hablamos es Genoveva.

—Pues a mí no me parece guapa y la verdad es que no la he escuchado cantar, aunque su voz no tiene nada de especial —sentenció Catalina.

—¿Me has dicho, María, que canta bien? —quiso saber mi hijo.

—Sí, resulta delicioso escucharla cantar.

—Madre, deberíais pensar en cedérmela. Conocéis mi amor por la música y no debéis privarme del placer de poder escuchar a esa virtuosa joven, que además es guapa.

—La podrás escuchar siempre que lo desees cuando vengas a visitarme —le dije con chanza.

Los miraba feliz. Allí estaban mis tres hijos sentados a la mesa conmigo. Aquellas dos muchachas y el aún imberbe joven constituían mi única familia directa. Sangre de mi sangre. En ellos tenía puestas todas mis esperanzas. La continuidad de nuestra estirpe dependía de ellos. Los tres eran muy distintos. Y estaba comprobando cómo en su comportamiento seguían las pautas de siempre. Podrían pasarse todo una noche dándole vueltas a un mismo tema.

—¿Y dices que don Álvaro opina que la criada es inteligente? Me gustaría saber cómo ha llegado a esa conclusión —planteó Catalina.

—Pues no lo sé y no me importa —le respondió su hermano.

—Probablemente cualquier reacción, que a otros nos puede pasar desapercibida, haya dado pie a don Álvaro para pensarlo —matizó María.

—Ya está bien —exclamé—. Yo soy de la misma opinión de don Álvaro. Seguro que Genoveva es una muchacha inteligente, pero hablemos de otras cosas. Probablemente ésta sea la última vez que estemos los cuatro juntos.

—¡Pero, madre! —protestó mi hijo con cara de susto.

—Sí, Juan. No lo digo porque piense que voy a morirme dentro de poco. Nada más lejos de mis intenciones. Rezo a Dios todos los días para que me permita conocer a mis nietos, porque María deberá permanecer en su reino, como es su obligación, y además se quedará sola en muchas ocasiones al tener que ausentarse su marido el rey para atender los asuntos italianos, lo que le hará mucho más difícil cualquier tipo de desplazamiento que no sea oficial. Tú asumirás dentro de dos años a lo sumo el gobierno de Castilla. Catalina se casará y probablemente se vaya del reino. Yo me quedaré cerca de ti, Juan. Y si la salud me lo permite, procuraré veros de vez en cuando. Pero tal vez no gocemos de la oportunidad que ahora se nos presenta.

—Madre —dijo don Juan cariñoso—, os prometo que mi primera hija se llamará como vos. De verdad, mi primera hija tendrá vuestro nombre, Catalina.

—No seas zalamero.

De mis hijos era a Juan a quien menos le costaba mostrarse cariñoso, como acababa de demostrar. Sus hermanas le miraban y ninguna quiso ofrecer un gesto amable hacia mí.

—¿Por qué es tan importante que estemos juntos? —preguntó Catalina.

—Nuestra madre seguro que quiere darnos a conocer su testamento —le respondió Juan—. Desea decirnos personalmente lo que piensa dejarnos a cada uno. Y para evitar que nos enfademos acuerda contárnoslo a todos juntos. Eso es para aclararnos el porqué de su decisión.

—No seas bruto, Juan —dijo María, para añadir—: Hermanito, hermanito, siempre le has dado demasiada importancia a lo material. ¿Crees que yo discutiría contigo por la posesión de un collar de rubíes?

—Tú no sé pero Catalina sí —matizó Juan.

—Puedes estar seguro —contestó Catalina—, ya has sido bastante favorecido por la fortuna. ¿Por qué no dejáis que nuestra madre nos cuente lo que quiera?



Qué distintos eran los tres. Ninguno se parecía a mí. María era como su padre y Catalina no sabría decir, ya que su comportamiento, a veces, era bastante desconcertante. Posiblemente fuera Juan quien había heredado algunas de mis aficiones. Le gustaba el poder, pero amaba la música, la poesía, rodearse de juglares y poetas. Sin duda era Juan, por el cargo que iba a desempeñar, quien más me preocupaba. Había puesto todos los medios a mi alcance para que recibiera una educación adecuada.

La verdad es que no había pensado aún en la redacción de mi testamento, pero estoy segura de que cuando lo haga no tendré ningún tipo de preferencia. Trataré a mis tres hijos de forma equitativa y si alguno de ellos desapareciera sin descendencia —Dios no lo quiera —, los demás recibirían la parte de éste. Pero ya me ocuparé de ese tema en su momento.

Ahora quería que mis palabras tuvieran una única finalidad: conseguir grabar en sus corazones que pertenecían no sólo a la dinastía de los Trastámara sino también a las de Borgoña y Plantagenet. Deseaba que su familia materna, mi familia, ocupase un lugar importante en su memoria. Con todo mi cariño les dije:

—Es posible que para vosotros no sea importante que nos reunamos los cuatro, aunque para mí sí lo es. Es importante porque sois lo que más quiero en el mundo. Y disfruto teniéndoo a mi lado. Me gustaría tanto que vuestro padre os pudiera ver... Sin vosotros mi vida habría sido un vacío inmenso. Gracias a vuestra existencia he cumplido mi misión como reina y como esposa. Habéis dado consistencia a mi vida. Y me permitís proyectarme en vosotros. Quisiera, hijos míos, que nunca olvidarais algo que ya sabéis, pero que quiero recordaros esta noche. Sois los hijos de los primeros Príncipes de Asturias, los hijos de la reconciliación, los hijos de un hombre y una mujer que se respetaron y amaron de una forma tranquila y sosegada. Los hijos de los reyes de Castilla don Enrique III y doña Catalina de Lancaster. Soberanos siempre conscientes de la importante misión que habían de desempeñar y que tú, Juan, estás llamado a continuar. Deseo que seas un buen rey y que vosotras, en la medida de vuestras posibilidades, le ayudéis en su largo y duro camino. Quiero que os sintáis orgullosos de vuestro linaje. Del de vuestro padre y del mío.

—Madre, nacisteis en Inglaterra, ¿verdad? —quiso saber Juan.

—Sí. Aunque mi madre nunca debería haber abandonado Castilla.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Catalina.

Nunca les había hablado a mis hijos de la muerte de uno de sus bisabuelos a manos del otro. Había llegado el momento de hacerlo. Lo hice con delicadeza, dominando mis sentimientos, pues mis hijos descendían de los dos.

—O sea que los únicos Trastámara totalmente legitimados para gobernar Castilla

somos nosotros —puntualizó Catalina.

—Sin duda, hija, porque vosotros descendéis de las dos ramas: la legítima y la bastarda.

—Sin embargo, en Aragón sí somos reyes por derecho propio —señaló María.

No me pasó desapercibida la apreciación de María. Ella se consideraba una Trastámara más. Preferí no aludir a su comentario y simplemente repliqué:

—Por supuesto que sí. Tu suegro, mi cuñado el infante don Fernando, accedió al trono aragonés de forma legal y no a través de viles asesinatos.

—Madre, según lo que nos acabáis de decir, nosotros somos los Trastámara «purificados»... ¿No deberíamos casarnos con nuestros primos como ha hecho María para conseguir una mayor consistencia familiar?

El planteamiento que Juan acababa de exponer me ponía verdaderamente nerviosa. No debía manifestarles cuáles eran mis verdaderos sentimientos hacia los Trastámara. Deseaba con todas mis fuerzas que mis hijos se unieran con familias reinantes en Europa y no con los parientes que, en el fondo de su corazón, siempre me habían rechazado y lo único que pretendían era adueñarse de todo. Yo había tratado de hacerlo lo mejor posible, pero siempre me había encontrado en inferioridad de condiciones y por ello cedí muchas veces ante mi cuñado, el infante don Fernando.

Es cierto que valoré su postura respecto a la legalidad de mi hijo, aunque ello no significaba que no fuera consciente del creciente poder de mi cuñado en Castilla y lo que ello traía consigo. Sé que en el fondo Fernando pretendía que mi hijo dependiera de él o, como ahora, de su familia a la hora de tomar decisiones importantes.

—¿Te parece poca la consistencia que tienen tus primos los infantes de Aragón? —dije, dirigiéndome a mi hijo.

Antes de que Juan contestara lo hizo Catalina:

—Madre, deberíamos hacer algo. Cada día que pasa nuestros primos amplían su poder en Castilla. Por cierto, María, ¿es verdad que tu cuñado Juan se irá contigo a Aragón para convertirse en lugarteniente del reino?

—Sí. Alfonso pensó que su hermano sería una ayuda importante para mí, porque, como bien sabes querida hermana, las enfermedades me acosan con bastante frecuencia y me impedirán estar presente en muchos actos.

—O sea que quien se queda al frente de las posesiones y los negocios en Castilla es el infante Enrique —apuntó Catalina.

—Él y su madre, mi suegra, Leonor de Alburquerque —respondió María.



Leonor de Alburquerque, mi cuñada y amiga en otro tiempo, se había convertido en una persona ambiciosa —tal vez siempre lo fue y yo no me percaté de ello. Hacía sólo dos meses que había regresado a Castilla instalándose en Medina del Campo, que era de su propiedad. Desde allí controlaba todo el patrimonio castellano de sus hijos, los infantes de Aragón. Y se preocupaba de que la vieja nobleza castellana estuviera del lado de ellos.

—Don Álvaro —dijo mi hijo— se ha disgustado con la futura marcha del infante don Juan, porque según él resulta mucho más fácil negociar con éste que con don Enrique.

—Hijo, ¿y a ti que te parece? —le pregunté.

—Yo siempre he tenido buena relación con mis dos primos, pero si don Álvaro opina así, seguro que tiene razón.

Estaba de acuerdo con la apreciación de don Álvaro. Mi sobrino don Juan era menos complicado que don Enrique. También entendía la postura de mi hijo, que sólo tenía doce años, y que admiraba y quería a su paje, convertido ya en auténtico consejero. Pero esperaba que poco a poco fuera teniendo criterio propio.

—Ya que habéis mencionado a don Álvaro —intervino María, dirigiéndose a mí—, ¿qué pensáis hacer con el tema de doña Inés?

Inés de Torres, la camarera de mi hija doña Catalina y mi persona de confianza desde la marcha de Leonor López de Córdoba, era una mujer joven y guapa. Varias personas me habían hablado sobre cierta ligereza en su trato con los hombres y que más de uno en la corte, con quien ella había mantenido o mantenía relaciones, podía cometer alguna inconveniencia motivada por los celos. Confieso que mi reacción ante los primeros comentarios fue no hacer caso. Pero cuando supe que los celos estaban motivados por la atracción que Inés parecía sentir, desde hacía algún tiempo, por don Álvaro de Luna, pensé en alejarla de la corte. No podía consentir ningún tipo de problemas en el entorno de mi hijo. Antes de que yo respondiera, doña Catalina, un poco nerviosa, preguntó:

—¿Alguien me puede explicar qué le pasa a mi camarera doña Inés y a don Álvaro, el paje de mi hermano?

—A don Álvaro no le pasa nada; lo único que hace es dejarse querer. Doña Inés le colma de atenciones y no tiene más deseos que servirle y hacerle la vida agradable —aclaró mi hijo sonriente.

—¿Que doña Inés está enamorada de don Álvaro? No me lo puedo creer. Seguro que todo son habladurías —siguió insistiendo Catalina.

—Siento contradecirte hermana —dijo María muy serena—, muchos en la corte lo saben. ¿Pero por qué estás tú tan segura de que doña Inés no ama a don Álvaro?

Observé cómo las mejillas de Catalina se sonrojaban. Algo le estaba pasando a mi hija que yo desconocía. Decidí apoyarla.

—María, Catalina es la que está más en contacto con su camarera y algo tendría que haber notado. Además es quien mejor la conoce. Así que es posible que esté en lo cierto y sólo sean rumores.

—Yo no sé si la camarera está enamorada o no, aunque esta misma tarde, hace unos minutos, nada más llegar, acudió a saludarnos y no hacía más que preguntarle a don Álvaro si precisaba algo y se ofreció para llevarle algo caliente al cuarto —apuntó mi hijo don Juan.

Catalina cada vez se ponía más roja y sus ojos esquivaban cualquier mirada. No acertaba a imaginar qué le podría pasar. ¿Qué sabía ella en realidad de todo esto? ¿Se habría enamorado mi hija de don Álvaro?

—Madre, decidme, ¿habéis tomado alguna decisión sobre Inés? —insistió María.

—Sí. He pensado que le vendría muy bien pasar una temporada en el convento de Santo Domingo el Real, en Toledo. Dentro de unos días tengo proyectado el viaje. Ya le he escrito a doña Teresa de Ayala y está de acuerdo en albergar a doña Inés.

—Creo que obráis acertadamente —apuntó María.

—Pues yo opino —intervino Catalina— que si es verdad lo que decís, debéis ordenarle que abandone la corte para siempre y no por un tiempo.

—Pero Catalina —observó María—, tampoco hay que ser tan drástica. Es posible

que al verse alejada de la corte reflexione y esté dispuesta a seguir otro tipo de comportamiento.

—Madre, Inés es mi camarera. ¿Por qué no me habíais contado nada de este asunto? —me preguntó Catalina con tono de enfado y sin hacer caso a lo que le había comentado su hermana.

—La verdad es que pensaba hacerlo cuando fuéramos a salir de viaje, pero para decirte que Inés se queda ría en Toledo, y no para comentarte nada respecto a ella porque creía que estabas al tanto. Además quiero deciros que aún no he hablado con ella de este tema. Puede que Inés lo niegue y que incluso tenga razón, pero será lo mismo. Porque aunque sean habladurías debo alejarla de nuestro entorno.

—Entonces, ¿doña Inés desconoce el proyecto que tenéis de dejarla en Toledo? —quiso saber Catalina.

—Sí. Se lo diré el día antes de partir. Ella sabe que vamos a viajar a Toledo, pero no sospecha nada.

Catalina se quedó muy pensativa y guardó silencio. Los demás estaban dando buena cuenta de la riquísima sopa que nos habían servido.

—Madre, otras veces os lo he dicho, pero hoy vuelvo a repetíroslo, no os imagináis el favor tan inmenso que me haríais si me cedierais a vuestra cocinera. En esta casa se come mucho mejor que en la mía, y vos, madre, que tanto me queréis, no deberíais consentirlo.

A don Juan le pasaba lo mismo que a mí, adoraba comer bien.

—Pues ya veréis cuando probéis el cordero. La verdad es que Ana, que lleva muchos años en la cocina, cada vez lo hace mejor.

—Además —observó María—, ha incorporado a su cocina muchos de los recursos culinarios que le enseñó doña Leonor López de Córdoba, que sin duda estaba influenciada por la cocina árabe.

No quise que la alusión a mi antigua criada me afectara y para distraer el recuerdo les comenté a mis hijos:

—Sí. Nuestra vieja cocinera ha preparado unas costilletas Al-Majliu, aprovechando que teníamos cordero asado. Recuerdo, Juan, que a ti te gustaban mucho.

—Y tanto. Madre, ¿con qué otras cosas nos vais a agasajar?

—¿No prefieres la sorpresa? —le preguntó su hermana María, a quien poco le importaba la comida.

—Pues la verdad —respondió Juan— es que me gusta saberlo para dosificar la cantidad de lo que como, según lo que vaya a venir después. Por ejemplo, si hubiese sabido que nos iban a servir esta sopa tan rica, con yemas de huevo, vino blanco y pan, habría tomado menos fruta. Aunque la verdad es, querida María, que también estaba buenísima.

Sonreí ante las ocurrencias de mi hijo y tomé el cuenco de la sopa en mis manos para beber. De repente, uno de esos temblores que de vez en cuando sacuden mi cuerpo me sobrevino sin que yo me percatara. El cuenco yacía tumbado en la mesa y la sopa discurría por doquier de forma enérgica y dispuesta a no detenerse ante nada.

Alguna vez me habían sucedido accidentes de este tipo ante mis hijos, pero ahora me sentía avergonzada. Era una vieja inútil que no podía sentarse a la mesa con los demás. Me entraron ganas de llorar ante mi impotencia. Nunca aceptaría la enfermedad con la que llevaba catorce años. Los mismos que tenía mi hija doña Catalina, que inmediatamente acudió a mi lado para limpiarme y tranquilizarme.

—No tiene ninguna importancia, madre. Ahora mismo Genoveva os sirve otro cuenco. No, no digáis que no queréis la sopa, porque esta noche Ana se ha esmerado y es

una pena que no la toméis.

Agradecí a Catalina su amabilidad y con su ayuda tomé la sopa, que en verdad estaba deliciosa.

—Me voy a mi lugar madre; ya no me necesitáis. No pasa nada si se os cae el cordero, porque cenaremos costilletas y también asado, ¿verdad?

—Sí, y además nos servirán un guiso totalmente nuevo que ha ideado Ana con distintas especias.

Sin duda era importante la imaginación a la hora de enfrentarse a la preparación de alimentos. Ciertamente no teníamos gran variedad y tal vez por ello intentábamos experimentar mezclando nuevos sabores. A mí me resultaba enormemente estimulante pasar de un sabor agridulce a uno amargo, y aunque esta noche tomamos cordero en tres versiones, seguro que nos pareció distinto en cada una de ellas.

—Madre, no me habéis hecho ningún comentario sobre el vino. ¿No notáis ninguna diferencia, no os parece distinto del que tomáis normalmente? —quiso saber María.

—No lo he probado. Pero ahora te lo digo.

Tomé la copa con el vino. La sujeté muy fuerte y bebí despacio, paladeándolo...

—Es bueno —afirmé—. Te puedo asegurar que es la primera vez que pruebo este vino del que desconozco su origen. Puede que sepa más a frutas que los nuestros y que sea más ligero. ¿Qué vino es?

—Es catalán, de Tarragona, de una zona conocida como el Priorato. Nos lo han enviado los monjes cartujos que viven allí y que parece ser se dedican al cultivo de la vid desde hace siglos.



Nosotros en Castilla teníamos vinos importantes. Hacía mucho tiempo que los monarcas castellanos y las órdenes monásticas potenciaban el cultivo de la vid. Yo recuerdo cuando, al poco de ser proclamado rey, mi marido Enrique III premió a algunas ciudades por la calidad de sus vinos, que según pasaban los años era cada vez mejor. No sé si la mejoría se conseguía gracias a la calidad de la uva o al tipo de prensado.

—Querida hermana —dijo Juan, zalamero—, ¿no me vas a regalar a mí aunque sólo sea una pequeña muestra de este vino tan rico?

—Había pensado enviarte algunas barricas. Pero será después de mi regreso a Aragón. Ahora sólo he traído para que nuestra madre lo pruebe. Si os gusta, madre —dijo, dirigiéndose a mí—, os puedo hacer llegar más.

—Muchas gracias, María. Este vino del Priorato, así se llama la zona, ¿verdad? pues está muy bien, pero prefiero los nuestros.

—No rechacéis la oferta, madre. Que María os lo envíe y luego me los regaláis a mí.

—Juan, deberías contener ese afán desmedido que tienes de poseer cosas —le replicó María.

—Es bueno guardar para cuando la situación no sea buena —contestó, riéndose. Resultaba bastante sorprendente que un muchacho de doce años, como era Juan,

pensara de aquella forma que en sí no era mala, pero que llevada al extremo podría resultar desagradable.

Mi hijo tenía buen carácter, no se enfadaba por los comentarios que se pudieran hacer sobre su comportamiento, aunque fueran desagradables, pero también era verdad que no atendía las sugerencias de casi nadie.

Catalina, que permanecía muy silenciosa, dijo:

—Yo sé cuál es el verdadero origen del vino.

—¿Tú? —se sorprendió su hermano Juan.

—Sí. El vino aparece por primera vez en la antigua Persia. ¿Queréis que os desvele cómo lo descubren?

María me miró con cara de susto y yo no daba crédito a lo que estaba oyendo. Seguro que Catalina quería hacerse la graciosa y se lo habría inventado. Pero sentía curiosidad.

—Por favor —le rogué—, cuéntanoslo. Tiene que ser una historia muy interesante.

—Sí que lo es. Veréis, como decía, la historia sucedió hace muchísimos años en la antigua Persia, donde vivía un rey llamado Jamsheed que era muy aficionado a las uvas y mandaba a todo su pueblo que saliera a recolectarlas para él. Ordenaba almacenarlas en unas vasijas en lugar fresco para poder degustarlas durante todo el año. Pero un día comprobó asustado como la piel de las uvas contenidas en una de las vasijas se había roto y salía de ellas un líquido pastoso que olía muy fuerte. Acercó su mano, lo probó y le pareció un sabor horroroso llegando a la conclusión de que las uvas en mal estado se habían convertido en algo venenoso. Pronto se desharía de la vasija, pero, mientras tanto, el rey avisó a todo su personal de palacio que no bebiera de aquel extraño brebaje porque probablemente encontrarían la muerte. Una de las mujeres de rey, aquejada por fuertes dolores de cabeza, además de haber perdido el favor del monarca, desesperada ante semejante situación, decidió poner fin a su vida bebiendo el veneno de las uvas. Pero no sólo no murió sino que se le pasó el dolor de cabeza y su estado de ánimo se volvió alegre. Inmediatamente todos se dieron cuenta de lo importante que era aquel líquido.

Yo miraba asustada a mi hija. ¿Quién le había contado aquella original historia? Estaba segura de que ella no se la había inventado. No creía que pudiera ser alguien de la casa quien se la hubiera revelado, porque antes me lo habrían dicho a mí. Todos conocían mi afición a las leyendas. Pero ¿quién podría ser?

—Me ha entusiasmado tu relato, Catalina. ¿Quién te lo ha contado? —le pregunté.

—Un mendigo con el que me encontré hace unos días cerca de la iglesia.

—¿Desde cuándo tienes por costumbre hablar con mendigos? —quiso saber María.

—No suelo pararme con ellos, pero éste era especial. Me dijo que había viajado por todo el mundo.

No quise decir nada, pero estaba segura de que Catalina nos estaba mintiendo. La conocía muy bien y sabía que algo extraño le estaba sucediendo. Primero fue lo del convento, después mis sospechas de que estuviera enamorada y ahora nos contaba aquella historia que era la prueba de que había estado viéndose con alguien. No era aquél el momento, pero después de la cena tendría que contármelo todo. Estaba preocupada pero intenté disimular:

—Querida Catalina —le dije muy sonriente—, la próxima vez que te encuentres con ese mendigo tráelo a casa. Me gustará hablar con él.

—De acuerdo, así lo haré —respondió muy seria.

—Madre, ¿habéis recibido contestación de Yusuf III? ¿Se arreglará por fin el

conflicto? —me preguntó don Juan.

Don Juan estaba muy interesado en solucionar el problema a Íñigo, el hijo de Diego López de Stúñiga. El tema era complicado y parecía no haber acuerdo posible en aquel enfrentamiento. Al final, Íñigo Stúñiga y Juan Rodríguez de Castañeda habían acordado, para solventar de una vez por todas sus discrepancias, batirse en duelo en la ciudad de Granada. A mí, que dos jóvenes caballeros como éstos estuvieran dispuestos a enfrentarse a una muerte segura para uno de ellos, me parecía algo monstruoso. Pero así era el comportamiento de nuestros hombres. Sin embargo, en este caso no era lo mismo porque los contendientes eran muy jóvenes y sus padres, lógicamente, trataban de impedir el enfrentamiento. No sus padres, sino su padre. Porque yo sólo conocía la opinión de nuestro justicia mayor, Diego López de Stúñiga, que al estar al lado de mi hijo como tutor, me comunicó su preocupación a través de él y mantuvimos muchos encuentros para intentar impedir el duelo.

Yo, en realidad, poco podía hacer. Si hubiese sido en mi reino, aún podría haber tomado alguna medida disuasoria, pero en Granada mis posibilidades de maniobra eran mínimas.

Intentando encontrar una solución al problema con el preocupado Stúñiga, se nos ocurrió pedir ayuda a Yusuf III. Mi hijo me preguntaba por esas gestiones.

—Juan —le dije—, ya sabes que he escrito al rey de Granada Yusuf III y que me ha contestado diciendo que haría todo lo que estuviera en su mano para impedir el duelo. Eso es todo lo que puedo contarte. De momento, no he recibido noticias de lo sucedido. Desconozco cómo habrán reaccionado los dos jóvenes.

—Madre, yo sabía que tus relaciones eran buenas con el rey nazarí; luego os pediré algo —comunicó María.

—No son tan buenas. Yusuf ha hecho lo mismo que haría yo si él me lo pidiera. Si existe un principio de entendimiento entre nosotros es porque ambos deseamos tranquilidad para nuestros reinos. Tú sabes que hemos firmado una tregua de paz hasta el año 1419.

—¿Por qué no le contáis a María lo de los cien cautivos? —me pidió Catalina, que se sentía muy orgullosa de lo que ella consideraba mi hazaña—. Nuestra madre —continuó Catalina— consiguió algo que tu suegro nunca logró: redención de cautivos.

—Bueno, según cuenta don Álvaro, es porque al infante don Fernando le interesaban más otros aspectos de la negociación —apuntó mi hijo.

—Por favor, no quiero polémicas sobre este tema —afirmé muy seria—. Debéis alegraros de lo que he conseguido para Castilla y nada más.



Lo cierto era que a la muerte de mi cuñado, el infante don Fernando, hube de ocuparme yo de la política con Granada y en nuestras negociaciones para firmar la tregua reivindicué el derecho a obtener la liberación de cautivos cristianos. No tenía ni idea de por qué mi cuñado no había conseguido lo mismo, ni deseaba saberlo. La vuelta a casa de cien personas era muy importante y no quería enturbiarla con nada.

—Madre, han sido mis hermanos quienes han sacado el tema y, como antes os

decía, quiero pedirlos algo en mi nombre y también en el de Alfonso, mi marido.

—María, ¿qué deseas pedirme?

—Sabemos que en Granada y en las prisiones de los árabes están muchos cristianos del reino de Aragón. Hemos pensado que si vos intercedéis por estos súbditos, es posible que Yusuf III os preste más atención que si lo pedimos nosotros.

—Sí, es posible —asentí—. Después me das sus nombres.

—¿Qué ha pasado, madre, con don Juan de Bethencourt? —quiso saber María.

—Pues que ha decidido marcharse y dejar las islas al cuidado de su sobrino, Maciot de Bethencourt.

Juan de Bethencourt era un caballero normando a quien mi esposo había apoyado para la conquista y posterior colonización de las islas Canarias. Recuerdo que parte de la nobleza se escandalizó por esta decisión. Pero Enrique desconfiaba de lo que pudieran hacer algunas familias sevillanas, interesadas en las islas, precisamente por la mala situación que estaba atravesando la ciudad de Sevilla. Y además, tanto el rey como sus consejeros eran conscientes de que la alta nobleza nunca se sentiría atraída de verdad por el proceso colonizador de las islas, ya que no eran fuente de grandes beneficios.

María conocía un poco este tema. Ella y yo lo habíamos comentado. Recuerdo que cuando ultimábamos los preparativos de su boda, conocimos la decisión del papa Benedicto XIII de revocar todas las indulgencias concedidas para la conquista de las islas y mandar embargar el dinero recaudado con ellas. La decisión papal estaba motivada por el trato vejatorio dado a los naturales de las islas y por la venta de esclavos, que habían convertido en algo normal.

—Madre, ¿no creéis que Bethencourt se ha marchado porque el negocio se ha terminado?

—Tristemente, María, estoy de acuerdo contigo. Pienso que el caballero normando no volverá a poner los pies en su castillo de Lanzarote.

—Si no estoy mal informado —intervino mi hijo don Juan—, la propiedad de las islas no nos pertenece y en cualquier momento pueden ser vendidas, pero sí están incorporadas a la corona de Castilla y deben obedecer nuestras leyes.

—Siento decirte que no estás bien informado —le contesté—. Las islas, la propiedad de la tierra, pertenecen a la corona de Castilla; es del señorío de lo que disfrutaba Bethencourt y eso es lo que ahora puede pasar a otras manos. No olvides querido hijo que el caballero normando se hizo súbdito de tu padre para que éste le concediera la repoblación y administración de las islas.

—Pero algo tendremos que decir nosotros si los nuevos propietarios del señorío no son de nuestro agrado —puntualizó mi hijo.

—Más que opinar sobre la personalidad de quienes se hagan cargo de la administración de las islas, lo que interesa es controlar cómo lo hacen y manifestar nuestra oposición si consideramos que su comportamiento no está de acuerdo con nuestras leyes —le dije muy convencida.



—Estos pastelillos de membrillo son maravillosos, madre. Y lo que de verdad me entusiasma son los aros secos de naranja —dijo Juan, cambiando totalmente de tema.

—¿No te gustan las tortas de almendras? —le preguntó su hermana Catalina.

—Sí, por supuesto. Pero los de membrillo mucho más.

Era estupendo ver cómo mi hijo disfrutaba con la comida. Le había observado durante toda la cena y no había dejado de probar nada. Pero me di cuenta de que también bebía mucho.

—Juan, ya sé que dentro de muy poco podrás hacer todo lo que quieras y que ahora eres casi mayor de edad, aunque pienso que deberías esperar unos años para comportarte como un hombre en todos los sentidos. Creo que has bebido en exceso.

Me miró con cara de suficiencia y con un tono que denotaba que le había molestado mi observación.

—Puede que tengáis razón, madre —replicó—, aunque debo acostumbrarme. Además el vino no es tan malo. Gracias a él me atrevo a comentaros algo que hace tiempo deseo hacer.

Yo conocía muy bien los efectos del vino y la falsa euforia que produce. Claro que cuando la disfrutas parece real y, ciertamente, a veces, resulta casi necesario engañarse, aunque sólo sea por unos momentos. Reconozco haber recurrido a él en determinadas situaciones, aunque ello no quiera decir que apruebe en absoluto mi comportamiento. Y eso es lo que tenía que inculcarle a mi hijo, cuya respuesta me había dejado bastante intrigada.

—¿Y qué es eso que quieres comentarme? —le pregunté a Juan un tanto sorprendida.

—Quiero hablaros de un romance referido a vuestros abuelos, don Pedro I y doña María de Padilla. Un romance que he escuchado hace un tiempo en una de mis estancias en Sigüenza y que no consigo olvidar.

—Referido a mis abuelos y a tus bisabuelos, creo yo —dije enfadada, para preguntarle—: ¿Qué romance es ése?

—Uno que habla de la muerte de doña Blanca de Borbón, la primera mujer de vuestro abuelo.

—¿Recuerdas la letra? —se interesó Catalina. María permanecía inmutable.

—Sí, claro que la sé. Madre, ¿queréis que lo recite?

Asentí, sabiendo que me iba a disgustar. Me molestaba que no hubiera tenido la confianza de contármelo antes y me inquietaba que mi hijo le diera tanta importancia a aquel romance como para recordarlo. Don Juan muy serio empezó a recitar:

Doña María de Padilla, no os mostréis triste no

*Si me descase dos veces, hicelo por vuestro amor
Y por hacer menosprecio de doña Blanca de Borbón.
A Medina Sidonia envió que me labre un pendón;
Será de color sangre, de lágrimas la labor;
Tal pendón, Doña María, se hace por vuestro amor.
Llamar Alonso Ortiz, que es un honrado varón
Pero que fue a Medina, a dar fin a tal labor;
Respondió Alonso Ortiz : Eso, señor, no hare yo.
Que quien mata a su Señora es aleve a su señor.
El rey no le respondiera; en su cámara se entro.*

*Envía por dos maceros, los cuales el escogió.
Estos fueron a la reina, hallaronla en oración.
La reina, como los viera, casi muerta se cayó;
Mas, después en si tornara, esforzada les hablo:
Ya sé que venís, amigos, que mi alma lo sintió;
Aqueso que esta ordenado no se puede excusar, no.
¡Oh Castilla! ¿Qué te hice? No, por cierto, traición.
¡Oh Francia, mi dulce tierra! ¡Oh mi casa de Borbón!
Hoy cumplo dieciséis años, a los diecisiete muero yo.
El rey no me ha conocido, con las vírgenes me voy.
Doña María de Padilla, esto te lo perdono yo;
Por quitarme de cuidado lo hace el rey, mi señor.
Los maceros le dan prisa, ella pide confesión;
Perdónales a ellos y, puesta en su oración,
Dando golpes con las mazas, y así la triste murió.*

Era tanta la indignación que sentía después de escuchar todas estas mentiras, que me di unos momentos para tranquilizarme. Me dolía la falsedad vertida en los versos, pero me preocupaba muchísimo que la propaganda de los Trastámara para denigrar la imagen de mis abuelos siguiera en vigor y que fuera mi hijo, el rey, uno de los objetivos a conquistar.

Qué bien había hecho al hablarles de sus antepasados maternos. Tendría que insistir mucho más, e ir desmontando, uno a uno, todos los infundios de los Trastámara, porque eso es lo que eran, infundios. Además, me preocupaba no haber escuchado nunca este poema. Podría ser que nadie se atreviera nunca a relatármelo o que fuese de nueva creación y eso sí que me inquietaba.

Observé la reacción de mis tres hijos: don Juan se mostraba muy satisfecho de habernos recitado el poema, pero sin muestras de malestar. Doña María permanecía muy seria, sin reflejar ningún sentimiento. Sólo Catalina lloraba silenciosamente. Puede que mi segunda hija fuera la más sensible de los tres o que se identificara más con mi familia. La miré con amor y dirigiéndome a don Juan le dije:

—Querido hijo, al comienzo de la cena os hablé de lo sucedido entre vuestros bisabuelos. Es algo que debemos superar, pero muchos seguidores de los Trastámara siguen obsesionados por conseguir una justificación a un vil asesinato. Piensan que la mejor forma de apoyar el fratricidio es dañar la imagen del legítimo rey don Pedro, del asesinado. Y de ahí todas leyendas e historias sobre su crueldad, la mayoría de las veces falsas, como ésta que acabas de recitarnos. Os enumeraré las mentiras vertidas en ese poema. Primero, vuestro bisabuelo ya se había casado en secreto con María de Padilla cuando lo hizo por interés del reino con Blanca de Borbón. Por ello nunca la aceptó en la intimidad como esposa. No es verdad que Blanca fuera asesinada por orden del rey. Lo más probable es que muriera de forma natural. Cuando yo llegué a Castilla, lo más que se apuntaba es que la muerte de Blanca de Borbón, que aparecía como natural, podría haber sido provocada por el veneno. Pero ¿para qué envenenarla? ¿por el amor de doña María de Padilla como dice el romance? Daros cuenta de su falsedad. Cuando doña Blanca muere, desgraciadamente doña María de Padilla ya había abandonado este mundo. Y esto querido hijo deberías saberlo para poder responder a los falsos testimonios sobre tu familia materna. Ya sé que puedes decirme que si las falsedades son creadas por tu familia paterna, ¿qué debes hacer? Es cierto que eres un Trastámara, mas debes estar siempre al lado de la verdad y no olvidar que

también descienes de don Pedro I. De todas formas, os diré, hijos míos, que muchos de esos rumores tardíos son elaborados la mayoría de las veces por personas ambiciosas y sin escrúpulos que quieren medrar a costa de lo que sea.

—Madre, ¿qué podemos hacer ante todas esas calumnias? —me preguntó Catalina.

—No renegar nunca de vuestro origen. Y tener muy claro que vuestro bisabuelo, el rey Pedro, no fue un modelo de conducta y tampoco el ser depravado que pretenden transmitir a la posteridad. Como antes os decía, todas esas historias no tienen otra finalidad que la de disculpar su asesinato a manos de su hermanastro. Pero, decidme, ¿puede existir alguna razón para justificar semejante atrocidad? Y ahora, Juan, me gustaría que me dijeras por qué nunca me hablaste de ese romance.

—Porque me faltaba valor para deciros algo que sabía os molestaría. Y la verdad, madre, es que no sé si he hecho bien contándooslo.

—Has hecho lo correcto. Quiero que sepáis, los tres, que por muy duro que sea lo que tengáis que decirme, siempre prefiero saberlo.

—Además, madre —era Catalina la que hablaba—, de esa forma nos habéis aclarado algunos aspectos que nosotros desconocíamos.

—Tienes toda la razón, hija mía, y celebro que así pienses.

—Madre, no sé si debo deciros algo que he escuchado hace mucho. Es una auténtica mentira, que yo no creo, y por lo tanto vos no podéis, como decía Catalina, aclararme nada, porque sé que es pura falsedad.

—Sin embargo, María, te sigues acordando de ella.

—Sí.

—Tal vez si lo hubiéramos comentado cuando te enteraste, ahora no le darías importancia.

—Puede que tengáis razón, madre, os la voy a contar.



Ignoraba lo que deseaba contarme María, pero estaba satisfecha de la sinceridad a la que habíamos llegado. Con toda seguridad, había hecho bien organizando la cena con mis hijos.

—Hace mucho tiempo, madre, una tarde en el alcázar de Segovia escuché una conversación. No era mi intención hacerlo, pero al pasar cerca de uno de los despachos oí el nombre de Pedro I y me detuve. Eran dos voces masculinas y una de ellas aseguraba que vuestro abuelo, mi bisabuelo, no era quien todos creían y que habría que dejar de hablar de línea legítima y bastarda al referirse a él y a los Trastámara, pues don Pedro no era hijo del rey Alfonso XI, sino de un judío. Y lo sorprendente es que daban el nombre del supuesto padre; Pero Gil, dijeron que se llamaba. Uno de los hombres decía no poder creer tal cosa, mas el otro le aseguraba que sólo con observar el comportamiento de don Pedro con los judíos se obtenía la prueba de su verdadero origen y que ahí, en su procedencia, radicaba la causa de su comportamiento cruel y despiadado.

Yo conocía aquella terrible historia que, según me había contado mi madre, era una invención del propio bastardo Enrique de Trastámara, que con semejante falsedad conseguía atacar a los judíos —a los que nunca pudo soportar— y desprestigiar a su

hermanastro.

El rey Pedro 1 trató a los judíos mejor que ningún otro monarca de Castilla, pero ello no quería decir que lo hiciera por ser hijo de uno de ellos, ni que luego condenara a muerte a alguno para demostrar que nada tenía que ver con ellos. Porque mi abuelo, que sí mandó ajusticiar a determinados judíos, no lo hizo porque lo fueran, sino porque consideraba que le habían robado o traicionado. Y estoy segura de que mantendría idéntico comportamiento de ser cristianos.

Era muy triste que se siguiera hablando de semejantes bulos. Mirando muy seria a María le dije:

—Como bien apuntabas, María, jamás has podido dar crédito a esta historia porque la consideras falsa. Y estás en lo cierto. También es verdad que no puedo aclararte nada, pero sí os voy a pedir que reflexionemos juntos. Pensad por un momento en que fuera así y que el rey Pedro hubiera nacido de ese tal Pero Gil. En ese supuesto, yo me pregunto, ¿quién era la madre? ¿la mujer de éste o la propia reina que habría mantenido relaciones con el judío? Si la madre fuera la reina, el niño no sería judío. Ya sabéis que sólo los hijos de madres judías son considerados como tales. Descartemos pues esa posibilidad y quedémonos con la primera, es decir, la madre del niño era la mujer de ese tal Pero Gil. Pero para que todo resultara creíble tenía que estar embarazada la reina y dar a luz. No olvidemos que esto normalmente se produce en presencia de testigos. ¿Estaban todos de acuerdo para cambiar al recién nacido? ¿Por qué el cambio? ¿Había nacido muerto el hijo de la reina? ¿Tenían previsto el canje porque sospechaban lo que iba a suceder? ¿Por qué un niño judío? Creo —les dije— que jamás podría suceder nada de lo que hemos planteado, a no ser que el rey don Alfonso XI, padre de Pedro, estuviese de acuerdo con la trama. Y eso es imposible.

—Madre, ¿por qué la gente se cree con tanta facilidad muchas de las historias falsas que se cuentan y que hacen daño a tantas personas? —me preguntó Catalina.

—Es muy triste lo que voy a decirte, pero precisamente por eso, porque hacen daño, tienen mayor aceptación. Por otra parte, cuando las personas implicadas pertenecen al bando de los perdedores, como es el caso del rey Pedro 1, o a sectores no muy bien vistos en general, como ocurre con los judíos, los bulos son más creíbles y festejados.

—¿Cuál es vuestra opinión personal sobre los judíos? —quiso saber mi hijo.

—Ya la conoces. Yo he firmado en representación tuya la pragmática de hace unos años por la que condenamos a los judíos a vivir separados de los cristianos y a llevar distintivos en sus ropas.

—Sí, madre, eso ya lo sé. Nuestros consejeros así nos lo han pedido. Mi tutor, el obispo don Pablo de Santa María, no deja de recordarme lo peligrosa que puede resultar la convivencia con los judíos. Sin embargo, don Álvaro de Luna no es de la misma opinión y cree que deberíamos ser más permisivos. Me gustaría, madre, conocer vuestra opinión personal.

Me resultaba complicado contestar con sinceridad a la pregunta de mi hijo. Si yo no fuera reina y mi misión la de gobernar lo mejor posible el reino, no me preocuparía de los judíos, pero como lo era, deseaba que todos mis súbditos profesasen la misma religión que yo, es decir, esperaba que todos abrazasen la religión católica.

Los sermones de fray Vicente Ferrer provocaban conversiones masivas y yo, a pesar de estar muy de acuerdo con todo lo que decía y de desear que todos se convirtieran a mi religión porque la considero la auténtica, no podía evitar el sentir admiración por los judíos que persistían en su fe. Confieso que me conmovía su entereza.

Admiraba mucho más a Josef Albo o a Abraham Benveniste que al converso jerónimo de Santa Fe, antes Josué Ha Lorqui, enfrentados en la conocida Disputa de Tortosa.

—¿Qué importancia tiene lo que yo piense personalmente de los judíos? —dije, contestando a mi hijo—. Siempre he intentado que mis sentimientos no influyeran en las decisiones de gobierno que había de tomar, procurando atenerme a los consejos de nuestros asesores. ¿No te has parado a pensar en la postura de los conversos? ¿Por qué ellos se convierten en enemigos feroces de los judíos?

—Totalmente de acuerdo, madre. No hay más que pensar en quien movió y colaboró con el papa Benedicto XIII en la convocatoria y celebración de la Disputa de Tortosa —apuntó María.

—¿Quiénes fueron? —preguntó Catalina.

—Es verdad —respondió María cariñosa—, que tú entonces no tenías ni diez años.

—Más niño era yo —dijo Juan, presuntuoso—, y conozco perfectamente sus nombres.

—Pero a ti te preparan para ser rey —replicó Catalina enfadada.

—Tienes toda la razón, Catalina —afirmó María—. Las dos personas que apoyaron a Benedicto XIII y que defendieron la postura de la iglesia fueron los conversos Pablo de Santa María y jerónimo de Santa Fe. Porque ese encuentro tenía por misión mostrar la primacía de una de las dos religiones. Durante muchas sesiones discutieron estos representantes de la Iglesia que he mencionado con los mejores rabinos de las aljamas aragonesas.

—Al final —añadí yo—, varios miles de judíos abandonaron su fe. Sin ninguna duda nuestra religión es superior y así lo demuestra el hecho de que se produjeran tantas conversiones.

—Pero los rabinos permanecieron firmes en su fe —señaló mi hijo—, sobre todo, Caro y Benveniste, al que por cierto he conocido hace unos meses.

No quise preguntarle a Juan dónde le había visto; estaba convencida de que era don Álvaro el promotor del encuentro. Hacía un tiempo que tenía la sospecha, que esta noche confirmaba, de que era mayor influencia que ejercía don Álvaro sobre mi hijo que la de su tutor, el obispo Santa María.

No sé por qué, en aquel momento, se me ocurrió que tal vez Juan estuviera contemplando la posibilidad de distinguir a Abraham Benveniste con un cargo en su futura corte. En la corte de la que él se rodearía en cuanto tomara las riendas del gobierno en solitario.

—Es una persona inteligente Abraham Benveniste, ¿verdad? —le comenté.

—Mucho. Dicen que posee una gran habilidad para sacar provecho en todas las situaciones. Y que no existe nadie más previsor que él. Además creo que es hombre de concordia.

—¿Es amigo de don Álvaro de Luna? —le pregunté.

—No, simplemente le conoce. Aunque don Álvaro tiene muchos conocidos en el mundo judío. Siempre me comenta que son expertos a la hora de conseguir éxitos en los negocios. Nadie como ellos, asegura.

No sabía si mi hijo era consciente —aunque yo no pensaba aludir a ello— de que don Álvaro era hijo de una conversa. De María de Jaraba, hija del alcaide de la fortaleza de Cañete. De ahí provenía, tal vez, su admiración y defensa de los judíos. Ninguna de mis hijas hizo ningún comentario al respecto y yo me limité a decir:

—Y es verdad que los judíos suelen ser buenos comerciantes. Pero yo, querido hijo, te recomendaría que no te apoyaras en ellos. Somos fieles hijos de la Iglesia católica y ésta los rechaza. Debemos cumplir las leyes antijudías.

—Perdonadme, madre —dijo María—, pero no estoy de acuerdo con lo que decís. Creo que los judíos pueden resultarnos muy útiles en el progreso y desarrollo de nuestros reinos. Alfonso, también piensa así.

—Sí, pero no se integrarán en nuestra sociedad. Y si lo que pretendemos es un control eficaz sobre nuestro reino, ellos siempre estarán al margen.

—O sea, madre, que seríais partidaria de que se fueran de Castilla.



Nunca había comentado con mis hijos el encuentro —cuando ellos aún no existían— con Raquel, la mujer judía que conocí en Sevilla. Tampoco esta noche lo haría, pero lo cierto era que su cara se me aparecía muchas veces en sueños. Incluso cuando me encontraba por las calles con algún reducido grupo de judíos que caminaban hacia su barrio y que no podían pasar desapercibidos, porque todos llevaban un distintivo, si alguna de las mujeres se volvía a mirarme, era la cara de Raquel la que yo veía... Era su rostro tranquilo, pero surcado por las lágrimas, el que me miraba con pena, y su voz resonaba en mis oídos repitiéndome una y mil veces: «Igual que su abuelo. El rey don Pedro también quería mucho a los judíos hasta que se cansaba de ellos y les mandaba cortar la cabeza».

No era verdad que yo deseara hacerles mal. Precisamente por eso pensaba que lo mejor para ellos era que abrazaran nuestras creencias.

—¿Me preguntas si apoyaría la salida de los judíos de nuestro reino? Con sinceridad te contesto, hija, no me gustaría tener que tomar esa medida tan drástica, que, por cierto, ya se ha llevado a efecto en otros reinos, como en Francia, pero todo dependerá de ellos.

—Yo pienso —intervino Juan— que las conversiones en masa no son buenas, porque muchos de los judíos que deciden abandonar su fe no son sinceros y siguen profesándola en la intimidad de sus hogares. Creo que esos falsos conversos sí pueden engendrar muchos problemas.

Parecía evidente que el tema de los judíos no le resultaba ajeno a mi hijo y que tenía criterio sobre lo que sucedía. Estaba de acuerdo con él en que los falsos conversos podrían constituirse en piedra de escándalo para unos y otros, pero no quedaba más remedio que esperar y ver cómo reaccionaban después de un tiempo.

—¿Por qué no dejamos el tema judío del que yo nada puedo decir y nos hablas Juan de las últimas carnestolendas? —pidió Catalina.

Mi hijo ya desde pequeño disfrutaba observando el jolgorio, las máscaras y los disfraces propios de las fiestas de carnaval. Muy pronto había empezado a participar en ellas y lo que más le divertía era que nadie le conociera.

—Yo creo que este año fueron mejores que otras veces. La verdad es que me divertí muchísimo. El manteo de animales resultó muy excitante.

—Pobres perros y gatos —se lamentó María, para añadir—: Me parece que os comportáis como unos bárbaros con ese tipo de distracciones.

—Además —siguió diciendo Juan sin escuchar a su hermana—, este año nadie me identificó.

—¿Hiciste algo de lo que te avergonzarías siendo tú mismo? —preguntó maliciosamente Catalina.

—Querida hermanita, si no te quisiera tanto te diría que no fueras indiscreta, pero contigo nunca tuve secretos, aunque al contarlos delante de nuestra madre y de nuestra hermana mayor «doña perfecta», corro el riesgo de escuchar alguna reprimenda, aunque la verdad es que no me importa.

—Eres indolente, presuntuoso, fatuo y sigues siendo un niño malcriado —casi gritó María.

—Por favor, María, no seas tan dura con tu hermano. ¿No ves que está hablando en broma y lo único que quiere es provocarte?

No estaba yo muy segura de lo que acababa de argumentar, pero si no mediaba en la conversación podrían seguir discutiendo horas y horas. Por ello le dije a Juan:

—Hijo, no nos hagas esperar más. Asústanos con tus andanzas por Tordesillas.

—Este año he participado en la tirada de huevos y ceniza a las mozas. Y he bailado con muchas de ellas.

—¿Sólo eso? —dijo Catalina, fingiéndose sorprendida.

—Lo demás no debo contarlo —contestó, riendo mi hijo, y mirándome añadió—: Es broma, madre, eso fue todo.

—A mí me parece una barbaridad el desenfreno del carnaval —apostilló María.

—Claro —exclamó su hermano—, tú como eres «doña perfecta» no puedes estar de acuerdo con la máxima que nos mueve a la mayoría de los mortales en estos días previos a la cuaresma.

—Pues no. A mí eso de «comamos, bebamos, cantemos y holguemos que mañana ayunaremos» me deja indiferente. Además, ¿tú crees que por atiborrarte hoy de comida y bebida no sentirás hambre y sed mañana?

—Me da igual, María, si tú eres una aburrída, no pretendas que los demás te imitemos —dijo Juan con cierta desgana.

—¿También don Álvaro participó de esos juegos? —quiso saber Catalina, que permanecía ajena a la discusión de sus hermanos.

—Claro. Era él quien me guiaba. Don Álvaro —apuntó mi hijo— es mi maestro en todo.

—Ya sé que don Álvaro compone poesías. Pero ¿es verdad que está escribiendo un libro? —se interesó Catalina, que parecía muy conmovida ante lo que hacía don Álvaro.

—Bueno, lo que tiene, según me contó —contestó mi hijo— es el proyecto de escribirlo algún día. Quiere hablar de mujeres que fueron virtuosas.

—Qué interesante —exclamó María—. Pocos hombres hay que se ocupen de escribir y menos que dediquen su atención a las mujeres. ¿Tiene buen concepto de nosotras?

—Eso parece indudable —manifestó Catalina—, ya que, según nuestro hermano, don Álvaro pretende escribir sobre mujeres ejemplares.

—Ya lo sé, Catalina, pero conoces tan bien como yo, y no digo que don Álvaro lo vaya a hacer, que puede darse el caso de que se escriba sobre personas, en teoría extraordinarias, para demostrar que no lo eran tanto.

Verdaderamente, mi hija doña María sabía argumentar defendiendo sus opiniones. Y sobre todo quería demostrarnos que no había sido la suya una pregunta tonta e

irresponsable.

—Yo creo —dijo don Juan— que don Álvaro valora mucho a las mujeres. Siempre dice que «debemos amar y honrar a las mujeres que son honestas y virtuosas. Tenemos que amarlas por la buena y agradable compañía que de ellas recibimos, sin la cual no puede ser ninguna cosa agradable en esta vida».

Catalina escuchaba con gesto burlón y tomó la palabra para decir:

—Me parece a mí que don Álvaro es un poco egoísta.

—¿Y qué pasa con las mujeres que no somos tan virtuosas? —inquirió María.

—No me atosiguéis con preguntas —se defendió don Juan—, que yo nada tengo que ver con lo que piensa don Álvaro, aunque sí puedo decir que en ese sentido me comenté que, por supuesto, hay mujeres que no son honestas ni virtuosas, pero que esa circunstancia también se da en los hombres. Don Álvaro cree que no se debe culpar más a las mujeres que a los hombres por sus debilidades.

—Oye, Juan —dijo María—, no tenía ni idea de que don Álvaro fuera tan sensato. ¿Crees de verdad que escribiré ese libro?

—Estoy seguro porque está estudiando mucho.

—¿Quiénes serán las mujeres de las que se ocupará? —preguntó Catalina.

—De mujeres de la Biblia, de la Roma antigua y también de unas cuantas santas.

—¿Te ha dicho algunos de los nombres de las mujeres que estarán presentes en la obra? —siguió interesándose Catalina.

—Sí. De varias.

—Podrías hablarnos de alguna de ellas o es muy complicado recordar lo que te dijo —sugirió María.

—No soy tan tonto como te imaginas, hermanita. Claro que me acuerdo, aunque merecerías que no te contara nada.

—Por favor, Juan —suplicó Catalina—, no te enfades, que estamos muy interesadas.

—Está bien. Os hablaré de tres mujeres que, según don Álvaro, destacaron por su comportamiento. Se llamaban Anfronia, Amesia y Hortensia.

—¿Eran romanas? —preguntó María.

—Sí. Anfronia destacó por su paciencia y por el amor hacia una madre que la había desheredado. Menospreció las riquezas y prefirió no reclamar lo que era suyo y a lo que tenía derecho antes que contradecir a su madre ante los tribunales. Amesia fue culpada por el alcalde de Roma de haber protagonizado un maleficio. Ella se defendió ante el juez y consiguió demostrar su inocencia. Hortensia asumió la defensa del cabildo o cofradía de matronas de Roma condenadas a pagar unos tributos muy altos. Su decisión de abogar por las matronas estuvo motivada porque ningún varón de Roma se atrevió a interceder por ellas ni ayudarlas ante los jueces. Y fue entonces cuando Hortensia decidió asumir ella la defensa de todas. Gracias a su elocuencia, a su buen decir, los jueces decidieron liberar a las matronas de Roma de aquel gravoso impuesto.

—Aplaudo la postura de las dos últimas —apuntó Catalina—, y no estoy tan segura de que la primera haya hecho lo correcto.

—Sin embargo, yo pienso —intervino María— que si Anfronia hubiera reclamado ante los tribunales la parte de la herencia que legalmente le correspondía, habría hecho lo correcto. Aunque su comportamiento de aceptar lo dispuesto por su madre también es correcto y refleja un gran desprendimiento por los bienes materiales y mucho amor.

—Según don Álvaro —siguió diciendo mi hijo—, la postura de Amesia y Hortensia

debe ser destacada, ya que normalmente los juicios y pleitos están vedados a las mujeres por considerar deshonesto que estén en estos lugares, pero cuando son constreñidas, como en estos casos, por necesidad para defender sus pleitos y causas, demuestran que la naturaleza no las hizo más menguadas que a los hombres para poder hacerlo tan bien o mejor que ellos.

—Aplaudo el buen juicio de don Álvaro —manifestó María— y te envidio un poco, hermanito, por tener una persona tan inteligente a tu lado.



Escuchaba muy atenta la conversación de mis hijos. Como siempre, María tenía la última palabra. Sería una buena reina. Alfonso había tenido suerte al casarse con ella.

No tenía ni idea de aquella faceta de la personalidad de don Álvaro de Luna. Me estoy haciendo vieja, pensé, de ellos es el futuro. Están mucho más al tanto de lo que pasa que yo. Decidí que al día siguiente, antes de que se fuera mi hijo, intentaré mantener una reunión con don Álvaro. Me interesaba conocer su punto de vista sobre algunos de los temas que me preocupaban. Debía conseguir su confianza. Tenerle como aliado.

—Juan ¿a qué hora piensas irte mañana?

—No lo he pensado. Teniendo en cuenta lo bien que se come en esta casa es posible que nos vayamos por la tarde. ¿Deseabais algo madre?

—Me habéis intrigado con la faceta de escritor de don Álvaro y me gustaría hablar con él antes de que os fuerais.

—Madre, si me dais vuestro permiso, me retiraré. Ha sido un día muy largo el de hoy —se lamentó María.

—Claro, querida María. No sabes, hija mía, cómo me alegro que hayas venido. Pero antes de que te vayas a tu habitación, dejadme que os recuerde a los tres, aunque sé que tendré muchas oportunidades de repetíroslo a cada uno por separado que siempre debéis apoyaros, ayudaros y no olvidar nunca que sois ramas de un mismo tronco. María, tú eres la hermana mayor y aunque has heredado la debilidad física de tu padre, que te impide muchas veces seguir con tu actividad normal, eres la más fuerte de los tres, por ello debes cuidar de tus hermanos. Ya sé que muchas veces la vida os puede colocar en situaciones enfrentadas, pero no debéis olvidar nunca quienes sois y acordaros de este momento. Catalina, ya te he hablado esta tarde de cómo debes estar al servicio de la corona, lo que quiere decir que no dudes en hacer lo que tu hermano te pida. Y tú, Juan, tienes que ser un buen soberano de Castilla, un digno sucesor de tu padre que supo, en el breve tiempo que Dios le concedió, conseguir fortalecer el poder real frente a la siempre amenazante y poderosa nobleza. No quiero cansaros, pero deseo recordaros el orgullo que debéis sentir de ser los herederos legítimos al trono de Castilla. Por vuestras venas corre sangre de los Trastámara y la del último rey de la casa de Borgoña, mi abuelo Pedro 1, el legítimo rey de Castilla.

—Madre —exclamó Juan—, esta noche os prometo que nadie en mi presencia se atreverá jamás a referirse a mi bisabuelo, el rey don Pedro 1 como el Cruel sino como el justiciero. Ése será el único calificativo que permitiré en mi reinado.

—Gracias, hijo —le dije emocionada.

María había abandonado el comedor. Al día siguiente intentaría que la viera mi médico. Se iba a quedar conmigo unos días.

Juan y Catalina se reían mientras tomaban los últimos dulces. Ellos siempre se habían entendido mejor.

—Madre, ¿queréis que nos quedemos un poco para haceros compañía? —me preguntó Juan.

—No, por favor, yo también me iré enseguida.

—Buenas noches, madre, que descanséis bien.

—Buenas noches. Gracias, hijos.

Estaban a punto de traspasar la puerta cuando recordé que tenía que hablar con Catalina. Necesitaba comprenderla, saber qué le estaba pasando, y cuanto antes lo hiciera mejor.

—Catalina, ven un momento; tengo que hacerte un encargo.

Le susurró algo que yo no pude oír a su hermano, que salió de la estancia mientras ella se encaminaba hacia mí.

—Ven, siéntate aquí a mi lado, hija.

Cuando estaba a punto de comenzar la conversación con Catalina entró su camarera Inés de Torres, que, sorprendida, nos dijo:

—Perdón, creí que se habían retirado todos y venía en su busca, doña Catalina, para acompañarla a su alcoba.

—No te preocupes —le dije—. Catalina me ayudará y si no lo hará Genoveva.

Observé en su cara un gesto de desagrado, que inmediatamente reprimió. Catalina la miraba fijamente y cuando la camarera estaba a punto de irse, le soltó:

—Espera, no te vayas, ¿es verdad que estás enamorada de don Álvaro de Luna?

Inés se volvió, y como si estuviera esperando la pregunta, con la mayor naturalidad, respondió:

—Todo eso son habladurías interesadas de los que quieren alejarme de la corte. Ni son verdad los celos que le atribuyen a don Juan Álvarez de Osorio, ni mis desvelos por don Álvaro.

Nunca Inés me había hablado de su relación con don Juan Álvarez de Osorio, persona vinculada a la corte por su cargo de mayordomo, pero era algo que todos dábamos por cierto. Y recuerdo que cuando mi hija doña María se fue a Valencia para contraer matrimonio, Álvarez Osorio me pidió que incluyera en el séquito a don Álvaro. Ésta era la prueba, según mis informantes, de que Álvarez Osorio, que acompañaba a doña María, no quería que doña Inés se quedara libre de su vigilancia en la corte y con don Álvaro cerca.

—Pues don Juan me ha dicho hace unos minutos que nada más llegar has acudido a ponerte al servicio de su paje y que siempre estás pendiente de él para poder servirle —le comentó Catalina contrariada.

—También lo hago con otras personas —se defendió Inés—. Creo que es mi misión hacer la estancia agradable a los invitados.

—Estás muy equivocada. Tú obligación en esta casa es la de ser mi camarera. Si luego la reina te ha distinguido con su confianza, alégrate de tu suerte. Pero esa deferencia hacia tu persona no te da derecho a comportarte de esa forma. Además, Inés, recuerda las conversaciones que hemos mantenido, ¿cómo crees que puedo sentirme?

Las escuchaba en silencio, sin intervenir. Resultaba evidente que a mi hija aquel tema le afectaba de forma especial. Ya me lo diría cuando nos quedáramos solas. Agradecí

la discreción de Catalina al no comentarle nada a Inés de mis proyectos de dejarla por un tiempo en el convento de Toledo.

Inés me miró un tanto sorprendida de mi actitud. Yo le devolví la mirada mientras le decía:

—Puedes retirarte, Inés, y no estés pendiente de nosotras. Buenas noches.

—Buenas noches —nos respondió, sin poder evitar el tono de preocupación que revelaba su voz.



—¿Te has quedado tranquila, Catalina?

—Sí.

—¿Por qué no me cuentas qué conversaciones eran esas que mantenías con Inés?

—Madre, son cosas propias de una muchacha joven.

—No olvides que yo también lo fui y no creo que vaya a asustarme por lo que me cuentas —le dije, tratando de darle confianza.

—Pues... —Dudó durante unos segundos, pero al final Catalina se decidió y con un hilo de voz dijo—: Sucedió hace unos meses. Un día sentí la necesidad de desahogarme con alguien y le conté a Inés lo atraída que me sentía por don Álvaro. Me dijo que lo entendía porque era un hombre guapo y bueno, pero que seguro se me pasaría pronto en cuanto conociera a otros hombres más apropiados para mí. Me recomendó no obsesionarme con él y procurar evitar su presencia.

Agradecía tanto a mi hija que me estuviera hablando con aquella confianza... Ya estaba todo claro, Catalina se había enamorado de don Álvaro de Luna y por eso prefería el convento antes que casarse con alguien desconocido.

—Lo que más me ha dolido del comportamiento de Inés, madre —me siguió contando Catalina—, es su falta de sinceridad. Ella tenía que haberme dicho que estaba interesada en don Álvaro.

—Eso es pedirle demasiado —le contesté.

—No. Si yo le abro mi corazón, ella tendría que haber hecho lo mismo.

—Tú eres la infanta doña Catalina y ella tu camarera, no es una situación de igualdad. Además, no podemos asegurar que Inés esté enamorada del paje de tu hermano.

—Me da igual, eso no me importa. Su falta de confianza, sí.

Aqué era el momento en que yo debería intentar aclararlo todo y con cierto pudor le dije a mi hija:

—Catalina, estás enamorada de don Álvaro, ¿verdad?

—No, madre. Me gusta porque es guapo y distinto a los demás. Escribe poesías muy hermosas. Sé una de memoria.

—Pues recítamela —la animé.

Tímidamente y con voz un tanto temblorosa Catalina empezó:

*Mi persona siempre fue
et así será toda ora,
servidor de una senyora
la cual yo nunca diré.*

*Ya de Dios fue ordenado,
quando me fizo nacer,
que fuesse luego ofrecer
mi servicio a vos de grado.*

*Tomat, senyora, cuidado
de mí, que soy todo vuestro,
pues que me fallaste presto
al tiempo que no diré.*

—¿Os gusta madre?

—Sí, es muy bonita.

—¿Sabéis? Si me obligaran a casarme con don Álvaro, no me llevaría un gran disgusto, aunque libremente no le elegiría.

—Entonces ¿por qué quieres ingresar en un convento? ¿De quién te has enamorado?

—De nadie, madre.

—¿Acaso tienes vocación religiosa?

—No.

Me fijé en cómo iba cambiando la expresión de su rostro, que poco a poco se tornaba más triste.

—Catalina —le dije—, no me creo que la decisión se deba, como antes me comentaste, a la tristeza que dices observar en tu hermana que, según tú —yo también lo pensaba hasta esta noche— no es feliz en su matrimonio. Tienes que tener otro tipo de razones.

—Sí, madre, pero es mejor que no hablemos de ello.

—Pero ¿por qué? Soy tu madre y puedo ayudarte.

De repente, como si de un fogonazo se tratase, apareció en mi mente la figura del mendigo del que nos había hablado en la cena, y supe que en él estaba la clave de todo. Me

dio un poco de miedo porque nunca había tenido una premonición tan fuerte ni la seguridad de que fuese cierta. Sin ninguna duda le comenté a Catalina:

—¿Es el mendigo la causa de tu desasosiego?

—Él no. Lo que me dijo, sí.

—Pero ¿cómo puedes hacer caso de un pordiosero desconocido? ¿Qué garantías tienes de que no sea un farsante?

—No es un pordiosero cualquiera. Tiene nombres y apellidos.

—¿Y por qué no me los dices? —le respondí.

—El me ha pedido que no se lo contara a nadie y menos a vos madre. Me dijo que no era de vuestro agrado.

Notaba que me estaba poniendo muy nerviosa. ¿Quién podría ser la persona que no quería que yo conociera su identidad y qué le habría dicho a mi hija?

Por más vueltas que le daba no conseguía pensar en nadie en concreto. Posiblemente fuera algún loco que deseaba hacernos daño. Pero un loco al que yo, al parecer, conocía, aunque podía mentir para darse mayor importancia.

—Catalina, si quieres cumplir la palabra que le diste a ese hombre de no revelar su nombre hazlo, aunque ello no debe impedirte que me reveles lo que te dijo. ¿De verdad te contó él la historia del origen del vino?

—Sí. Es una persona que sabe mucho —me aseguró—. Lo que pasa es que no ha tenido suerte en la vida. Me dijo que mi padre, el rey, todo lo contrario que vos, le había ayudado.

Yo seguía cavilando sobre quien podría ser y no encontraba ninguna respuesta.

—¿Y qué fue lo que te contó ese hombre para que tomes la decisión de abandonar el mundo? —le pregunté lo más confidencial que pude.

—Hablamos de muchas cosas y en un momento dado tomó mis manos, me miró a los ojos y me aseguro que dentro de pocos años me casaría. Cuándo le pregunté quién sería mi marido, me aseguró que tendría un único esposo, mi primo, el infante don Enrique. Debería haberme quedado callada y no preguntarle. Madre, tenéis que ayudarme; no puedo pensar en vivir con mi primo. Siento asco por él. ¡Le odio con todas mis fuerzas! — exclamó entre sollozos mi hija.

—No llores, Catalina —la consolé mientras la abrazaba—. Claro que te ayudaré. Lo estás pasando mal sin necesidad —le aseguré, para añadir—: Lo que te dijo ese hombre tiene que ser una broma y no debes tomarla en serio.

—Sí me lo creo porque me aseguró que era adivino.

En ese momento supe quien era el hombre que había estado con mi hija.

—Catalina, si te digo el nombre de la persona con la que estuviste, ¿me contestas?

—Sí, madre.

—Enrique de Villena —le dije, deseando equivocarme. Me incomodaba muchísimo pensar que tan siniestro personaje pudiera estar cerca de nosotras.

—Sí, madre, ése es su nombre. ¿Cómo os habéis dado cuenta de que se trataba de él?

—Porque sólo Villena es capaz de acercarse a una infanta para contarle burdas mentiras y presumir de que es adivino.

No quería revelarles a mi hija lo que pensaba de aquel ser al que yo despreciaba desde hacía muchos años. No quería pensar en él, ni en nada que me recordara el tiempo en el que frecuentaba la corte.

—Pero, Catalina, ¿dónde lo has visto? ¿Qué ha venido a hacer aquí? ¿Has quedado

en encontrarte con él de nuevo?

—No, creo que ya se ha marchado. Me tropecé con él en la calle, cerca de la iglesia de Santa María.

—¿Y por qué entablasteis conversación? —le pregunté intrigada.

—Supo quién era yo porque reconoció a Beatriz, que me acompañaba, y quiso saludarme.

¿Por qué no me había dicho nada mi buena ama Beatriz? Inmediatamente me contesté a mí misma. Ella conoce mi animadversión por el personaje y, seguramente para evitarme mirar al pasado, prefirió callarse, sobre todo teniendo en cuenta que el contacto de Villena con mi hija había sido casual.

—Confieso madre que Enrique de Villena me pareció distinto a todos los hombres que conozco. Por supuesto que nunca he visto a nadie más feo que él. Pero la vivacidad de sus ojos me sorprendió y especialmente su forma de hablar y las cosas que decía. Creo que es la persona más culta, que más sabe de todo, de cuantas he conocido en mi vida.

—Piensa que lo que no sabe se lo inventa —afirmé.

—Es escritor —anunció mi hija con admiración—. Me ha dicho que hace sólo unas semanas ha terminado un libro y que piensa traducir obras de autores importantes. Perdonadme, madre, si os incomoda mi pregunta, pero ¿qué os ha pasado con él para que no quiera que os enteréis de que hemos hablado?

No podía contarle a Catalina ni a nadie las verdaderas razones de mi odio hacia Villena, aunque sí podía enumerar una serie de argumentos con los que responder a su curiosidad.

—Atiende —le dije—. Enrique de Villena es nieto ilegítimo de tu bisabuelo, el bastardo Enrique de Trastámara. Enrique se quedó huérfano muy pequeño. Su padre, el marqués de Villena, había sido desposeído del título poco antes de morir en la batalla de Aljubarrota. Desconozco las razones por las que le quitaron el marquesado, que más tarde ostentó tu hermana María y que tal vez un día lleves tú, pero estoy segura de que tu padre quiso compensarle por ello, nombrándole gran maestro de la Orden de Calatrava.

—Villena me lo contó —afirmó Catalina para preguntarme—: ¿Es la de Calatrava la más importante de las órdenes militares castellanas?

—Es la más antigua y la que disfruta de una mayor vinculación con la corona de Castilla.

—¿Tenía algo que ver con el Temple?

La pregunta de Catalina me hacía retroceder en el tiempo. Yo le había preguntado lo mismo a Enrique cuando éste me comentó que había decidido darle el cargo a su pariente Villena. Pero no quiero recordar nada de nuestro pasado relacionado con este siniestro personaje.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué sabes tú del Temple?

—Casi nada, madre, lo que Villena me contó.

—¿Y qué te dijo?

—Que fue la primera de las órdenes militares y que todos sus miembros fueron condenados a morir en la hoguera. Pero que sus conocimientos secretos estaban a salvo, porque algunas órdenes, como la de Calatrava, se habían convertido en sus continuadoras.

—No es verdad —aseguré de forma tajante—. No es verdad que todos los templarios hayan sido condenados a muerte. En la península Ibérica no lo fueron. En Tarragona se celebró una importante reunión de la Iglesia de Aragón que declaró a los templarios inocentes de los crímenes que se les imputaban. Lo mismo sucedió con la

reunión celebrada por la Iglesia en Salamanca. Es cierto que a pesar de que los acuerdos de estas sesiones fueron enviados al papa, éste persistió en su mandato de abolición del Temple. Pero ni en Aragón, ni en Castilla y León ni en Portugal fueron condenados a muerte. —Me di cuenta entonces de que me había olvidado de Navarra y por ello añadí—: Perdona, Catalina, no es verdad que en toda la península Ibérica hayan sobrevivido los templarios; en Navarra, donde reinaba Luis, hijo del rey francés Felipe IV, también fueron asesinados como en París. Y no es verdad tampoco, hija, que la Orden de Calatrava sea su continuadora, porque ya existía antes de la desaparición del Temple. ¿Tú sabes, Catalina, cuál es el origen de las órdenes militares?

—No. La primera vez que oí hablar de ellas fue a Enrique de Villena. Claro que sabía que existían. Mi primo Enrique es gran maestro de la Orden de Santiago, pero jamás me detuve a pensar en lo que significaban y cuál era su finalidad.

Tampoco yo era una experta en la historia de las distintas órdenes, pero algo podría decirle a mi hija para tratar de sacarla del error en el que, a buen seguro, la habría introducido el Nigromántico, que era como llamaban a Enrique de Villena.

—Las órdenes militares, Catalina, fueron creadas hace siglos con un único objetivo: proteger a los peregrinos cristianos que visitaban los Santos Lugares. Sus miembros, mitad monjes mitad soldados, consagraban su vida a la lucha contra el infiel. Las órdenes militares representaban la esencia misma del espíritu de las cruzadas. Las más importantes eran las del Temple y los hospitalarios. Precisamente los templarios ayudaron a los reyes ibéricos en su lucha contra los árabes y aquí se establecieron. En Castilla, que es lo que nos interesa, ayudaron a Alfonso el Emperador que les entregó la villa de Calatrava y les encomendó su defensa.

—Madre, ¿cuándo sucedió eso?

—En el siglo XII, hacia 1150. Precisamente este rey, Alfonso VII el Emperador —le expliqué con orgullo—, fue el primer monarca de la dinastía de Borgoña. Ya sabes, como os comenté antes, que el último sería mi abuelo, el rey Pedro I.

—Sí, madre, me acuerdo muy bien. No he olvidado ni una sola palabra de lo que nos dijisteis esta noche.

—Pues el hijo de Alfonso VII, el rey Sancho III, se encontró un buen día con la siguiente situación: los templarios, un poco cansados de los continuos ataques de los almohades, decidieron devolver a la corona de Castilla la propiedad de la villa de Calatrava. No estaban dispuestos a seguir defendiéndola.

—¿Y qué hizo el rey?

—Ante la falta de fuerzas e incapaz de defenderla sin ayuda, pensó que lo mejor sería ofrecer la propiedad de la villa y la fortaleza de Calatrava a quien se comprometiera a protegerla contra las invasiones, y así lo hizo.

—¿Por qué era tan importante defender Calatrava? —me preguntó Catalina muy interesada.

—Pues la razón es muy sencilla: Calatrava ocupa un lugar verdaderamente estratégico, que en manos cristianas garantiza la seguridad de la ciudad de Toledo.

—¿Consiguió que alguien asumiera su defensa?

—Sí. Curiosamente fue un abad, el del monasterio cisterciense de Fitero, don Raimundo, quien se ofreció para defender la fortaleza.

—¿Aceptó el rey? ¿No temía que un monje no fuera capaz de luchar como un guerrero?

—Seguro que lo pensó, pero no tuvo más proposiciones. Así que aceptó. Y el abad

Raimundo de Fitero con un grupo de monjes cistercienses consiguió formar un ejército de más de quince mil monjes. Ante semejante fuerza, cuentan que los árabes no se arriesgaron a atacar Calatrava y el rey mantuvo su palabra entregándoles la villa y fortaleza. Así fue como nació la Orden de Calatrava. Que, como puedes ver, hija, nada tiene que ver con el Temple, a pesar de lo que te haya dicho Villena. Aunque es verdad que cuando se produjo la desaparición de la Orden del Temple, algunas de sus propiedades fueron entregadas a la de Calatrava. En Aragón, al ser abolida la Orden del Temple se creó una nueva, pero que nada tenía que ver con aquélla sino que se la puede considerar filial de la de Calatrava. Me estoy refiriendo a la Orden de Montesa.

No quise contarle a mi hija que en Portugal sí se había creado una orden continuadora de los templarios, los Caballeros de Cristo, en la que ingresaron los miembros del desaparecido Temple. No quise decírselo a Catalina porque no quería confundirla más después de lo que le habría contado el Nigromántico.

—Madre —me dijo pensativa—, ha quedado muy claro en vuestra explicación que ninguna orden es depositaria del espíritu de los templarios, pero me imagino que algunos de ellos, desaparecida su orden, habrán ingresado en otras y pueden haber influido, con sus conocimientos y formación, en la marcha de las mismas. Villena me ha dicho que tuvo acceso a muchos de sus conocimientos gracias a su pertenencia a la Orden de Calatrava y que por eso había aceptado el cargo de gran maestro que mi padre le ofreció.

—No es verdad —exclamé indignada—. Lo que Villena ansiaba era poder y por ello luchó para mantenerse en el cargo. En cuanto a sus satánicos poderes no fue en la orden donde los adquirió.

—¿Dónde creéis vos que consiguió adiestrarse como adivino?

—No tengo ni idea —le respondí, aunque sí que lo sospechaba.

Decidí guardar silencio sobre lo que se decía de Enrique de Villena, que para muchos había adquirido sus conocimientos sobre artes nigrománticas del mismo diablo.

Era muy conocida la leyenda que aseguraba que el demonio enseñaba adivinación y prácticas de brujería en una cueva de Salamanca a siete alumnos, durante siete años y que uno de esos estudiantes había sido Enrique de Villena.

Preferí no mencionar nada de eso a Catalina porque tampoco deseaba preocuparla con este tipo de comentarios ciertamente desagradables.

—Madre, Villena me ha dicho que la Orden de Calatrava se portó muy mal con él y que vos no hicisteis nada por ayudarle, sabiendo lo mucho a lo que él había renunciado por cumplir la voluntad de vuestro esposo.

No pude evitar que un temblor sacudiera todo mi cuerpo. ¡No quería volver al pasado! Aquel episodio estaba olvidado. Había conseguido encerrarlo bajo mil reflexiones positivas en mi cerebro. No podía volver a recordar los desagradables momentos en que llegue a dudar de todo. Mi paz interior no debía ser alterada por aquel indeseable.

—¿Qué os sucede madre? ¡Genoveva, Genoveva! —llamó Catalina.

—Sí, señora.

—Por favor, sírvenos un poco de agua —pidió, mientras trataba de controlar mis temblores abrazándome.

Yo permanecía en silencio sin conseguir articular palabra. Cuando por fin pude hacerlo, dije:

—Gracias, hija.

Al ver su expresión de susto, mentí para tranquilizarla.

—No te preocupes, Catalina, esto me ha sucedido otras veces.

—¿Se lo habéis comentado al médico? ¿Qué os ha dicho?

—No se sorprendió. Lo diagnosticó como una manifestación más de mi enfermedad y me recomendó que lo afrontara con serenidad. Ya se me ha pasado ¿ves? —le aseguré mientras le mostraba mis manos extendidas que aparecían tranquilas sobre la mesa.

La verdad era que jamás me había sucedido y que en cuanto fuera posible, sin ningún tipo de alarma, tal vez cuando se fuera mi hija doña María, se lo consultaría al médico. Pero ahora tenía que seguir enfrentándome a lo que Villena le había contado a mi hija.

—Catalina, me decías que Villena te aseguró que yo no le había ayudado, ¿verdad?

—Mañana continuaremos nuestra conversación, madre. Creo que ahora sería mejor que nos retiráramos a descansar.

—No. Estoy bien, y prefiero terminar hoy con este tema para no volver a acordarme nunca más de él. Es verdad que no le ayudé porque no podía hacerlo. Las órdenes militares tienen autonomía para elegir como gran maestro a quien consideren la persona más conveniente. Al poco de morir tu padre, los frailes se reunieron en Calatrava y decidieron negar su obediencia a Enrique de Villena y elegir como gran maestro a don Luis González de Guzmán.

—Pero vos podías haber intercedido por él. Sois la reina.

—Sí, aunque no gozaba de ninguna influencia en la orden. No me habrían escuchado. Pero te aseguro que, de haber podido, tampoco lo habría hecho. Creo que el comportamiento de los frailes fue el adecuado.

—¿Había desempeñado mal su cargo?

—Si soy sincera, debo decirte que no lo sé. Pero me imagino que a la orden le tenía que disgustar enormemente que su gran maestro tuviera la fama de Enrique; no olvidemos que todos le conocían como el Nigromántico. Prométeme, Catalina, que no volverás a tener trato con él —le rogué.

—Os lo prometo, madre. Pero, decidme, ¿por qué no os gusta?

Todos mis hijos eran persistentes y Catalina me lo estaba demostrando. Pensé en dar por terminada la conversación, pero consideré que si deseaba que mi hija se sincerara conmigo yo debería hacer lo mismo con ella.

—Quieres saber por qué le odio ¿verdad? Pues te lo diré. Ese hombre, Enrique de Villena, me ha hecho mucho daño. Yo diría que fue una de las personas que más me hirieron. No voy a revelarte en que consistió su agravio porque me ha costado mucho olvidar lo sucedido, y no quiero revivirlo nunca más. Pero debía responder a tu sinceridad y sobre todo rogarte que nunca más vuelvas a verle. Tienes que ser consciente del mal que sólo su presencia puede provocar en los demás. Tú, Catalina, lo has experimentado. Sí, ya sé que es hombre culto, agradable, incluso encantador, pero lleva pareja a él la desgracia para los demás. Piensa por un momento en lo que a ti te ha sucedido. Estoy segura de que si tu primo Enrique fuera de tu agrado, este personaje jamás te habría vaticinado el matrimonio con él.

—Madre, entonces, ¿es brujo de verdad?

—No lo sé, hija mía, pero cuanto más lejos estemos de él mejor. No pienses más en lo que te dijo. ¿Me lo prometes?

—Sí, madre.

—Seguro que encontramos un candidato a tu mano que te satisfaga. Y ahora si eres tan amable podrías acompañarme a mi cuarto. Estoy muy, muy cansada —dije mientras trataba de levantarme.

—Claro que os acompaño. Diré a Genoveva que suba por si necesitáis algo.
—Gracias, hija.



Como es lógico, para subir a los aposentos no era necesario pasar por el patio, pero me gustaba mirar al cielo antes de acostarme, y como no llovía le sugerí a Catalina que saliéramos unos minutos. Además, después de la conversación que había mantenido con mi hija, necesitaba más que nunca el contacto con la naturaleza. Necesitaba olvidar los recuerdos que la simple mención de aquel siniestro personaje habían despertado en mí.

La noche era clara. Miles de estrellas brillaban límpidas en un cielo mucho más azul debido a su presencia. Se notaba que había llovido. Se respiraba esa calma inmensa, esa placidez relajada, característica de la naturaleza, después de haber dado muestras de su poder.

Respiré profundamente permitiendo que el aire puro me inundara. Y una sensación de bienestar me invadió. Noté que Catalina me observaba con cierta curiosidad.

—Madre, es hermoso ver cómo disfrutáis con todo. Me gustaría que a mí me sucediera lo mismo.

—No siempre fui así. Cuando tenía tu edad, no me fijaba en muchas de las cosas que ahora me hacen feliz. Es cuestión de años, ya lo verás. ¿Quieres que nos sentemos un poco?

—Pero, madre, ¿no estabais cansada?

—Sí, aunque ante una noche tan hermosa no importa la fatiga.

No quería decirle a mi hija que no deseaba quedarme sola. Necesitaba hablar, distraerme, volver a encerrar los tristes recuerdos que aquella noche habían aflorado.

—Es tarde y además hace frío. Creo que sería mejor que subiéramos —insistió mi hija.

Cedí ante la evidencia. Sin duda tenía razón y demostraba ser, en aquellos momentos, más sensata que yo.

Reconozco que siempre me ha gustado observar la vida cuando la quietud del sueño lo apaga todo. Es una sensación muy especial que no sabría describir. Es como si de repente percibiera la certeza de poseer un espíritu inmortal, de ser la confidente de los innumerables secretos que guarda la noche.

—Está bien, Catalina, sea como tú quieras. Debemos descansar, especialmente yo. Mañana me espera un día con bastante actividad.

—¿Cuánto tiempo se quedará María?

—No me lo ha dicho, aunque no creo que más de dos días.

Apoiada en el brazo de mi hija camino despacio, con cierta dificultad. Qué pena que no pueda infundir a mi cuerpo los deseos que tengo de vivir, de hacer muchas cosas. Intento contagiarle la ilusión a mi maltrecha estructura, pero no responde y cada día noto el creciente deterioro contra el que lucho sin ningún efecto.

Decididamente voy a mandar que cambien mis habitaciones para la planta baja,

porque si esta tarde me había costado subir, ahora era mucho peor.
Al superar el último peldaño respiré aliviada.

Después

D

espués de rogarle a mi hija Catalina que no pensara más en lo que le había dicho Villena, entré en mi cuarto convencida de que aquella noche me costaría muchísimo conciliar el sueño.

Al abrir la puerta, casi me doy de bruces con Genoveva, la camarera que, sobresaltada, me dijo:

—Perdón, señora, no he querido molestaros y acabo de encender la chimenea sin preguntaros.

—No te preocupes, has hecho muy bien. Ha descendido la temperatura y seguro que agradeceré el calor del fuego.

—¿Deseáis algo, doña Catalina? ¿En qué puedo seros útil? ¿Os ayudo a desvestiros?

—Lo haré sola. Todavía tardaré un poco en acostarme. Muchas gracias, Genoveva, puedes retirarte.

La observé mientras abandonaba la habitación con expresión satisfecha. Me gustaba aquella muchacha, por ello le dije:

—Genoveva, si sigues portándote tan bien como hasta ahora, ocuparás un lugar destacado a mi lado.

—Gracias, doña Catalina. Nada me agradaría más en la vida.



Mi cuarto consta de dos dependencias: una antesala o saleta y el dormitorio. Siempre me ha parecido más lógico que la chimenea esté instalada en la sala y no en el dormitorio, donde parece menos necesaria, porque, además, el reclinatorio y el crucifijo ante el que rezo todas las noches se encuentran en la antesala. A pesar de este convencimiento, nunca me he decidido a mandarlo cambiarlo. Probablemente no lo haya hecho porque ésta no es mi casa definitiva. Bueno, yo no tengo una sola casa sino varias en las que a lo largo del tiempo ha ido quedando algo de mí.

De algunas, por distintos motivos, guardo recuerdos muy especiales, pero curiosamente ésta de Valladolid no figura entre ellas. No obstante, hoy ha sido testigo, junto con mis hijos, de mi legado emocional y si Dios no lo remedia y me da fuerzas para sobreponerme, también puede ser la casa que conozca mi secreto más íntimo, aquél del que no quiero ser consciente.

Lo cierto es que nunca nos conocemos lo suficiente. Siempre me he considerado una persona valiente, y sin embargo, me aterra enfrentarme a esa media verdad, a esa duda que había borrado de mi mente hace mucho tiempo, pero que hoy he comprobado sigue intacta porque sólo con pronunciar el nombre de Enrique de Villena ha salido de nuevo a la luz.

No quiero mentirme a mí misma, pero lo hago. Sé que soy valiente para algunas cosas, aunque en temas referidos a los defectos de las personas que quiero, mi postura es la de una auténtica cobarde. Ése fue mi comportamiento cuando no me atreví a visitar a doña María Coronel. No lo hice porque temía encontrarme con la cruda realidad del acoso al que fue sometida por mi abuelo Pedro I. Y he sido cobarde, muy cobarde, al no preguntarle a mi marido, el rey Enrique III, por los motivos que le indujeron a apoyar la separación de Villena y de su mujer María de Albornoz.

¿Por qué no lo hice? ¿Por temor a lo que fuera a decirme? ¿Deseaba seguir valorándolo igualmente? ¿Fue el amor hacia mí misma lo que me impidió reconocer un fallo en la persona querida por mí?

Esta noche siento que debo llegar al fondo de mi corazón y dejar de ignorar la verdad de mi reacción que, por supuesto, conozco, pero que nunca he querido admitir.

Sí, es posible que haya sido el amor a mí misma la razón de mi comportamiento. No quería acceder a la verdad, que desconocía cuál era. No quería descubrirla, porque en el fondo ya la había asumido en mi interior, y mi decisión era la de olvidarme y conseguir que mi vida no se resintiera de ese posible desengaño. Aunque algo se había roto en dentro de mí y la imagen de mi esposo se había desdibujado.

Es posible que si le hubiera preguntado entonces, ahora no estaría recordando, pero no lo hice porque preferí quedarme con la duda antes de tener que escuchar de sus labios algo que tal vez nunca diría, porque probablemente era una calumnia. Preferí callarme aunque ello supusiera una condena silenciosa en el fondo de mi corazón.

Cuando mi ama Beatriz, sin querer en absoluto intrigar ni causarme dolor, me habló del comentario que circulaba por la corte, me quedé totalmente desconcertada.

Yo conocía bien el afecto que mi marido sentía por Enrique de Villena y también su

interés por controlar, en la medida de lo posible, las órdenes militares. La mejor forma de asegurarse el apoyo de las mismas era contar con la fidelidad de los grandes maestros, de ahí que entendiera perfectamente la decisión de Enrique de influir para que Villena fuera elegido jefe supremo de la Orden de Calatrava.

Pero la Orden de Calatrava exigía que sus grandes maestros fueran solteros. Villena estaba casado con María de Albornoz. Era un matrimonio, como otros muchos, celebrado por interés. Pero un matrimonio al fin y al cabo. Lo curioso es que ni Villena ni mi marido se lo pensaron mucho y decidieron seguir adelante con su proyecto, aunque para ello fuera necesario conseguir el divorcio de Villena, que aseguró no haber consumado el matrimonio debido a su impotencia. Una declaración que todos interpretamos como falsa, ya que tenía más de una hija natural. Y eran conocidas sus relaciones con otras mujeres.

Aquel día, Beatriz me dijo:

—Doña Catalina, he dudado mucho, pero os lo voy a contar. Pido disculpas a vuestra alteza pero creo que es mejor que estéis al tanto de ciertos comentarios, aunque lo más probable es que sean mentiras sin ningún tipo de fundamento. Dos de vuestras damas estaban hablando del apoyo que el rey ha prestado a don Enrique de Villena para conseguir el divorcio. Una de ellas aseguró que la única razón era que el rey estaba interesado en la esposa de Villena, doña María de Albornoz, y de esa forma, tendría el acceso libre. La otra dama parecía estar de acuerdo, pero matizaba en el sentido de que había sido Villena quien había invitado al rey a fijarse en su mujer, con la garantía de que ésta reaccionaría muy positivamente. —Recuerdo que escuchaba a Beatriz sin dar crédito a lo que estaba diciendo. Incapaz de reaccionar, dejé que siguiera hablando—: Es más, doña Catalina, la esposa de Stúñiga afirmó que hace tiempo que el rey don Enrique mantiene relaciones con esta señora y que utilizan como lugar de encuentro el Real Sitio de El Pardo.

¡Dios mío! Recuerdo que al escuchar aquel nombre sentí una especie de escalofrío. Sólo había estado una vez en el Real Sitio de El Pardo y no quise volver porque era un lugar en el que no me sentía cómoda. A mí la caza nunca me ha interesado y aquella quinta no tenía otra finalidad, de ahí que fuera normal mi postura y no le diera mayor importancia. Pero ¿y si existía algo que yo percibía sin ser consciente de ello? ¿Sería de verdad el lugar que mi marido utilizaba para verse con su amante? ¿Tenía Enrique una manceba? ¿Por qué nunca había insistido para que le acompañara a El Pardo?

Todos estos interrogantes me impedían razonar con tranquilidad. Yo sabía que si Enrique tenía una amante, no sería ni el primero ni el último. Esto era lo normal. La mayoría de los hombres, y sobre todo los reyes, tenían derecho a relacionarse con tantas mujeres como desearan. Aunque resultaba muy distinto conocer esta realidad a sufrirla en tu propia carne. Traté de convencerme de que aquello no debía influir en mí. Yo era la reina, la esposa del rey Enrique III.

Cuando mi ama Beatriz me contó los rumores sobre los supuestos amores de mi marido, aún no había nacido nuestro hijo don Juan. Imaginar que Enrique pudiera tener un hijo varón fruto de esas posibles relaciones con María de Albornoz, la ex mujer de Villena, me hacía enloquecer.

Sólo esta noche, Dios mío, después de tanto tiempo, me atrevo a reconocer ante Ti que en aquel tiempo barajé la posibilidad de serle infiel a mi marido. Tal vez, de esa forma, pensaba, me quedaría más fácilmente embarazada. Podría hacerlo con una gran discreción, nadie tendría por qué enterarse nunca.

Y además, la sangre de los legítimos herederos a la corona de Castilla estaba garantizada conmigo.

¿Por qué mi marido, y otros reyes como él, pusieron en peligro la sucesión del trono al tener relaciones con otras mujeres dándoles la posibilidad de alumbrar hijos naturales?

Los míos, fuera quien fuese el padre, no tendrían ese problema, siempre serían mis hijos, y por tanto, legítimos.

Esta noche, Dios mío, te confieso que a punto estuve de caer en la tentación. Pero no lo hice. Yo, Catalina de Lancaster, Princesa de Asturias, duquesa de Soria, señora de Molina, de Huete, de Atienza, de Coca y reina de Castilla, no cedí a la tentación. Y no lo hice por respeto a mí misma.

Sé que mi conducta fue la correcta. Aunque no puedo decir lo mismo de la actitud que adopté con mi marido. Soy consciente de que tenía que haberle preguntado y no culpar a Enrique de Villena de todo lo que se decía. Pero mi dolor se suavizaba al pensar que Villena era el diablo tentador que estaba dispuesto a vender a su mujer para conseguir un maestrazgo y que mi marido sucumbió ante sus propuestas. Por ello canalicé todo mi rencor hacia Villena. Pero yo no tenía ninguna seguridad de lo que había sucedido y no quise saberlo.

Ahora compruebo que esta ignorancia deliberada no me ha servido de nada. Porque sigo sintiendo dolor ante el supuesto comportamiento de mi marido. Porque sigo sospechando que su interés, al influir favorablemente en la consecución del divorcio, no fue exclusivamente despejar el camino para que Villena llegara a la Orden de Calatrava, sino eliminar los obstáculos que a él le impedían una total libertad con la mujer de su pariente.

Dios mío, cuánto tiempo acallando unos celos que me destruían, cuántos disimulos, cuánta mentira. ¿Por qué no tuve el valor de preguntarle? ¿Habría estado dispuesta a creer lo que me dijera? Mi respuesta es no. Siempre me quedaría la duda, sobre todo teniendo en cuenta la vida de María de Albornoz, que no volvió a casarse. Además debo reconocer que no le planteé el problema a mi marido porque yo ya era una mujer deformada por la enfermedad y tenía miedo de lo que pudiera decirme. También es verdad que no sé qué habría pasado si Enrique no hubiese muerto a los dos años de desatarse estos desgraciados rumores. Pero fueron suficientes para romper la imagen que poseía de él.

Dios mío, nunca he tenido el valor, hasta esta noche, de reconocer que mi matrimonio no fue tan maravilloso como quise dar a entender. Nunca me permití pensar en la posible infidelidad de mi marido y tendría que estar acostumbrada a este tipo de comportamientos, no por ser generales —que sí lo eran—, sino por cuestiones familiares.

Mi admirado abuelo, el rey Pedro I era un genio en eso de la infidelidad y mi padre, Juan de Lancaster, lo mismo.

Pero Enrique III era mi marido y ésta es mi historia, y yo deseaba que fuera de otra manera. Necesitaba que Enrique sólo me quisiera a mí. ¿Cuándo habría decidido tener una amante? ¿La tuvo de verdad? ¿Le habría regalado otra amatista a ella? ¿Pensaría en su amante mientras concebíamos a nuestro hijo?

Dios mío, hoy, por primera vez, he reconocido en voz alta que mi marido pudo haberme sido infiel y me he atrevido a plantear todos mis interrogantes. Sé que nunca tendré la certeza de si esto fue verdad o un falso testimonio.

Me da mucha pena comprobar que cuando algo se rompe es muy difícil de recomponer, sobre todo para mí. Soy consciente de que debería haber hablado con mi marido, pero de nada habría servido. Todavía estoy a tiempo de hacerlo con doña María de Albornoz, pero tampoco daría crédito a sus palabras.

Pienso que la única explicación a mi comportamiento es que he creído en los rumores y he preferido, por cobardía y desconfianza, seguir pensando que existía la

posibilidad de que fueran sólo eso: rumores.

¿Quise yo a Enrique como deseaba que él me quisiera a mí?



Al levantarme del reclinatorio, mis rodillas protestan por el esfuerzo al que las he sometido. Mi peso resulta excesivo para todo. Noto un poco de frío que, a medida que me acerco al dormitorio, disminuye gracias al suave calorcillo que se cuela por la puerta entreabierta.

El final

Catalina de Lancaster

Primera Princesa de Asturias, duquesa de Soria, señora de Molina, de Huete, de Atienza, de Coca y reina regente de Castilla en la minoría de edad de su hijo. Murió en Valladolid, el de 2 de junio de 1418.

Su hija, la infanta doña Catalina, no se separó de su lado. Su hijo don Juan trasladó su residencia a Simancas para estar cerca de su madre.

Su otra hija, la infanta doña María, reina de Aragón, lloró en la distancia la pérdida de su madre.

Dicen las crónicas que en el momento de su muerte doña Catalina estaba acompañada de sus hijos, de don Álvaro de Luna, del infante don Enrique, de don Alfonso Enríquez, almirante mayor de Castilla, del arzobispo de Toledo don Sancho de Rojas y otros renombrados caballeros.

La reina no pudo concertar las bodas de sus dos hijos, como ella deseaba. La muerte de su hermanastra, doña Felipa de Lancaster, reina de Portugal, retrasó las negociaciones en las que Catalina tanto confiaba.

Tampoco pudo ver la coronación oficial de su hijo como rey de Castilla, porque cuando ella falleció, don Juan no había cumplido los catorce años.

Sí continuó hasta el último momento ocupándose de las cuestiones del reino, especialmente de sus relaciones con el exterior.

También dispuso de tiempo suficiente para adoptar una postura clara con el tema del Cisma de la Iglesia, que en noviembre del año 1417 dio por finalizada la división, al elegir el Concilio de Constanza a Martín V. Catalina, a pesar de que su buen amigo Pedro Martínez de Luna, Benedicto XIII, encerrado en Peñíscola, se negaba a renunciar al solio pontificio, decidió ponerse bajo la obediencia del nuevo papa Martín V. Así lo manifestaba en una carta escrita desde Valladolid.

Dos días antes de morir, el 31 de mayo, Catalina dictaba su testamento ante el escribano de cámara Sancho Romero y, como era su intención, deja sus bienes de carácter privado a sus tres hijos, sin especificar partes y disponía que si alguno de ellos fallecía sin sucesión los bienes heredados pasarían a los otros hermanos.

No se olvidó en su testamento de Inés de Torres. Ni un solo recuerdo para Leonor López de Córdoba.

La reina doña Catalina de Lancaster fue enterrada según su deseo en una de las capillas de la iglesia de Santa María de Toledo, al lado de su marido.

Su epitafio dice:

Aquí yace la muy católica y esclarecida señora reina doña Catalina de Castilla y León [...]. Nieta de los justicieros reyes, el rey Aduarte de Inglaterra y del rey don Pedro de Castilla; por lo cual es paz y concordia puesta para siempre.

Infanta doña María, reina de Aragón

La mayor de las hijas de Catalina de Lancaster y Enrique III, fue jurada como Princesa de Asturias. Ostentó el título hasta el día en que su hermano, don Juan, fue reconocido como tal.

Se casó con su primo Alfonso de Trastámara, que a la muerte de su padre, Fernando de Antequera, se convirtió en rey de Aragón.

A pesar de que su delicada salud la obligó a ausentarse en determinados momentos de actos importantes, María fue una excelente reina, el apoyo seguro y firme que su esposo, el rey Alfonso V, conocido como el Magnánimo, necesitaba para poder dedicarse a sus posesiones en Italia.

María nunca consiguió tener descendencia. En un principio, probablemente por un retraso derivado de su propia constitución —no se desarrolló como mujer hasta los diecisiete años— cuando ya llevaba más de dos de matrimonio. Pero su falta de descendencia estuvo motivada, sobre todo, por la ausencia de su marido que un día de 1432 se embarcó para Nápoles y nunca más se volvieron a ver. Vivieron separados más de veinticinco años.

Nunca gozó del amor de su marido, que buscó consuelo en otras mujeres, algo que doña María soportó con gran dolor y no con total resignación, ya que se conocen determinadas reacciones de la reina al descubrir la identidad de las amantes de su marido.

María se dedicó especialmente a Cataluña, donde aún perdura el recuerdo de su buen hacer.

Poco antes de que muriera su hermano, el rey de Castilla, María consiguió firmar la paz con él.

La infanta doña María era la más delicada de los tres hermanos; sin embargo, fue la que más vivió de toda la familia.

Falleció en septiembre de 1458, unos meses después de que lo hubiera hecho su marido en Nápoles.

A su muerte, el reino de Aragón pasó a manos de su cuñado, el infante don Juan. Del gobierno de Nápoles y otras posesiones en Italia se ocupó uno de los hijos naturales de su marido.

Doña María fue sepultada en el monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia, que ella había fundado y en el que pasaba largas temporadas acompañando a las monjas clarisas, congregación a la que había encomendado el convento. Una de estas monjas, sor Isabel de Villena, que fue abadesa de la Trinidad, es la importante escritora cuya *Vita Christi* contiene diversos alegatos en defensa de las mujeres. Isabel de Villena, en el siglo, Leonor Manuel, era hija del polémico escritor Enrique de Villena. Huérfana desde los cuatro años, fue cuidada y educada como una auténtica princesa por la reina doña María que la llevó a su corte de Valencia.

Infanta doña Catalina

Doña Catalina, la segunda hija de los reyes Catalina de Lancaster y Enrique III, se casó con su primo el infante don Enrique, maestre de Santiago.

Su hermano don Juan II, ya proclamado rey de Castilla y gobernando en solitario, decidió aceptar la negociación con su primo el infante don Enrique entregándole a su hermana para que se casase con ella.

Catalina llevó una existencia un tanto azarosa, teniendo que sufrir una gran inestabilidad debido a los continuos enfrentamientos de su marido con su hermano, el rey de Castilla, y con el valido de éste, don Álvaro de Luna. En este ir y venir de la corte castellana y mientras su marido permanece en prisión, Catalina pasará bastante tiempo refugiada con su hermana doña María en el reino de Aragón.

Catalina, que no tuvo hijos vivos, murió de un mal parto en 1439. Tenía treinta y seis años.

Juan II, rey de Castilla

En marzo de 1419 es declarado mayor de edad. Y desoyendo los consejos de su madre, la desaparecida reina Catalina, decide casarse en agosto de 1420 con su prima, la Trastámara María de Aragón.

En este primer matrimonio Juan II tuvo cuatro hijos. Cumplió lo prometido a su madre y su primogénita se llamó como ella, Catalina. Después nacieron Leonor, Enrique y María.

Muerta, María de Aragón, en 1445, Juan II se casa, dos años después, en 1447 en

Madrigal de las Altas Torres, con la portuguesa Isabel de Avis que era nieta de Felipa de Lancaster. Con su segunda mujer tendrá otros dos hijos: Alfonso e Isabel.

Juan II no poseía un carácter fuerte, sino todo lo contrario y esto contribuía a que fuera muy difícil para él la tarea de gobernar con firmeza.

Fue un gran amante de la música y la poesía. El cancionero de Baena, en el que se incluyen poemas de cincuenta y seis autores, fue recopilado para el monarca por el converso Juan Alfonso de Baena.

En su corte se dieron citas trovadores y juglares.

No fue el suyo un reinado pacífico por causa de la amenaza constante de sus primos los infantes de Aragón. Reinó siempre apoyado en don Álvaro de Luna, al que convirtió en condestable de Castilla. Pero un día del año 1453, después de haber estado juntos durante más de treinta y cinco años, Juan II no encuentra fuerzas ni el valor necesario para defender a su hombre de confianza, y presionado por su esposa, Isabel de Portugal, que odia al condestable, y por el sector de la nobleza hostil a don Álvaro, permite que éste sea detenido. Un mes más tarde, el rey firma la orden para que el condestable de Castilla, don Álvaro de Luna, sea ejecutado en la plaza pública de Valladolid.

Cuentan las crónicas que el monarca nunca pudo recuperarse del remordimiento y el dolor que le supuso la desaparición de su amigo y consejero, al que había abandonado de forma cobarde y cruel.

Al año siguiente, en julio de 1454, muere Juan II. Le sucedió su hijo Enrique, que pasaría a la historia como Enrique IV el Impotente.

Es probable que el hijo de Catalina de Lancaster hubiese sido mucho más feliz si la vida no le hubiera deparado el cargo de rey, porque como él mismo repetía poco antes de morir:

*Naciera yo hijo de un labrador y fuera
fraile del Abrojo, que no rey de Castilla.*

Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón y Nápoles

Era hijo de Fernando de Antequera y de Leonor de Alburquerque. A la muerte de su padre en 1416 se convirtió en rey de Aragón. Sería el segundo monarca de la casa de Trastámara en Aragón. Estaba casado con su prima, María de Castilla, hija de Catalina de Lancaster y Enrique III.

Siempre contó con el apoyo de su mujer para gobernar el reino en la península Ibérica, mientras él se ocupaba de las posesiones italianas.

La historia no lo trata mal y es considerado por muchos analistas como un monarca renacentista. Conquistó Nápoles y se enfrentó al avance turco en los Balcanes.

Alfonso V muere en Italia en 1458. Allí pasó los últimos veintiséis años de su vida.

Al morir sin descendencia legítima, el reino de Aragón fue heredado por su hermano

el infante don Juan.

Legó Nápoles a su hijo natural, Ferdinando, que se convirtió en Ferdinando 1, rey de Nápoles.

Infante don Enrique

Hijo de Fernando de Antequera, rey de Aragón y de Leonor de Alburquerque. Es, sin duda alguna, el más belicoso de los conocidos como infantes de Aragón, que tanto lucharon por hacerse con el poder en Castilla. También es verdad que fue el único infante sin corona. Dedicó toda su vida a luchar contra su primo, el rey de Castilla Juan II, y especialmente contra el valido de éste, Álvaro de Luna.

Gran maestro de la Orden de Santiago, el infante Enrique consiguió de Juan II autorización para casarse con la infanta Catalina, hermana del monarca.

Al quedarse viudo en 1439, se casa con Beatriz Pimentel, hija del conde de Benavente, con la única finalidad de afianzar sus alianzas con la aristocracia castellana en contra del condestable Álvaro de Luna.

Muere en 1445 como consecuencia de una herida recibida en la batalla de Olmedo a manos de Álvaro de Luna.

Infante don Juan, rey de Navarra y de Aragón

Don Juan es otro de los conocidos infantes de Aragón. Hijo de Fernando de Antequera y de Leonor de Alburquerque. Colabora con su hermano Alfonso y con su cuñada y prima María en el gobierno de Aragón, hasta que se casa con Blanca, reina de Navarra, viuda de Martín el joven.

A pesar de la oposición de los navarros, Juan ocupa el trono como Juan 1 y se consolida en él, convirtiéndolo en base de sus luchas con Castilla, en ocasiones apoyando a su hermano el infante don Enrique y otras oponiéndose a él.

A la muerte de su mujer, ocurrida en 1441, se niega a que su hijo Carlos, príncipe de Viana, herede la corona como le correspondía, y sigue en el trono, enfrentándose a una complicada guerra dinástica.

Más tarde, se casa con la castellana Juana Enríquez.

En 1458 heredará, a la muerte de su hermano Alfonso, el reino de Aragón. Se convertirá así en Juan II, tercer rey Trastámara en la corona aragonesa.

De su matrimonio con Juana Enríquez nacerá un hijo, Fernando, que será su sucesor y pasará a la historia como Fernando el Católico.

El infante don Juan, Juan 1 de Navarra y II de Aragón falleció en 1479.

Leonor de Alburquerque

A la muerte de su marido, Fernando de Antequera, Leonor decidió regresar a Castilla para controlar desde Medina del Campo —que era de su propiedad— los intereses de sus hijos en Castilla. Muy unida a todos ellos, pero de forma especial a su primogénito, Alfonso V, rey de Aragón, Leonor se convertirá en la persona de confianza de su hijo para apoyar o no a sus hermanos que, en muchas ocasiones, no dudarán en enfrentarse entre sí.

Mujer fuerte y de gran valía, Leonor de Alburquerque, madre de los infantes de Aragón, decide retirarse a un convento durante los últimos años de su vida.

Álvaro de Luna

Valido del rey Juan II y condestable de Castilla.

Para unos, Álvaro de Luna fue una persona ambiciosa y sin escrúpulos. Para otros, defensor del poder real y sincero valedor de los intereses de Castilla y de su rey. Para todos, un político excepcional, un valiente soldado, galante caballero, culto prosista y poeta.

Auténtico protagonista de la historia castellana durante el reinado de Juan II, que nada podía hacer sin él, pero que debido a las presiones de diversos sectores de la nobleza tuvo a bien desterrar en varias ocasiones a su hombre de confianza, aunque después de un tiempo tendría que volver a rogarle que acudiera a ponerse a su servicio.

Juan II pedía a su valido que regresara a su lado en la corte, casi siempre a instancias de los mismos personajes que habían influido en él para que lo mandara al exilio.

Don Álvaro aceptaba, pero siempre consolidando su posición, propiedades y cargos. En el momento más dulce de su carrera, don Álvaro es condestable de Castilla, maestre de Santiago, conde de Santiesteban, duque de Trujillo y señor de más de sesenta villas.

Después de la batalla de Olmedo en la que consigue un importante y definitivo triunfo sobre las pretensiones en Castilla de los infantes de Aragón, comenzará su auténtico declive.

Isabel de Portugal, la segunda mujer de Juan II, no le tiene ninguna simpatía; tampoco al heredero, el futuro Enrique IV parece gustarle don Álvaro y sobre todo constituye un estorbo para las ambiciones de Juan Pacheco, marqués de Villena.

El hombre de confianza del rey es detenido en Burgos en 1453. Ante la pasividad del monarca, es sometido a un juicio rápido y condenado a morir en el cadalso. Su cadáver es sepultado en una fosa común destinada a los criminales.

Sus descendientes consiguieron rehabilitar su memoria. En 1658 el Consejo de Castilla le declaró inocente y libre de toda culpa de las imputaciones que se le habían hecho y por las que había sido condenado.

Sus restos pudieron ser recuperados y trasladados a la catedral de Toledo donde reposan en la conocida capilla del Condestable.

Álvaro de Luna se casó dos veces, primero con Elvira de Portocarrero. Más tarde con Juana Pimentel. Tuvo varios hijos en los dos matrimonios y fuera de ellos.

Es autor de un buen número de poesías y del libro *Virtuopsas e claras mugeres*.

Leonor López de Córdoba

Era hija de Martín López de Córdoba y de Sancha Carrillo, personas muy cercanas al rey Pedro 1, en cuya corte nació Leonor hacia 1362. Su padre fue gran maestro de las órdenes de Calatrava y Alcántara.

Leonor López de Córdoba pasó a la historia no sólo como valida de la reina Catalina de Lancaster sino por ser la autora de la primera autobiografía que se conoce en lengua castellana.

Las memorias o autobiografía de Leonor López de Córdoba constituyen el relato, a veces desgarrador, de una mujer que ha sufrido mucho. Sólo son unos nueve folios. En ellos la autora cuenta los acontecimientos que marcaron los primeros cuarenta años de su vida.

A su muerte, en 1423, Leonor dejó sus memorias en los archivos de la iglesia de San Pablo de Córdoba. Quiso que esta institución fuera la guardiana de su verdad, la encargada de preservarla para la historia.

El documento original ha desaparecido con el transcurso de los siglos, pero se ha localizado una copia de las mencionadas memorias en la Biblioteca Capitul y Colombina de Sevilla, que aparece catalogada como: Copia de un documento antiguo que se hallaba en el archivo de San Pablo de Córdoba.

Resulta curioso que en sus memorias Leonor no haga alusión a su paso por la corte, tal vez porque las escribió antes de vivir al lado de la soberana y más tarde no quiso ampliarlas o quizás prefiriera borrar de su vida aquella experiencia.

Aunque si nos atenemos a las razones que ella misma esgrime y que son las que la movieron a dictar sus memorias a un escribano, no resulta aventurado pensar que Leonor no deseaba que nadie recordara su etapa de valida porque en lugar destacado de las mismas, figura:

Dicto mis memorias para que la verdadera historia de mi vida permanezca en el recuerdo de quienes leyeran el relato .Lo cierto es que Leonor nunca recuperó el favor real... A pesar de ello dejó constancia de su fidelidad a la nieta de Pedro 1, entregando a la iglesia de San Pablo una donación perpetua, para que dos veces al año se celebraran misas por la reina doña Catalina de Lancaster y su hijo el rey don Juan.

Inés de Torres

En la documentación histórica se conservan únicamente referencias escasas y esporádicas a este personaje. Aparece, por supuesto, el nombre de Inés de Torres en las crónicas de la época, en las que se alude a ella en tono despectivo y sobre todo para afeardar la conducta de la reina doña Catalina por rodearse de mujeres «incultas y livianas».

Su nombre también ha quedado reflejado en romances que cantan los amores de Inés de Torres con don Álvaro de Luna.

El dato seguro de su existencia y de su trabajo al lado de la reina, como camarera de la infanta Catalina, lo tenemos en el testamento de doña Catalina cuando dice:

Mando a Ynes de Torres tanta ración como han las otras duennas de la dicha ynfanta mi fija.

Enrique de Villena, el Nigromántico

Para muchos analistas, Enrique de Villena fue el escritor más interesante de su tiempo, y uno de los hombres más cultos. Íñigo López de Mendoza y Juan de Mena no dudan en alabar la obra de Villena.

Juan de Mena en su *Laberinto de Fortuna* escribió sobre él:

*Aquel claro padre, aquel dulce fuente,
aquel que en el Castalao monte reuena,
es don Enrique señor de Villena,
honra de España, y del siglo presente,
o intuyo, sabio, autor muy siente,
otra, y aun otra vegada yo lloro,
porque Castilla perdió tal tesoro,
no conocido delante la gente.
Perdió los tus libros, sin ser conocidos,
y como en exequias te fueron ya luego,
unos metidos al ávido fuego,
y otros sin orden no bien repartidos.*

Otros lo consideraban una persona diabólica, experto en ciencias ocultas y aficionado en exceso a las artes mágicas, siendo calificado de brujo y conocido como el Nigromántico.

Personaje muy controvertido, Enrique de Villena, que era conde de Cangas y Tineo, dueño y señor de los castillos de Torralba y Cifuentes, se pasó unos cuantos años reivindicando su derecho a seguir desempeñando el maestrazgo de la Orden de Calatrava, del que le habían echado al morir su benefactor el rey Enrique III, pero todo resultó inútil.

Después de su muerte, ocurrida en 1434, el obispo Lope Barrientos, por orden del rey Juan II, mandó a la hoguera una parte importante de los libros de la biblioteca de Villena. A pesar de todo, se conoce buena parte de su obra.

El arte de trovar, Los trabajos de Hércules y El arte cisoria se encuentran entre sus escritos.

También realizó traducciones de importantes obras, entre las que destacan *La Eneida* de Virgilio y *La Divina Comedia* de Dante.

María de Albornoz

Era hija de Constanza de Castilla, sobrina del primer Trastámara Enrique II, y de Juan de Albornoz, séptimo señor de Albornoz.

María, octava señora de Albornoz, se casó en 1401 con Enrique de Villena el Nigromántico, del que se divorció al poco tiempo, alegando él impotencia.

Los móviles de aquella separación han sido interpretados de muy diferente manera a lo largo de la historia.

Después de la separación se sabe que María se fue a vivir al convento de Santa Clara, en Guadalajara, aunque en algunos textos se dice que pasados unos años y cuando su ex marido se encontraba totalmente arruinado volvieron a vivir juntos.

Es probable que haya sido así, aunque sorprende que en 1432 —posiblemente el año del fallecimiento de María— hace donación de las villas de Albornoz, Beteta, Torralba, Alcocer, Salmerón, Valdeolivas y otras que tenía en el obispado de Cuenca, al condestable Álvaro de Luna, pariente lejano suyo, y no a su ex marido Villena, que aún vivía. El rey Juan II no aprobó la cesión hasta 1438.

Abraham Benveniste

Abraham Benveniste era el gran rabino de Castilla.

Tras unos años difíciles para las comunidades judías de Castilla y Aragón, los nuevos monarcas de ambos reinos, Juan II y Alfonso V, respectivamente, dejaron sin efecto las leyes antijudías, favoreciendo la reconstrucción de las aljamas, posiblemente impulsados por intereses financieros.

Juan II, que se mostró defensor de los judíos, no dudó en distinguir con un cargo de gran responsabilidad a uno de los judíos de mayor prestigio de aquellos años: Abraham Benveniste, que fue nombrado tesorero del rey.

Una prueba de la relativa tolerancia que en aquellos momentos se respiraba la encontramos en la celebración en 1432 en la ciudad de Valladolid de un Gran Sínodo Rabínico.

En esta reunión, iniciativa de Benveniste, se dictaron las takanot (ordenanzas) con las que pretendían organizar la vida judía en las aljamas y castigar a los malsines (delatores) que tantos daños les causaban.

Vicente Ferrer

Vicente Ferrer nació en Valencia en 1350. A los diecisiete años decidió tomar el hábito de los dominicos, ingresando en el convento de Predicadores de Valencia.

Durante los cinco años siguientes profundizó sus estudios en Lérida, Barcelona y Toulouse. Pronto destacó como el más importante predicador de su época. Los sermones de Vicente Ferrer conmocionaron a las gentes, que, enfervorizadas, le seguían allí donde fuera.

Fue colaborador del papa Benedicto XIII que intentó ofrecerle cargos importantes dentro del gobierno de la iglesia en Aviñón que fray Vicente Ferrer rechazó.

Fiel defensor y seguidor de la obediencia al papa de Aviñón, Ferrer se inclinó al final por seguir la línea de unidad para toda la Iglesia que postula el Concilio de Constanza, y será él quien públicamente en Perpiñán lea el documento por el que la corona de Aragón retira su obediencia a Benedicto XIII.

En junio de 1455, después de un proceso de canonización en el que fueron interrogados alrededor de cuatrocientos testigos, el papa Calixto III canonizó a Vicente Ferrer.

Benedicto XIII

Pedro Martínez de Luna nació en Illueca, Zaragoza, en 1328. Desde muy niño su familia decidió que sería un hombre de iglesia.

Estudió en la Universidad de Montpellier y con el transcurso de los años sería profesor de derecho canónico en esta misma universidad.

Fue nombrado cardenal por el papa Gregorio XI, el pontífice anterior al Cisma, de ahí que Pedro de Luna afirmara que el único cardenal ordenado por un papa al que todos seguían era él.

Pedro de Luna siempre consideró que el cónclave celebrado a la muerte de Gregorio XI, en el que los cardenales fueron amenazados si no elegían un papa italiano, era nulo porque los prelados no habían votado libremente, sino atemorizados.

Lógicamente, el cardenal Luna se pone bajo la obediencia y trabaja a las órdenes del pontífice Clemente VII, con sede en Aviñón, que le nombra legado, y permanece a su lado durante más de quince años.

Cuando Clemente VII fallece, el cardenal Luna es elegido para sucederle, adoptando el nombre de Benedicto XIII.

Las relaciones del ahora papa de Aviñón, Benedicto XIII, con la corona francesa no fueron nunca especialmente buenas, ya que los monarcas franceses no veían con buenos ojos que un aragonés ocupara la máxima autoridad dentro de la Iglesia.

Sus años al frente del papado en Aviñón fueron complicados y convulsos. Al final,

Benedicto XIII decidió fijar su sede en Peñíscola, un lugar que siempre le ofrecía la posibilidad de huir en caso de necesidad.

En Peñíscola permaneció cuando la cristiandad decidió poner fin al Cisma que desde hacía años dividía a los católicos, pero Benedicto XIII se negó a renunciar al cargo, asegurando que no podía reconocer más autoridad que la suya.

En Peñíscola recibió en 1418 a una comisión de prelados que acuden a verle con la finalidad de convencerle para que deje su cargo. El Concilio de Constanza ya había elegido como papa a Martín V. Pero Benedicto XIII vuelve a negarse.

De nada sirve que el rey de Aragón, Alfonso V el Magnánimo, le ofrezca cargos importantes dentro de la Iglesia aragonesa y también grandes sumas de dinero. Benedicto XIII está convencido de que él es el único papa y nadie le hará renunciar al solio pontificio. Se rodea de unos cuantos cardenales seguidores y permanece en el castillo de Peñíscola.

Tratando de dar fin a aquella situación molesta, el papa Martín V envía a su legado, el cardenal Alemany, que publica en Tortosa la sentencia del Concilio de Constanza contra Benedicto XIII.

El concilio ordena a cardenales y prelados que en el término de treinta días deben prestar obediencia a Martín V.

Pero todos los intentos resultan infructuosos. Benedicto XIII permanece inamovible. La historia cuenta que incluso hubo un intento de envenenarle para terminar con el problema. En este sentido, en los Anales de Zurita se puede leer:

Fue cosa pública y divulgada por los que eran devotos de don Pedro de Luna, que estando el Legado en Zaragoza, procuró se le diese veneno con que muriese, y aunque se le dio, vivió algunos años, y el legado murió antes. Pedro Martínez de Luna, Benedicto XIII, falleció en mayo de 1423 en el exilio de Peñíscola, donde vivió casi doce años.

Un año antes de morir, Benedicto XIII nombró todavía a cuatro cardenales que, cuando falleció el que ellos consideraban el papa verdadero, eligieron a un sucesor, el canónigo Gil Sánchez Muñoz, que adoptó el nombre de Clemente VIII. Indudablemente éste fue un gesto para legitimar la postura del Papa Luna, porque, al poco tiempo, renunció a su cargo, reconociendo a Martín V como único y auténtico papa.

Comentario final de la autora

Comentario final de la autora

No sé si lo que me lleva a hacer partícipes a mis lectores de mis vivencias y sentimientos al escribir este libro sobre Catalina de Lancaster es que cada vez me implico más en las historias que escribo o que empiezo a tener una incipiente complicidad con ellos.

Lo cierto es que después de pasarme muchas horas, días y meses intentando averiguar todo lo posible sobre ella, su entorno y la época en que se desarrolló su vida, me siento tan cercana a Catalina que participo de sus penas y disfruto con sus alegrías.

Me acerqué al personaje con el único afán de saber quién había sido la primera Princesa de Asturias.

Después me sorprendieron favorablemente algunos de sus comportamientos. Por ejemplo, me pareció muy interesante que Catalina se rodeara de mujeres distinguiéndolas

con su confianza y valorando las opiniones que ellas le ofrecían sobre los diferentes temas de gobierno. Algo que los prohombres de la época llevaban terriblemente mal, como el político y escritor Fernán Pérez de Guzmán cuando escribe:

Confusión y vergüenza para Castilla, que los grandes, prelados y caballeros, cuyos antecesores pusieron freno con buena y justa osadía a sus desordenadas voluntades por provecho del reino... se sometan ahora a la voluntad de una liviana y pobre mujer.

También me gustó que la reina Catalina valorara más —teniendo en cuenta la época en la que vivió— la paz que la guerra. Y que hubiera demostrado a la historia los beneficios que se obtienen después de una inteligente negociación.

Me entusiasmó el convencimiento que muestra a lo largo de toda su vida de ser la heredera legítima a la corona de Castilla y la forma en que sigue queriendo y defendiendo a sus antepasados, a pesar de ser consciente de muchas de las atrocidades que pudieron cometer.

Me conmovió su fe sencilla, sin complicaciones.

Todas estas apreciaciones personalísimas han hecho que la eligiera como protagonista de este libro.

Además, estoy convencida de que Catalina de Lancaster merece un lugar en la historia por derecho propio y no la brevísima alusión que de ella se hace normalmente. Resulta enormemente desolador comprobar que en muchos textos divulgativos históricos relativos a este periodo de nuestro pasado se hable de la muerte del rey Enrique III el Doliente, de la minoría de edad de su hijo, el futuro Juan II, y de la regencia de su tío Fernando de Antequera. Pero de la reina Catalina de Lancaster, que fue corregente con Fernando, ni una sola palabra. Aunque no sé qué es mejor, que ignoren su nombre o que cuando se acuerdan de ella, lo hagan para decir que fue una alca da y disoluta mujer o aludir a su físico en los últimos años de su vida.

Todo lo que les he contado hasta aquí es verdad, pero no sería totalmente sincera si no les dijera que el auténtico móvil de escribir estas líneas es para hacerme eco de algo que ha quedado fuera de la novela y que estoy segura de que a Catalina de Lancaster le hubiese gustado que contase.

A la reina Catalina le resultó muy difícil y costoso tener hijos. Ella soñaba con que sus queridas hijas la hicieran pronto abuela. Desgraciadamente ninguna de las dos tendría descendencia y la más pequeña moriría en el parto.

Catalina deseaba para sus hijos matrimonios ventajosos pensando siempre en el interés del reino. No deseaba bajo ningún concepto que ninguno de ellos matrimoniara con alguno de sus primos, los poderosos infantes de Aragón, miembros de la familia de su marido, los odiados, para ella, Trastámara.

Es verdad que Catalina se casó con un Trastámara, pero su matrimonio era otra cosa. No existía posible comparación. Lo había hecho para recuperar el trono que pertenecía a su familia. Porque sus hijos, aunque no llevaran su apellido, sí tenían su sangre y la de las dinastías de Borgoña y Plantagenet a las que ella pertenecía.

Aceptó y asumió el matrimonio de su primogénita María con su primo Alfonso porque era un compromiso adquirido por su marido el rey y porque su hija así lo deseaba. Pero murió antes de que Juan y Catalina se casaran.

Ambos lo hicieron con quien su madre no deseaba, con dos de sus primos. El rey Juan II con María de Aragón, la infanta Catalina con el infante Enrique.

Confieso mi pena al ver cómo los proyectos de futuro para sus hijos no se hicieron realidad. Ella deseaba tanto un matrimonio con algún miembro de la familia real portuguesa... Le interesaba por razones políticas y también porque eran descendientes de su hermanastra Felipa de Lancaster, que, en cierta medida, venía a reforzar los genes de la herencia.

Sin embargo —y he aquí la razón de este pequeño recordatorio añadido al libro—, al final, sus sueños no se frustraron y ésta es la alegría de la que quiero hacerme eco.

Sus sueños no se frustraron porque su hijo, el rey Juan II, al quedarse viudo, se casó con una joven y hermosa princesa portuguesa, Isabel de Avis, nieta de la hermanastra de Catalina, Felipa de Lancaster.

Con su segunda mujer, Juan II tiene dos hijos, Alfonso e Isabel. Y será esta Isabel la que se convierta un día en soberana de Castilla. Isabel la Católica era nieta de Catalina de Lancaster y biznieta de Felipa de Lancaster.

Muchos recordarán el origen inglés de la Católica al analizar su aspecto físico. Aunque sólo unos pocos entenderán por qué Isabel se rodeó de mujeres que la ayudaron, tanto en su formación como para depositar en ellas sus confidencias.

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Marinate 14 S. L., 2008

© La Esfera de los Libros, S. L., 2008

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Tel.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06

www.esferalibros.com

Árbol genealógico: Calderón Studio
ISBN: 978-84-9734-769-3
Depósito legal: M. 41.408-2008
Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Imposición y filmación: Preimpresión 2000
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

Table of Contents

CATALINA DE LANCASTER.PRIMERA PRINCESA DE ASTURIAS	
Agradecimientos	ValladolidIIIIIIIVVIVIIIVIIIIX El final
Créditos	

